

# CONNIE WILLIS



## REMAKE

### PREMIO LOCUE 1996

«Escandalosa, emotiva y compleja al mismo tiempo, explora tanto el festivo de las ruinas del Hollywood del pasado, como la dulzura, la emoción y la ambición que los hizo posibles»

Faxon Miller

  
**NOVA**  
CINEMA PREMIUM

**CONNIE WILLIS**

Remake

Título original:  
*Remake*  
*Uncharted Territory*

Traducción:  
Rafael Marín Trechera

1.ª edición: marzo 1997

De *Remake* © 1995 by Connie Willis  
De *Uncharted Territory* © 1994 by Connie Willis

© Ediciones B, S.A., 1997  
Bailen 84 - 08009 Barcelona (España)

Printed in Spain ISBN: 84-406-6713-2  
Depósito legal: B. 3.118-1997

Impreso por PURES.A, S.A.  
Girona, 139 - 08203 Sabadell

## PRESENTACIÓN

*Alégrense conmigo. Estamos de rebajas y ofrecemos dos por el precio de una... Pese a vivir tiempos atribulados y de dificultades económicas, en este volumen encontrarán no una, sino dos novelas de Connie Willis, la más galardonada autora de la moderna ciencia ficción, la inteligente novelista que nos deleitó hace poco con esa maravillosa obra maestra que es EL LIBRO DEL DÍA DEL JUICIO FINAL (1992, NOVA ciencia ficción, número 68).*

*La verdad es que Connie Willis ha publicado en estos últimos años un trío de novelas francamente breves. Obras excepcionales que condensan casi en menos de dos centenares de páginas todo el brillante dominio del arte narrativo del que esta autora es capaz. Las dos primeras, TERRITORIO INEXPLORADO (1994) y REMAKE (1995) se encuentran en este volumen; mientras que la tercera, de una extensión algo mayor, BELLWETHER (1996), aparecerá en NOVA ciencia ficción en su número 101.*

*Las tres obras pueden agruparse dada su corta extensión (en comparación, por ejemplo, con EL LIBRO DEL DÍA DEL JUICIO FINAL) y, sobre todo, por un enfoque irónico e incluso humorístico. Según un artículo de Faren Miller publicado en LOCUS acerca de BELLWETHER, aunque extensible a las tres obras: «ofrecen pruebas adicionales de que la ficción de Connie Willis es una de las más inteligentes delicias de nuestro género».*

*Debo reconocer que mi primera lectura de estas «novelitas» se hizo con una cierta condescendencia. A primera vista parecían una obra menor, un paréntesis obligado a la espera de que Willis continuara por la senda y el universo narrativo que ella misma abriera con el relato «Servicio de vigilancia», y colmara con esa maravillosa novela que es EL LIBRO DEL DÍA DEL JUICIO FINAL, una de las apenas diez novelas que, en toda la historia de la ciencia ficción, han acaparado los mayores galardones del género: el Nebula, el Hugo y el Locus.*

*Y me equivocaba. TERRITORIO INEXPLORADO, REMAKE y BELLWETHER no son obras menores. Ni mucho menos.*

*Cada una de esas tres novelas cortas (o al menos más cortas de lo habitual en el caso de Connie Willis) es una obra compleja y completa en sí misma, uno de esos raros ejemplos que hacen cierto el conocido dicho de que «lo bueno, si breve, dos veces bueno».*

*Por ello esta presentación es, también, dos presentaciones a un tiempo. Hemos dado al volumen el título de la novela que más éxito parece haber obtenido en Estados Unidos: REMAKE, finalista del premio Hugo de 1996. Pero sería erróneo pensar que la creo superior a TERRITORIO INEXPLORADO. Son, simplemente, distintas y, tal vez, complementarias. Había que elegir un título para la portada de este «volumen doble» y debo reconocer que la referencia a Hollywood hace mucho más atractiva a REMAKE, al menos desde el punto de vista comercial. Pero las dos interesan. Y mucho. Vayamos por partes.*

### **TERRITORIO INEXPLORADO**

*TERRITORIO INEXPLORADO es una novela que, al menos para mí, resiste varias lecturas y sorprende. En una primera aproximación es la clásica historia de una pareja de exploradores en un planeta extraño y ajeno. Pero si uno reflexiona sobre eso que llaman el «lenguaje políticamente correcto», la curiosa prevención de los imperialistas aparecería, y*

*otras ideas que vienen a la mente leyendo las sorprendentes aventuras de esos esforzados exploradores, uno se da cuenta de que hay gato encerrado y de que no se trata sólo de una novela de exploradores, sino de algo con mucho más contenido.*

*Findriddy y Carson son dos exploradores enviados a Boohte para explorar las resacas cordilleras y las montañas del planeta. En la Tierra sus aventuras son seguidas por incontables y ansiosos admiradores, pero la realidad es mucho menos romántica de lo que parece. Los exploradores se enfrentan al polvo, a leyes locales estrictas y a alienígenas poco cooperativos. En compañía de un joven ayudante cuya especialidad son las costumbres de apareamiento, y de un guía nativo de sexo indeterminado, el grupo parte hacia un sector todavía inexplorado del planeta.*

*Junto a ese eje central (y al tratamiento humorístico y tal vez irónico ya apuntado), TERRITORIO INEXPLORADO muestra una cierta relación con el mundo del cine (por si hiciera falta alguna justificación para mi idea de publicarla en el mismo volumen que REMAKE...). Tanto Faren Miller como Gary K. Wolfe en LOCUS lo decían explícitamente. En palabras de Wolfe, por ejemplo: «Con sólo cinco personajes y una puesta en escena minimalista, TERRITORIO INEXPLORADO recuerda los viejos westerns.» O también, en una nueva referencia cinematográfica: «Willis maneja todo esto con el optimismo y la alegre insensibilidad de un Howard Hawks.»*

*Evelyn Parker, un «socioexozoólogo» se une a Findriddy y Carson en ese viaje y la ambigüedad de su primer nombre permite a Willis hacer algunos chistes obvios y abrir así el tema de la identidad sexual, introducido casi como por juego, que se convierte en algo central en la historia.*

*Una nota final: a lo largo del proceso editorial algunos creyeron conveniente que se recordara que «f-f» puede servir como abreviatura de "fauna y flora". Hecho.*

## **REMAKE**

*REMAKE, la novela que da título al volumen, es algo más extensa, pero sigue manteniéndose en los límites de lo que nosotros llamaríamos una novela corta, aun cuando supera las 17.500 palabras. Este hecho (y los votos de los aficionados, todo hay que decirlo) hizo que REMAKE lograra ser finalista en el apartado de novela en la elección del Premio Hugo 1996. Un premio que al final obtuvo Neal Stephenson con THE DIAMOND AGE que, por cierto, NOVA publicará en breve.*

*La historia de REMAKE es incluso más cinematográfica si cabe. En el Hollywood del futuro, con el cine computerizado, las películas de acción real son cosa del pasado. Los actores han sido substituidos por simulacros generados por ordenador. La manipulación informática permite, por ejemplo, que Humphrey Bogart y Marilyn Monroe protagonicen juntos el enésimo remake de HA NACIDO UNA ESTRELLA. Pero, gracias a las aportaciones de la nueva tecnología, el espectador puede alterar el final de la película, si no le gusta, con sólo pulsar una tecla.*

*Un Hollywood parecido en su esencia al actual, pero que ha añadido el sim-sex a las nuevas drogas y los ya inevitables efectos especiales. Un mundo donde todo es posible. Todo, excepto lo que Alis más desea: bailar realmente en las películas. Un sueño imposible aun cuando cuenta con la ayuda de Tom, un cínico experto de ese nuevo Hollywood del futuro, quien aprenderá que incluso en un mundo de milagros tecnológicos siguen existiendo algunas cosas que no pueden ser falsificadas. ¿O sí...?*

*También hay un sinfín de neologismos y abreviaturas en REMAKE y, de nuevo, las*

*personas que intervienen en el proceso productivo en la editorial me sugieren recordar que, RV se refiere a realidad virtual (VR, virtual reality en inglés), GO a gráficos por ordenador (CG, computer graphics), SA a sustancias adictivas (AS, addictive substances,) y un largo etcétera. Obviamente los «opdisc» son los discos ópticos, «b-y-n» las películas en blanco-y-negro y hay otros ejemplos que el propio lector irá descifrando.*

*En cualquier caso, REMAKE es una de esas raras obras que deja clara constancia en el recuerdo del lector. Entrañable y sorprendente, es un buen ejemplo de lo que una buena narración corta puede lograr cuando está escrita por alguien tan hábil e inteligente como Willis.*

*Nada más por ahora, les dejo con estas dos novelas cortas de Connie Willis. Y con la promesa de que próximamente, antes de finalizar el año, volveremos a encontrar a esta autora en BELLWETHER, obra que trata sobre la investigación científica, la teoría del caos y el cuidado de las ovejas... Ahí es nada.*

*Pero también me enorgullece anunciar ya que Connie Willis estará en Barcelona el miércoles 10 de diciembre de 1997, pues ha aceptado ser la conferenciante invitada en la entrega del Premio UPC de Ciencia Ficción 1997 que organiza el Consejo Social de la Universidad Politécnica de Catalunya (teléfono 93-401.6343). Gracias a la traducción simultánea, todos los asistentes tendrán ocasión de comprobar la indiscutida calidad y amenidad de Willis como conferenciante y presentadora. Su inteligencia y sentido del humor es algo ya proverbial en el mundillo de la ciencia ficción. Quienes tuvimos la suerte de asistir a su performance en la entrega de los premios Hugo de 1995 en la Worldcon de Glasgow, somos testigos de eso. Y deseamos oírla de nuevo.*

*Y también leerla.*

MIQUEL BARCELÓ

# TERRITORIO INEXPLORADO

## EXPEDICIÓN 183: DÍA 19

Todavía estábamos a tres kloms de la Cruz del Rey cuando Carson escrutó el polvo.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó. Se inclinó sobre el pomohueso de su poni para señalar algo, aunque yo no veía de qué se trataba.

—¿Dónde? —dije.

—Allí. Todo ese polvo.

Yo seguía sin ver nada, excepto la cordillera rosácea que ocultaba la Cruz del Rey y un par de equipajes pastando en los matojos, y así se lo hice saber.

—Mierda, Fin, no vayas a decirme que no puedes... —dijo, disgustado—. Pásame los binos.

—Los tienes tú. Te los di ayer. ¡Eh, Bult! —llamé a nuestro guía.

Él estaba encogido sobre su cuaderno en el sillahueso de su poni, tecleando números.

—¡Bult! —grité—. ¿Ves polvo ahí delante?

Él siguió sin levantar la cabeza, cosa que no me sorprendió. Estaba haciendo lo que más le gustaba: sumar multas.

—Te devolví los binos —dijo Carson—. Esta mañana, cuando empaquetábamos.

—¿Esta mañana? Tenías tanta prisa por regresar a la Cruz del Rey y conocer a la nueva prestamista que probablemente los dejaste tirados en el campamento. ¿Cómo se llama? ¿Evangeline?

—Evelyn Parker. Y yo no tenía ninguna prisa.

—¿Cómo es que sumaste doscientos cincuenta en multas al deshacer el campamento, entonces?

—Porque Bult se ha entregado a una bacanal de multas desde hace unos días —replicó—. Y la única prisa que tengo es terminar esta expedición antes de que las multas se lleven hasta el último centavo de nuestros sueldos, lo que parece que es ya una causa perdida ahora que has extraviado los binos.

—No tenías prisa ayer —repliqué—. Ayer estabas dispuesto a recorrer cincuenta kloms al norte por si nos encontrábamos por casualidad con Wulfmeier, cuando llamó C.J. y te dijo que la nueva prestamista había llegado y que se llama Eleanor, y de repente pierdes el culo por volver a casa.

—Evelyn —precisó Carson, ruborizado—, y sigo diciendo que Wulfmeir está explorando ese sector. Lo que pasa es que no te gustan los prestamistas.

—En eso tienes toda la razón. Causan más problemas de lo que valen. Nunca he conocido a un prestamista con el que merezca la pena hablar, y las mujeres son las peores.

Sólo existe un tipo: lloricas. Se pasan toda la expedición quejándose: por los servicios al aire libre, por Bult, por tener que montar en ponis y por cualquier cosa que se les ocurra. La última se pasó toda la expedición gimoteando no sé qué sobre los «terrocéntricos imperialistas esclavizadores», es decir, Carson y yo, y acerca de cómo habíamos corrompido a los «sencillos y nobles seres indígenas», es decir Bult, lo que ya nos mosqueó bastante. Pero es que encima se plantó ante Bult y le soltó que nuestra presencia «destrozaba la misma atmósfera del planeta» y Bult empezó a intentar multarnos hasta por respirar.

—Dejé los binos justo al lado de tu petate, Fin —dijo Carson, rebuscando en su alforja.

—Bueno, pues no los he visto.

—Eso es porque estás a un paso de la ceguera —insistió él—. Ni siquiera puedes ver una nube de polvo cuando viene hacia ti.

Bueno, la verdad es que llevábamos tanto tiempo discutiendo que ahora podía ver una



polvareda rosa cerca del risco.

—¿Qué crees que es? ¿Un berrinche de polvo? —le sugerí, aunque un berrinche habría estado dando vueltas sobre el sitio, no avanzando en línea recta.

—No lo sé —me respondió mi compañero, cubriéndose los ojos con una mano—. Una estampida, tal vez.

La única fauna de la zona eran los equipajes, y no salían de estampida en un tiempo seco como éste, y de todas formas la nube no era lo bastante ancha para ser una estampida. Parecía el polvo que levantaba un rover, o la abertura de una puerta.

Conecté mi terminal con el pie y solicité el paradero de los rompepuertas. Había mostrado a Wulfmeier en Dazil el día anterior cuando Carson estaba tan decidido a perseguirlo, y ahora el paradero lo mostraba en la Puerta de Salida, lo que significaba que probablemente tampoco estaba allí. Bueno, tenía que estar loco para abrir una puerta tan cerca de la Cruz del Rey, aunque hubiera algo allí debajo (que no lo había, yo ya había explorado terrenos y subsuperficies), sobre todo sabiendo que íbamos camino de casa.

Escurté el polvo, preguntándome si debería pedir una verificación. Ahora podía ver que se movía con rapidez, lo que significaba que no era una puerta, o un poni, y el polvo era demasiado bajo para ser un heli.

—Parece el rover —dije—. Tal vez la nueva prestamista (¿cómo se llamaba? ¿Ernestine?) está tan loca por ti como tú lo estás por ella, y ha venido a conocerte. Será mejor que te arregles el bigote.

Él no me prestaba atención. Todavía andaba revolviendo en su alforja, buscando los binos.

—Los puse junto a tu petate cuando estabas cargando los ponis.

—Bueno, pues no los vi —suspiré, contemplando el polvo. Menos mal que no era una estampida, o nos habría arrasado mientras estábamos todavía discutiendo por el asunto de los binos—. Tal vez los cogió Bult.

—¿Para qué demonios iba a cogerlos Bult? —exclamó Carson—. Él ya tiene unos cien veces mejores que los nuestros.

Sí que lo eran, con sensores selectivos y polarizadores programados, y Bult se los había colgado alrededor de la segunda articulación del cuello y escurtaba el polvo a través de ellos. Me acerqué a él.

—¿Puedes ver lo que levanta el polvo? —pregunté.

Él no apartó los binos de sus ojos.

—Perturbación de la superficie terrestre —respondió severamente—. Multa de cien.

Tendría que haberlo sabido. A Bult le importaba un rábano lo que estuviera levantando el polvo mientras pudiera sacar una multa de ello.

—No puedes multarnos por el polvo a menos que nosotros lo levantemos —objeté—. Dame los binos.

Inclinó su cuello doble, se quitó los binos y me los tendió; luego volvió a inclinarse sobre su ordenador.

—Confiscación forzada de propiedad —le dijo al archivo—. Veinticinco.

—¡Confiscación! —protesté—. No vas a multarme por confiscar nada. Te pregunté si podías prestármelos.

—Tono y modo de hablar inadecuados hacia una persona indígena —le dijo al ordenador—. Cincuenta.

Lo dejé correr y miré a través de los binos. La nube de polvo parecía levantarse ante mis narices, pero seguía sin ver nada. Aumenté la resolución y eché otro vistazo.

—Es el rover —le grité a Carson, que se había bajado de su poni y estaba vaciando la alforja.

—¿Quién conduce? ¿C J.?

Conecté los polarizadores para anular el polvo y eché otro vistazo.

—¿Cómo dijiste que se llamaba la prestamista, Carson?

—Evelyn. ¿La trae C.J. consigo?

—C.J. no conduce.

—Bueno, ¿quién demonios es? No me digas que uno de los indígitos volvió a robar el rover.

—Acusación injusta de persona indígena —sentenció Bult—. Setenta y cinco.

—¿Sabes que siempre te enfadas porque los indígitos le dan a las cosas nombres equivocados? —dije.

—¿Qué tiene eso que ver con quién demonios conduce el rover? —preguntó Carson.

—Por lo visto los indígitos no son los únicos que lo hacen. Parece que el Gran Hermano también.

—Dame esos binos —dijo él e intentó arrebatármelos.

—Confiscación forzada de propiedad —objeté, apartándolos de su alcance—. Tendrías que haberte tomado tu tiempo esta mañana y no haber partido con tanta prisa dejando olvidados los nuestros.

Le tendí los binos a Bult, y sólo por llevar la contraria él se los pasó a Carson, pero el rover estaba ya tan cerca que no los necesitábamos.

Rugió en medio de una nube de polvo y se detuvo en lo alto de un matab Camino. El conductor saltó y se acercó a nosotros sin esperar siquiera a que el polvo se posara.

—Carson y Findriddy, supongo —dijo, sonriente.

Normalmente, cuando conocemos a un prestamista, no tienen ojos más que para Bult (o para C.J., si está presente y el prestamista es varón), sobre todo si Bult se estaba despegando del poni como lo hacía ahora, extendiendo sus articulaciones traseras una tras otra hasta que parece un gran juego Erector rosa.

Entonces, mientras los prestamistas están recogiendo todavía la mandíbula del polvo, uno de los ponis se desploma o bien hace una cagada del tamaño del rover. Es difícil competir con eso. Así que somos los últimos en quienes reparan o tenemos que decir algo como «Bult sólo es peligroso cuando siente vuestro miedo» para llamar la atención.

Pero este prestamista ni siquiera se fijó en Bult. Vino directamente hacia mí y me estrechó la mano.

—¿Cómo está usted? —dijo ansiosamente, exprimiéndome la mano—. Soy el doctor Parker, el nuevo miembro de su equipo de exploración.

—Yo soy Fin... —empecé a decir.

—¡Oh, sé quién es usted, y no se imagina el honor que es conocerles!

Me soltó la mano y empezó a sacudir la de Carson.

—Cuando C.J. me dijo que no habían vuelto todavía, no pude esperar a que regresaran para conocerles —dijo, agitando la mano de Carson arriba y abajo—. ¡Findriddy y Carson! ¡Los famosos exploradores planetarios! ¡No puedo creer que le esté estrechando la mano, doctor Carson!

—Bueno, para mí también es difícil de creer —carraspeó Carson.

—¿Cómo dijo que se llamaba? —pregunté.

—Doctor Parker —respondió, y me agarró la mano para volver a estrecharla—. Findriddy, he leído todos sus...

—Fin —le interrumpí—, y éste es Carson. Sólo somos cuatro en el planeta, contándole a usted, así que no tiene mucho sentido que nos andemos con tanta ceremonia. ¿Cómo quiere que le llamemos?

Pero él ya había dejado de apretujarme la mano y miraba más allá de Carson.

—¿Eso es la Muralla? —dijo, señalando una joroba en el horizonte.

—No. Es la Meseta de las Tres Lunas. La Muralla queda a veinte kloms, al otro lado de

la Lengua.

—¿Vamos a verla en la expedición?

—Sí. Tenemos que cruzarla para llegar a territorio inexplorado.

—Magnífico. Me muero de ganas de ver la Muralla y los árboles de plataluz —dijo, observando las botas de Carson—, y el acantilado donde Carson perdió el pie.

—¿Cómo sabe todo eso? —le pregunté.

Nos miró de arriba abajo, sorprendido.

—¿Está de broma? ¡Todo el santo mundo conoce a los doctores Carson y Findriddy! ¡Son ustedes famosos! ¡Findriddy, usted...!

—Fin —repetí—. ¿Cómo quiere que le llamemos?

—Evelyn —respondió. Nos miró de uno al otro—. Es un nombre británico. Mi madre era inglesa. Sólo que allí lo pronuncian con e larga.

—¿Y es usted exozoólogo? —pregunté.

—Socioexozoólogo. Me especialicé en sexualidad.

—Entonces C.J. es a quien busca —dije—. Es nuestra experta residente.

Él se ruborizó con un hermoso tono rosado.

—Ya la he conocido.

—¿Le ha dicho ya su nombre?

—¿Su nombre? —dijo él, desconcertado.

—Lo que quiere decir C.J. —Me volví a Carson—. Debe de estar perdiendo facultades. Carson me ignoró.

—Si es usted experto en sexualidad —dijo Carson, mirando a Bult, que se dirigía al rover—, podrá ayudarnos a averiguar qué es Bult.

—Creía que los bootheri eran una especie sencilla de dos sexos —adujo Evelyn.

—Lo son —asintió Carson—, sólo que no sabemos cuál es cuál.

—Todo su aparato reproductor es interno —expliqué—, no como el de C.J. Es...

—Por cierto, ¿ha preparado la cena? —dijo Carson—. No es que nos importe. A este paso todavía seguiremos aquí mañana por la mañana.

—Oh. Por supuesto —dijo Evelyn, con aspecto preocupado—, están ustedes ansiosos por volver a su cuartel general. No pretendía retrasarlos. ¡Pero estaba tan nervioso por verles en persona! —Se dirigió al rover.

Bult estaba agachado junto al neumático delantero.

Desplegó tres articulaciones de sus piernas cuando Evelyn se acercó.

—Daño a fauna indígena —declaró—. Setenta y cinco.

—¿He hecho algo malo? —me preguntó Evelyn.

—Es difícil no hacerlo por aquí —dije—. Bult, no puedes multar a Evelyn por atropellar un matacamino.

—Atropellar un... —dijo Evelyn. Saltó al rover y dio marcha atrás. Luego bajó del vehículo—. ¡No lo había visto! —se horrorizó, contemplando el cuerpo marrón aplastado—. ¡No quería matarlo! De verdad, yo...

—No se puede matar a un matacamino aparcándole un rover encima —lo tranquilicé, empujándolo con el pie—. Ni siquiera puede despertarlo.

Bult señaló las huellas de neumático que Evelyn acababa de crear.

—Disrupción de superficie terrestre. Veinticinco.

—Bult, no puedes multar a Evelyn —intervine—. No es miembro de la expedición.

—Disrupción de superficie terrestre —repitió Bult, señalando las marcas de neumático.

—¿No tendría que haber venido en el rover? —preguntó Evelyn, ansioso.

—Claro que sí —dije yo, dándole una palmada en el hombro—, porque ahora puede llevarme de vuelta a casa. Carson, lleva mi poni. —Abrí la puerta del rover.

—No pienso quedarme atrapado aquí fuera con los ponis mientras tú vuelves tan

campante —protestó Carson—. Yo viajaré con Evelyn, tú llévate los ponis.

—¿No podemos ir todos en el rover? —sugirió Evelyn, con aire preocupado—. Podríamos atar los ponis a la parte de atrás.

—El rover no puede ir tan lento —murmuró Carson.

—No tienes ningún motivo para regresar temprano, Carson —dije—. Yo tengo que comprobar las órdenes de compra, y los permisos, y rellenar el informe sobre los bins que perdiste. —Entré en el rover y me senté.

—¿Yo los perdí? —dijo Carson, poniéndose colorado otra vez—. Los dejé...

—Miembro de expedición viajando en vehículo con ruedas —dijo Bult.

Nos volvimos a mirarlo. Estaba de pie junto a su poni, hablando a su cuaderno.

—Disrupción de superficie terrestre.

Salí del rover y me dirigí a él.

—Ya te he dicho que no puedes multar a una persona que no forma parte de la expedición.

Bult me miró.

—Tono y manera inadecuados. —Me señaló con un dedo de articulaciones múltiples—. Tú miembro. Cahsson miembro. ¿Sssíh? —dijo en la enloquecedora jergonza que usa cuando no está sumando multas.

Pero su mensaje quedó bastante claro. Si alguno de nosotros regresaba con Evelyn, nos multaría por utilizar un rover, lo que se llevaría el presupuesto de las siguientes seis expediciones, por no mencionar los problemas que tendríamos con el Gran Hermano.

—Vosotros expedición, ¿ssíh? —dijo Bult. Me tendió las riendas de su poni.

—Sí —admití. Tomé las riendas.

Bult cogió su ordenador del huesosilla de su poni, subió al rover y se plegó para sentarse.

—Nosotros vamos —le dijo a Evelyn.

Evelyn me miró, intrigado.

—Bult irá con usted —expliqué—. Nosotros llevaremos los ponis.

—¿Cómo demonios vamos a llevar tres ponis cuando sólo caminan de dos en dos? —protestó Carson. Lo ignoré.

—Nos veremos en la Cruz del Rey. —Palmeé el costado del rover.

—Vaya ráhpidoh —dijo Bult. Ev puso el rover en marcha, saludó y nos dejó comiendo una nube de polvo.

—Empiezo a pensar que tenías razón en lo de los prestamistas, Fin —dijo Carson, aplastando el sombrero contra la pierna—. Sólo traen problemas. Y los hombres son los peores, sobre todo después de pasar por C.J. Nos pasaremos la mitad de la expedición soportando sus peroratas acerca de ella, y la otra mitad impidiendo que bautice cada barranco que vea como Cañón Crissa.

—Tal vez —dije yo, entornando los ojos por el polvo del rover, que parecía desviarse hacia la derecha—. C.J. dijo que Evelyn llegó esta mañana.

—Lo que significa que ha tenido casi un día entero para darle la murga. —Cogió las riendas del poni de Bult. El bicho se atascó y hundió las patas—. Y tendrá otras dos horas para desplegar todos sus encantos antes de que llevemos estos ponis.

—Tal vez —repetí, todavía contemplando el polvo—. Pero supongo que un hombre de aspecto pasable como Ev puede tirarse a la mujer que quiera sin armar demasiado alboroto, y ya has visto que no se quedó en la Cruz del Rey con C.J. Vino derechito a conocernos. A lo mejor es más listo de lo que parece.

—Eso es lo que dijiste la primera vez que viste a Bult —señaló Carson, tirando de las riendas del poni.

El animal se resistió.

—Y tenía razón, ¿no? —dije yo, dispuesto a ayudarlo—. De lo contrario, estaría aquí con estos ponis, y nosotros estaríamos a medio camino de la Cruz del Rey. —Cogí las riendas y él se colocó detrás del poni para empujar.

—Bueno. ¿Por qué no iba a querer conocernos? Después de todo, somos exploradores planetarios. ¡Somos famosos!

Yo tiré y él empujó. El poni permaneció clavado.

—¡Empieza a moverte, bicho con cara de roca! —estalló Carson, empujando su trasero—. ¿No sabes quiénes somos?

El poni alzó la cola y descargó una bosta.

—¡Mierda! —masculló Carson.

—Lástima que Evelyn no pueda vernos ahora —dije yo, echándome las riendas sobre el hombro y tirando del poni—. ¡Findriddy y Carson, los famosos exploradores!

A lo lejos, a la derecha del risco, el polvo desapareció.

## ÍTERIN: EN LA CRUZ DEL REY

Tardamos cuatro horas en volver a la Cruz del Rey. El poni de Bult se tumbó dos veces y no quiso levantarse. Cuando llegamos Ev nos esperaba en el establo para preguntarnos cuándo pensábamos empezar la expedición. Carson le dio una respuesta inadecuada en tono y modales.

—Sé que acaban de volver y que tienen que rellenar sus informes y todo eso —dijo Ev.

—Y comer —murmuró Carson, cojeando alrededor de su poni—, y dormir. Y matar a un explorador.

—¡Es que tengo tantas ganas de conocer Boohte! —dijo Ev—. Sigo sin poder creer que esté aquí, hablando con...

—Lo sé, lo sé —le interrumpí yo, mientras descargaba el ordenador—. Findriddy y Carson, los famosos exploradores.

—¿Dónde está Bult? —preguntó Carson. Desató la cámara del huesosilla del poni—. ¿Y por qué no ha venido a descargar su poni?

Evelyn le tendió a Carson el cuaderno de Bult.

—Me pidió que les dijera que éstas son las multas del viaje de vuelta.

—Él no estaba en el viaje de vuelta —dijo Carson, mirando el diario—. ¿Qué demonios es esto? «Destrucción de fauna indígena.» «Daño a las formaciones de arena.» «Contaminación atmosférica.» Cogí el cuaderno.

—¿Le dio Bult indicaciones para regresar a la Cruz del Rey?

—Sí —dijo Ev—. ¿Hice algo mal?

—¿Mal? —estalló Carson—. ¿Mal?

—No te acalores —dije—. Bult no puede multar a Ev hasta que sea miembro de la expedición.

—Pero no comprendo —balbuceó Ev—. ¿Qué he hecho mal? Si sólo conduje el rover...

—Levantar polvo, dejar huellas de neumáticos, emitir humo...

—Los vehículos con ruedas no están permitidos fuera de las instalaciones del gobierno —le expliqué a Ev, que nos miraba asombrado.

—Entonces, ¿cómo van por ahí? —preguntó.

—No vamos —dijo Carson, mirando al poni de Bult, que parecía a punto de desplomarse otra vez—. Explícaselo, Fin.

Yo sentía demasiado cansancio para explicar nada, menos aún sobre la idea del Gran Hermano de cómo explorar un planeta.

—Cuéntale tú lo de las multas mientras yo resuelvo esto con Bult —dije, y me dirigí a la zona vallada atravesando el compuesto.

Para mí no hay nada peor que trabajar para un gobierno con complejo de culpabilidad. Lo único que hacíamos en Boohte era explorar el planeta, pero el Gran Hermano no quería que nadie los acusara de «implacable expansión imperialista» y de arrasar a los indígitos como hicieron cuando colonizaron América.

Así que crearon todas esas reglas para «preservar los ecosistemas planetarios» (lo que implicaba que no se nos permitía construir presas o matar la fauna local), y «proteger a las culturas indígenas de la contaminación tecnológica» (lo que significaba que no podíamos darles agua de fuego ni armas), e implantaron multas por romper las normas.

Y ahí fue donde cometieron el primer error, porque pagaban las multas a los indígitos, y Bult y su tribu sabían reconocer una ventaja en cuanto la veían, y antes de que te dieras cuenta te multaban por dejar pisadas, y Bult compraba contaminación tecnológica a diestro y

siniestro con lo que recaudaba.

Supuse que estaría en la zona de la puerta, hundido hasta la segunda articulación en objetos de consumo, y no me equivoqué. Cuando abrí la puerta, estaba abriendo una caja de paraguas.

—Bult, no puedes cargarnos las multas cometidas por el rover—dije.

Él sacó un paraguas y lo examinó. Era de esos plegables. Sostuvo el paraguas ante él y pulsó un botón. Se encendieron luces por todo el reborde.

—Destrucción de superficie terrestre —dijo.

Le tendí su cuaderno.

—Ya conoces las reglas. «La expedición no es responsable de las violaciones cometidas por cualquier persona que no sea miembro oficial de ella.»

Él seguía enfrascado con los botones. Las luces se apagaron.

—Bult miembro —dijo, y el paraguas se abrió y se cerró, a un pelo de mi estómago.

—¡Cuidado! —Salté hacia atrás—. Tú no puedes cometer infracciones, Bult.

Bult soltó el paraguas y abrió una gran caja de dados, cosa que haría feliz a Carson. Su ocupación favorita, aparte de echarme la culpa de todo, es el juego.

—¡Los indígitos no pueden cometer infracciones! —exclamé.

—Tono y modales inadecuados —dijo él.

También sentía demasiado cansancio para esto, y seguía teniendo que hacer el informe y el paradero. Lo dejé desempaquetando una caja de cortinas de baño y me marché.

Abrí la puerta.

—Cariño, estoy en casa —llamé.

—¡Hola! —canturreó alegremente C.J. desde la cocina, que estaba a un paso—. ¿Cómo ha ido la expedición?

Ella apareció en el umbral, sonriendo y secándose las manos en un paño. Se había acicalado: tenía la cara limpia, se había peinado y llevaba una camisa abierta hasta treinta grados norte.

—La cena está casi preparada —anunció alegremente, y entonces se detuvo y miró alrededor—. ¿Dónde está Evelyn?

—En el establo —dije, soltando mis cosas en una silla—, hablando con Carson, el explorador planetario. ¿Sabías que somos famosos?

—¡Qué suciedad! —observó ella—. Y llegáis tarde. ¿Qué demonios os ha hecho tardar tanto? La cena está fría. La tenía lista hace dos horas. —Señaló mis cosas con un dedo—. Saca esa asquerosa mochila de ahí. Ya es bastante malo tener que soportar berrinches de polvo sin que vosotros dos os revolquéis en la mierda.

Me senté y apoyé las piernas sobre la mesa.

—¿Y cómo te ha ido el día, querida? ¿Bautizaron en tu nombre un charco de barro? ¿Te acostaste con algún solitario?

—Muy gracioso. Da la casualidad de que Evelyn es un joven muy agradable que comprende cómo es estar sola en un planeta durante semanas sin nadie a cientos de kloms y quién sabe qué peligros acechando ahí fuera...

—Como perder esa camisa —la interrumpí.

—No estás precisamente en posición de criticar mi aspecto —atajó ella—. ¿Cuándo fue la última vez que te cambiaste la tuya? ¿Qué has estado haciendo, revoleándote en el barro? Y quita esas botas de los muebles. ¡Son repugnantes! —Me golpeó las piernas con el paño de cocina.

Era tan divertido como hablar con Bult. Si me iban a pasar por la parrilla, más valía que fuera a manos de expertos. Me levanté de la silla.

—¿Alguna observación?

—Si quieres decir reprimendas oficiales, hay dieciséis. Están en el ordenador. —Volvió

a la cocina, con la falda ondeando—. Y lávate. No te sientes a la mesa con ese aspecto.

—Sí, querida —dije, y me dirigí a la consola. Introduje el informe de la expedición y eché un vistazo a las superficies que había explorado en el Sector 247-72 y luego solicité las observaciones.

Estaban los mensajes de amor habituales del Gran Hermano: no cubríamos suficientes sectores, no dábamos suficientes nombres indígenas, incurriamos en demasiadas multas.

«Observación sobre el lenguaje utilizado por los miembros de las expediciones de exploración: tales miembros se abstendrán de emplear términos despectivos en referencia al gobierno, sobre todo abreviaciones y términos de argot como "Gran Hermano" y "los capullos de casa". Esas referencias implican falta de respeto, y por tanto minan las relaciones con los seres indígenas y obstruyen los objetivos del gobierno. Los miembros de las expediciones de exploración se referirán por tanto al gobierno con su nombre adecuado y completo.»

Entraron Evelyn y Carson.

—¿Algo interesante? —preguntó Carson, inclinándose sobre mí.

—Teníamos nuestros micros demasiado altos —dije.

Me dio una palmada en el hombro.

—Voy a comprobar el tiempo y a darme un baño.

Asentí, contemplando la pantalla. Él se marchó y yo me quedé contemplando de nuevo las observaciones y luego miré a mis espaldas. Ev estaba inclinado sobre mí, con la barbilla prácticamente sobre mi hombro.

—¿Le importa si miro? —dijo—. Es tan exci...

—Lo sé, lo sé —dije—. No hay nada más emocionante que leer un puñado de informes del Gran Hermano. Oh, lo siento —dije, señalando la pantalla—, se supone que no podemos llamarlos así. Se supone que debemos utilizar títulos adecuados. No hay nada más emocionante que leer los informes del Tercer Reich.

Ev sonrió, y yo pensé sí, es más listo de lo que parece.

—Fin. —C.J. llamó desde la puerta del comedor. Se había desabrochado la blusa otros diez grados—. ¿Puedo llevarme a Evelyn un minuto?

—Apuesta a que sí, Crissa Jane.

Ella me miró de mal talante.

—Es lo que significa C.J., ¿sabe? —informé a Ev—. Crissa Jane Tull. Tendrá que recordarlo para cuando salgamos de expedición.

—¡Fin! —exclamó ella—. Ev —llamó dulcemente—, ¿puedes ayudarme con la cena?

—Claro —dijo Ev y se fue tras ella como una bala. Bueno, no mucho más listo.

Volví a las observaciones. No estábamos mostrando un «respeto adecuado por la integridad cultural indígena», lo que quería decir vete a saber qué; no habíamos rellenado todavía la subsección 12-2 del informe de minerales de la Expedición 158; habíamos dejado dos huecos de territorio inexplorado en la Expedición 162, uno en el Sector 248-76 y otro en el Sector 246-73.

Yo sabía lo que era el hueco 246-73, pero no el otro, y dudaba de que hubiera aún un hueco. Habíamos recorrido gran parte de ese territorio en la penúltima expedición.

Pedí las topográficas y solicité un diseño de mapas. El Gran Herma... Hizzoner tenía razón por una vez. Había dos agujeros en el mapa.

Carson entró, con una toalla y un par de calcetines limpios.

—¿Nos han despedido ya?

—Por poco. ¿Cómo está el tiempo?

—Lloverá en las Poniacas a principios de la semana que viene. Por lo demás, nada. Ni siquiera un berrinche de arena. Parece que podremos ir adonde queramos.

—¿Qué tal por territorio explorado? ¿Por la 76 arriba?

—:Lo mismo. Claro y seco. ¿Por qué? —dijo, acercándose para echar un vistazo a la



pantalla—. ¿Qué tienes?

—No lo sé todavía. Probablemente, nada. Ve a lavarte.

Se dirigió hacia la letrina. Sector 248-76. Eso quedaba al otro lado de la Lengua y, si no recordaba mal, cerca del Arroyo de Sombraplata. Frunció el ceño ante la pantalla durante un minuto y luego pedí el diario de la Expedición 181 y empecé a echarle una ojeada rápida.

—¿Es ésa la expedición de la que acaban de volver? —dijo Ev, y yo me di la vuelta para encontrármelo otra vez pegado encima.

—Creía que estaba ayudando a C.J. en la cocina —señalé, desconectando el ordenador.

Él hizo una mueca.

—Hace demasiado calor allí dentro. ¿Enviaba el diario de la expedición a la NASA?

Sacudí la cabeza.

—El diario va en directo. Se transmite directamente a C.J. y ella lo envía a través de la puerta. Estaba terminando el sumario de la expedición.

—¿Envía usted todos los informes?

—No. Carson envía las topográficas y las f-y-f. Yo envío las geológicas y las cuentas. —Pedí la suma de las multas de Bult.

Ev parecía inquieto.

—Quería pedirle disculpas por conducir el rover. No sabía que iba contra las reglas utilizar transporte no indígena. Lo último que querría hacer en mi primer día era meterlos en problemas a usted y al doctor Carson.

—No se preocupe. Todavía nos quedan salarios en esta expedición, lo cual ya es más de lo que sacamos en las dos últimas. Lo único que realmente te mete en problemas es matar a la fauna y bautizar cualquier descubrimiento con el nombre de alguien —dije, mirándolo, pero él no pareció especialmente culpable. Por lo visto C.J. aún no había adoptado su pose total—. De todas formas, estamos acostumbrados a los problemas.

—Lo sé —contestó él, animado—. Como la vez que la estampida casi acaba con su vida y el doctor Carson llegó al rescate.

—¿Cómo sabe eso? —pregunté.

—¿Está de broma? Son ustedes...

—Famosos, ya. Pero cómo...

—Evelyn —llamó C.J., chorreando miel con cada sílaba—, ¿puedes ayudarme a poner la mesa? —El volvió a marcharse.

Conecté de nuevo el diario 181 y luego cambié de opinión y pedí los paraderos. Comprobé las dos veces que habíamos estado en el Sector 248-76. Wulfmeier había estado en la Puerta de Salida en ambas ocasiones, lo que no demostraba nada. Pedí una verificación sobre él.

—Necesito ordenador —dijo Bult.

Alcé la cabeza. Estaba junto al ordenador, apuntándome con su paraguas.

—Yo también necesito el ordenador —dije, y él echó mano a su diario—. Además, casi es la hora de la cena.

—Necesito comprar —dijo él, colocándose tras de mí para poder ver la pantalla—. Confiscación forzosa de propiedad.

—Muy bien —accedí, preguntándome qué era peor, no poder escapar de la bayoneta de su paraguas o una nueva multa. Además, no podría averiguar lo que necesitaba saber con tanta gente pegada a mi hombro. Y la cena estaba preparada. Evelyn empujó la puerta de la cocina con el hombro y sacó un plato de carne. Pedí el catálogo.

—Aquí tienes —dije, levantándome—. Nieman Marcus a tu disposición. Adelante. Compprra.

Bult se sentó, abrió el paraguas y empezó a hablar con el ordenador.

—Un par de docenas de gafas de campo digiscan polarizantes —dijo—, con funciones

telemétricas y ampliación de objetos.

Ev se le quedó mirando.

—Una máquina tragaperras «Patinadores Especiales» —prosiguió Bult.

Ev se acercó con el plato.

—¿Bult sabe hablar inglés?

Cogí un trozo de carne.

—Depende. Cuando está pidiendo cosas, sí. Cuando se le habla, no mucho. Cuando intentas negociar exploraciones satélite o permiso para emplazar una puerta, no hablo inglés. —Cogí otro trozo de carne.

—¡Ya está bien! —protestó C.J., que traía las verduras—. ¡De verdad, Fin, tienes los modales de un rompepuertas! ¡Al menos podrías esperar a que lleguemos a la mesa! —Soltó las verduras—. ¡Carson! ¡La cena está lista! —Llamó, y regresó a la cocina.

Él entró, secándose las manos con una toalla. Se había lavado y afeitado alrededor del bigote. Se acercó a mí.

—¿Has encontrado algo? —murmuró.

—Tal vez.

Ev, todavía sosteniendo el plato de carne, me miraba intrigado.

—He descubierto que esos binoculares que perdiste van a costarnos trescientos —dije.

—¿Yo los perdí? —contestó Carson—. Los perdiste tú. Los puse junto a tu mochila. ¿Por qué demonios son trescientos?

—Posible contaminación tecnológica —expliqué—. Si los encuentra un indígitos nos habrás hecho perder quinientos.

—¡Y he sido yo! —exclamó él.

C.J. entró con un cuenco de arroz. Se había puesto otra camisa con las coordenadas aún más bajas, y con luces alrededor de los bordes como las del paraguas de Bult.

—Tú eras el que tenías prisa por regresar y conocer a *Evelyn* —señalé.

Saqué una silla de debajo de la mesa y me senté. Él cogió el plato de las manos de Ev.

—Quinientos. ¡Mierda! —Colocó el plato sobre la mesa—. ¿A cuánto asciende el resto de las multas? —No lo sé. Aún no lo he calculado.

—Bien, ¿qué demonios has estado haciendo esta vez? —Se sentó—. Está claro que no te has dado un baño.

—C.J. se ha arreglado lo suficiente por todos —dije—. ¿Para qué son las luces? —le pregunté. Carson hizo una mueca.

—Son como las señales de las pistas de aterrizaje, para que puedas encontrar el camino. C.J. lo ignoró.

—Siéntate a mi lado Evelyn.

Él le retiró la silla y C.J. se sentó, apañándose para inclinarse de forma que pudiera verle toda la pista. Ev se sentó a su lado.

—¡No puedo creer que esté cenando con Carson y Findridy! Háblenme de sus expediciones. Seguro que han corrido un montón de aventuras.

—Bueno —dijo Carson—, Fin perdió los binos.

—¿Han decidido ya cuándo empezaremos la próxima expedición? —preguntó Ev. Carson me miró.

—Todavía no —contesté—. Dentro de unos cuantos días, probablemente.

—Oh, bueno —ronroneó C.J., inclinándose en dirección de Ev—. Así tendremos más tiempo para conocernos. —Se colgó de su brazo.

—¿Puedo ayudar en algo? —dijo Ev—. ¿Cargar los ponis o algo? Estoy ansioso por comenzar.

C.J. le soltó el brazo, disgustada.

—¿Para así poder pasar tres semanas durmiendo en el suelo y escuchando a estos dos?

—¿Estás de broma? —dijo él—. ¡Hice la solicitud para tener la oportunidad de ir de expedición con Carson y Findriddy hace cuatro años! ¿Cómo es estar en el equipo de investigación con ellos?

—¿Cómo es? —Ella nos miró—. Son maleducados y sucios, se saltan todas las normas, y no dejes que todas sus discusiones te engañen: son uña y carne. —Montó un dedo sobre otro—. Nadie tiene una oportunidad contra esos dos.

—Lo sé —asintió Ev—. En los saltones se...

—¿Qué son esos saltones? —pregunté—. ¿Una especie de holo?

—Son DHVs —dijo Ev, como si eso lo explicara todo—. Hay toda una serie sobre usted, Carson y Bult. —Se detuvo y miró a Bult agazapado sobre el ordenador, bajo su paraguas—. ¿Bult no come con ustedes?

—No le está permitido —respondió Carson, sirviéndose la carne.

—Reglas —expliqué—. Contaminación cultural. Invitarlo a comer a la mesa y usar cubiertos es imperialista. Podríamos corromperlo con comidas terrestres y enseñándole modales.

—Hay pocas posibilidades de eso —dijo C.J., retirando el plato de carne del alcance de Carson—. Vosotros dos no sabéis lo que son los modales.

—Así que mientras comemos —prosiguió Carson, desparramando patatas sobre su plato—, él se sienta a ordenar tacitas de café y cucharillas para doce. Nadie ha dicho jamás que el Gran Hermano tuviera mucha lógica.

—El Gran Hermano, no —intervine, blandiendo un dedo ante Carson—. Observación a nuestra última reprimenda: los miembros de la expedición se referirán al gobierno por su título adecuado.

—¿Cuál? ¿Idiotas, S.A.? —se burló Carson—. ¿Qué otras brillantes órdenes has encontrado?

—Quieren que cubramos más territorio. Y han desautorizado uno de nuestros nombres. Arroyo Verde.

Carson levantó la cabeza de su plato.

—¿Qué demonios hay de malo en Arroyo Verde?

—Hay un senador llamado Verde en el Comité de Vías y Obras. Pero no pudieron demostrar ninguna conexión, así que nos multaron con el mínimo.

—También hay gente se que llama Ríos o Montes —dijo Carson—. Si uno de éstos entra en el comité, ¿qué demonios haremos entonces?

—Creo que es ridículo que no se pueda poner a las cosas nombres de gente —dijo C.J.—. ¿No te parece, Evelyn?

—¿Por qué no se puede? —preguntó Ev.

—Reglas —dije yo—. «Observación a la práctica de nombrar formaciones geológicas, ríos, etc., en honor a exploradores, oficiales del gobierno, personajes históricos, etc.: dicha práctica es indicativa de actitudes colonialistas opresivas y falta de respeto por las tradiciones culturales indígenas, etc., etc.» Pasadme la carne.

C.J. cogió el plato, pero no lo pasó.

—¡Opresivo! Faltaría más. ¿Por qué no podemos ponerle a algo nuestro nombre? Somos nosotros quienes estamos atascados en este horrible planeta solos en territorio inexplorado durante meses y meses y con vete a saber qué peligros acechando. Merecemos algo.

Carson y yo hemos oído este discurso como unas cien o doscientas veces. Antes nos machacaba a nosotros, pero luego descubrió que los prestamistas eran más receptivos.

—Hay cientos de montañas y arroyos en Boohte. No me diréis que no hay algún medio de nombrar a uno de ellos en honor a alguien. Quiero decir que el gobierno ni siquiera se enteraría.

Bueno, en eso creo que se equivoca. Sus Majestades Imperiales comprueban cada nombre, y aunque lo único que intentáramos colarles fuera un insecto llamado C.J., podrían expulsarnos de Boohte.

—Hay una forma de conseguir que bauticen algo con tu nombre, C.J. —dijo Carson—. ¿Por qué no dijiste que estabas interesada?

C.J. entornó los ojos.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas a Stewart? Fue uno de los primeros exploradores de Boohte —le explicó a Ev—. Quedó atrapado en una riada y acabó aplastado contra una colina. La Colina de Stewart, la llamaron. *In memoriam*. Todo lo que tienes que hacer es coger mañana el heli y apuntar contra lo que quieras que tenga tu nombre, y...

—Muy gracioso —bufó C.J.—. Estoy hablando completamente en serio. —Se volvió hacia Ev—. ¿No te parece normal el deseo de dejar alguna huella, para que después de que te marches no te olviden, una especie de monumento a tu labor?

—¡Mierda, si hablamos de labor, quienes tendrían que ponerle el nombre a algo somos Fin y yo! —dijo Carson—. ¿Qué te parece, Fin? ¿Quieres ponerle tu nombre a algo?

—¿Y qué sacaría de eso? ¡Lo que quiero es la carne! —Extendí las manos, pero nadie me hacía caso.

—Lago Findriddy —dijo Carson—. Meseta Fin.

—Pantano Findriddy —intervino C.J.

Era hora de cambiar de tema, o nunca conseguiría nada de carne.

—Así que, Ev, es usted sexozoólogo.

—Socioexozoólogo —corrigió—. Estudio conductas instintivas de apareamiento en especies extraterrestres. Ritos de cortejo y conductas sexuales.

—Bueno, ha venido sin duda al lugar adecuado —dijo Carson—. C.J...

—Háblame de las especies interesantes que has estudiado —cortó C.J.

—Bueno, en realidad todas son interesantes. La mayoría de las conductas animales son instintivas y condicionadas, pero la conducta reproductora es realmente complicada. En parte es condicionada, en parte se basa en estrategias de supervivencia, y la combinación produce un número considerable de variantes. Los charlagartos de Ottiyal se aparean dentro del cráter de un volcán en activo, y hay una especie terrana, el parrapájaro, que construye una elaborada parra de cincuenta veces su tamaño y luego la decora con orquídeas y bayas para atraer a la hembra.

—Vaya nido —dije.

—Oh, pero no es el nido —contestó Ev—. El nido se construye delante de la parra y es bastante corriente. La parra es sólo para el cortejo. Los seres inteligentes son aún más interesantes. Los machos inlicce se cortan los dedos de los pies para impresionar a las hembras. Y el ritual de cortejo de los opantis (los seres indígenas inteligentes de Jevo) dura seis meses. La hembra opanti plantea una serie de tareas difíciles que el macho debe realizar antes de que ella le permita aparearse.

—Igual que C.J. —reí—. ¿Qué clase de tareas tienen que hacer esos opantis para las hembras? ¿Ponerle su nombre a los ríos?

—Las tareas varían, pero a menudo consisten en regalar piezas de estima, realizar pruebas de valor o superar retos de fuerza.

—¿Cómo es que los machos tienen que hacer siempre todo el cortejo? —dijo Carson—. Tienen que conseguir dulces y flores, demostrar que son duros, construyen parras mientras la hembra se queda allí sentada tratando de decidir.

—Porque al macho sólo le interesa aparearse —contestó Ev—. A la hembra le preocupa asegurar la supervivencia óptima de sus retoños, lo que significa que necesita un macho listo y fuerte. Pero el macho no hace todo el cortejo. Las hembras envían señales de respuesta para

animar y atraer a los machos.

—¿Como luces de aterrizaje? —pregunté.

C.J. me miró desafiante.

—Sin esas señales, el ritual de cortejo se rompe y no puede completarse —concluyó Ev.

—Lo recordaré —dijo Carson. Se retiró de la mesa—. Fin, si queremos empezar dentro de dos días, será mejor que echemos un vistazo al mapa. Traeré las nuevas topográficas. —Se marchó.

C.J. despejó la mesa, y yo eché a Bult del ordenador y empecé el mapa, rellenando los huecos con topográficas extrapoladas antes de regresar a la mesa.

Ev estaba inclinado sobre el mapa.

—¿Es esto la Muralla? —preguntó, señalando la Lengua.

—No. Eso es la Lengua. Ésto es la Muralla —dije, metiendo la mano en mitad del holo para demostrarle su curso.

—No sabía que era tan larga... —se asombró, siguiendo su curso sinuoso a lo largo de la Lengua hasta las Ponicacas—. ¿Qué parte es territorio inexplorado?

—La parte en blanco —dije, mirando la enorme extensión occidental del mapa. La zona cartografiada parecía una gota en un océano.

Carson regresó y llamó a Bult y a su paraguas, y discutimos las rutas.

—No hemos cartografiado ninguno de los afluentes norte de la Lengua. —Carson señaló una zona con un marcador de luz—. ¿Por dónde podemos cruzar la Muralla, Bult?

Bult se inclinó sobre la mesa y señaló torpemente dos zonas distintas, asegurándose de que su dedo no entrara en el holo.

—Si cruzamos por aquí —dije, cogiendo el marcador de Carson—, podemos atravesar por aquí y seguir Risco Arenas-negras arriba. —Encendí una línea en el Sector 248-76 y a través del agujero—. ¿Qué te parece?

Bult señaló la otra abertura en la Muralla, manteniendo su dedo bien por encima de la mesa.

—Cahmino massh ráhpido.

Miré a Carson.

—¿Qué te parece?

Él me miró fijamente.

—¿Llegaremos a ver los árboles que tienen las hojas de plata? —preguntó Ev.

—Tal vez —contestó Carson, sin dejar de mirarme—. Cualquier camino me parece bueno —le dijo a Bult—. Tendré que comprobar el clima y ver cuál será más adecuado. Parece que ha llovido mucho por aquí. —Apuntó con el dedo la ruta marcada por Bult—. Y tendremos que estudiar el terreno. ¿Quieres hacerlo, Fin?

—Apuesta a que sí —dije.

—Yo comprobaré el clima, y veré si podemos elaborar una ruta a través de los plataluces para que Evie los vea. Salió.

—¿Puedo ver cómo estudia el terreno? —me preguntó Ev.

—Claro. —Me dirigí al ordenador.

Bult estaba utilizándolo otra vez, agachado bajo su paraguas, comprando una ruleta.

—Tengo que calcular la ruta más sencilla —declaré—. Podrás dedicarte al comercio cuando acabe.

Sacó su cuaderno.

—Prácticas discriminatorias —declaró.

Eso era nuevo.

—¿Por qué todas esas multas, Bult? —dije—. ¿Estás ahorrando para comprar un...? —Estuve a punto de decir «casino», pero sólo faltaba que le diera nuevas ideas—. ¿Para comprar algo grande?

Él volvió a coger su cuaderno.

—Necesito el ordenador si quieres introducir esas multas que sumaste con el rover hoy —dije.

Él vaciló, preguntándose si al multarme por «intentar sobornar a explorador indígena» ganaría más que con las multas del rover, y entonces se desplegó articulación por articulación y me dejó el sitio.

Contemplé la pantalla. No tenía sentido comprobar el terreno cuando ya conocía la ruta que quería, y no podía mirar el diario con Bult y Ev allí delante. Empecé a sumar las multas.

C.J. entró unos minutos después y se llevó a Ev para convencerlo de que el Gran Hermano no lo pillaría si le ponía a una de las montañas Monte C.J., pero Bult seguía pululando cerca de mí, apuntándome a la espalda con su paraguas.

—¿No tienes que ir a desempaquetar todos esos paraguas y cortinas de ducha que has comprado? —dije, pero él ni siquiera parpadeó.

Tuve que esperar a que todo el mundo estuviera acostado, incluyendo a C.J., que se había metido en su jergón con un picardías que no ocultaba nada y luego se levantó para decirle buenas noches a Ev y dirigirle una última mirada, antes de poder echarle un vistazo a ese diario.

Me supuse que Bult estaría en la zona de la puerta, desempaquetando sus compras, pero me equivocaba. Lo que significaba que estaba todavía «comprando» y yo nunca podría estar a solas con el ordenador. Pero tampoco lo encontré en el comedor.

Comprobé en la cocina y luego miré en los establos. A medio camino divisé un semicírculo de luces junto al borde. No tenía ni idea de lo que podía estar haciendo allí; probablemente intentaba poner multas al equipaje, pero al menos no estaba enganchado al ordenador.

Me acerqué lo suficiente para asegurarme de que era él y no sólo su paraguas y luego volví al salón y le pedí a Puerta de Salida una verificación sobre Wulfmeier. La conseguí, lo que tampoco significaba nada. Bult podría conseguir más dinero vendiendo verificaciones falsas que poniéndonos multas.

Pedí una trazadora y luego comprobé el resto de los rompepuertas. Teníamos señales sobre Miller y Abeyta, y Shoudamire estaba en el puente del *Powell*, lo que dejaba a Karadjk y Red Fox. Estaban en el Brazo.

La trazadora mostraba a Wulfmeier en Dazil hasta el día anterior por la tarde. Reflexioné y luego pedí el diario y coordenadas marco a marco y me acomodé para observarlas.

Tenía razón. El Sector 248-76 estaba cerca de la Muralla, a unos veinte kloms de donde habíamos cruzado, una zona de montañas ígneas grisáceas cubierta de matorrales hasta la altura de las rodillas, probablemente la razón de que nos lo hubiéramos saltado.

Pedí una aérea. C.J. había cubierto el 248-76 en uno de sus viajes a casa. Conecté los íntimos y pedí las visuales. Tenía el aspecto que yo recordaba: montañas y matorrales, unos pocos matacaminos. La visual indicaba esquisto de grano fino con filosilicatos todo el camino. Pedí el diario anterior. En esa expedición fuimos al sur. En ese lado también había montañas y matorrales.

El esquisto que habíamos encontrado en Boohte carecía de oro, y no había signos de sal ni de anomalías resacas, así que no era un anticlinal. Además, habíamos tenido buenos motivos para saltarnos la zona dos veces: la primera vez estábamos siguiendo la Muralla, buscando una brecha; la segunda intentábamos evitar el 246-73. En ninguna de las dos ocasiones llegué a sospechar que Bult estuviera evitándolo. Aunque así fuera, sería probablemente porque los ponis se atascarían ante lo empinado de las montañas.

Por otro lado, habíamos estado cerca dos veces y en aquellas montañas podía esconderse casi cualquier cosa, incluida una puerta.

Borré mis transacciones, levanté los íntimos y regresé a la casa para hablar con Carson.

Ev estaba apoyado contra la puerta. Parecía tan satisfecho y relajado que me pregunté si C.J. se había desmoronado y le había echado un polvo. Solía hacerlo y luego intentaba que los prestamistas pusieran su nombre a cualquier cosa, pero la mitad de las veces lo olvidaban, y decidí que funcionaba mejor de la otra manera.

En fin, por la manera en que lo miraba durante la cena, todo era posible.

—¿Qué hace aquí? —le pregunté.

—No podía dormir. —Miró hacia la cordillera—. Sigo sin poder convencerme de que estoy de verdad aquí. Es maravilloso.

En eso tenía razón. Las tres lunas de Boohte habían salido y colgaban en fila como una expedición. Su luz daba a la cordillera una tonalidad azul purpúrea. Me apoyé contra el otro lado de la puerta.

—¿Cómo es estar ahí fuera, en territorio inexplorado? —preguntó.

—Es como esas costumbres de apareamiento tuyas: en parte instinto, en parte estrategia de supervivencia, demasiadas variables. Pero sobre todo es un montón de polvo y triangulaciones —dije, aunque sabía que no me creería—. Y poncacas.

—No puedo esperar.

—Entonces será mejor que se vaya a la cama —aconsejé, pero él no se movió.

—¿Sabía que un buen número de especies ejecutan sus rituales de apareamiento a la luz de la luna? Como el latigopoluntad y la rana antarreana.

—Y los adolescentes —dije, y bostecé—. Será mejor que nos vayamos a la cama. Tenemos mucho que hacer por la mañana.

—No creo que pueda dormir —suspiró, todavía con aquella expresión drogada.

Empecé a preguntarme si me habría equivocado al considerarlo tan listo.

—He visto los vids, pero no le hacen justicia —añadió, mirándome—. No tenía ni idea de que todo fuera tan hermoso.

—Tendría que haber usado esa frase con C.J. y su picardías —dijo Carson, quien asomó la cabeza por la puerta. Llevaba puesto el pijama y las botas—. ¿Qué demonios pasa aquí?

. —Le estaba aconsejando a Ev que se acostara para que podamos empezar por la mañana —dije yo, mirando a Carson.

—¿De verdad? —dijo Ev. La expresión aturdida desapareció—. ¿Mañana?

—Al amanecer, así que será mejor que vuelva a la cama. Es la última oportunidad que tendrá de disfrutar de un colchón en dos semanas.

Pero no mostró ninguna intención de marcharse, y yo no podía hablar con Carson con él delante.

—¿Adónde vamos?

—Territorio inexplorado —respondí—. Pero se quedará dormido en el huesosilla y se lo perderá si no se acuesta.

—¡Oh, ahora no podría dormir! —contestó él, contemplando la cordillera—. ¡Estoy demasiado nervioso!

—Será mejor que empaquete sus cosas, entonces —dijo Carson.

—Ya lo tengo todo empaquetado.

Salió C.J. Para cubrir su picardías se había echado encima una bata que no tapaba nada.

—Nos marchamos al amanecer —anuncié.

—Oh, no podéis marcharos todavía —protestó ella, y metió a Ev dentro.

Carson me siguió a medio camino entre la casa y el establo.

—¿Qué has encontrado?

—Un agujero en el Sector 248-76. Lo hemos pasado por alto dos veces, y Bult nos guiaba las dos veces.

—¿Estratos fósiles?

—No. Metamórficos. Probablemente no es nada, pero Wulfmeier estaba ayer por la tarde en Dazil, y lo comprobé con la Puerta de Salida. No creo que esté allí tampoco.

—¿Qué crees que está haciendo? ¿Excavando?

—Tal vez. O usándolo como cuartel general mientras echa un vistazo.

—¿Dónde has dicho que era?

—Sector 248-76.

—Mierda —masculló en voz baja—. Eso está a dos pasos del 246-73. Si es Wulfmeier, acabará encontrándolo. Tienes razón. Tenemos que ir. —Sacudió la cabeza—. Ojalá no tuviéramos que cargar con ese prestamista. ¿Qué estaba haciendo aquí fuera? ¿Descansando entre dos asaltos con C.J.?

—Discutíamos sobre costumbres de apareamiento.

—¡Sexozoólogo! El sexo es uno de los peores peligros de las expediciones.

—Ev puede manejar a C.J. Además, ella no nos acompañara.

—No es C.J. quien me preocupa.

—¿Qué es, entonces? ¿Que intente bautizar uno de los anuentes como Arroyo Crissa? ¿Que construya un nido cincuenta veces más grande que él? ¿Qué?

—No importa. —Se dirigió hacia la zona de la puerta—. Se lo diré a Bult. Carga tú los ponis.



## EXPEDICIÓN 184: DÍA 1

Acabamos haciendo que CJ. nos llevara hasta la Lengua. Carson y yo calculamos cuánto tardaríamos en llegar a territorio inexplorado y cuántas multas acumularíamos por el camino y decidimos que era más barato ir en heli, incluso con la multa a los vehículos aéreos. CJ. estaba encantada de tener una última oportunidad con Ev. Lo mantuvo delante con ella durante todo el camino.

—Deja de tontear con Evie y envíalo aquí atrás —le dijo Carson a CJ. cuando la Lengua apareció a la vista—. Tenemos que comprobar sus cosas.

Él volvió a la bodega inmediatamente, con el aspecto de un niño la víspera de Navidad.

—¿Estamos ya en territorio inexplorado? —preguntó, agachándose y asomándose a la escotilla abierta.

—Cartografiamos toda esta parte del río la última vez —respondí—. Las reglas dicen que nada de alcohol, ni tabaco, ni drogas, ni cafeína. ¿Lleva algo de eso?

—No.

Le tendí su micro y él se lo colocó delante de la garganta.

—Nada de tecnología avanzada a excepción del equipo científico, nada de cámaras, ni láseres o armas de fuego.

—Tengo un cuchillo. ¿Puedo llevarlo?

—Sólo si no lo usa para matar algún ejemplar indígena.

—Si siente la urgencia de matar a alguien, mate a Fin —se burló Carson—. Por nosotros no ponen multas.

El heli se acercó a la Lengua y sobrevoló la orilla más cercana.

—Usted es el primero en salir —le dije, empujándole a la puerta—. CJ. sobrevolará la zona. Le tiraremos las cosas.

Él asintió y se preparó para saltar. Bult lo apartó, abrió su paraguas y bajó flotando como Mary Poppins.

—El segundo —grité—. No aterrice sobre la flora, si puede evitarlo.

Él volvió a asentir y miró a Bult, que ya había sacado su cuaderno.

—¡Espera! —dijo CJ. Abandonó el asiento de piloto y se nos acercó—. No podía dejarte sin decirte adiós, Ev —dijo, y le dio un gran abrazo.

—¿Qué demonios estás haciendo, C.J.? —preguntó Carson—. ¿Sabes el valor de la multa por estrellar un heli?

—Está en automático —le replicó ella, y plantó un húmedo beso sobre Ev—. Estaré esperando —dijo apasionadamente—. Buena suerte, espero que encuentres montones de cosas a las que poner nombre.

—Estamos esperando —urgí yo—. Venga, ya le ha dicho adiós, Ev. Ahora salte.

—No lo olvides —susurró C.J., y se inclinó para volver a besarlo.

—Ahora —dije, y le di un empujón. Él saltó. CJ. se agarró al borde de la portezuela y me miró con muy mala cara. La ignoré y empecé a tenderle los petates y el equipo de exploración.

»No se cargue la flora —le grité, demasiado tarde. Ya había pisado unos matojos.

Miré a Bult, pero se había acercado al borde del río y miraba en otra dirección con los binos.

—Lo siento —me gritó Ev. Enderezó la planta y buscó alrededor un espacio pelado.

—Deja de chismorrear y salta —dijo Carson a mis espaldas—, para que pueda descargar los ponis.

Agarré las mochilas de suministros y se las tendí a Ev.

—Échese atrás —le grité, y escruté el suelo en busca de una zona despejada.

—¿Por qué tardas tanto? —gritó Carson—. Van a descargar antes de que los descargue.

Detecté una zona pelada y salté, pero antes de llegar, Carson gritó:

—¡Más bajo, C.J.!

Por lo que casi choqué la cabeza con el heli cuando me enderecé.

—¡Más bajo! —gritó Carson por encima del hombro, y CJ. hizo zambullirse al heli—. Fin, coge las riendas, porras. ¿A qué demonios estás esperando? ¡Llévatelos!

Cogí las riendas oscilantes, lo que sirvió para tanto como siempre, pero Carson siempre piensa que los ponis van a volverse racionales de pronto y a saltar. Retrocedieron y se atascaron y apretujaron a Carson contra la pared de la bodega del heli, como siempre, y Carson dijo, también como siempre:

—¡Seréis cretinos! ¡Apartaos de mí! —Bult se afanó a apuntarlo todo en su cuaderno.

—Abuso verbal de fauna indígena.

—Vas a tener que empujarlos —dije, como siempre, y volví a subir.

»Ev —grité—, vamos a bajarlos como podamos. Indique a CJ. cuándo toca las puntas de los matorrales.

C.J. hizo dar la vuelta al heli y bajó un poco más.

—Más arriba —dijo Evelyn, indicando con la mano—. Muy bien.

Estábamos a medio metro del suelo.

—Intentémoslo una vez más —dijo Carson, como siempre—. Coge las riendas.

Lo hice. Esta vez, se apretujaron contra el respaldo del asiento de C.J.

—Maldición, hijos de puta de cerebros de mierda —gritó Carson y les golpeó los cuartos traseros. Se apretujaron contra él un poco más.

Conseguí colocarme junto a Carson y alcé una pata trasera del que le estaba pisando la pierna mala. El animal obedeció como si lo hubieran drogado; conseguimos arrastrarlo hasta el borde de la puerta y lo empujamos. Aterrizó con un «oof» y se quedó allí.

Evelyn se apresuró a echarle un vistazo.

—Creo que está herido —dijo.

—No. Sólo exagera. Apártese.

Levantamos a los otros tres, los tiramos encima del primero y saltamos.

—¿No deberíamos hacer algo? —se inquietó Evelyn, contemplando ansioso el montón.

—No hasta que estemos preparados para partir —dijo Carson, quien recogió sus cosas—. No pueden cagar en esa posición. Vamos, Bult. Empaquetemos.

Bult se hallaba todavía junto a la Lengua, pero había soltado los binos y estaba agachado en la orilla, contemplando el agua de un centímetro de profundidad.

—¡Bult! —grité, acercándome a él.

Se levantó y sacó su cuaderno.

—Perturbación de la superficie del agua —declaró, señalando el heli—. Generación de oleaje.

—No hay agua suficiente para levantar olas —objeté, metiendo la mano—. Apenas hay agua suficiente para mojarle el dedo.

—Introducción de cuerpo extraño en agua —prosiguió Bult.

—Extraño... —empecé a decir, pero el heli ahogó mis palabras. Revoloteó sobre la Lengua, revolviendo el centímetro de agua, y regresó, rozando los matorrales. C.J. pasó por encima de nuestras cabezas, lanzando besitos.

»Lo sé, lo sé —le dije a Bult—, perturbación del agua.

Se acercó a un puñado de matojos, desplegó un brazo por debajo, y sacó dos hojas finas y una baya aplastada. Me las tendió.

—Destrucción de cosecha —dijo.

C.J. viró y dio la vuelta, saludó, y se dirigió al noreste. Yo le había dicho que pasara por el Sector 248-76 camino de casa e intentara conseguir una aérea. Esperaba que no estuviera tan distraída tonteando con Ev para olvidarlo.

Ev miraba hacia el sur, a las montañas.

—¿Es eso la Muralla? —dijo.

—No. La Muralla está en esa dirección —indiqué, señalando más allá de la Lengua—. Ésos son las Ponicacas.

—¿Vamos a ir allí? —dijo Ev, con una mirada de emoción.

—En este viaje, no. Seguiremos la Lengua hacia el sur unos pocos kloms y luego nos dirigiremos al noroeste.

—¿Quieres dejar de contemplar el paisaje y acercarte aquí a descargar los ponis? —gritó Carson. Había levantado a los ponis y estaba atando el gran angular al pomohueso de Veloz.

—Sí, señora —repliqué. Ev y yo nos acercamos a él, escogiendo con cuidado el camino entre los matojos—. No se preocupe por la Muralla —le dije a Ev—. Veremos bastante. Tenemos que cruzarla para llegar adonde vamos, y a continuación la seguiremos por el norte hasta Arroyo Plateado.

—Eso no ocurría a menos que carguemos estos ponis —dijo Carson—. Tome. —Tendió a Ev las riendas de una de las bestias—. Cargue a Ciclón.

—¿Ciclón? —dijo Ev, mirando con precaución al poni, que me parecía a punto de volver a desplomarse.

—No pasa nada —dije—. Los ponis...

—Fin tiene razón —explicó Carson—. No haga ningún movimiento súbito. Y si intenta tirarle, agárrese con todas sus fuerzas, sin miramientos. Ciclón no se vuelve violento excepto cuando siente el miedo.

—¿Violento? —Ev parecía nervioso—. No tengo mucha experiencia cabalgando.

—Puede cabalgar el mío —sugerí.

—¿Diablo? —comentó Carson—. ¿Crees que es buena idea después de lo que sucedió antes? No, creo que será mejor que monte a Ciclón —le tendió el estribo—. Meta el pie aquí dentro y agárrese al pomohueso con fuerza y seguridad.

Ev se agarró al pomo como si fuera una granada de mano.

—Vamos, vamos, Ciclón —murmuró, acercando el pie a cámara lenta en dirección al estribo—. Ciclón bonito.

Carson me miró, los bordes de su bigote temblaban.

—¿Verdad que lo hace bien, Fin?

Le ignoré y me puse a atar el gran angular al pecho de Inútil.

—Ahora pase la otra pierna muy, muy despacio. Lo sostendré hasta que esté listo —dijo Carson, sujetando la brida con fuerza.

Evelyn lo consiguió y asió las riendas en una tenaza de muerte.

—¡Arre! —gritó Carson, y golpeó al poni en el flanco. El animal avanzó un paso; Ev soltó las riendas y se aferró al pomohueso. El poni dio dos pasos más hacia Carson, alzó la cola, y soltó una bosta del tamaño del Everest.

Carson se me acercó, riendo como un loco.

—¿Por qué la has tomado con Ev? —pregunté. Él siguió tronchándose un rato antes de contestar.

—Dijiste que era más listo de lo que parece. Estaba comprobándolo.

—Tendrías que echar un vistazo a nuestro guía —dije, señalando a Bult, que había vuelto a llevarse los binos a los ojos—, si quieres que partamos hoy.

Él se rió un poco más y fue a charlar con Bult. Terminé de fijar el equipo de

exploración. Bult había sacado su diario, Carson estaba gritándole de nuevo.

Monté a Inútil y cabalgué hasta donde estaba Ev.

—Creo que aún tardaremos un ratito. Siento lo de Carson. Tiene un sentido del humor algo peculiar.

—Ya veo. Por fin. ¿Cuál es su nombre real? —dijo, señalando al poni. Avanzó un paso y se detuvo.

—Veloz.

—Y ésta es toda la velocidad que coge.

—A veces no va tan rápido.

Inútil alzó la cola y descargó.

—Me han dicho que no siempre son así—dijo Ev.

—Pues no. A veces, después de que los metamos en el heli, les entra la prisa.

—Perfecto. Supongo que los movimientos súbitos no los asustan.

—Nada los asusta, ni siquiera que los mordisqueadores se les coman las patas. Si se asustan o no quieren hacer algo, se plantan ahí y no mueven ni un pelo.

—¿Qué es lo que no les gusta?

—Que la gente los monte. Las montañas. No quieren subir más que una pendiente del dos por ciento. Seguir sus propias pisadas. Llevar a más de dos jinetes. Ir a más de un klom por hora.

Ev me miró con cautela, como si también me estuviera burlando de él.

Alcé la mano.

—Palabrita del niño Jesús —dije.

—Pero andando iríamos más rápido.

—No cuando hay una multa por dejar huellas. Se inclinó a un lado para mirar las patas de Inútil.

—Pero ellos también dejan huellas, ¿no? —Son indígenas.

—¿Pero entonces, cómo cubren territorio? —No lo hacemos, y el Gran Hermano se cabrea. —Miré la Lengua. Carson había dejado de gritar y estaba observando a Bult, que hablaba con su cuaderno—. Por cierto, será mejor que le informe de todas las demás reglas. Olvídense de tomar holos o fotos personales, coger recuerdos del viaje, florecillas silvestres o matar fauna.

—¿Y si nos atacan?

—Depende. Si cree que puede sobrevivir al ataque cardíaco que sufrirá cuando vea la multa y todos los informes que deberá rellenar, adelante. Dejar que lo maten será más sencillo. Él pareció desconfiar otra vez.

—Probablemente no nos encontraremos con nada peligroso —lo tranquilicé.

—¿Y los mordisqueadores?

—Están más al norte. Muy poca f-y-f es peligrosa, y los indígitos son pacíficos. Pueden robarle a uno hasta las pestañas, pero no hacen daño. No se olvide de llevar el micro todo el tiempo. —Me acerqué para colocárselo más abajo, en el pecho—. Si nos separamos, no se mueva. No intente ir a buscar a nadie. Ésa es la forma más segura de hacer que lo maten.

—¿No ha dicho que la f-y-f no era peligrosa?

—No lo es. Pero vamos a estar en territorio inexplorado. Eso significa corrimiento de tierras, relámpagos, agujeros de maticaminos, riadas. Puede cortarse la mano con un matorral y sufrir gangrena, o dirigirse demasiado al norte y morir congelado. —O quedar atrapado en una estampida de equipajes. Me pregunté cómo sabía eso. Los saltones, fueran lo que fuesen.

—O perderse para siempre jamás. Eso es lo que le sucedió a Segura, el compañero de Stewart —dije—. Y ni siquiera le pondrán su nombre a una montaña. Hágame caso: no se mueva y después de veinticuatro horas llame a CJ. Ella vendrá a recogerlo.

Él asintió.

—Lo sé.

Iba a tener que averiguar qué eran aquellos saltones.

—Llame a CJ. —añadí—, y deje que ella se preocupe de encontrarnos a los demás. Si está herido y no puede llamar, ella sabrá dónde se encuentra por su micro.

Hice una pausa y traté de recordar qué más tenía que decirle. Carson volvía a gritarle a Bult. Se le oía claramente por encima de los ponis.

—Ni se le ocurra hacer regalos a los indígitos —proseguí—, ni enseñarles a fabricar un rueda o a tejer una falda de algodón. Si averigua cuál es el sexo de Bult, no confraternice. No grite a los indígitos —dije, mirando a Carson.

Él se acercaba a nosotros, con el bigote temblando otra vez, pero ahora no parecía reírse.

—Bult dice que no podemos cruzar por aquí. Según él, aquí no hay ninguna brecha en la Muralla.

—Cuando consultamos el mapa, dijo que la había.

—Por lo visto la han reparado. Dice que tendremos que cabalgar al sur, hasta la otra. ¿A qué distancia está?

—Diez kloms.

—Mierda, eso nos llevará toda la mañana —masculló, mirando en dirección de la Muralla—. Cuando hicimos el mapa, no comentó que la hubieran reparado. Llama a CJ. Tal vez consiguiera una aérea camino de casa.

—No lo hizo —le dije—. Al virar hacia el norte, al Sector 248-76, no habría conseguido ninguna foto del lugar al que nos dirigíamos.

—Mierda. —Carson se quitó el sombrero, pareció a punto de lanzarlo al suelo, y luego cambió de idea. Me miró y luego se acercó hacia la Lengua.

—Quédese aquí —le dije a Ev. Desmonté y alcancé a Carson—. ¿Crees que Bult se ha dado cuenta?

—Tal vez. ¿Qué hacemos ahora? Me encogí de hombros.

—Ir al sur hasta la próxima brecha. No queda muy lejos de los afluentes del norte, y para entonces sabremos si tenemos que comprobar en 248-76. Envié a CJ. a tomar una aérea. —Miré a Bult, que aún hablaba con su cuaderno—. Tal vez no se haya dado cuenta. Tal vez consiga más multas de esta forma.

—Justo lo que necesitamos —suspiró él.

Tenía razón. Nuestras multas de salida sumaban casi novecientos, y tardamos media hora en contarlas todas. Luego Bult tardó otra media hora en cargar su poni, decidir que quería su paraguas, descargarlo todo para encontrarlo y cargarlo de nuevo. A esas alturas Carson había empleado tono y modales inadecuados y lanzado su sombrero al suelo, y tuvimos que esperar a que Bult añadiera esas multas.

Dieron las diez antes de que finalmente nos pusiéramos en marcha. Bult abrió la comitiva bajo su paraguas iluminado, que había atado al pomohueso de su poni; Ev y yo lo seguíamos, y Carson iba detrás de nosotros, donde podía maldecir a Bult.

C.J. nos había dejado en la parte superior de un pequeño valle, y lo seguimos hacia el sur, manteniéndonos cerca de la Lengua.

—Desde aquí no se ve gran cosa —le dije a Ev—. En realidad esto sólo continúa durante otro klom o así, y entonces verá mejor la Muralla. Dentro de cinco kloms se cruza justo junto a la Lengua.

—¿Por qué lo llaman la Lengua? ¿Es una traducción del nombre boohteri?

—Los indígitos no tienen nombre para él. Ni para la mitad de las cosas de este planeta. —Señalé las montañas que se alzaban ante nosotros—. Por ejemplo, las Poniacas. La mayor formación natural de todo el continente, y no tienen un nombre para ella, ni para la mayoría de la f-y-f. Y cuando les ponen nombre, resulta de lo más absurdo. Su nombre para los

equipajes es *tssuhlkahttses*. Significa Sopa Muerta. Y el Gran Hermano no nos deja ponerle a las cosas nombres sensatos.

—¿Como la Lengua? —dijo él, sonriendo.

—Es largo, es rosa, y asoma como si hiciera «aa» para el médico. ¿Se le ocurre un nombre más apropiado? De todas formas, no se llama así. La Lengua es el nombre que le damos nosotros. En el mapa aparece como Río Conglomerado, como las rocas entre las que fluía cuando lo bautizamos.

—Un nombre no oficial —dijo Ev, casi para sí.

—No funcionará —dije—. Ya bautizamos al Cañón Culoprieto en honor a C.J. Ella quiere que se denomine algo con su nombre de manera oficial. Admitido, aprobado y en las topográficas.

—Oh —dijo él, y pareció decepcionado.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Existe alguna especie aparte del homo sap que deba grabar el nombre de la hembra en un árbol para conseguir echar un polvo?

—No, no —admitió él—. En Choom hay una especie de ave acuática cuyos machos levantan diques de argamasa alrededor de las hembras. Las construcciones se parecen mucho a la Muralla.

Hablando del tema, allí estaba. El valle había ido ascendiendo y abriéndose mientras cabalgábamos, y de repente nos encontramos en lo alto de una elevación y contemplábamos lo que parecía una de las aéreas de C.J.

Era todo llano hasta el pie de las Ponicacas, y la Lengua lo dividía como un límite de mapas. Boohte tiene tantos óxidos como Marte, y grandes cantidades de cinabrio, por eso las llanuras son rosadas. Unas mesetas se alzaban aquí y allá al oeste, y un par de pirámides de ceniza, y el azul de la lejanía adquiría un agradable tono lavanda. Serpenteando alrededor de ellas y sobre las mesetas, hasta la Lengua y más allá, blanca y brillando al sol, se erguía la Muralla. Al menos Bult no había mentido en lo de la brecha. La Muralla se extendía impertérrita hasta donde alcanzaba la vista.

—Allí está —señalé. Me volví y miré a Ev.

Tenía la boca abierta.

—Es difícil creer que la construyeran los bootheri, ¿verdad?

Ev asintió sin cerrar la boca.

—Carson y yo tenemos la teoría de que ellos no lo hicieron. Creemos que la construyó alguna pobre especie de indígito que vivía aquí, y luego Bult y sus amigos los multaron por hacerlo.

—Es maravilloso —dijo Ev, que no me había escuchado—. No tenía ni idea de que fuera tan larga.

—Seiscientos kloms —informé—. Y siguen construyendo Una media de dos cámaras nuevas al año, según las imágenes aéreas de C.J., sin contar las brechas reparadas.

Lo que echaba por tierra nuestra teoría, aunque tampoco sonaba muy factible que los indígitos hicieran todo el trabajo.

—Es aún más hermosa que en los saltones —dijo Ev, y estuve a punto de preguntarle qué eran exactamente, pero supuse que tampoco me haría caso.

Recordé la primera vez que vi la Muralla. Sólo llevaba una semana en Boohte. Habíamos pasado todo el tiempo chapoteando bajo la lluvia y yo en concreto preguntándome por qué había dejado que Carson me convenciera para meterme en aquello, cuando llegamos a lo alto de una meseta y Carson dijo:

—Ahí la tienes. Toda nuestra.

Lo que nos supuso una observación por actitudes imperialistas incorrectas y el comentario «respecto a la propiedad, los planetas no son poseídos».

Miré a Ev.

—Tiene razón. Tiene un aspecto respetable.

Bult terminó de apuntar sus multas y emprendió la marcha. Seguía manteniéndose cerca de la Lengua, y después de medio kilmetro sacó los binos, escrutó el agua con ellos, sacudió la cabeza y continuamos nuestra marcha.

Era más de mediodía y estaba pensando en sacar mi almuerzo de la mochila, pero los ponis empezaban a rezagarse y Ev estaba pegado a la Muralla, que en esa zona quedaba cerca de la Lengua, así que esperé.

La Muralla desapareció tras una baja meseta empinada durante un centenar de metros y luego se curvó casi hasta la Lengua. Por lo visto el poni de Carson decidió que ya había ido demasiado lejos y se detuvo, tambaleándose.

—Oh, oh —dije.

—¿Qué pasa? —preguntó Ev, apartando los ojos de la Muralla.

—Parada de descanso. ¿Recuerda que le dije que no eran peligrosos? —dije, mirando a Carson, que había desmontado de su poni y se hacía a un lado—. Bueno, eso es cierto si no se caen y le pillan las piernas debajo. ¿Cree que podrá bajar más rápido de lo que subió?

—Sí —respondió Ev. Bajó de un salto y se apartó como si esperara que Veloz fuera a explotar.

Tensé las correas de ordenador, desmonté y me aparté. Más adelante, el poni de Carson había dejado de tambalearse. Carson se le había acercado y empezaba a desatar las mochilas donde llevábamos la comida.

Ev y yo nos acercamos y lo vimos forcejear con la cuerda. El poni depositó una bosta prácticamente sobre el pie de Carson y empezó a tambalearse otra vez.

—Árbol va —anuncié, y Carson se apartó de un salto. El poni avanzó un par de pasos vacilantes y cayó, con las patas tiesas a un lado.

La mochila quedó medio sepultada, y Carson empezó a tirar de ella para liberarla. Bult se desplegó y desmontó decorosamente de su poni sin soltar su paraguas, y el resto de los ponis cayó como una fila de fichas de dominó.

Ev se acercó a Carson y se lo quedó mirando.

—No haga ningún movimiento brusco —advirtió. Carson pasó ante mí como una bala.

—¿De qué te ríes? —dijo.

Almorzamos y nos cayeron unas cuantas multas más, pero no tuve oportunidad de hablar con Carson a solas. Bult se nos pegó como con cola, hablando con su cuaderno, y Ev no paró de hacerme preguntas sobre la Muralla.

—Así que hacen las cámaras de una en una —comentó, sin apartar la mirada de ella. Nos encontrábamos en el lado malo de la Muralla, y todo lo que podíamos ver eran las paredes traseras de las cámaras, que parecían haber sido repelladas y pintadas de un rosa blancuzco—. ¿Cómo las construyen?

—No lo sabemos. Nadie los ha visto hacerlo —explicó Carson—. Ni hacer ninguna otra cosa que merezca la pena —añadió sombríamente, mientras Bult seguía calculando multas—, como encontrarnos una forma de cruzar para que podamos continuar con esta expedición.

Se acercó a Bult y empezó a hablar con él en tono inadecuado.

—¿Y qué son? —preguntó Ev—. ¿Habitáculos? —Y almacenes para todas las cosas que Bult compra, y vertederos. Algunas están decoradas con flores colgando en la abertura y huesos pelados siguiendo un diseño delante de la puerta. La mayoría están vacías.

Carson regresó. El bigote le temblaba.

—Dice que tampoco podemos cruzar por aquí.

—¿La otra brecha ha sido reparada también? —pregunté.

—No. Ahora dice que hay algo en el agua. *Tssi mítss*. Miré hacia la Lengua. Aquí fluía sobre arenas de cuarzo y era clara como el cristal.

—¿Qué es eso?

—Ni idea. Podría traducirse como «allí no». Le pregunté hasta dónde tendríamos que ir, y se limitó a responder «sahhth». *Sahhth* al parecer significaba a mitad de camino de las Ponicacas, porque ni siquiera volvió a mirar la Lengua cuando levantamos a los ponis y los pusimos en marcha, ni tampoco se molestó en guiarnos. Nos indicó a Ev y a mí que fuéramos delante, y se puso a cabalgar con Carson.

Tampoco corríamos peligro de perdernos. Habíamos cartografiado todo aquel territorio antes, y sólo teníamos que mantenernos cerca de la Lengua. La Muralla se alejaba del agua y se dirigía a una hilera de mesetas, y subimos una montaña a través de un rebaño de equipajes que pastaban tierra, y llegamos a otro Punto Escénico.

Lo que tienen estos panoramas es que no se ve nada más durante un rato, y ya habíamos catalogado la f-y-f de por aquí. No había nada, de todas formas: un montón de equipajes, algo de hierba de madera, algún que otro matacamino. Hice un contorno geológico y volví a comprobar dos veces las topográficas, y luego, ya que Ev estaba ocupado manteniendo la boca abierta ante el paisaje, comprobé los paraderos.

Wulfmeier estaba en la Puerta de Salida, después de todo. El Gran Hermano lo había retirado por tomar muestras de yacimientos. Así que no estaba en el Sector 248-76, y nosotros podríamos pasar otro día en la Cruz del Rey, saboreando la comida de C.J. y poniéndonos al día con los informes.

Hablando del diablo, supuse que bien podría terminarlos ya. Solicité los pedidos de Bult.

Debió de estar bastante ocupado mientras estuvimos en la Cruz del Rey. Se había gastado la recaudación de todas las multas y aún más. Me pregunté si nos dirigíamos al sur por eso, porque se había *comprato* en un lío.

Repasé la lista, anulando armas y materiales de construcción artificiales y tratando de imaginar de qué le servirían tres docenas de diccionarios y una lámpara.

—¿Qué hace? —preguntó Ev, inclinándose para ver el cuaderno.

—Anulo el contrabando —dije—. A Bult no se le permite comprar ningún objeto con potencial bélico, que en su caso debería de haber incluido los paraguas. Es difícil fijarse en todo.

Se inclinó más.

—Los está marcando como «agotados».

—Sí. Si le decimos que no puede pedirlos, nos multa por discriminación, y todavía no ha descubierto que no tiene que pagar por artículos agotados, lo cual le impide pedir aún más cosas.

Pareció dispuesto a seguir haciendo preguntas, así que solicité una topográfica y dije:

—Cuénteme algo más de esas costumbres de apareamiento de las que tanto sabe. ¿Hay alguna especie que regale diccionarios a sus novias?

Él sonrió.

—No, que yo sepa. Pero hacer regalos constituye una parte importante de los rituales de cortejo para la mayoría de las especies, incluyendo el *Homo sapiens*. Anillos de compromiso, por no mencionar los tradicionales bombones y flores.

—Abrigos de visón. Islas en el Mar de Toba.

—Hay varias teorías sobre su significado —prosiguió Ev—. En general los zoólogos suponen que los regalos demuestran la habilidad del macho para obtener y defender su territorio. Algunos socioexobiólogos opinan que hacer regalos es una recreación simbólica del acto sexual en sí mismo.

—Romántico —dije.

—Un estudio descubrió que los regalos hacen que las hembras emitan feromonas, lo que a su vez produce en el macho los cambios químicos que conducen a la siguiente fase del cortejo. Está imbuido en el cerebro. Los instintos sexuales anulan el pensamiento racional.



Por eso las hembras se marchan con el primer tipo que les sonríe, pensé, y C.J. había estado actuando como una idiota durante el aterrizaje. En aquel momento llamó por el transmisor.

—Base a Findriddy. Adelante, Fin.

— Qu e pasa? —dije, quit ndome el micro y acerc ndomelo para que pudiera o rme.

—Tienes una advertencia. «Observación sobre las relaciones entre miembros de la expedición y los habitantes nativos del planeta. Todos los miembros de la expedición mostrarán respeto por las antiguas y nobles culturas indígenas y se abstendrán de emitir juicios de valor terroc tricos.»

Eso podr a haber esperado a que volviéramos de la expedición.

— Para qué has llamado, C.J.? —pregunté. Como si no lo supiera.

— Est a ahí Evelyn?  Puedo hablar con él?

—Dentro de un minuto.  Tomaste una foto de esa sección noroeste?

Se produjo una larga pausa antes de que llegara su respuesta.

—Se me olvidó.

— Qu e quieres decir con eso?

—Estaba pensando en otras cosas. La hélice hacía un ruido extraño.

—Y un cuerno. Lo  nico que estabas pensando era en como podr as tirarte a Ev.

—No sé por qué te molesta tanto —dijo ella—. Esa zona ya está explorada, ño?

—Aquí está Ev —dije. Cort e y le mostré a Ev el botón de transmisión; luego miré a Carson.

 l querr a saber qué había encontrado yo, pero estaba demasiado lejos para comunicarnos a gritos, y además, no quería que Bult sospechara por qué habíamos escogido esta ruta.

Si no lo había hecho ya.

Hacía tiempo que habíamos dejado atrás la segunda brecha en la Muralla, y no mostraba signo alguno de querer cruzar la Lengua.

—Lo intentaré —le dijo Ev ansiosamente a su micro—. Lo prometo.

Es la hora de una tormenta de polvo, pensé, mirando el cielo. De todas formas, a Carson le gusta tener una el primer día, por si aparece algo donde lo necesitamos, pero en ese momento estaba sumido en una conversación con Bult, probablemente intentando convencerlo de que cruzara la Lengua.

—Yo también te echo de menos, C.J. —dijo Ev.

Nada me impedía apuntar la cámara hacia un punto adecuado y crear una por mi cuenta, pero no se veía ni la más leve neblina en el horizonte. La Muralla se hallaba sólo a medio klom de distancia, y a veces en la superficie se levantan pequeñas brisas, pero no aquel día. El aire estaba tan quieto como un matabamino.

— Mire! —exclamó Ev, y pensé que estaba hablando con C.J., pero luego añadió: Fin,  qu e es eso? —Señaló a un lanzabadejo que se acercaba volando hacia nosotros.

—*Tssillirah* —expliqué—. Nosotros los llamamos lanzabadejos.

— Por qué? —se extraño él, viendo cómo el pajarillo revoloteaba sobre mi cabeza y se volvía hacia los otros dos ponis.

No malgastó saliva en contestarle. El lanzabadejo revoloteó sobre la cabeza de Carson y volvió hacia nosotros, sacudiendo sus alas rosadas como si estuviera a punto de desplomarse. Hizo dos pasadas alrededor del sombrero de Ev y regresó hacia Carson.

—Oh —dijo Ev. Se volvió para ver cómo iniciaba de nuevo el circuito, aleteando por su vida—.  Cu nto tiempo puede aguantar así?

—Muchísimo. Uno estuvo sigui ndonos durante cincuenta kloms cerca del Lago Turquesa. Carson calculó que voló casi setecientos kloms.

Ev empezó a preguntar cosas a su diario.

—¿Qué significa el nombre que les dan los boohteri? —me preguntó.

—Barro Ancho, y no me pregunte qué significa. Tal vez construyen sus nidos con barro, aunque, en realidad, por aquí no hay barro.

Ni polvo, pensé. Esto me recordó las tormentas de polvo. Si Bult y Carson hubieran estado cabalgando por delante de nosotros, habría sacado el pie del estribo y habría levantado polvo, pero tal como estaban las cosas, Bult me descubriría, y Ev dejaría de hablar de lanzabadejos y preguntaría qué estaba haciendo.

Miré a Carson y saludé, pensando tal vez que eso le daría alguna pista, pero él estaba demasiado ocupado charlando con Bult y no le llamé la atención. El lanzabadejo, en su décima vuelta, rozó su sombrero, pero eso tampoco le llamó la atención.

—¡Oh, mire! —exclamó Ev.

Me di la vuelta. Casi se había incorporado en la silla y señalaba hacia la Muralla. No pude ver qué indicaba, lo cual significaba que tampoco podían hacerlo los escáneres.

—¿Dónde?

—Allí —insistió.

Por fin lo descubrí: un cojín patata tendido tras un matorral de hoja redonda que parecía una ponicaca peluda.

Pensé que el escáner no tendría suficiente resolución para detectarlo, pero dije:

—No veo nada. —Así no perdería tiempo en ajustar el foco de la cámara para alejarlo, por si acaso.

—Allí—repitió Ev—. ¿Es eso...?

Lo interrumpí antes de que pudiera entrar en detalles.

—¡Mierda! —grité—. Conecte el escudo. Es un... —Activé la desconexión.

—¿Qué pasa? —preguntó Ev, buscando su cuchillo—. ¿Es peligroso?

—¿Qué? —dije, fijando la desconexión en doce minutos.

—¡Eso! —Ev señaló en dirección al cojín patata—. Esa cosa marrón de allí.

—Oh, *eso*. Es un cojín patata. No es peligroso. Herbívoro. Permanece tendido la mayor parte del tiempo, excepto para comer. No lo había visto. —Fijé la alarma de mi reloj en diez minutos.

—Entonces, ¿qué está mirando? —dijo él, contemplando preocupado el horizonte.

—El clima. Cerca de la Muralla se levantan berrinches de polvo, que vuelven loco al transmisor. —Pulsé el botón de emisión del transmisor tres o cuatro veces y luego lo agarré—. C.J., ¿estás ahí? Llamando a Base. Adelante, Base. —Sacudí la cabeza—. No hay nada que hacer. Me lo temía.

—Yo no veo polvo por ninguna parte —objetó Ev.

—Sólo tienen un metro o así de anchura, y son casi invisibles a menos que estén en tu línea de visión. —Aporree unas cuantas teclas más al azar—. Será mejor que vaya a decírselo a Carson.

Tiré con fuerza de las riendas del poni y acicateé sus flancos.

—Carson —llamé—. Tenemos un problema.

Carson estaba todavía sumido en una profunda conversación con Bult. Le di al poni otro empujón, y el bicho me dirigió una mirada maligna y empezó a retroceder. A este paso, la tormenta de polvo habría acabado antes de que me hubiera movido. Tendría que haberla fijado en veinte minutos.

—C.J., ¿estás ahí? —llamé, sólo para asegurarme de que el transmisor estaba desconectado.

Me bajé del poni.

—Eh, Carson —grité—, el transmisor no funciona. —Me acerqué a su poni—. Se está levantando viento. Parece que se avecina un berrinche de polvo.

—¿Cuándo? —dijo él, con una mirada a Bult, que estaba muy ocupado rebuscando su

cuaderno para multarme por haberme bajado de Inútil.

—Ahora.

—¿Cuánto crees que durará?

—Un rato —dije, mirando especulativamente el cielo—. Doce minutos, tal vez doce y medio.

—Parada de descanso —pidió Carson. Bult saltó de su poni y se acercó a examinar mis huellas.

Carson se alejó en dirección al cojín patata. Miré a Ev. Estaba de pie con la cabeza alzada y la boca abierta, contemplando el lanzabadejo. Alcancé a Carson y nos agachamos para no atraer la atención del lanzabadejo.

—¿Qué pasa?

—Nada —contesté—. Simplemente me pareció conveniente tener una tormenta de polvo antes de pasar a territorio inexplorado.

—Pues podrías haber esperado un poco, ¿no? —protestó Carson—. Aún falta un buen rato para cruzar.

—¿Por qué? ¿Han reparado también esta abertura?

Él sacudió la cabeza.

—*Tssi mitsse*, que significa gran *tssi mitss*, lo cual podría traducirse como que va a encargarse de que no nos acerquemos al Sector 248-76. ¿Qué ha averiguado C.J.? ¿Algún dato nuevo en la aérea?

—No la ha tomado. Estaba demasiado ocupada meneando las caderas ante Ev y se le olvidó.

—¿Se le olvidó? —estalló Carson. Se levantó—. Ya te dije que acabaría fastidiándonos la expedición. Supongo que tenías demasiado trabajo mostrándole el paisaje para ejecutar también los paraderos.

Me levanté y lo miré a la cara.

—¿Y eso qué demonios significa?

—Significa que los dos habéis estado tan ocupados charlando que te has olvidado de todo lo relacionado con un pequeño detalle como lo que está sucediendo en el 248-76. ¿Qué diantre te interesaba tanto para hablar del tema todo el día?

—Costumbres de apareamiento.

—Costumbres de apareamiento —repitió él, disgustado—. ¿Por eso no ejecutaste los paraderos?

—Los ejecuté. Sea lo que fuera lo que haya en ese sector, no es Wulfmeier. Está en la Puerta de Salida, y arrestado. Tengo una comprobación.

Carson miró al sur, hacia las Ponicacas.

—Entonces, ¿qué demonios pretende Bult?

El lanzabadejo cambió de rumbo a media batida y se cernió sobre nosotros.

—No lo sé. —Me quité el sombrero y lo agité para ahuyentarlo—. Tal vez los indígitos tengan una mina de oro allí. Tal vez están construyendo en secreto Las Vegas con todas las cosas que ha comprado Bult. —El abadejo revoloteó sobre mi cabeza y pasó sobre Carson—. Tal vez Bult intenta agotar nuestro cupo de multas conduciéndonos por el camino más largo. ¿Dijo hasta qué distancia tendríamos que ir antes de poder cruzar la Lengua?

—Sahhth —dijo Carson, imitando a Bult con su paraguas—. Si seguimos hacia el sur, estaremos en las Ponicacas. Tal vez quiera llevarnos a las montañas y ahogarnos en una riada.

—Y luego nos multará por ser cuerpos extraños en un río.

—Sonó la alarma de mi reloj—. Parece que empieza a despejar. —Recogí un puñado de tierra y regresamos hacia los ponis.

Bult nos alcanzó a medio camino.

—Apropiación de recuerdos —acusó, señalando inflexible la tierra en mi mano—.

Perturbaciones de la superficie terrestre. Destrucción de fauna indígena.

—Será mejor que transmitas todo eso ahora mismo, antes de que se te olvide —le aconsejé.

Me acerqué a Ev y a mis ponis, con el lanzabadejo siguiéndome. Mientras Ev se quedaba mirando cómo daba vueltas sobre su cabeza, soplé la tierra de mi mano ante el objetivo de la cámara; luego retrocedí y miré mi reloj. Un minuto.

Jugueteé un poco con el transmisor y llamé a Carson.

—Creo que ya lo he arreglado. Vamos, Ev.

Jugueteé un poco más pensando en Ev, saqué un chip y lo volví a poner en su sitio, pero no era necesario que me tomara tantas molestias. Él seguía absorto contemplando el abadejo.

—¿Es macho ese lanzabadejo? —preguntó.

—Ni idea. Aquí el experto en sexualidad es usted. —Pulsé la desconexión, conté hasta tres, volví a pulsar, y conté hasta cinco—. Llamando a Cruz —dije, y volví a pulsarla—... del Rey, adelante C.J.

—Aquí C.J. ¿Dónde demonios os habéis metido?

—No pasa nada, C.J. Sólo un berrinche de polvo. Estamos demasiado cerca de la Muralla. ¿Funciona ya la cámara?

—Sí. No veo polvo por ninguna parte.

—Sólo nos alcanzó de refilón. Duró más o menos un minuto. Me he pasado un buen rato intentando arreglar el transmisor y corriendo.

—Es curioso cómo un minuto de polvo puede hacer tanto daño —comentó ella lentamente.

—Es uno de los chips. Ya sabes lo sensibles que son.

—Si son tan sensibles, ¿cómo es que el polvo del rover no los atascó?

—¿El rover? —dije yo, mirando con asombro alrededor, como si fuera a aparecer uno.

—Cuando Evelyn fue a buscaros ayer. ¿Cómo es que el transmisor no se estropeó entonces?

Porque yo estaba demasiado ocupado pensando en Wulfmeier y quitándole a Bult los binoculares para tenerlo en cuenta. Me quedé allí tosiendo y ahogándome con el polvo del rover y ni siquiera se me había pasado por la mente. Mierda, sólo nos faltaba que C.J. se diera cuenta de lo de nuestras tormentas de polvo.

—Con la tecnología ya se sabe —dije, consciente de que no se lo tragaría—. El transmisor tiene vida propia.

Carson se acercó.

—¿Hablas con C.J.? Pregúntale si tiene una aérea de la Muralla por esta zona. Quiero saber dónde están las brechas.

—Claro —dije, y volví a desconectar—. Tenemos un problema. C.J. está haciendo preguntas sobre la tormenta de polvo. Quiere saber por qué el transmisor no se estropeó con todo el polvo del rover.

—¿El rover? —preguntó él, y entonces cayó en la cuenta—. ¿Qué le has dicho?

—Que el transmisor es temperamental.

—No se lo tragará. —Miró con mala cara a Ev, que seguía contemplando las idas y venidas del abadejo—. Te dije que nos traería problemas.

—No es culpa de Ev. Somos nosotros quienes no tuvimos suficiente sensatez para reconocer una tormenta de polvo cuando la vimos. Voy a volver a conectar. ¿Qué le digo?

—Que la culpa es del polvo que se mete en el chip —dijo él, regresando a su poni—, no sólo del polvo del aire.

Lo que tal vez podría haber funcionado, excepto que dos expediciones atrás yo había asegurado a C.J. que el causante era el polvo del aire.

—Vamos, Ev —me impacienté. Él se acercó y montó en su poni, todavía contemplando

el lanzabadejo. Quité el dedo de la desconexión—... ase, adelante, Base.

—¿Otra tormenta de polvo? —me preguntó C.J. sarcásticamente.

—Todavía debe de quedar algo de polvo en el chip —carraspeé—. Sigue cortándose.

—¿Cómo es que el sonido se corta al mismo tiempo?

Porque seguimos llevando nuestros micros demasiado altos, pensé.

—Es curioso —continuó ella—. Mientras estabais ahí fuera, eché un vistazo a las meteorológicas que Carson ejecutó antes de que os marcharais. No hay rastro de viento en ese sector.

—El clima tampoco puede explicarse, sobre todo tan cerca de la Muralla —alegué—. Ev está aquí mismo. ¿Quieres hablar con él?

Lo pasé antes de que C.J. pudiera contestar, pensando que el sexo no siempre eran tan malo en una expedición. Al menos le haría olvidar la tormenta de polvo.

Bult y Carson cabalgaban en un amplio círculo a nuestro alrededor para volver a ponerse en cabeza. Los seguimos; Ev seguía hablando con C.J., es decir, escuchaba casi todo el rato y decía «sí» de vez en cuando, y «lo prometo». El lanzabadejo también nos siguió, realizando el circuito de un lado a otro como un perro pastor.

—¿Qué clase de nidos construyen los lanzabadejos? —preguntó Ev.

—Nunca los hemos visto —contesté—. ¿Qué le ha dicho C.J.?

—No mucho. Probablemente los nidos estarán en esta zona —dijo él, contemplando la Lengua. La Muralla llegaba casi a la orilla, y había unos pocos matorrales en el estrecho espacio intermedio, pero nada que pareciera lo bastante grande para esconder un nido—. Este tipo de conducta puede ser protectora, en cuyo caso el ejemplar sería una hembra, o territorial, y entonces se trataría de un macho. Me ha dicho que los siguen durante largas distancias. ¿Han sido seguidos alguna vez por más de uno?

—No. A veces uno se marcha y aparece otro, como si trabajaran por turnos.

—Eso parece conducta territorial —observó él, mientras el abadejo pasaba sobre Bult. Volaba tan bajo que rozó el paraguas de Bult, y éste alzó la cabeza y luego se encogió sobre sus multas de nuevo—. Supongo que no habría forma de conseguir un ejemplar.

—No, a menos que el animal sufriera un ataque repentino —dije yo, agachándome cuando me rozó el sombrero—. Tenemos holos. Puede pedírselo a la memoria.

Lo hizo y pasó los siguientes diez minutos estudiándolos mientras yo me preocupaba por C.J. Le habíamos hecho creer que el transmisor podía estropearse con una nubécula de polvo que ni siquiera aparecía en la bitácora, y el día anterior yo había sido lo bastante estúpido para dejar que el transmisor se la tragara entera, y ni siquiera había tenido el sentido común de desconectar. Ahora que desconfiaba, ya no volvería a creerse nada. Probablemente en aquel mismo instante estaba comprobando todos los diarios en busca de tormentas de polvo para compararlas con las meteorológicas.

Bult y Carson contemplaban de nuevo el agua. Bult sacudió la cabeza.

—La defensa del territorio es un rito de cortejo —continuó Ev.

—Como las bandas —dije yo.

—El pez mariposa despeja de guijarros y conchas una zona del fondo del mar para la hembra y luego la circula constantemente.

Miré al lanzabadejo, que rondaba de nuevo el paraguas de Bult. El indígito soltó su cuaderno y plegó el paraguas.

—Los mirgasazi de Yoan defienden una zona de espacio aéreo. Son una especie interesante. Algunas de las hembras tienen plumas brillantes, pero no son las que más atraen a los machos.

El lanzabadejo pasó sobre nosotros para regresar enseguida junto a Bult y Carson. Cuando estaba en plena curva, Bult volvió a abrir el paraguas. El lanzabadejo cayó en mitad de un aleteo y Bult lo atravesó un par de veces con la punta del paraguas.

—Sabía que tenía que haber puesto el paraguas en la lista de las armas —suspiré.

—¿Puedo cogerlo? —preguntó Ev—. ¿Me gustaría saber si es macho?

Bult desplegó su brazo, recogió el lanzabadejo, y siguió cabalgando, arrancándole las plumas. Cuando llegó a la mitad, se metió el lanzabadejo en la boca y lo partió en dos de un bocado. Le ofreció a Carson la mitad. Mi compañero sacudió la cabeza y Bult se tragó el resto.

—Supongo que no —respondí. Me agaché para coger una pluma y se la tendí.

Él veía masticar a Bult.

—¿No debería haber una multa para eso? —preguntó. —«Todos los miembros de la expedición se abstendrán de emitir juicios de valor respecto a la antigua y noble cultura de los seres indígenas» —recité.

Recogí los pedazos que Bult iba escupiendo, que no eran gran cosa, y se los di a Ev. Miré al horizonte.

La Muralla se curvaba, apartándose de la Lengua, y cruzaba la llanura en línea recta. Más allá distinguí un puñado de matorrales y árboles. No soplaban viento y las hojas colgaban flácidas. Lo que necesitábamos era una buena tormenta de polvo para darle una lección a C.J., pero no soplaban ni una brisa.

El hecho de que C.J. descubriera lo de las tormentas de polvo no era lo que me preocupaba. Había intentado chantajearnos para que pusiéramos su nombre a alguna cosa, pero eso ya llevaba años haciéndolo. Mi principal temor era que hablara por el transmisor y que el Gran Hermano se enterara. Si empezaban a mirar en el diario, se darían cuenta ellos solitos. No había forma de que se produjera un berrinche de polvo con este clima. Ni siquiera había aire. Las plumas que Bult escupía caían a plomo hasta el suelo.

Medio klom más tarde nos topamos con un berrinche de polvo que parecía más bien un cabreo de los gordos. Se cargó en el transmisor (pero no antes de que metiéramos cinco buenos minutos en el diario), y se nos metió por las nariz y la garganta, y lo dejó todo tan oscuro que tuvimos que navegar siguiendo las luces del paraguas de Bult.

Cuando logramos zafarnos, ya atardecía, y Bult empezó a buscar un buen lugar para acampar, lo cual significaba algún sitio cubierto de flora hasta las rodillas para que él pudiera sacar el máximo en multas. Carson quería cruzar la Lengua primero, pero Bult miró solemnemente el agua y pronunció *tssi mitsse*.

—¿Dónde? —gritó Carson—. ¡No veo nada!

Entonces los ponis empezaron a tambalearse, así que acampamos allí mismo.

Montamos el campamento a toda prisa, primero porque no queríamos tener que descargar los ponis después de que se desplomaran, y segundo porque no queríamos tener que ir tropezando a oscuras, pero las tres lunas de Boohte habían salido ya antes de que descargáramos el transmisor.

Carson salió a atar los ponis a sotavento y Ev me ayudó a tender los petates.

—¿Estará en territorio inexplorado? —preguntó.

—No —respondí, sacudiendo el polvo de mi petate—. A menos que cuente lo que tenemos encima. —Desplegué el petate, asegurándome de que no dañaba ninguna planta—. Por cierto, será mejor que llame a C.J. y le diga dónde estamos. —Le tendí el petate de Carson y empecé a trabajar en el transmisor.

—Espere —dijo él.

Me detuve y lo miré.

—Cuando hablé con C.J., quería saber por qué el berrinche de polvo no había aparecido en el diario.

—¿Y qué le contestó?

—Le expliqué que el berrinche había llegado en ángulo y nos había cegado. Le dije que se había desatado tan rápido que ni siquiera lo había visto hasta que usted gritó, y para

entonces ya lo teníamos encima.

Yo tenía razón: es más listo de lo que parece.

—¿Cómo es eso? —pregunté—. C.J. probablemente le ofrecería un revolcón gratis por contarle que habíamos provocado la tormenta nosotros mismos .

—¿Pero qué dice? —estalló con aspecto tan indignado que lamenté haberlo dicho. Por supuesto que no iba a traicionarnos. Éramos Findriddy y Carson, los famosísimos exploradores que no podían hacer ningún mal, aunque acabara de pillarnos con las manos en la masa.

—Bueno, gracias —dije yo, y me pregunté qué alcance tendría su inteligencia y qué explicación podría conseguir—. Carson y yo teníamos que discutir algunas cosas, y no queríamos que el Gran Hermano se enterara.

—Es un rompepuertas, ¿verdad? Por eso la expedición partió con tanta prisa y usted no para de ejecutar paraderos cuando se supone que no hay nadie más que nosotros en el planeta. Creen que alguien ha abierto ilegalmente una puerta. ¿Por eso Bult nos guía al sur, para impedirnos que lo alcancemos?

—No sé qué lleva Bult en al cabeza. Podría habernos apartado de un rompepuertas cruzando por donde estábamos esta mañana y guiándonos por la Muralla hasta Río Plateado. No tenía que arrastrarnos hasta aquí. Además —añadí, mirando a Bult, que estaba junto a Lengua con Carson y los ponis—, Wulfnieier no le cae bien. ¿Por qué iba a protegerlo?

—¿Wulfmeier? —dijo Ev. Parecía entusiasmado—. ¿Ése es?

—¿Conoce a Wulfmeier?

—Por supuesto. De los saltones.

Bueno, tendría que haberlo supuesto.

—¿Qué piensa que está haciendo? —prosiguió Ev—. ¿Comerciendo con los indígenas? ¿Dedicándose a la minería?

—No creo que esté haciendo nada. Esta mañana recibí una verificación de que está en la Puerta de Salida.

—Oh —dijo él, decepcionado. En los saltones debíamos de perseguir a los rompepuertas con pistolas láser—. ¿Quieren ir allí a asegurarse?

—Si Bult nos deja cruzar la Lengua alguna vez.

Carson llegó echando pestes.

—Le pregunto a Bult si es conveniente dar de beber a los ponis, y él finje mirar el agua y dice «*tssi mitss nah*», así que yo digo: «Bueno, vale, ya que no hay *tssi mitss*, podemos cruzar a primera hora de la mañana», y él me tiende un par de dados y dice: «Sahhth. Pcohh mahhs lejshosh.»

Se agachó y rebuscó en su alforja.

—Mierda, «mahhs lejshosh» es prácticamente en las Ponicacas. —Miró a las montañas— ¿Qué demonios pretende? Y no me vengas con más tonterías sobre las multas. —Sacó el analizador de agua y se incorporó—. Ya tiene suficiente para comprarse todo un planeta para él solo. Fin, ¿te ha dado C.J. ya la aérea de la Muralla?

—Iba a llamarla ahora mismo —dije.

Él se marchó, y yo cogí el transmisor.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Ev, siguiéndome como un lanzabadejo—. ¿Recojo madera para encender fuego?

Lo miré.

—No me lo diga —se anticipó él al ver mi expresión—. Hay una multa por recoger madera.

—Y por encender fuego con tecnología avanzada, y por quemar fauna indígena —dije yo—. Normalmente esperamos a que Bult tenga frío y encienda una hoguera.

Bult no mostró señales de tener frío, aunque el viento de las Ponicacas que nos había

lanzado aquel berrinche de polvo era más bien gélido; después de cenar le dio a Carson unos cuantos dados más y luego se marchó y se sentó cerca de los ponis bajo su paraguas.

—¿Qué demonios está haciendo ahora? —se impacientó Carson.

—Probablemente ha traído el calentador a pilas que compró durante la última expedición —dije yo, frotándome las manos—. Cuéntenos más cosas sobre las costumbres de apareamiento, Ev. Tal vez un poco de sexo nos caliente.

—Por cierto, Evie, ¿ha decidido ya a qué rama pertenece Bult? —preguntó Carson.

Por lo que yo sabía, Ev ni siquiera había mirado a Bult desde que partimos, excepto cuando el indígito se había tragado el lanzabadejo, pero respondió inmediatamente.

—Macho.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Carson, y yo también me asombré. Si lo decía por sus modales en la mesa, eso no daba ninguna pista. Todos los indígitos que conocía comían así, y la mayoría ni siquiera se molestaba en arrancar primero las plumas.

—Por su conducta adquisitiva —explicó Ev—. Recolectar y atesorar propiedades es una conducta de cortejo típica masculina.

—Yo creía que coleccionar cosas era una conducta femenina —aduje yo—. ¿Qué hay de todos esos diamantes y monogramas?

—Los regalos que los machos hacen a las hembras son símbolos de la habilidad del macho para conseguir y defender riquezas o territorio —puntualizó Ev—. Al acumular multas y comprar bienes manufacturados, Bult intenta demostrar su habilidad para acceder a los recursos necesarios para la supervivencia.

—¿Cortinas de baño? —cuestioné.

—Lo de menos es la utilidad.

»El pez buril macho colecciona grandes cantidades de conchas de almejas negras, que no tienen ningún valor práctico, ya que el pez buril es herbívoro, y las apila en torres como parte del ritual de cortejo.

—¿Y eso impresiona a la hembra?

—La habilidad para amasar riquezas es una prueba de la superioridad genética del macho, y por tanto apunta a una mayor posibilidad de supervivencia para su prole. Naturalmente, ella se impresiona. Hay otras cualidades que también influyen en la hembra: la corpulencia, la fuerza, la habilidad para defender el territorio, como ese lanzabadejo que vimos esta tarde...

Que posiblemente no habría impresionado mucho a la lanzabadejo hembra, pensé.

—... la virilidad, la juventud...

—A ver, ¿quiere decir que nos estamos helando el culo sólo porque Bult pretende impresionar a alguna hembra? —dijo Carson. Se levantó—. Si cuando yo digo que lo peor para una expedición es el sexo... —Cogió la linterna—. No pienso acabar con sabañones sólo porque Bult quiera mostrar sus genes a alguna asquerosa hembra.

Se perdió en la oscuridad a grandes zancadas, y yo contemplé la linterna bamboleante. Me pregunté qué mosca le había picado de repente y por qué Bult no lo seguía con su cuaderno si lo que Ev decía era verdad. Bult estaba sentado todavía con los ponis: desde mi sitio veía las luces de su paraguas.

—Los seres indígenas inteligentes de Prie encendían hogueras como parte de su ritual de cortejo —dijo Ev, frotándose las manos para calentarse—. Se extinguieron. Quemaron todos los bosques de Prie en menos de quinientos años. —Levantó la cabeza y contempló el cielo—. Sigo sin poder creer lo hermoso que es todo.

No estaba mal. Había un puñado de estrellas, y las tres lunas buscaban su posición en mitad del cielo. Pero me castañeteaban los dientes y el viento traía un insoportable pestazo a mierda de poni.

—¿Cómo se llaman las lunas? —preguntó.



—Athos, Porthos y Aramis —dije yo.

—No, en serio. ¿Cuáles son los nombres boohteri?

—No les dan ningún nombre. Pero no se le ocurra ponerle C.J. a ninguna. Son los satélites Uno, Dos y Tres hasta que el Gran Hermano los explore, lo que no sucederá pronto porque los boohteri no permiten que se exploren los satélites.

—¿C.J.? —dijo él, como si hubiera olvidado quién era—.

En los saltones salen distintos. Todo Boohte es distinto, excepto ustedes. Tienen exactamente el aspecto que creía.

—¿Esos saltones de los que siempre está hablando? ¿Qué son? ¿Hololibros?

—DHV.

Se levantó, se dirigió a su petate y se agachó para sacar algo de debajo. Regresó con un cuadrado plano del tamaño de un naipe y se sentó a mi lado.

—¿Ve? —dijo, y abrió el naipe como si fuera un libro—. Episodio Seis.

Saltones era un buen nombre. La imagen pareció saltar del centro del naipe al espacio entre nosotros, como el mapa en la Cruz del Rey, sólo que éste era de tamaño real y la gente se movía y hablaba.

Había una mujer bastante guapa de pie junto a un caballo convertido en poni y una cosa rosa agazapada que parecía un cruce entre un acordeón y una manguera. Estaban discutiendo.

—Se fue hace mucho tiempo —dijo la mujer. Llevaba pantalones ceñidos y una camisa corta, y tenía el pelo largo y brillante—. Voy a buscarlo.

—Han pasado casi veinte horas —observó el acordeón—. Debemos informar a la Base.

—No pienso marcharme de aquí sin él —afirmó la mujer, y saltó al caballo y se marchó galopando.

—¡Espera! —gritó el acordeón—. ¡No puedes! ¡Es demasiado peligroso!

—¿Quién se supone que es? —dije, metiendo el dedo en el acordeón.

—Alto —dijo Ev, y la escena se congeló—. Ése es Bult.

—¿Dónde está su cuaderno?

—Ya le he dicho que las cosas eran distintas de lo que esperaba —explicó, con tono algo avergonzado—. Vuelve atrás.

Hubo un destello y volvimos al principio de la escena.

—¡Se fue hace mucho tiempo! —dijo Pantalones Ceñidos.

—Si ése es Bult, ¿entonces quién se supone que es ésa? —pregunté.

—Usted —contestó él. Parecía sorprendido.

—¿Dónde está Carson?

—En la siguiente escena.

Hubo otro destello, y nos encontramos al pie de un acantilado, con grandes peñascos de aspecto falso alrededor. Carson estaba sentado en el fondo del acantilado, tendido contra uno de los peñascos con un gran araño en un lado de la cabeza y un bigote la mar de mono que se curvaba en los extremos. El bigote de Carson nunca había sido tan gracioso, ni siquiera la primera vez que lo vi, y los mordisqueadores también parecían falsos (como conejillos de Indias con dientes postizos), pero lo que le estaban haciendo al pie de Carson era bastante realista. Esperé que llegaran muy pronto a la parte en que lo encontraba.

—Siguiente escena —dije, y aparecí bajando el acantilado con aquellos pantalones ceñidos, disparando a los mordisqueadores con un láser.

No fue así en absoluto. A menos que quisiera bajar del mismo modo que Carson, no había forma de descender por el acantilado. Los mordisqueadores huyeron cuando grité, pero tuve que rodear todo el acantilado hasta que encontré una chimenea para bajar, y tardé tres horas. Los mordisqueadores volvieron a huir cuando me oyeron llegar, pero no se fueron demasiado lejos.

Pantalones Ceñidos saltó los tres últimos metros y se arrodilló junto a Carson. Empezó a

quitarse tiras que no podía permitirse perder de la camisa y las ató alrededor del pie de Carson, que sólo parecía un poco ensangrentado por los dedos, y le secaba los ojos a ella.

—Yo no lloré —objeté—. ¿Tiene alguno más?

—Episodio Once —dijo Ev, y el acantilado se convirtió en un bosquecillo de árboles de plataluz. Pantalones ceñidos y Bigote Atildado lo exploraban con un anticuado transit y un sextante, y Acordeón apuntaba las medidas.

Parecía que alguien había cortado trocitos de papel de aluminio y los había colgado de una rama muerta, y Carson llevaba un chaleco azul peludo que, me dio la impresión, se suponía que era de piel de equipaje.

—¡Findriddy! —dijo Acordeón, alzando bruscamente la cabeza—. ¡Oigo venir a alguien!

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos? —prorrumpió Carson, y atravesó directamente a un árbol de plataluz. Miró alrededor, los brazos llenos de ramas—. ¿Qué demonios es esto?

—Tú y yo —expliqué.

—Un saltón —apuntó Ev.

—¡Apáguelo! —ordenó Carson, y el otro Carson y Pantalones Ceñidos y los árboles de plataluz se comprimieron en una nada negra—. ¿Qué demonios le pasa, cómo se le ocurre traer tecnología avanzada a una expedición? ¡Fin, se supone que tienes que encargarte de que siga las reglas!

Soltó las ramas con un tamborileo en el lugar donde antes se encontraba Acordeón.

—¿Sabe la cuantía de la multa que Bult podría cargarnos por una cosa así?

—Yo-yo no sabía... —Ev tartamudeó y se agachó para recoger el saltón antes de que Carson lo pisara—. No se me ocurrió...

—No es más avanzado que los binos de Bult —dije yo—, o la mitad de las cosas que ha pedido. Y aunque lo fuera, no sabe nada al respecto. Está por ahí sumando sus multas. — Señalé hacia las luces de su paraguas.

—¿Cómo sabes que no lo sabe? ¡Se puede ver desde kloms!

—¡Y a ti se te oye desde el doble! ¡La única forma de que lo averigüe es que venga a investigar todo este jaleo!

Carson le quitó el saltón a Ev.

—¿Qué más ha traído? —gritó, pero más bajo—. ¿Un reactor nuclear? ¿Una puerta?

—Sólo otro disco —dijo Ev—. Para el saltón. —Sacó de su bolsillo una moneda negra y se la tendió a Carson.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó él, dándole la vuelta.

—Somos nosotros —expliqué—. Findriddy y Carson, Exploradores Planetarios, y Nuestro Fiel Guía, Bult. Trece episodios.

—Ochenta —corrigió Ev—. Hay cuarenta en cada disco, pero sólo he traído mis favoritos.

—Tienes que verlos, Carson. Sobre todo tu bigote. Ev, ¿hay algún modo de que pueda bajar el sonido para que podamos verlo sin que se entere el resto del vecindario?

—Sí. Sólo hay que...

—Aquí nadie verá nada hasta que encendamos una hoguera y yo me asegure de que Bult sigue debajo de ese paraguas —estalló Carson, y se marchó dando zancadas por cuarta vez.

Cuando volvió con aspecto enfurecido, yo ya había convertido la leña en una hoguera respetable. Por lo visto, Bult estaba donde debía.

—Muy bien —dijo Carson, devolviéndole el saltón a Ev—. Vamos a ver a esos famosos exploradores. Pero póngalo bajito.

—Episodio Dos —anunció Ev, colocándolo en el suelo ante nosotros—. Reduce al cincuenta por ciento y oscurece. —Esta vez la escena apareció más pequeña y en una pequeña

caja. Bigote Atildado y Pantalones Ceñidos atravesaban una brecha en la Muralla. Carson llevaba su chaleco azul peludo. —Tú eres el del bigote elegante —señalé.

—¿Tiene idea de la multa que nos caería encima por matar a un equipaje? —dijo él. Señaló a Pantalones Ceñidos—. ¿Quién es la mujer?

—Es Fin —respondió Ev.

—¿Fin? —Carson dejó escapar un resoplido—. ¿Fin? No puede ser. Mírela. Va demasiado limpia. Y parece demasiado una mujer. ¡La mayoría de las veces con Finn ni siquiera se nota! —Volvió a resoplar y se dio una palmada en la pierna—. Y mírele el pecho. ¿Seguro que no es C.J.? Extendí la mano y cerré el saltón.

—¿Por qué haces eso? —dijo Carson, con la mano en la barriga.

—Hora de dormir. —Me volví hacia Ev—. Por esta noche guardaré este trasto en mi bota para que Bult no lo descubra —dije, y me dirigí a mi petate.

Bult estaba de pie junto al petate de Carson. Miré hacia la Lengua. El paraguas seguía allí, brillando alegremente. Bult levantó mi petate para mirar debajo.

—Daño a la flora —dijo, señalando a la tierra de debajo.

—Oh, cierra el pico —protesté, y me acosté.

—Tono y modales inadecuados —prosiguió él, y regresó hacia su paraguas.

Carson siguió partiéndose de risa durante otra hora, y yo me quedé allí tendida durante esa hora o más esperando que se fueran a dormir y viendo cómo las lunas ocupaban su posición en el cielo. Entonces saqué el saltón de mi bota y lo abrí en el suelo junto a mí.

—Episodio Ocho. Reduce al ochenta por ciento y oscurece —susurré. Me quedé allí tendida y nos vi a Carson y a mí cabalgando bajo la lluvia y traté de adivinar de qué expedición se trataba. Había un búfalo azul en la colina, y Acordeón lo señalaba.

—Se llama *ehkjpakhehsss* en lengua bootheri —dijo, y enseguida reconocí la situación, sólo que no había sucedido así.

Tardamos cuatro horas en comprender lo que Bult estaba diciendo.

—¿*Ehkkpekess*? —recuerdo que gritó Carson.

—¿*Ehhkkpachkesshh*! —respondió Bult.

—¿Equipajes? —dijo Carson, tan enfadado que su bigote pareció sacudirse—. ¡No podemos llamarlos equipajes! —Y justo entonces un par de miles de equipajes enfilaron desde la colina hacia nosotros. Mi poni se quedó allí plantado como un idiota y por poco nos aplastan a los dos.

En la versión del saltón mi poni salía corriendo, y yo era la que se quedaba mirando como una tonta hasta que Carson llegaba galopando y me izaba a su grupa. Yo llevaba botas de tacón alto y unos pantalones tan ceñidos que no era de extrañar que no pudiera correr, y Carson tenía razón, estaba demasiado limpia, pero no tenía por qué caerse en la hoguera partido de risa.

Carson me rescató y partimos al galope, mis pantalones ceñidos abrazando al caballo y mi melena odeando al viento.

«Aquí nada es como esperaba, excepto usted», había dicho Ev en la Cruz del Rey. También había dicho que yo era exactamente como me imaginaba. Lo cual, pensé, intentando averiguar cómo volver a hacer funcionar el saltón de nuevo, estaba bastante bien.

## EXPEDICIÓN 184: DÍA 2

Al mediodía siguiente estábamos todavía a este lado de la Lengua y aún nos dirigíamos al sur. Carson estaba de tan mal humor que me mantuve apartada de él.

—¿Siempre es así de irritable? —me preguntó Ev.

—Sólo cuando está preocupado.

Por cierto, yo también estaba un poquito preocupada.

El análisis del agua que había hecho Carson no mostraba nada más que la f-y-f de siempre, pero Bult había insistido en que había *tssi mitss* y nos condujo al sur, a un afluente. Como en el afluente también había *tssi mitss*, nos condujo al este siguiendo su curso hasta que llegamos a uno de los afluentes secundarios. Éste no tenía ningún *tssi mitss*, pero zigzagueaba a través de un barranco demasiado empinado para los ponis, así que Bult volvió a conducirnos al norte, buscando un lugar para cruzar. A este paso, volveríamos a la Cruz del Rey a la hora de cenar.

Pero no era eso lo que me preocupaba. Lo que me preocupaba era Bult. No nos había multado por nada en toda la mañana, ni siquiera cuando levantamos el campamento, y seguía escrutando el sur con sus binos. No sólo eso, sino que los binos de Carson habían aparecido. Los encontró en su petate después de desayunar.

—¡Fin! —gritó, agitándolos por la cinta—. Sabía que los tenías. ¿Dónde los encontraste, en tu alforja?

—No los había visto desde la mañana en que salimos para la Cruz del Rey, cuando tú los cogiste —contesté—. Debía de tenerlos Bult.

—¿Bult? ¿Para qué iba a cogerlos? —dijo, y señaló a Bult, que contemplaba las Ponicacas con sus propios binos.

No lo sabía, y eso era lo que me preocupaba. Los indígitos no roban, al menos eso es lo que el Gran Hermano nos dice en las observaciones, y en todas las expediciones en las que habíamos salido, Bult nunca nos había quitado más que nuestros exiguos sueldos. Me pregunté qué más podría empezar a hacer... como meternos en territorio inexplorado y luego robarnos las alforjas y los ponis. O conducirnos a una emboscada.

Quería hablar del tema con Carson, pero no pude acercarme a él, y no quería arriesgarme a provocar otra tormenta de polvo. Traté de cabalgar a su lado, pero Bult mantenía su poni pegadito al de Carson y me miró con mala cara cuando intenté acercarme.

Ev estaba casi igual de pegado a mí, haciendo preguntas sobre el lanzabadejo y contándome costumbres de apareamiento curiosas, como las del macho de mosca colgante, que teje un gran globo de saliva y baba para que la hembra se pegue cuando se la tira.

Finalmente cruzamos el arroyo en un punto donde zigzagueaba por un terreno momentáneamente llano, y nos dirigimos al suroeste cruzando una serie de colinas bajas. Hice una triangulación y luego empecé a comprobar el terreno.

—Bueno, ya estamos en territorio inexplorado —le dije a Ev—. Puede empezar a mirar cosas para ponerles el nombre de C.J., así conseguirá su polvo.

—Si quisiera un polvo, lo conseguiría sin eso —replicó él, y se me ocurrió que tenía razón—. Pero sé cómo se siente C.J. —añadió, contemplando la llanura—. Quiere dejar alguna marca. Atraviesas esa puerta y te das cuenta de lo grande que es un planeta y lo insignificante que eres tú. Podrías pasarte aquí toda la vida y ni siquiera dejarías una huella.

—Dígaselo a Bult.

El sonrió.

—Vale, tal vez huellas sí. Pero nada duradero. Por eso me apunté a esta expedición.

Quería hacer algo para saltar a la fama, como usted y Carson. Quería descubrir algo que me hiciera aparecer en los saltones.

—Por cierto —dije, inclinándome para recoger una roca—, ¿cómo es que aparecemos en ellos? —Metí la roca en mi alforja—. ¿Cómo supieron lo de los equipajes? ¿Y lo del pie de Carson?

—No lo sé —contestó Ev lentamente, como si la pregunta no se le hubiera ocurrido nunca—. Por sus diarios, supongo.

Pero en los diarios no aparecía que encontré a Carson cuando las veinticuatro horas se habían consumido. Habíamos contado algunas historias a los prestamistas, y una de las mujeres había llevado un diario propio. Pero Carson no le habría dicho que yo había llorado por él.

Las colinas estaban cubiertas de matojos. Saqué un holo de las plantas y luego detuvimos a Inútil, cosa que no fue demasiado difícil, y desmontamos.

—¿Qué hace?—preguntó Ev.

—Recojo fragmentos de planeta para que deje en ellas la marca de C.J. —dije, cavando alrededor de las raíces un par de plantas y metiéndolas en una bolsa de plástico. Cogí dos rocas más y se las tendí—. ¿Alguna de éstas le parece una C.J.?

Volví a montar y miré a Bult. Ni siquiera se había dado cuenta de que me había bajado del poni, ni mucho menos cogió su cuaderno. Contemplaba las colinas más allá del afluente con sus binos.

—¿Nunca ha deseado ponerle a algo su nombre, Fin? —preguntó Ev.

—¿Yo? ¿Para qué demonios iba a querer eso? ¿Quién demonios recuerda en honor a quién llamaron al Cañón de Bryce o el Ferry de Harper cuando los bautizaron así? Además, no puedes ponerle nombre a una cosa sólo porque lo pones en un mapa topográfico. Las cosas no funcionan así. —Señalé las Poncacas—. Cuando la gente llegue aquí, no las llamará Montañas Findriddy. Las llamará las Poncacas. La gente le pone a las cosas el nombre de lo que parecen, o de lo que sucedió aquí, o por lo que les recuerda el nombre indígito, no según las reglas.

—¿La gente? —dijo Ev—. ¿Se refiere a los rompepuertas?

—Los rompepuertas, los mineros, los colonos y los dueños de los centros comerciales.

—¿Pero y las reglas? —dijo Ev. Parecía sorprendido—. Se supone que protegen la ecología natural y la soberanía de la cultura indígena.

Indiqué a Bult con un movimiento de cabeza.

—¿Y cree que la cultura indígena no les vendería todo el lugar por unos cuantos saltones y un par de docenas de cortinas de baño? ¿Cree que el Gran Hermano nos paga para que exploremos todo esto por su bien? ¿Cree que en cuanto encontremos algo que les interese no vendrán aquí, con reglas o sin ellas?

Ev parecía triste.

—Como los turistas —dijo él—. Todo el mundo ha visto los árboles de plataluz y la Muralla en los saltones, y todos querrán contemplarlos al natural.

—Y sacarse holos de ellos mismos mientras los multan —dije yo, aunque en realidad no había pensado en Boohte como una atracción turística—. Y Bult podrá venderles cacas de poni secas como recuerdo del viaje.

—Me alegro de haber venido antes de la avalancha —suspiró él, contemplando el agua. Las colinas se dividían a cada lado del afluente, y no importaría que hubiera *tssi mitss* o no. Un amplio banco de arena se extendía casi en toda la anchura del agua.

Los ponis se abrieron paso a través de la lengua de tierra como si fueran arenas movedizas, y Ev estuvo a punto de caerse cuando intentó agacharse para echarle un vistazo.

—Las sargueras tienen que desovar en aguas tranquilas, así que en el ritual de cortejo el macho efectúa una danza acuática que forma bancos de arena en los arroyos.

—¿Como éste?

—No lo creo. Éste parece un banco de arena natural. —Se enderezó en el huesosilla—. La hembra del lagarto del esquisto traza un diseño en la tierra, y luego el macho escarba el mismo diseño en el esquisto.

Yo no le prestaba atención. Bult contemplaba a través de los binos las montañas que se alzaban entre nosotros y la Lengua, y el poni de Carson empezaba a tambalearse.

—Aquí tiene su gran oportunidad, Ev —dije—. ¡Parada de descanso!

Carson y yo hicimos las topográficas y luego almorzamos. Más tarde saqué las rocas y las bolsas de plástico y Carson vació su atrapabichos, y nos dispusimos a darles nombre.

Carson empezó con los insectos.

—¿Tenéis un nombre para esto? —le preguntó a Bult, manteniéndolo a raya para que éste no se lo metiera en la boca, pero Bult ni siquiera parecía interesado.

Miró a Carson durante un minuto como si estuviera pensando en otra cosa, y entonces dijo algo que me pareció vapor siseando y luego metal arrastrado sobre granito.

—¿*Tssimrrah*? —dijo Carson.

—*Thassahggih* —corrigió Bult.

—Esto nos llevará un rato —le dije a Ev.

Averiguar cuál es el nombre indígito de una cosa no es tanto comprender lo que dice Bult como intentar impedir que todo suene igual. Los sonidos de f-y-f suenan todos como vapor escapando en una tormenta, los lagos y ríos suenan una puerta al abrirse y las rocas todas empiezan con una «B» que parece un eructo, lo que te hace pensar en la opinión que los indígitos tienen de Bult. Todos suenan más o menos igual, y ninguno te recuerda a una palabra humana, lo que es buena señal, o todo tendría el mismo nombre.

—¿*Thssahggah*? —dijo Carson.

—*Shhomrrrah* —precisó Bult.

Miré a Ev, que contemplaba las rocas y las plantas metidas en sus bolsas. Eran una recolecta más bien pobre: la única piedra que no parecía barro cocido era hornablenda, y la única flor tenía cinco miserables pétalos, pero no creía que Ev fuera a intentar lo que todos los prestamistas, que era nombrar la primera flor que encontráramos crisantemo, no importaba qué aspecto tuviera. Crisa, para abreviar.

Carson y Bult finalmente acordaron que el bicho era *tssabggah*, y yo saqué holos del espécimen y del fragmento de hornablenda y los transmití junto con sus nombres.

Bult cogió la flor y sacudió la cabeza.

—Los indígitos no tienen ningún nombre para ella —dijo Carson, mirando a Ev—. ¿Qué le parece, Evie? ¿Cómo quiere llamarla?

Ev la miró.

—No lo sé. ¿Qué clase de nombre se les puede poner?

Carson parecía irritado. Era evidente que esperaba «crisantemo».

—No podemos utilizar nombres propios, ni referencias tecnológicas, ni lugares terrestres con «nuevo» delante, ni juicios de valor.

—¿Qué queda? —dijo Ev.

—Adjetivos —expliqué—, formas, colores... excepto Verde... referencias naturales.

Ev seguía examinando la planta.

—Crecía en el banco de arena. ¿Qué tal rosarena?

Pareció como si Carson intentara encontrar alguna forma de convertir rosarena en Crissa.

—La rosa es una género específico de la Tierra, ¿no, Fin? —me gruñó.

—Sí —convine—. Tendrá que ser florena. ¿Siguiente?

Bult tenía nombres para las rocas, lo que nos llevó una eternidad, y luego empezó a parecer muy impaciente, cogía sus binos y los soltaba sin usarlos, y asentía a todo lo que le

decía Carson.

—*Biln* —dijo Carson, y yo pasé al dato—. ¿Es todo?

—Necesitamos un nombre para el afluente. —Lo señalé—. Bult, ¿tienen los boohteri un nombre para este río?

El sacudió la cabeza, se bajó del poni y cogió sus binos.

Carson se me acercó.

—Algo va mal —dije.

—Lo sé —contestó él, frunciendo el ceño—. Lleva inquieto toda la mañana.

Bult escudriñaba el paisaje a través de sus binos. Los apartó de sus ojos y luego se los llevó a la oreja.

—Vamos —dije yo, y me dispuse a reunir los especímenes—. ¡Caravana en marcha, Ev!

—¿Y el afluente? —preguntó Ev.

—Arroyo Banco de Arena —dije yo—. Vamos.

Bult ya se había puesto en marcha. Carson y yo recogimos las muestras y los binos de Carson, pero Bult ya había subido el banco y se dirigía al oeste entre las montañas.

—¿Qué hay del otro? —preguntó Ev.

—¿El otro qué? —dije, mientras guardaba los especímenes en mi bolsa. Enrollé los binos de Carson en el pomohueso.

—El otro afluente. ¿Tienen los boohteri un nombre para él?

—Lo dudo —dije, montando en Inútil. Carson tenía problemas con su poni. Si le esperábamos, perderíamos a Bult—. Vamos —le dije a Ev, y seguí a Bult.

—Arroyo Acordeón —dijo Ev.

—¿Qué? —pregunté, intentando decidir qué camino había seguido Bult. Capté un destello de luz de sus binos a la izquierda e insté al poni a dirigirse hacia allí.

—El nombre del otro afluente —dijo Ev—. Arroyo Acordeón, por la forma en que se pliega de un lado a otro.

—Nada de referencias tecnológicas —dije, mirando a Carson. Su poni se había detenido y estaba descargando una bosta.

—Oh, bueno —suspiró Ev—. ¿Qué tal entonces Arroyo Zigzag?

Volví a ver a Bult en lo alto del siguiente promontorio. Había desmontado y estaba mirando a través de sus binos.

—Ya tenemos un Arroyo Zizgaz —objeté, haciendo señales a Carson para que continuara—. Al norte, en el Sector 250-81.

—Oh —dijo él, parecía decepcionado—. ¿Qué otro nombre significa a un lado y a otro? ¿Desviado? ¿Tortuoso?

Alcanzamos a Bult. Desenganché los binos de Carson del pomohueso y me los llevé a los ojos, pero no distinguí más que montañas y florenas. Aumenté la resolución.

—Escalera —murmuraba Ev a mi lado—. No, eso es tecnológico... entrelazado... ¿Qué tal Arroyo Crisscross?

Bueno, era un buen intento. No era «crisantemo» y había esperado a que Carson no estuviera presente y yo estuviera pensando en otros asuntos. Era decididamente más listo de lo que parecía. Pero no lo suficiente.

—Buen intento —dije, todavía escrutando las montañas con los binos—. ¿Qué tal Arroyo Sinuoso? —pregunté mientras Carson nos alcanzaba—. ¿Por la forma en que intenta colarse mientras no estás mirando?

O bien Bult había visto lo que estaba buscando con sus binos, o había renunciado a ello. No intentó adelantarse cabalgando durante el resto de la tarde, y después de nuestra segunda parada de descanso guardó los binos en su mochila y sacó de nuevo el paraguas.

Cuando le pregunté el nombre de un matorral durante la parada, no se molestó en

contestarme.

Ev tampoco se mostró locuaz, lo cual me venía bien porque tenía muchas cosas en que pensar. Bult podría haberse calmado, pero seguía sin cosernos a multas, aunque la parada de descanso había sido en una colina cubierta de florenas, y dos o tres veces lo vi mirándome por debajo de su paraguas. Cuando su poni no quiso levantarse, le arreó una patada.

Me pregunté si la irritabilidad era también un signo del periodo de celo, o si sólo estaba nervioso. Tal vez sólo trataba de impresionar a alguna hembra. Tal vez nos llevaba a casa para presentárnosla.

Llamé a C.J.

—Necesito un paradero sobre los indígitos —le dije.

—Y yo necesito un paradero sobre vosotros. ¿Qué estáis haciendo en 249-68?

—Tratamos de cruzar la Lengua —dije—. ¿Hay algún indígito en nuestro sector?

—Ninguno. Todos están junto a la Muralla en 248-85.

Bueno, al menos no estaban en 248-76.

—¿Algún movimiento extraño?

—No. Quiero hablar con Ev.

—Claro. Pregúntale por el arroyo que bautizamos esta mañana.

Le pasé la comunicación y pensé un poco más en Bult, y luego pedí otro paradero sobre los rompepuertas. Wulfmeier aún aparecía en la Puerta de Salida, probablemente intentaba conseguir fondos para pagar sus multas.

Regresamos a la Lengua a última hora de la tarde, pero el terreno seguía siendo escarpado, y la Lengua era demasiado estrecha y profunda para que la cruzáramos. Estábamos cerca de la Muralla (se enroscaba arriba y abajo de las montañas al otro lado), y al parecer de nuevo en el territorio de un lanzabadejo.

Ev no sabía si estudiar sus evoluciones o espantarlo para que Bult no pudiera arponearlo.

Bult nos dirigió al sur, serpenteando sobre las cimas de las montañas alrededor de la Muralla. Le grité a Carson que era demasiado empinado para los ponis, y él asintió y le dijo algo a Bult, que siguió avanzando. Diez minutos más tarde su poni se desplomó exánime.

Los nuestros le imitaron. Nos sentamos y esperamos a que se recuperasen. Bult llevó su paraguas a la mitad de la colina y se sentó bajo él. Carson se tumbó y se cubrió los ojos con el sombrero, y yo saqué las órdenes de compra de Bult y las examiné de nuevo, buscando pistas.

—¿Siempre ven lanzabadejos tan cerca de la Muralla? —preguntó Ev. Al parecer se había recuperado de la reprimenda que le había dado C.J.

—No lo sé —dije, tratando de recordar—. Carson, ¿siempre vemos lanzabadejos cuando estamos cerca de la Muralla?

—Mmph —dijo Carson desde debajo de su sombrero.

—Esas especies que hacen regalos a sus parejas —le dije a Ev—, ¿qué otra clase de cortejos hacen?

—Luchas, danzas de apareamiento, exhibiciones de características sexuales.

—¿Migración? —apunté, buscando a Bult en la colina. El paraguas seguía abierto y con las luces encendidas. Bult no estaba debajo—. ¿Dónde está Bult?

Carson se sentó y se puso el sombrero.

—¿Por dónde se ha ido?

Me levanté.

—Por allí. Ev, ate los ponis.

—Todavía están fuera de combate —dijo él—. ¿Qué ocurre?

Carson ya había subido casi media colina. Le seguí.

—Por este barranco —dijo, y lo escalamos.

Se extendía entre dos montañas, y luego se abría. Un hilillo de agua recorría el fondo.



Carson me indicó que esperara y subió un centenar de metros.

—¿Qué pasa? —dijo Ev, que subía detrás de mí, jadeando—. ¿Le ha sucedido algo a Bult?

—Sí —contesté—. Pero él aún no lo sabe.

Carson regresó.

—Justo lo que pensábamos. Callejón sin salida. Tú sube allí —señaló—, y yo iré por ese camino.

—Nos encontraremos en medio —asentí.

Subí por el lado del barranco y Ev me siguió. Corrí a lo largo de la cima de la colina medio agachada, y luego me puse a gatas y me arrastré el resto del camino.

—¿Qué pasa? —susurró Ev—. ¿Un mordisqueador? —Parecía entusiasmado.

—Sí —le contesté—. Un mordisqueador.

Él sacó su cuchillo.

—Guarde eso —le siseé—. No vaya a caerse encima y tengamos una desgracia. —Me obedeció—. No se preocupe. No es peligroso a menos que esté haciendo algo que no debía.

Él parecía confuso.

—Abajo —dije, y nos arrastramos hasta un saliente que daba al espacio donde el barranco se ensanchaba. Al fondo distinguí la zona llana de una puerta y un toldo hecho con una lona y palos. Delante estaba Bult.

Debajo del toldo había un hombre que mostraba a Bult un puñado de piedras.

—Cuarzo —dijo el hombre—. Se encuentra en macizos ígneos, como éste.

Extendió la mano para mostrar un holo y Bult retrocedió un paso.

—¿Has visto alguna vez algo parecido por aquí? —añadió el hombre, alzando el holo.

Bult dio otro paso atrás.

—Es sólo un holo, idiota —dijo el hombre, tendiéndoselo a Bult—. ¿Has visto algo parecido por aquí?

Carson apareció dando zancadas en el claro, cargando su mochila.

Se detuvo en seco.

—¡Wulfmeier! —exclamó, entre sorprendido y divertido—. ¿Qué demonios estás haciendo en Boohte?

—Wulfmeier —susurró Ev a mi lado.

Me llevé un dedo a los labios para indicarle que guardara silencio.

—¿Qué es eso? —dijo Carson, señalando el holo—. ¿Una postal? —Se acercó a Bult—. Mi poni se ha perdido, y he venido a buscarlo. Igual que Bult. ¿Y tú, Wulfmeier?

Deseé poder ver la cara de Wulfmeier.

—Algo falla en mi puerta —dijo, dando un paso atrás bajo el toldo y mirando a su espalda—. ¿Dónde está Fin? —preguntó, y bajó la mano a su costado.

—Aquí mismo —dije yo, y salté. Tendí la mano—. Me alegro de verte, Wulfmeier. —Llamé a Ev—. Baje, le presentaré a Wulfmeier.

Wulfmeier no alzó la cabeza. Miró a Carson, que se había situado a un lado. Ev aterrizó a cuatro patas y se levantó rápidamente.

—Ev, éste es Wulfmeier. Nos conocemos de hace tiempo. ¿Qué haces en Boohte? Está restringido.

—Le estaba contando a Carson que algo debe de haberse estropeado en mi puerta —explicó él. Nos miró con suspicacia—. Intentaba llegar a Menniwot.

—¿Ah, sí? Recibimos la confirmación de que estabas en la Puerta de Salida. —Me acerqué a Bult—. ¿Qué tienes aquí, Bult?

—Me estaba vaciando la bota, y Bult quiso verlo —dijo Wulfmeier, todavía mirando a Carson.

Bult me tendió los fragmentos de cuarzo. Los examiné.

—Vaya, vaya, recogida de *souvenirs*. Bult, parece que vas a tener que multarlo por esto.  
—Ya te digo que los tenía en el zapato. Estaba dando una vuelta, tratando de orientarme.

—Vaya, vaya, dejando huellas. Perturbación de la superficie terrestre. —Me acerqué a la puerta y miré debajo—. Destrucción de flora. —Me incliné al interior—. ¿Qué le pasa?

—La he arreglado —dijo Wulfmeier.

Me metí dentro y volví a salir.

—Parece polvo, Carson —comenté—. Nosotros también hemos tenido problemas con el polvo. ¿Se mete en los chips? Será mejor que lo compruebe mientras estamos aquí, por si acaso.

Wulfmeier miró el toldo y a Ev, y luego a Carson. Apartó la mano de su costado.

—Buena idea —asintió—. Traeré mis cosas.

—No te lo aconsejo, no vaya a sobrecargarse la puerta. Las enviaremos después. —Me acerqué a los controles—. ¿Dónde dijiste que intentabas ir? ¿A Menniwo?

Abrió la boca para decir algo y luego la cerró. Pedí las coordenadas y suministré los datos a la puerta.

—Eso debe bastar —sonreí—. Seguro que no regresas.

Carson lo acompañó hasta la puerta y Wulfmeier pasó al interior. Su mano volvió a caer a su costado; yo pulsé la activación y desapareció.

Carson ya había regresado al toldo y rebuscaba entre las cosas de Wulfmeier.

—¿Qué tenía? —pregunté.

—Muestras de minerales. Cuarzo con vetas de oro, argentita, platino. —Examinó los holos—. ¿Dónde lo has enviado?

—A la Puerta de Salida. Por cierto, será mejor que les advierta que va de camino. Y que alguien ha estado jugando con los archivos de detenciones del Gran Hermano. Bult, calcula las multas de todo esto, y las mandaremos por envío especial. Vamos —le dije a Ev, que estaba de pie mirando el lugar donde antes se hallaba la puerta, como si deseara que se hubiera producido una pelea—. Tenemos que llamar a C.J.

Empezamos a bajar por el barranco.

—¡Ha estado magnífica! —dijo Ev, mientras resbalaba por las rocas—. ¡No puedo creer que se enfrentara a él de esa forma! ¡Fue como en los saltones!

Salimos del barranco y bajamos la montaña hasta donde habíamos dejado los ponis. Seguían tumbados.

—¿Qué le pasará a Wulfmeier en la Puerta de Salida? —preguntó él mientras yo sacaba el transmisor de debajo de Inútil.

—Lo multarán por falsear su destino y perturbar la superficie terrestre.

—¡Pero es un rompepuertas!

—Él asegura que no. Ya lo ha oído. Su puerta estaba estropeada. Para que el Gran Hermano se la confiscara tendría que haber estado cavando, comerciando, haciendo prospecciones o cazando equipajes.

—¿Y esas rocas que le estaba dando a Bult? Eso es comerciar, ¿no?

Sacudí la cabeza.

—No se las estaba dando, le estaba preguntando si había visto otras iguales. Al menos no estaba tirando petróleo por el suelo y encendiéndolo, como la última vez que lo pillamos con Bult.

—¡Pero eso es hacer una prospección!

—Tampoco podemos demostrarlo.

—Así que lo multan, ¿y luego qué?

—Conseguiré el dinero para pagar las multas, probablemente gracias a algún otro rompepuertas que quiera saber dónde buscar, y luego lo intentará otra vez. Al norte,

probablemente, ahora que sabe dónde estamos.

En el Sector 248-76, pensé.

—¿Y no pueden detenerlo?

—Hay cuatro personas en este planeta, y se supone que estamos explorándolo, no persiguiendo rompepuertas.

—Pero...

—Sí. Tarde o temprano, habrá uno a quien no podremos pillar. No me preocupa Wulfmeier... no le cae bien a los indígitos, y lo que quiera buscar tendrá que hacerlo él solito. Pero no todos los rompepuertas son escoria. La mayoría son gente que busca un lugar mejor para pasar hambre, y tarde o temprano descubrirán una mina de plata, o convencerán a los indígitos para que les muestren un yacimiento petrolífero. Y todo se habrá acabado.

—Pero el gobierno... ¿qué hay de las reglas? ¿Qué hay de...?

—¿Preservar la cultura indígena y la ecología natural? Depende. El Gran Hermano no puede impedir una operación de minería o prospecciones sin enviar fuerzas, lo que significa puertas y edificios y gente haciendo excursiones para ver la Muralla, y más fuerzas para protegerlas, y muy pronto tienes Los Ángeles.

—Ha dicho usted que depende —dijo Ev—. ¿De qué?

—De lo que encuentren. Si es lo bastante succulento, el Gran Hermano vendrá a cogerlo él mismo.

—¿Qué pasará con los boohteri?

—Lo mismo que pasa siempre. Bult es listo, pero no tanto como el Gran Hermano. Por eso ingresamos en su cuenta bancaria el dinero de esos artículos agotados. Para que tenga una oportunidad de luchar.

Pulsé el botón de transmisión.

—Expedición llamando a la Cruz del Rey. Adelante, Cruz del Rey. —Le sonreí a Ev—. ¿Sabe? Había algo estropeado en la puerta de Wulfmeier.

C.J. conectó y le pedí que enviara un mensaje a la Puerta de Salida . Luego le pasé a Ev para que pudiera darle los detalles.

—¡Fin estuvo magnífica! —dijo—. ¡Tendrías que haberla visto!

Bult y Carson volvieron. Bult había sacado su cuaderno y le hablaba.

—¿Has encontrado algo? —pregunté.

—Holos de anticlinales y tubos de diamante. Un par de latas de gasolina. Un láser.

—¿Y las muestras de minerales? ¿Eran indígenas?

Él sacudió la cabeza.

—Muestras terrestres corrientes. —Miró a Bult, que había acabado de sumar multas y ascendía por la colina para coger su paraguas—. Al menos ahora sabemos por qué Bult nos ha traído hasta aquí.

—Tal vez. —Fruncí el ceño—. Me da la impresión de que se quedó tan sorprendido como nosotros al ver a Wulfmeier. Y desde luego es evidente que Wulfmeier se llevó un buen susto al vernos.

—Probablemente le dijo a Bult que se escabullera y se reuniera con él por la noche. Por cierto, será mejor que nos pongamos en marcha. No quiero que Wulfmeier regrese y nos encuentre todavía aquí.

—No volverá en algún tiempo —aseguré—. Perderá un cable-T. Se le caerá cuando llegue a la Puerta de Salida.

Él sonrió.

—Sigo queriendo llegar al otro lado de la Muralla esta noche.

—Si Bult nos deja cruzar la Lengua.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Ya ha conseguido reunirse con Wulfmeier.

—Tal vez —dije yo, pero no habíamos recorrido ni medio klom cuando Bult nos

permitió cruzar con los ponis, y ni una palabra de *tssi mitss*, e o lo que fuera, lo que echó por tierra mi teoría.

—¿Sabe lo mejor de esa escena con Wulfmeier? —dijo Ev mientras chapoteábamos al cruzar y volvíamos a dirigirnos al sur—. La forma en que Carson y usted colaboraron. Es aún mejor que en los saltones.

Yo había visto aquel saltón la noche anterior. Habíamos capturado a Wulfmeier amenazando a Acordeón y acabamos dando puñetazos y patadas, con disparos de láser.

—Ni siquiera tienen que decir nada, siempre saben lo que está pensando el otro. —Ev hizo un amplio gesto—. En los saltones los muestran trabajando juntos, pero esto fue como si se leyeran el pensamiento. Siempre hacen lo que el otro quiere sin necesidad de mediar palabra. Debe de ser magnífico tener un compañero así.

—Fin, ¿dónde crees que vas? —dijo Carson. Se había bajado del poni y estaba desatando las cámaras—. Deja de parlotear sobre costumbres de apareamiento y ven a ayudarme. Acamparemos aquí.

No era un mal sitio para acampar, y Bult volvía a multarnos, o al menos a mí, por cada paso que daba, pero yo seguía preocupada. Los bins de Carson volvieron a desaparecer, y Bult caminó de un lado a otro entre nosotros tres mientras emplazábamos el campamento y cenábamos, dirigiéndome miradas asesinas. Después de la cena, desapareció.

—¿Dónde está Bult? —le pregunté a Carson, buscando su paraguas en la oscuridad.

—Probablemente buscando tubos de diamante —dijo Carson, acurrucado junto a la linterna. Hacía frío de nuevo y unos grandes nubarrones se cernían sobre las Ponicacas.

Yo seguía pensando en Bult.

—Ev —pregunté—, ¿alguna de esas especies tuyas se vuelve violenta como parte de sus ritos de cortejo?

—¿Violenta? ¿Quiere decir hacia su pareja? En ocasiones los toros zoes matan a veces accidentalmente a sus compañeras durante la danza nupcial, y las hembras de algunas arañas y de las mantis religiosas se comen vivo al macho.

—Como C.J. —dijo Carson.

—Está pensando más bien en violencia orientada hacia otro objetivo para impresionar a la hembra —señalé.

—Los depredadores a veces matan a sus presas para presentárselas a las hembras como regalo —apuntó Ev—, si considera a eso violencia.

Lo consideraba, sobre todo si eso significaba que Bult nos estaba dirigiendo hacia una guarida de mordisqueadores o a un acantilado para poder lanzar nuestros cadáveres a los pies de su amiguita.

—Ljosssh —dijo Bult, surgiendo de la oscuridad. Dejó caer un montón enorme de leña a nuestros pies—. Ljosssh —le dijo a Carson, y se agachó para encenderla con un prendedor químico. En cuanto ardió, volvió a desaparecer.

—La rivalidad entre los machos es común en casi todos los mamíferos —explicó Ev—, focas, primates...

—Homo sap —dijo Carson.

—*Homo sapiens* —puntualizó Ev, impertérrito—, alces, gatos monteses. En unos pocos casos llegan a luchar a muerte, pero en general se trata de un combate simbólico, destinado a mostrar a la hembra quién es más fuerte, más potente, más joven...

Carson se levantó.

—¿Adónde vas?

—A ver las meteorológicas. No me gusta el aspecto de esas nubes sobre las Ponicacas.

Estaba tan oscuro que no se distinguía nube alguna y ya había visto las meteorológicas. Lo había observado mientras emplazábamos el campamento. Me pregunté si estaba preocupado por Bult y había ido a echarle un vistazo, pero Bult estaba a nuestro lado con otro

puñado de leña.

—Gracias, Bult —dije. Miró a Ev, luego a mí y finalmente se marchó, cargado con la leña.

Me levanté.

—¿Adónde va? —dijo Ev.

—A pedir un paradero sobre Wulfmeier. Quiero asegurarme de que ha llegado a la Puerta de Salida. —Saqué el saltón de mi bota y se lo lancé—. Tenga. Pantalones Ceñidos y Bigote Atildado le harán compañía.

Me dirigí al equipo.

Ni rastro de Carson. Saqué el diario y sumé las multas de Bult.

—Totales por día —dije—. Totales secundarios por persona.

Lo observé durante un rato, pensando en Bult y los binos y en las costumbres de apareamiento de Ev.

Cuando regresé junto al fuego, Ev estaba sentado delante de una oficina con un puñado de terminales, lo que no parecía una aventura de Findridy y Carson.

—¿Qué es eso? —pregunté, sentándome a su lado.

—El Episodio Uno. Esa es usted. —Señaló una de las mujeres.

En éste yo no llevaba pantalones ceñidos. Llevaba una faldita minúscula y una de las camisas de C.J., con luces de aterrizaje y todo, y hablaba a una pantalla que mostraba una geológica.

Carson entró en la oficina con su chaleco de equipaje, pantalones a rayas, y un par de botas que los mordisqueadores ni siquiera habrían tenido que masticar. Su bigote estaba todo atildadito y curvado hacia arriba, y las mujeres le sonrieron como si fuera un ciervo con una imponente cornamenta.

—Estoy buscando a una persona que me acompañe a un nuevo planeta —dijo, y sus ojos barrieron la sala y se posaron sobre Faldita Minúscula. Empezó a sonar una música de alguna parte bajo los terminales, y todo se volvió rosa. Carson se acercó a la mesa, y se plantó ante la chica y se quedó contemplando su blusa.

Tras un rato, añadió:

—Estoy buscando a una persona que ansie la aventura, que no tema al peligro. —Extendió la mano y la música se hizo más fuerte—. Venga conmigo —dijo.

—¿Fue así? —preguntó Ev.

Bueno, mierda, claro que no. Entró tambaleándose, se sentó ante mi mesa y apoyó las botas sucias sobre el tablero.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gruñí—. ¿Has acumulado demasiadas multas otra vez?

—No —contestó, cogiéndome la mano—. Pero no me importaría sumar unas cuantas más confraternizando con los seres inteligentes. ¿Qué te parece?

Liberé la mano.

—Venga ya. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Busco una compañera. Planeta nuevo. Exploración de superficie y nomenclaturas. ¿Qué te parece? —sonrió—. Hay muchas oportunidades.

—Sí, seguro —dije—. Polvo, serpientes, comida deshidratada, y ningún cuarto de baño.

—Y yo —dijo, con aquella sonrisita complaciente—. El Jardín del Edén. ¿Te vienes?

—Sí —contesté, viendo cómo el saltón se volvía rosa—. Así fue.

—Venga conmigo —le repitió Carson a Faldita Minúscula, y ella se levantó y le dio la mano. Una corriente de aire surgida de alguna parte le hizo revolotear el pelo y la falda.

—Será territorio inexplorado —dijo, mirándola a los ojos.

—No tengo miedo mientras esté con usted —dijo ella.

—¿Qué demonios se supone que es eso? —preguntó Carson, cojeando.

—La forma en que Fin y usted se conocieron.

—¿Y esas luces de aterrizaje se supone que son de Fin?

—¿Ya has terminado las meteorológicas? —corté, antes de que se le ocurriera decir que la mitad de las veces a duras penas lograba identificarme como mujer.

—Sí —contestó, calentándose las manos sobre el fuego—. Parece que va a llover en las Ponicacas. Menos mal que mañana vamos al norte.

Contempló a Carson y a Faldita Minúscula que aún estaban cogidos de la mano y mirándose con ojitos tiernos.

—Evie, ¿qué aventura dijo que era ésta?

—Cuando se conocen ustedes. Cuando le pidió a Fin que fuera su compañera.

—¿Pedir yo? —estalló Carson—. Mierda, no se lo pedí. El Gran Hermano ordenó que mi compañera fuera una mujer, para equilibrar los sexos, sea lo que demonios sea eso, y ella era la única mujer en el departamento que sabía cómo reconocer terrenos e interpretar geológicas.

—Ljosssh —dijo Bult, y dejó caer su carga de leña sobre el pie malo de Carson.

## EXPEDICIÓN 184: DÍA 3

Tendí mi petate junto a los ponis para no tener que soportar a Carson, y por la mañana dije:

—Muy bien, Ev, cabalga conmigo. Quiero que me cuentes todo lo que sabes sobre las costumbres de apareamiento.

—Hace frío por aquí esta mañana —comentó Carson.

Até las cámaras a Inútil y tensé la cincha.

—No me gusta el aspecto de esas nubes —dijo Carson, contemplando las Ponicacas. Estaban cubiertas de nubes bajas que se extendían. La mitad del cielo estaba cubierto—. Por suerte nos dirigimos al norte.

—Suhhth —dijo Bult, señalando al sur—. Brchhaa.

—¿Pero no dijiste que había una brecha al norte de aquí? —protestó Carson.

—Suhhth —repitió Bult, mirándome.

Yo le devolví la mirada.

—Se comporta de una forma muy rara —comentó Carson—. Ha estado fuera casi toda la noche, y esta mañana dejó un puñado de dados en mi petate. Y Evie dice que su saltón ha desaparecido.

—Bien —dije yo, montando a Inútil—. Ev, cuéntame otra vez lo que hacen los machos para impresionar a las hembras.

Bult nos condujo hacia el sur durante casi toda la mañana, manteniéndose cerca de la Lengua, aunque la Muralla estaba al menos a dos kloms al oeste y no había nada entre nosotros y ella más que una florena y un montón de tierra rosa.

Bult seguía dirigiéndome miradas asesinas, y acicateaba a su poni para que fuera más rápido. El bicho no sólo lo hacía, sino que nuestros ponis le seguían el ritmo, y no se desplomaron ni una sola vez en toda la mañana. Me pregunté si Bult había estado falseando paradas de descanso como nosotros hacíamos con las tormentas de arena. Y vete a saber qué más habría estado falseando.

A eso de mediodía, dejé de esperar una parada de descanso y saqué de mi alforja comida deshidratada para almorzar. Poco después llegamos a un arroyo, que Bult cruzó sin mirarlo siquiera, y a un grupito de árboles de plata. Todo el cielo estaba gris ya, así que no parecían gran cosa.

—Es una pena que no haga sol —le dije a Ev. Miré las hojas grisáceas, que colgaban flácidas y polvorientas—. No se parecen a los saltones, ¿verdad?

—Creo que he perdido el saltón —dijo Ev—. Lo guardé bajo mi petate en vez de bajo mi bota. —Vaciló—. No sabía cómo fue elegida para ser la acompañante de Carson, ¿verdad?

—¿Pero qué dices? Ése es el estilo del Gran Hermano. CJ. fue escogida porque tiene ascendencia navajo en una decimosexta parte. —Miré a Carson.

—¿Por qué vino a Boohte? —preguntó Ev.

—Ya lo has oído —respondí—. Quería aventura. No temía al peligro. Quería ser famosa.

Cabalgamos a la par.

—¿De verdad que es por eso?

—Cambiamos de tema —le pedí—. Háblame de las costumbres de apareamiento. ¿Sabías que en Starsi hay un pez tan tonto que piensa que está siendo cortejado cuando no es así?

Medio klom después de los árboles de plataluz, Bult giró al oeste hacia la Muralla.

Sobresalía para recibirnos, y donde lo hacía, toda una sección había caído, un montón de brillantes escombros blancos con marcas de agua. Una riada debía de habérsela llevado, aunque estaba muy lejos de la Lengua.

Bult nos condujo por la brecha y, finalmente, al norte, manteniéndose siempre cerca de la Muralla hasta el arroyo que habíamos cruzado. Ev tenía muchas ganas de ver la parte delantera de la Muralla, aunque sólo unas pocas de las cámaras parecían haber sido habitadas últimamente, y todavía más ansioso por observar un lanzabadejo que intentó lanzarse en picado contra nosotros cuando cruzábamos la brecha.

—Es evidente que la Muralla queda dentro de su territorio —dijo y se inclinó para examinar el interior—. ¿Han visto alguno de sus nidos en las cámaras?

Si seguía inclinándose, acabaría cayéndose del poni.

—¡Parada de descanso! —Llamé a Carson y a Bult, y tiré de las riendas—. Vamos, Ev —dije, y desmonté—. Va contra las reglas entrar en las cámaras, pero puedes echar un vistazo.

Miró a Bult, que había sacado su cuaderno y nos observaba de mal talante.

—¿Qué hay de la multa por dejar huellas?

—Carson puede pagarla —dije—. Hace dos días que Bult no le pone ninguna multa. — Me acerqué a una cámara y miré más allá de la puerta.

No son puertas de verdad, más bien un agujero abierto en el centro del lado, y tampoco hay suelo. Los laterales se curvan como un huevo. Había un ramillete de florenas en el fondo de ésta, y en la mitad una de las banderas americanas que Bult había comprado dos expediciones atrás.

—Rito de cortejo —dije, pero Ev estaba mirando el techo curvo, intentando ver si había un nido—. Hay varias especies de pájaros que anidan en los nidos de otras especies. El panakeet de Yotata, el cuco.

Regresamos a los ponis. Empezaba a chispear. Bult sacó el paraguas de su mochila y lo abrió. Carson había bajado del poni y cojeaba hacia nosotros.

—Fin, ¿qué demonios estás haciendo? —espetó cuando nos alcanzó.

—Una parada de descanso —expliqué—. No hemos hecho ninguna en todo el día.

—Y no vamos a hacerla ahora. Por fin nos dirigimos al norte. —Cogió las riendas de Inútil y pegó un tirón—. Ev, quédate aquí y ve en retaguardia. Fin cabalgará conmigo.

—Me gusta ir detrás —objeté.

—Lástima —masculló él, y arrastró mi poni—. Vas a cabalgar conmigo. Bult, guía tú. Fin y yo vamos a cabalgar juntos.

Bult me dirigió una mirada asesina y conectó su paraguas. Cruzó el arroyo y luego lo remontó, en dirección al oeste.

—Ahora, en marcha —dijo Carson, y montó en su poni—. Quiero estar lejos de las montañas al anochecer.

—¿Y para eso tengo que cabalgar contigo, para que pueda decirte por dónde está el norte? —dije yo, levantando la pierna—. Por allí.

Señalé al norte. En esa dirección se erguía un alto saliente y entre él y las Ponicacas se extendía una franja de llanura grisácea y rosada, manchada aquí y allá por parches blancuzcos y oscuros.

Bult cruzaba la llanura, todavía siguiendo el arroyo, y su poni dejaba profundas huellas en el suelo blando.

—Gracias —rezongó Carson—. Por la forma en que has estado actuando, no creía que supieras qué cosa es arriba y cuál abajo, mucho menos dónde está el norte.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que no le has estado prestando atención a nada desde que Evelyn apareció y empezó a hablar de costumbres de apareamiento. Pensaba que ya os habríais quedado sin



especies.

—Te equivocas —repliqué.

—Se supone que estás explorando, no escuchando a los prestamistas. Por si no te has dado cuenta, estamos en territorio inexplorado, no tenemos aéreas, Bult va medio klom por delante de nosotros... —Señaló hacia delante.

El poni de Bult bebía en el arroyo. Todavía chispeaba, pero Bult apagó su paraguas y lo plegó.

—... y vete a saber qué está haciendo. Podría estar conduciéndonos a una trampa. O trazando círculos hasta que se nos acabe la comida.

Miré a Bult. Había cruzado el arroyo y cabalgado un poco por el otro lado. Su poni bebió otro trago.

—Tal vez Wulfmeier ha vuelto y Bult nos guía derechitos a él. Y no has consultado la pantalla en toda la mañana. Se supone que tienes que escrutar subsuperficies, no escuchar a Evie Querido hablar de sexualidad.

—¡Su charla es mucho más divertida que tus sermones! —Di una patada al diario y pedí una subsuperficial. Por delante, el poni de Bult se había detenido y volvía a beber. Miré el arroyo. Donde cortaba los bancos, la arena parecía lodo—. Cancela la subsuperficial —dije.

—No has estado prestando atención a nada —insistió Carson—. Pierdes los bins, pierdes el saltón...

—Cierra el pico —dije, mirando el macizo, que cubría toda la llanura. La llanura se elevaba ligeramente en su base—. Terreno —pedí—. No. Terreno cancelado.

Contemplé la zona blancuzca más cercana. Donde las gotas de lluvia la alcanzaban, quedaba moteado de rosa.

—Tenías que guardar el saltón en la bota. Si Bult lo coge...

—Calla —ordené. Por donde el poni de Bult había pasado se distinguían unas huellas de quince centímetros de profundidad en la tierra gris y marrón. Las de delante eran oscuras en el fondo.

—Si hubieras estado atenta te habrías dado cuenta de que Wulfmeier... —machacaba Carson.

—¡Mierda! —dije—. ¡Tormenta de polvo! —Golpeé la desconexión—. Mierda.

Carson se volvió en el huesosilla como si esperara ver un berrinche de polvo rugiendo, y luego se volvió y me miró.

—Subsuperficial —le dije al terminal. Señalé las huellas del poni—. Desconectada, y sin rastro. Carson contempló las huellas.

—¿Todo está difuminado?

—Sí —respondí comprobando las cámaras para asegurarme.

—¿Estás ejecutando una subsuperficial?

—No es necesario —dije, señalando la llanura—. Está allí encima. Mierda, mierda, mierda. Evelyn se acercó.

—¿Qué pasa?

—Sabía que estaba tramando algo —dijo Carson, mirando a Bult. Se había bajado del poni y se agachó en el borde de una mancha oscura—. ¿Ves como nos conducía a una trampa?

—¿Qué pasa? —dijo Ev, sacando su cuchillo—. ¿Mordisqueadores?

—No, un par de zapas reales —dijo Carson—. ¿Estaba conectado el diario?

—Pues claro que estaba conectado —repliqué—. Estamos en inexplorado. Terreno, desconectado y sin rastro —dije, pero ya sabía lo que iba a mostrar. Un macizo recortando un terreno ladeado. Barro. Sal. Filtraciones. Un anticlinal típico como en los holos de Wulfmeier. Mierda, mierda, mierda.

—¿Qué pasa? —se impacientó Evelyn.

El terreno apareció en la pantalla.

—Superposición subsuperficial —indiqué.

—Nahtthh —llamó Bult.

Alcé la cabeza. Había levantado su paraguas y señalaba el macizo.

—El muy puñetero —dijo Carson—. ¿Adónde nos lleva ahora?

—Tenemos que salir de aquí —dije, escrutando la subsuperficie. Era peor de lo que esperaba. El terreno tenía quince kloms cuadrados, y estábamos justo en el centro.

—Quiere que le sigamos —dijo Carson—. Probablemente va a enseñarnos un pozo de petróleo. Tenemos que salir de aquí.

—Lo sé —asentí escrutando la subsuperficie. La cúpula de sal ocupaba toda la longitud del macizo y se extendía hasta el pie de las Ponicacas.

—¿Qué hacemos? ¿Volvemos a la Muralla?

Sacudí la cabeza. La única manera segura de salir de allí era volver sobre nuestros pasos, pero los ponis no retrocederían, y la subsuperficie mostraba una falla secundaria al sur del arroyo. Si la cruzábamos en ángulo era probable que nos topáramos con una filtración, y obviamente no podíamos ir al norte.

—Superposición de distancia —dije—. Desconectada y sin rastro.

—No podemos permanecer desconectados todo el día —objetó Carson—. C.J. ya desconfía.

—Lo sé —contesté, mirando desesperada el mapa. No podíamos ir al oeste. Estaba demasiado lejos, y la subsuperficie mostraba filtraciones en esa dirección—. Tenemos que encaminarnos al sur. —Señalé la ladera de las Ponicacas—. Tenemos que subir a ese promontorio para estar por encima de la meseta natural.

—¿Seguro? —dijo Carson, acercándose para mirar la pantalla.

—Segurísimo. Las rocas son de yeso.

—Cosa que frecuentemente se asocia con un anticlinal. Mierda, mierda, mierda.

—¿Y luego qué? ¿Escarar las Ponicacas con este tiempo?

—Señaló las nubes.

—Tenemos que ir a alguna parte. No podemos quedarnos aquí. Y cualquier otro camino puede acabar desembocando en Oklahoma.

—Muy bien —cedió él, montando en su poni—. Vamos, Ev. Nos largamos.

—¿No tendríamos que esperar a Bult? —apuntó Ev.

—Sólo faltaría eso. Ya nos ha metido en bastantes problemas. Que se las arregle solito para salir. Ese maldito Wulfmeier. Guía tú —me dijo—, nosotros te seguiremos.

—Poneos detrás y aullad si veis algo que yo no vea.

Como un anticlinal. O un yacimiento petrolífero.

Miré la pantalla, deseando que nos mostrara un camino que seguir, y empecé a cruzar lentamente la llanura, atenta a las filtraciones y esperando que los ponis no se hundieran de pronto hasta los tobillos. O que decidieran tumbarse.

Empezó a lloviznar, y luego a llover, y tuve que frotar la pantalla con la mano.

—Bult nos sigue —gritó Carson, cuando estábamos a medio camino del promontorio.

Miré hacia atrás. Había plegado su paraguas y acicateaba al poni para alcanzarnos.

—¿Qué le diremos?—pregunté.

—Y yo qué sé —dijo Carson—. Maldito Wulfmeier. Todo esto es culpa suya.

Y mía, pensé. Tendría que haber reconocido los signos en el terreno. Tendría que haber reconocido los signos en Bult.

El suelo se hizo más pálido; ejecuté una geológica y encontré una mezcla de yeso y azufre en el barro. Me pregunté si podría arriesgarme a volver a conectar el transmisor, y aproximadamente entonces Inútil se hundió en una filtración hasta la pezuña. Empezó a lloviznar otra vez.

Tardamos hora y media en salir del yacimiento petrolífero bajo la lluvia y en llegar a las primeras colinas. También eran de yeso, erosionadas por el viento hasta convertirse en montículos aplanados y en forma de huso que parecían exactamente cagadas de poni. Al parecer, allí no había llovido tanto. El yeso estaba seco y polvoriento, y antes de subir cincuenta metros quedamos cubiertos de arenilla rosa y lascas.

Encontré un arroyo y metimos en él los ponis para eliminar el petróleo de sus cascos. Se resintieron del agua fría y la inclinación, y al final desmonté y llevé a Inútil de la rienda, maldiciendo cada paso de la subida.

Bult nos había alcanzado. Estaba justo detrás de Ev, tirando de las riendas de su poni y observando pensativo a Carson. También Ev parecía reflexivo, y esperé que eso no significara que había sumado dos y dos, aunque no parecía probable. Torció el cuello para mirar un lanzabadejo que hacía un vuelo de reconocimiento sobre nosotros.

Necesitaba volver a conectar el transmisor, pero quería asegurarme de que el anticlinal estuviera fuera del alcance de la cámara. Arrastré a Inútil hasta un charco despejado y lo conduje a un pequeño hueco rodeado de rocas y descargué el transmisor.

Ev se acercó.

—Tengo que preguntarle una cosa —dijo con cierta urgencia y yo pensé, mierda, sabía que era más listo de lo que parecía, pero él se limitó a preguntar—: ¿Está cerca la Muralla?

Le contesté que no lo sabía, y él escaló las rocas para comprobarlo con sus propios ojos. Bueno, pensé, al menos no había dicho nada de lo bien que Carson y yo trabajábamos juntos en una crisis.

Borré las subsuperficiales y geológicas y encendí el diario para ver hasta dónde llegaban los daños y luego volví a conectar el transmisor.

—¿Qué ha pasado ahora? —dijo C.J.—. Y no me vengas con que fue otra tormenta de polvo: estaba lloviendo.

—No ha sido una tormenta de polvo. Creí que lo era, pero se trataba de una pared de lluvia. Nos golpeó antes de que pudiera cubrir el equipo.

—Oh —dijo ella, como si la hubiera dejado sin argumentos—. No creía que pudierais tener una tormenta de polvo en ese barro que atravesabais.

—No la tuvimos —confirmé. Le conté dónde estábamos.

—¿Qué hacéis allá arriba?

—Temíamos una riada —le expliqué—. ¿Te han llegado la subsuperficial y el terreno? Estaba trabajando en eso cuando nos alcanzó la lluvia.

Hubo una pausa mientras ella lo comprobaba y yo me pasé una mano por la boca. Sabía a yeso.

—No —respondió—. Hay una orden para una subsuperficial y luego una cancelación.

—¿Una cancelación? Yo no he cancelado nada. Seguramente pasó mientras el transmisor estaba afectado. ¿Y las aéreas? ¿Tienes algo sobre las Ponicacas? —Le di nuestras coordenadas.

Hubo otra pausa.

—Tengo una al este de la Lengua, pero nada cerca de donde estáis. —La puso en la pantalla—. ¿Me pasas a Evelyn?

—Está secando los ponis. Yo misma puedo decirte que no le ha puesto tu nombre a nada todavía, aunque lo ha intentado.

—¿Sí? —dijo ella, complacida, y desconectó sin preguntar nada más.

Ev regresó.

—La Muralla queda justo al otro lado de esas rocas —anunció sacudiéndose el polvo de los pantalones—. Pasa por encima de lo alto de ese risco.

Le dije que fuera a secar los ponis y volví a activar el diario. Las huellas parecían barro, sobre todo con la lluvia picoteando la tierra parda, y estaba nublado, así que no había ninguna

iridiscencia. Y no había una subsuperficial. Ni una aérea.

Pero estaba yo, diciendo que cancelara la subsuperficial. Y el terreno estaba allí en el diario para que lo vieran: el macizo de arenisca y la tierra parda y los parches de sal evaporada.

Miré las patas de los ponis. Parecía un poco de barro, tal vez, pero la cosa sería muy distinta cuando las ampliaciones estuvieran disponibles. Y seguro que las pedirían, teniendo en cuenta que C.J. no paraba de hablar de tormentas de polvo falsas y nosotros habíamos desconectado el transmisor durante más de dos horas.

Tendría que decírselo a Carson. Miré hacia el estanque, pero no le vi, y no me apetecía ir a buscarlo. Sabía lo que iba a decir: que tendría que haberme dado cuenta de que era un anticlinal, que estaba en las nubes, que todo era culpa mía y que era un desastre como compañera. Bueno, ¿qué esperaba? Sólo me había elegido por mi sexo.

Carson llegó tras escalar las rocas.

—Le he echado un vistazo al diario de Bult —anunció—. No ha anotado ninguna multa.

—Lo sé —contesté—. Ya lo he comprobado. ¿Qué ha dicho?

—Nada. Está sentado en una de esas cámaras de la Muralla, de espaldas a la puerta.

Me quedé reflexionando.

—Probablemente se siente ofendido porque no le hemos pagado por traernos aquí. Es evidente que Wulfmeier le ofreció dinero por indicarle dónde había un yacimiento petrolífero. —Se quitó el sombrero. Había una línea de polvo de yeso donde antes estaba el ala—. Le dije que nos preocupaba la lluvia, que pensamos que la llanura se inundaría, así que decidimos subir aquí.

—Eso no le impedirá guiarnos de vuelta cuando pare de llover.

—Le dije que querías ejecutar geológicas en las Ponicacas. —Volvió a ponerse el sombrero—. Voy a buscar una forma de salir. —Se agachó a mi lado—. ¿Es muy malo?

—Bastante. Se puede ver la inclinación y el barro en el diario, y a mí en conexión, cancelando la subsuperficial.

—¿Puedes arreglarlo?

Sacudí la cabeza.

—Tuvimos el transmisor desconectado demasiado tiempo. Ya ha pasado la puerta.

—¿Y C.J.?

—Le dije que nos pilló la lluvia. Cree que las huellas son barro. Pero el Gran Hermano no pensará igual.

Dio la vuelta para mirar la pantalla.

—¿Tan malo es?

—Y más —dije amargamente—. Cualquier idiota vería que es un anticlinal.

—Quieres decir que tendría que haberme dado cuenta —se encrespó él—. No fui yo quien se quedó detrás hablando de sexo. —Lanzó el sombrero al suelo—. Ya te advertí que acabaría jorobándonos la expedición.

—¡Pero cómo puedes echarle la culpa a Ev! ¡No fue él quien me estuvo gritando durante una hora mientras los escáneres grababan el maldito anticlinal!

—¡No, estaba demasiado ocupado observando pájaros! ¡Y contemplando saltones! ¡Oh, ha sido de gran ayuda! ¡Lo único que ha hecho en toda esta expedición es intentar echarte un polvo!

Pulsé el botón de borrar, y la pantalla se volvió negra.

—¿Cómo sabes que no lo ha hecho ya? —Pasé ante él—. ¡Al menos Ev se da cuenta de que soy una mujer!

Bajé las rocas, tan enfadada que podría haberlo matado, con multa o sin multa, y acabé sentada en una ponica de yeso junto a la charca, esperando que se calmara y buscara un camino de bajada.

Lo hizo tras unos minutos, y llegó al arroyo sin mirarme siquiera. Vi que Ev bajaba desde la Muralla y le decía algo. Carson lo ignoró y se fue al promontorio. Ev se quedó allí observándolo, con cara de pasmo, y luego me miró.

En toda su charla sobre costumbres de apareamiento había una cosa cierta: cuando lo instintivo hace acto de presencia, anula el pensamiento racional. Y el sentido común. Yo estaba enfadada conmigo misma por no haber visto el anticlinal y aún más enfadada con Carson, y medio temerosa de lo que iba a suceder cuando el Gran Hermano viera aquel diario. Y estaba cubierta de polvo de yeso a medio secar y petróleo y apestaba a poncacas. Y, en los saltones, siempre iba de punta en blanco.

Pero eso no era motivo para hacer lo que hice, que fue quitarme los pantalones y la camisa y meterme en aquella charca. Si Bult me veía me multaría por contaminar el agua y Carson me habría matado por no hacer primero una verificación de f-y-f, pero Bult estaba meditando en la Muralla, y el agua estaba tan clara que se podían ver las rocas del fondo. El agua caía sobre dos peñascos redondeados hasta la charca y salía por un sumidero tallado en la roca.

Avancé hasta el centro, donde el agua me llegaba a la altura del pecho, y me zambullí.

Me levanté, me quité el yeso de los brazos, y volví a zambullirme. Cuando salí, Ev estaba apoyado contra un cascote de yeso.

—Creía que estabas en la Muralla observando lanzabadejos —dije, echándome hacia atrás el pelo con ambas manos.

—Lo estaba. Creía que estabas con Carson.

—Lo estaba —dije, mirándolo. Me hundí en el agua, los brazos por fuera—. ¿Has averiguado el rito de cortejo del lanzabadejo?

—Todavía no. —Se sentó en la roca y se quitó las botas—. ¿Sabías que los mersimios de Chichch se aparean en el agua?

—Desde luego, conoces un montón de especies —comenté salpicando agua—. ¿O te las inventas?

—A veces —admitió, desabrochándose la camisa—. Cuando intento impresionar a una mujer.

Chapoteé hasta donde el agua me llegaba a los hombros y me puse en pie. En ese punto la corriente era rápida. Se arremolinaba entre mis piernas.

—No funcionará con C.J. Lo único que la impresiona es Monte Crissa Jane.

Él se quitó la camisa.

—No es a C.J. a quien trato de impresionar. —Se quitó los calcetines.

—No es buena idea quitarte las botas en territorio inexplorado —advertí nadando hacia él a través de las profundas aguas. La corriente volvió a rozarme las piernas.

—La mersimia invita al macho al agua nadando hacia él. —Se quitó los pantalones y se metió en el agua.

Me puse en pie.

—No entres —le dije.

—El macho entra en el agua —prosiguió, chapoteando—, y la hembra se retira.

Me quedé quieta, observando el agua. Sentí la sacudida, más amplia esta vez, y miré dónde debería estar. Lo único que vi fue un ondular sobre las rocas, como aire sobre terreno caliente.

—Retrocede —le ordené, alzando la mano. Caminé con cuidado hacia él, intentando no perturbar el agua.

—Mira, no pretendía...

—Despacio —dije, inclinándome para sacar el cuchillo de mi bota—. Un paso cada vez.

Él miró temerosamente el agua.

—¿Qué pasa? —dijo. —No hagas ningún movimiento brusco.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo en el agua? —Salió rápidamente del agua y se encaramó en la poncaca.

Lo que pareció una ondulación de la corriente zigzagueó hacia mí, y hundí el cuchillo con un amplio golpe, esperando apuntar al lugar acertado.

—¿Qué es? —dijo Ev.

Ahora que su sangre se esparcía en el agua, lo distinguí: definitivamente era *e*. Su cuerpo era más largo que el paraguas de Bult y tenía una boca amplia.

—Un *tssi mitsse*.

También era fauna indígena, y yo lo había matado, lo que significaba que estaba metida en un buen lío. Pero la sangre en el agua y un pez al que no podías ver no eran exactamente problemas menores. Salí de la sangre y del agua.

Ev estaba todavía acurrucado desnudo sobre la roca.

—¿Está muerto? —preguntó.

—Sí. —Me sequé el pelo con la camisa antes de ponérmela—. Y yo también. —Empecé a ponerme el resto de la ropa. Él se bajó de la roca con aspecto ansioso.

—No estás herida, ¿verdad?

—No —dije, mirando el agua y deseando estarlo. Al menos habría podido alegar «defensa propia» en los informes.

La sangre se había esparcido por la mitad inferior de la charca y caía al arroyo por el sumidero. El *tssi mitsse* flotaba hacia el sumidero también. No vi ninguna actividad a su alrededor, pero no pensaba entrar en el agua a cogerlo.

Dejé a Ev vistiéndose y me dirigí a los ponis, que estaban todos tendidos entre las rocas. Sus cascos estaban aún húmedos, y pensé en que los habíamos hecho recorrer el arroyo y Bult no había dicho ni pío. Nadie en esta expedición estaba haciendo su trabajo.

Cogí un gancho y el paraguas de Bult y volví para sacar el *tssi mitsse* del agua. Ev se abrochaba la camisa y miraba azorado a Bult, que estaba junto al sumidero, agachado y contemplando el agua ensangrentada. Envié a Ev a coger la holocámara. Bult se desplegó. Tenía su diario, y vio que yo tenía su paraguas en la mano.

—Lo sé, lo sé. Confiscación forzada de propiedad —dije. No importó mucho. Las multas de Bult no eran nada comparadas con la penalización por matar una forma de vida indígena.

El *tssi mitsse* había flotado hasta cerca de la orilla. Lo enganché con el mango del paraguas y lo saqué, apartándome rápidamente por si no estaba muerto del todo, pero Bult se acercó a él, desplegó un brazo y empezó a meter la mano en su costado.

—*Tssi mitss* —dijo.

—Estás de guasa. ¿Qué tamaño tienen los grandes?

Medía más de un metro y era perfectamente visible ahora que estaba fuera del agua. El cuerpo era transparente, como una medusa, y debía de tener el mismo índice de refracción que el agua.

—*Dihnth* —dijo Bult, echando la boca atrás—. *Matha mordhiscoh*.

Parecía que podían matar a mordiscos, desde luego, o al menos arrancarte un pie. Tenía dos dientes largos y afilados a cada lado de la boca y otros pequeños y serrados en el centro, y eso era bueno. Al menos no era un inofensivo comedor de algas.

Evelyn regresó con la cámara. Me la tendió, mirando al *tssi mitss*.

—Es grande —dijo.

—Eso es lo que tú crees. Será mejor que vayas a buscar a Carson.

—Sí —dijo él, y se quedó allí, vacilando—. Lamento haber saltado así del agua.

—No te preocupes.

Tomé holos, lo medí y saqué la balanza para pesarlo. Cuando empecé a cogerlo por la cabeza, Bult dijo:

—Matha mordhiscoh.

Lo dejé caer con un golpe seco y eché un vistazo a sus dientes.

Decididamente, no se alimentaba de algas. Las piezas largas a cada lado no eran dientes. Eran colmillos, y cuando analicé el veneno, aquella sustancia corroyó el frasco.

Cogí el *tssi mitss* por la cola y lo arrastré rocas arriba hasta el campamento y lo anoté en el informe.

—Muerte accidental de fauna indígena —informé al diario—. Circunstancias... —Y me quedé allí sentada contemplando la pantalla.

Carson llegó, subiendo las rocas desde la charca y se detuvo en seco cuando vio al *tssi mitss*.

—¿Estás bien?

—Sí —dije, mirando a la pantalla—. No toques los dientes. Están llenos de ácido.

—Mierda —masculló—. ¿Es esto lo que había en la Lengua cuando Bult no nos dejaba cruzar?

—No. Esto es la versión pequeña —dije, deseando que se callara.

—¿Te ha mordido? ¿Seguro que estás bien?

—Seguro —dije, aunque no lo estaba.

Se agachó a mi lado y lo miró.

—Mierda —repetió. Me miró—. Evie dice que estabas en la charca cuando lo mataste. ¿Qué demonios estabas haciendo allí?

—Me estaba dando un baño —respondí, mirando a la pantalla.

—¿Desde cuándo te das baños en territorio inexplorado?

—Desde que me paso las tardes cabalgando a través de polvo de yeso —repliqué—. Desde que me mancho con petróleo intentando lavar los ponis. Desde que he descubierto que la mitad de las veces ni siquiera me consideras una mujer.

Él se levantó.

—Así que te desnudaste del todo y hala, a nadar con Evie.

—No me desnudé del todo. Me dejé las botas puestas. —Lo miré—. Y no tengo que quitarme la ropa para que Ev se dé cuenta de que soy una mujer.

—Oh, cierto, olvidé que es el experto en sexo. ¿Es eso lo que hacíais en la charca, una especie de danza de apareamiento? —Le arreó una patada al cadáver con la pierna mala.

—No hagas eso —dije—. Ya tengo bastantes problemas sin tener que rellenar un informe por mutilar restos.

—¿Problemas? —exclamó él. El bigote le temblaba—. ¿Tú tienes problemas? ¿Sabes los problemas que tengo yo? ¿Qué demonios piensas hacer ahora? —Volvió a dar una patada al *tssi mitss*—. Dejaste que Wulfmeier abriera una puerta ante nuestras narices, nos condujiste a un yacimiento petrolífero, te diste un baño y por poco te matas.

Desconecté el terminal y me levanté.

—¡Y perdí los binos! ¡No olvides eso! ¿Quieres otra compañera, es eso lo que estás diciendo?

—¿Otra...?

—Otra compañera. Estoy segura de que hay mujeres de sobra donde escoger que querrán venir a Boohte contigo como yo hice.

—De eso se trata, ¿verdad? —dijo Carson, frunciendo el ceño—. No es por Evie. Es por lo que dije la otra noche sobre cómo te elegí por compañera.

—Tú no me escogiste, ¿recuerdas? —exclamé furiosa—. *El Gran Hermano* me eligió. Para equilibrar los sexos. Sólo que por lo visto no funcionó, ya que ni siquiera puedes identificarme como mujer.

—Bueno, ahora sí que puedo. Estás portándote peor que C.J. Hemos sido compañeros durante ciento ochenta expediciones...

—Ciento ochenta y cuatro.

—Llevamos ocho años comiendo deshidratas y soportando a C.J. y recibiendo multas de Bult. ¿Qué demonios importa cómo te escogí?

—Tú no me escogiste. Plantaste los pies encima de mi mesa y me dijiste: «¿Quieres venir?», y yo vine, así de fácil. Y ahora descubro que lo único que te importaba es que supiera hacer topográficas.

—¿Lo único que me import...? —Volvió a asestar una patada al *tssi mitss*, y un gran fragmento de piel transparente salió disparado—. Me metí en aquella estampida de equipajes y te salvé. Ni siquiera miraba a aquellas prestamistas. ¿Qué quieres que haga? ¿Enviarte flores? ¿Comprarte un pez muerto? No, espera, no me acordaba que de eso ya tienes. ¿Entrechocar la cornamenta con Evie para que puedas decir cuál de nosotros es más joven y tiene dos pies? ¿Qué?

—Quiero que me dejes en paz. Tengo que terminar estos informes —dije, y miré la pantalla—. Quiero que te vayas.

Nadie dijo una palabra durante la cena, excepto Bult, que me multó por sacudirme una mancha de yeso antes de sentarme. Empezó a llover y Carson no paró de acercarse al borde del toldo a contemplar el cielo.

Ev permaneció sentado en un rincón, con aspecto contrito, y yo trabajé en los informes. Bult no mostró la menor intención de querer encender una hoguera. Se sentó en el extremo opuesto, viendo saltones, hasta que Carson se lo quitó y lo cerró, y luego abrió el paraguas, que casi estuvo a punto de saltarme un ojo, y se encaminó a la Muralla.

Me envolví en el petate y trabajé un poco más en los informes, pero hacía demasiado frío. Me acosté. Ev seguía sentado en el rincón y Carson contemplaba la lluvia.

Me desperté en plena noche con el agua que chorreaba por mi cuello. Ev estaba dormido en su petate, roncando, y Carson estaba sentado en el rincón, con el saltón desplegado ante él. Contemplaba la escena en las oficinas del Gran Hermano, la escena en la que me pedía que le acompañara.



## EXPEDICIÓN 184: DÍA 4

Por la mañana, no estaba. Llovía intensamente y había empezado a soplar viento. Un arroyuelo corría por el centro del saliente y encharcaba la parte trasera. El bajo del petate de Ev estaba ya mojado.

Hacía mucho más frío y supuse que Carson había ido en busca de leña, pero cuando salí su poni tampoco estaba.

Subí a la Muralla para buscar a Bult. No lo encontré en ninguna de las cámaras. Volví a la charca.

No estaba allí, ni la charca tampoco. El agua chorreaba por todas partes en las rocas, blanca de yeso. La ponicaca en la que Ev se había agazapado estaba completamente cubierta.

Volví a subir a la Muralla y la seguí. Bult estaba en la cima, mirando al sur a lo que se podía ver de las Ponicacas, que no era gran cosa, pues las nubes eran muy bajas.

—¿Dónde está Carson? —grité por encima de la lluvia.

Él miró al este y luego al yacimiento petrolífero que habíamos cruzado ayer.

—Nooh sséh —dijo.

—Cogió uno de los ponis —grité—. ¿Por dónde se fue?

—Nooh vih mchah —respondió—. Nohh dspihdioh.

—No se despidió de nadie. Tenemos que encontrarlo. Ve por el risco, y yo comprobaré el camino por donde hemos venido.

Pero el camino por donde habíamos ido también estaba inundado y era demasiado resbaladizo para que un poni pudiera bajar. Cuando volví al saliente a recoger a Ev, toda la parte trasera estaba anegada y Ev lo apilaba todo sobre otro saliente húmedo.

—Tenemos que trasladar el equipo —dijo cuando me vio—. ¿Dónde está Carson?

—No lo sé —contesté. Encontré otro saliente más alto, no tan profundo e inclinado hacia atrás, y llevamos allí el transmisor y las cámaras. Cuando bajé a coger el resto del equipo, encontré el diario de Carson y su equipo.

Bult regresó, chorreando agua.

—Noh cuehntroh —anunció.

Y al parecer no quiere que lo encuentren, pensé, girando el micro en mis manos.

—Ese saliente no servirá —dijo Ev—. El agua chorrea por el lado.

Volvímos a trasladar el equipo, hasta un hueco apartado de la corriente. Era profundo, y el suelo estaba seco, pero por la tarde un riachuelo corría por él, cayendo en zigzag desde el risco, y por la mañana estaríamos aislados de los ponis. Y de cualquier vía de escape si el agua subía.

Seguí buscando. Caía agua de los dos salientes en los que habíamos estado, y no había manera de que pudiéramos llegar al otro lado del arroyo, ni siquiera sin *tssi mitss*. Me subí a un promontorio. Estaba lo bastante alto, pero nunca sobreviviríamos al descubierta. Traté de no pensar en Carson, que andaba por ahí sin nada más que su petate. Y sin micro.

Un lanzabadejo se lanzó hacia mi cabeza y luego regresó hacia la Muralla.

—Será mejor que no me incordies —dije.

Volví al hueco y llamé a Ev y Bult.

—Vamos —dije, cogiendo el transmisor—. Nos trasladamos. —Los guié hasta el risco y la Muralla—. Aquí dentro.

—Pensé que esto iba contra las reglas —comentó Ev, pisando el suelo redondeado de la puerta.

—Y todo lo demás —dije—. Incluyendo ahogarse y contaminar los ríos con nuestros

cuerpos.

Bult cruzó el umbral y soltó su equipo, luego sacó su cuaderno.

—Invasión de propiedad boohteri —dijo.

Tuvimos que hacer cuatro viajes para subirlo todo, y todavía nos quedaban los ponis, que estaban tendidos en un charco de agua y no querían levantarse. Los empujamos a través de las rocas, soportando sus constantes protestas. Cuando conseguimos llevarlos a la Muralla, ya había oscurecido.

—No vamos a meterlos en la misma cámara con nosotros, ¿no? —dijo Ev, esperanzado, pero Bult estaba ya alzándolos hacia la puerta, casco a casco.

»Tal vez podríamos abrir una puerta entre este pasadizo y el siguiente —sugirió Ev.

—Destrucción de propiedad boohteri —dijo Bult, y sacó su cuaderno.

—Al menos con los ponis tendremos algo que comer —dije yo.

—Destrucción de forma de vida alienígena —informó Bult a su diario.

Destrucción de forma de vida alienígena. Tendría que encargarme de aquellos informes.

—¿Adónde ha ido Carson? —dijo Ev, como si acabara de recordar que no estaba presente.

—No lo sé —contesté, contemplando la lluvia.

—Carson se habría lanzado de cabeza al agua nada más ver esa cosa, y la habría matado —dijo Ev.

Sí, pensé, lo habría hecho. Y luego me habría sermoneado por no haber hecho una comprobación de f-y-f.

—Habrían hecho un saltón sobre eso —añadió, y yo pensé, sí, y sé cómo habría sido. La vieja Pantalones Ceñidos sin sus pantalones gritando «¡Socorro, socorro!», y un pez con dientes falsos saliendo del agua, y Carson chapoteando con un láser y mandándolo al infierno.

—Te ordené que salieras del agua, y obedeciste —le tranquilicé—. Yo hubiera hecho lo mismo si no hubiera estado tan lejos.

—Seguro que Carson habría acudido a salvarte.

Contemplé la oscuridad y la lluvia.

—Sí —dije. Lo habría hecho. Si hubiera sabido dónde estaba.

## EXPEDICIÓN 184: DÍA 5

Me llevó todo el día siguiente rellenar los informes sobre el *tssi mitss*, lo que probablemente fue una suerte . Así no me pasé las horas muertas asomada a la puerta de la Muralla como Ev, contemplando la lluvia y la subida del agua.

Y me impidió pensar en Stewart, y cómo se había ahogado en una riada, y en su compañera Annie Segura, que había ido a buscarlo y nunca la encontraron. Me distrajo de pensar en Carson, empapado en alguna parte de la Lengua. O sentado al pie de un acantilado.

La cámara no era mucho mejor que el saliente. Los ponis se pusieron histéricos, y el lanzabadejo volaba frenéticamente por encima de nuestras cabezas. Con el suelo redondeado, no había sitio para sentarse, y el viento no dejaba de salpicarnos de agua. A Ev y a mí nos habría venido bien una de las cortinas de baño de Bult.

Bult no la necesitaba. Permaneció todo el día sentado bajo su paraguas, viendo saltones.

Carson se lo había dejado. Intenté quitárselo, lo que me ganó una multa, y luego hice que Ev le enseñara a manipularlo para que no abarcara toda la cámara, pero en cuanto Ev volvió a asomarse a la puerta, Bult hizo que adquiriera el tamaño completo.

—Lleva fuera demasiado tiempo —dijo Pantalones Ceñidos, montando en su caballo, que estaba en mitad de los ponis—. Voy a buscarlo.

—Ya han pasado veinte horas —observó Acordeón—. Debemos informar a la Base.

—Han pasado más de veinte horas —señaló Ev, que regresaba de la puerta—. ¿No habría que llamar a C.J.?

—Sí —le dije, y empecé a rellenar el Impreso R-28-X, Eliminación Adecuada de Restos de Fauna Indígena. Con todo aquel trasiego por los riscos bajo la lluvia, no me había acordado de traer el *tssi mitss*, lo que significaba que iba a caerme otra multa.

—¿Vas a llamarla? —dijo Ev.

Seguí rellenando el informe.

C.J. llamó al atardecer.

—Los escáneres llevan todo el día mostrando lo mismo —dijo.

—Está lloviendo. Esperamos dentro de una cueva.

—¿Pero estáis bien?

—Sí.

—¿Quieres que vaya a buscaros?

—No.

—¿Puedo hablar con Ev?

—No —dije, mirándolo—. Está fuera con Carson, comprobando el alcance de la inundación.

Desconecté.

—No se lo habría dicho —dijo Ev.

—Lo sé —contesté, mirando a Bult.

Carson y Fin estaban de pie ante él.

—Será territorio inexplorado —dijo Carson, estrechándole la mano.

—No tengo miedo —dijo Fin—, mientras esté contigo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Ev.

—Esperar.

## EXPEDICIÓN 184: DÍA 6

A la mañana siguiente la lluvia remitió un poco, pero luego volvió a empezar. En el techo de la cámara se abrió una gotera, justo donde teníamos apilado el equipo, y tuvimos que trasladarlo junto a los ponis.

Empezábamos a estar un poco estrechos. Durante la noche, cuatro matacaminos habían atravesado a rastras la puerta, y el lanzabadejo se volvió loco, haciendo pases contra Ev y contra mí, y contra Pantalones Ceñidos acantilado abajo.

Bult ya no miraba los saltones. Se había levantado por enésima vez y había salido para contemplar las montañas.

—¿Qué hace? —preguntó Ev, observando el lanzabadejo.

—Busca a Carson. O una salida de aquí.

No había ninguna salida. El agua caía por todos los montes, arrastrando consigo lo que parecía la mitad de las Ponicacas, y una corriente feroz atravesaba el risco.

—¿Dónde crees que está Carson?

—No lo sé.

Durante la noche, se me había ocurrido que tal vez Wulfmeier hubiera reparado su puerta y regresado para desquitarse. Y Carson estaba solo, sin poni, sin micro, sin nada.

No podía decirle eso a Ev, y mientras intentaba pensar algo, Ev dijo:

—Fin, mira esto.

Observaba la gotera del techo. El lanzabadejo se lanzaba contra ella.

—Está tratando de repararla—dijo Ev, pensativo—. Fin, ¿tienes todavía esos trozos del que se comió Bult?

—No quedó gran cosa —contesté, pero rebusqué en mi mochila y las saqué.

—Oh, bien —exclamó, examinando los fragmentos—. Suerte que no se comió el pico.

Se sentó contra la pared con ellos.

El saltón seguía conectado. Fin vendaba el muñón del pie de Carson y lloriqueaba.

—No pasa nada —decía Carson—. No llores.

El saltón se volvió oscuro y en mitad de la cámara aparecieron escritas unas palabras. Los créditos. «Escrito por el Capitán Jake Trailblazer.»

—Mira esto —dijo Ev, y me acercó uno de los restos del lanzabadejo—. ¿Ves cómo el pico es plano, como un palustre? ¿Puedo hacer un análisis?

—Claro. —Me acerqué a la puerta y me asomé. Bult estaba de pie en el risco, donde la corriente lo cortaba, bajo la lluvia.

—Tendría que haberme dado cuenta antes —dijo Ev, contemplando la pantalla—. Mira lo alta que es la puerta. ¿Y por qué fabricarían los boohteri un suelo curvo como éste? —Se levantó y contempló la gotera—. ¿No dijiste que nunca habíais visto a los boohteri construyendo una de las cámaras? ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Recuerdas que te hablé del parrapájaro?

—¿El que construye un nido de cincuenta veces su tamaño?

—No es un nido. Es una cámara de cortejo.

No comprendía dónde nos llevaba todo eso, pues ya sabíamos que los indígitos construían la Muralla como parte de un cortejo.

—El macho del pingüino adelia le da una piedra redonda a la hembra como regalo de cortejo. Pero la piedra no le pertenece. La roba de otro nido. —Me miró, expectante—. ¿A qué te suena eso?

Bueno, Carson y yo siempre habíamos apoyado la teoría de que otros seres habían construido la Muralla. Miré el lanzabadejo.

—Es demasiado pequeño para construir algo así, ¿no?

—La parra del parrapájaro tiene cincuenta veces su tamaño. Y dijiste que en la Muralla sólo se abrían dos nuevas cámaras cada año. Algunas especies sólo se aparean cada tres o cinco años. Tal vez trabajan en ella varios años.

Contemplé las paredes curvas. De tres a cinco años de trabajo, y luego los imperialistas indígitos llegaban y se apoderaban de ella, derribaban la puerta para ensancharla, plantaban banderas. Me pregunté qué iba a decir el Gran Hermano cuando se enterara de esto.

—Es sólo una teoría —dijo Ev—. Necesito ejecutar probabilidades de tamaño y fuerza y tomar muestras de la composición de la Muralla.

—Parece una teoría bastante plausible. Nunca he visto a Bult utilizar una herramienta. Ni pedir una tampoco.

La palabra *boohteri* para la muralla era «nuestra», pero también lo era para la mayoría de mis cosas y las de Carson. Y el saltón de Ev que había estado mirando.

—Necesitaré un espécimen —dijo Ev, mirando especulativamente al lanzabadejo que realizaba frenéticos círculos?— a nuestro alrededor.

—Adelante —dije, agachándome—. Retuércele el cuello. Yo escribiré los informes.

—Primero quiero grabar esto en holo.

Se pasó la siguiente hora filmando al lanzabadejo picoteando en la gotera. A simple vista no hacía nada especial, pero a media mañana el techo había dejado de gotear y se apreciaba un diminuto parche de material blanco brillante.

Bult entró, con su paraguas y dos lanzabadejos muertos.

—Dame eso —dije, y le quité uno.

Él me miró.

—Confiscación forzosa de propiedad.

—Exactamente. —Se lo tendí a Ev—. «Nuestro.» Será mejor que te lo metas en la boca.

Ev lo hizo y Bult lo observó de mal talante; luego él se metió el otro en la boca y salió. Ev sacó su cuchillo y empezó a quitar lascas de la Muralla.

La lluvia remitía y salí para echar un vistazo. Bult estaba junto al lugar donde el arroyo cortaba el risco, contemplando las Ponicacas. Mientras yo observaba, lo cruzó chapoteando y continuó su camino.

El arroyo debía de estar abajo, como la charca. De todas las superficies seguía manando agua lechosa, pero se podía ver la roca de Ev y el sumidero al pie de la charca. Al oeste, las nubes empezaban a dispersarse.

Subí al risco. Bult había desaparecido. Entré en la cámara y empecé a meter cosas en mi mochila.

—¿Adónde vas? —dijo Ev. Miró alrededor para asegurarse de que Bult no estaba y siguió rascando.

—A buscar a Carson —respondí, arreglando las correas para poder cargarme la mochila a la espalda.

—No puedes —objetó él, blandiendo el cuchillo—. Va contra las reglas. Se supone que tienes que quedarte donde estás.

—Eso es. —Me quité el micro y se lo tendí, junto con el de Carson—. Espera aquí hasta la tarde y entonces llama a C.J., para que venga a buscarte. Sólo estamos a seis kloms de la Cruz del Rey. Llegará en un santiamén. —Crucé el umbral.

—Pero no sabes dónde está —insistió Ev.

—Lo encontraré —aseguré, pero no tuve que hacerlo. Bult y él cruzaban el arroyo charlando amigablemente. Carson cojeaba.

Volví a entrar rápidamente en la cámara, dejé la mochila en el suelo y pedí un R-28-X,

Eliminación Adecuada de Restos de Fauna Indígena.

—¿Qué haces? —dijo Ev—. Quiero ir contigo. Es territorio inexplorado. Creo que no deberías ir a buscar a Carson sola.

Carson apareció en la puerta.

—Oh —se sorprendió Ev.

Carson atravesó el umbral y el saltón que Bult había estado viendo. Llovía y Fin contemplaba el avance de dos mil equipajes hacia ella. Carson saltó a la silla y galopó hacia su compañera.

Carson apagó bruscamente el saltón.

—¿Qué anchura crees que tiene el yacimiento? —preguntó.

—Ocho kloms. Tal vez diez. Es la longitud del promontorio —dije. Le tendí su micro—. Perdiste esto.

Él se lo puso.

—¿Estás segura de que son ocho?

—No, pero después de eso hay roca dura, así que no habrá ninguna filtración. Si no ejecutamos una subsuperficial, no habrá problema. ¿Es eso lo que estuviste haciendo, buscando una salida?

—Quiero partir a mediodía —anunció él, y se dirigió a Bult—. Vamos, tenemos trabajo.

Se agacharon en un rincón y Carson vació sus bolsillos. Durante su misteriosa excursión había recolectado montones de f-y-f. Tenía tres muestras vegetales en bolsas de plástico, un holo de alguna especie de ungulado y un puñado de rocas.

Nos ignoró, lo que no molestó a Ev, que estaba muy ocupado diseccionando su espécimen. Lo empaqueté todo y coloqué los grandes angulares en los ponis.

Carson cogió una de las rocas y se la tendió a Bult. Era cristal de algún tipo, transparente con caras triangulares. Según las normas yo tendría que estar ejecutando una mineralógica para ver si ya tenía nombre, pero no estaba dispuesta a decirle nada a Carson, ya que estaba tan decidido a no mirarme.

—¿Tienen los boohteri un nombre para esto? —le preguntó a Bult.

Bult vaciló, como si esperara alguna pista por parte de Carson, y entonces dijo:

—*Thitsserrrah*.

—¿*Tchahtssillah*? —aventuró Carson.

Se supone que los libros empiezan con una «b» explosiva, pero Bult asintió.

—*Tchatssarrah*.

—¿*Tssirroh*? —intentó Carson.

Siguieron así durante quince minutos, mientras yo ataba el terminal a mi poni y recogía los petates.

—¿*Tssarrah*? —dijo Carson, ya algo irritado.

—*Sssíh* —confirmó Bult—. *Tssarrah*.

—*Tssarrah* —repitió Carson. Se levantó, se acercó a mi poni, e introdujo el nombre. Entonces volvió junto a Bult y empezó a recoger las bolsas de plástico—. El resto lo haremos más tarde. No quiero pasar otra noche en las Ponicacas.

¿Y eso era todo?, pensé, viendo cómo metía las plantas en su alforja.

Ev seguía trabajando en su espécimen.

—Vamos —anuncié—. Nos marchamos.

—Sólo un par de holos más —dijo, agarrando la cámara.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Carson.

—Recopilando datos —contesté.

Ev tuvo que sacar también un holo del exterior, y rascar una muestra de la superficie.

Tardó otra media hora en terminar y Carson se mostró impaciente todo el tiempo, maldiciendo a los ponis y mirando las nubes.

—Parece que va a llover. —No paraba de decirlo, pero no llovió. Era evidente que la lluvia había pasado. Las nubes se dispersaban y los charcos se estaban secando ya.

Finalmente nos pusimos en marcha poco después de mediodía; Bult y Carson abrían la marcha y Ev iba detrás, sacando holos de la Muralla y el lanzabadejo que supervisaba nuestra partida.

El arroyo que había cortado el risco se había reducido a un hilillo. Lo seguimos hasta donde conectaba con la Lengua y nos encaminamos hacia el este.

En aquel punto formaba un gran cañón con espacio al fondo para los ponis. Bult se arrodilló en la orilla y la inspeccionó, aunque ignoro cómo lograba distinguir un *tssi mitss* en las turbias aguas rosadas. Todos debían de haber sido arrastrados corriente abajo por la riada, porque dio su aprobación. Cruzamos con los ponis y nos internamos en el cañón. . Después del primer klom o así la orilla se volvió demasiado rocosa para contener fango y las nubes empezaron a dispersarse. Incluso salió el sol durante unos pocos minutos. Ev seguía atareado con su espécimen; Carson y Bult hablaban y gesticulaban, intentando decir qué camino seguir; yo me reconcomía por dentro. Estaba tan enfadada que podría haber matado a Carson. Me lo había imaginado ahogado en algún barranco, medio devorado por un mordisqueados en aquellos tres angustiosos días. Y cuando volvió ni una palabra de cómo demonios había capeado la riada o dónde demontres había estado.

Empezamos a escalar y me llegó un leve rugido desde arriba.

—¿Has oído?—le pregunté a Ev.

Él estaba absorto en la pantalla y trabajaba en su teoría del lanzabadejo, por eso tuve que volver a preguntárselo.

—Sí —dijo, alzando aturdido la cabeza—. Parece una catarata.

Un par de minutos después la vimos. Era sólo una cascada, y no muy alta, pero justo encima del salto el río se perdía de vista, así que era una catarata de verdad y no sólo una sección interrumpida del río, y habíamos llegado más arriba de donde empezó la lluvia, así que el agua corría de un hermoso color marrón claro.

Los montículos de yeso hacían toda una serie de borboteantes zigzags y todo el paisaje era bastante agradable, por eso supuse que Ev intentaría al menos ponerle de nombre C.J., pero él ni siquiera levantó la cabeza de la pantalla. Carson pasó de largo.

—¿No vamos a ponerle nombre? —le grité.

—¿Nombre a qué? —se extrañó él, tan aturdido como Ev cuando le había preguntado por el rugido.

—La catarata.

—¿La cata...? —dijo él, volviéndose rápidamente para mirar no a la catarata, que estaba justo delante de él, sino arriba.

—La catarata. —Señalé con el pulgar—. Ya sabes. Agua. Cayendo. ¿No tenemos que darle un nombre?

—Sí, claro. Pero primero quería ver qué hay más arriba.

No me lo tragué. Ni se le había pasado por la mente ponerle nombre hasta que yo lo dije, y cuando la señalé tenía una expresión en la cara que no logré identificar. ¿Enfado? ¿Alivio?

Fruncí el ceño.

—Carson... —empecé a decir, pero él ya se había dado la vuelta para mirar a Bult.

—Bult, ¿tienen los indígitos un nombre para esto?

Bult miró, no a la catarata, sino a Carson, con expresión interrogativa, lo que me pareció bastante curioso, y Carson dijo:

—No ha estado nunca tan lejos de la Lengua. Ev, ¿alguna idea?

Ev levantó la cabeza de su pantalla.

—Según mis cálculos, un lanzabadejo podría construir una cámara de la Muralla en seis

años —dijo tan satisfecho—, lo cual coincide con el periodo de apareamiento de la gaviota negra.

—¿Qué tal Cataratas Crisscross? —dije yo. Carson ni siquiera pareció molesto, lo que me pareció aún más extraño.

—¿Qué tal Cataratas Yeso? No hemos usado ése todavía, ¿verdad?

—Tendrían que empezar a construir antes de la maduración sexual —dijo Ev—, lo que significa que el instinto de apareamiento tendría que estar presente desde el nacimiento.

Comprobé el diario.

—Ninguna Catarata Yeso.

—Bien —dijo Carson, y se puso en marcha de nuevo antes incluso de que yo introdujera el nombre.

Nunca le habíamos puesto nombre a un charco con tanta rapidez, mucho menos a una catarata, y Ev al parecer se había olvidado por completo de C.J., y del sexo, a menos que pensara que hubiera cantidad de cataratas más donde elegir. Tal vez tuviera razón. Aún se oía el rugir del agua, aunque habíamos doblado la curva del cañón, y en la siguiente curva se hizo aún más fuerte.

Bult y Carson se habían detenido sobre la catarata y consultaban algo.

—Bult dice que esto no es la Lengua —comunicó Carson cuando los alcanzamos—. Dice que es un afluente, y que la Lengua queda más al sur.

No había dicho eso. Carson acababa de decirme que los boohteri nunca habían llegado hasta tan lejos y, además, Bult no había abierto la boca. Carson parecía preocupado, como lo había estado Bult antes del episodio del yacimiento petrolífero.

Carson ya nos hacía chapotear de regreso por el río y el costado del cañón, sin mirar siquiera a Bult para ver qué camino seguía. Se detuvo en la cima.

—¿Por aquí? —le preguntó a Bult, y el indígito le dirigió la misma mirada interrogadora y luego señaló una colina. ¿Adónde nos dirigía ahora? Si es que a eso se le podía llamar «dirigir».

Ahora nos encontrábamos por encima del yeso, las pendientes jabonosas daban paso a un ígneo marrónrosado. Bult nos condujo hasta una brecha en otra colina más abrupta y hacia un bosquecillo de árboles de plataluz. Eran viejos, altos como pinos y muy frondosos. Habrían sido cegadores si hubiera salido el sol, cosa que al parecer iba a suceder de un momento a otro.

—Aquí están los plataluces que tantas ganas tenías de ver —le dije a Ev y después de hablar con su pantalla alzó la cabeza y los miró—. Serían mucho más espectaculares si saliera el sol —añadí, y justo entonces el sol apareció y los iluminó—. ¿Lo ves? —comenté, y alcé la mano para protegerme los ojos.

Ev pareció deslumbrado, y no era de extrañar. Brillaban como una de las camisas de C.J., las hojas titilando y destellando en la brisa.

—No se parece a los saltones, ¿verdad?

—¡Eso es lo que da a la Muralla su textura brillante! —exclamó, y se dio un golpe en la frente con la palma de la mano—. Era la única pieza que me faltaba: lo que le daba el brillo. —Empezó a sacar holos—. Los lanzabadejos deben de triturar las hojas.

Bueno, pues se acabaron los plataluces que había venido a ver a Boohte. ¡Cómo se iba a poner C.J. cuando descubriera que Ev la había olvidado por un pajarraco que trituraba hojas y escupía yeso!

Los ponis habían reducido la marcha y me habría alegrado hacer una parada de descanso, sentarme y contemplar los árboles durante un ratito, pero Bult y Carson siguieron cabalgando. A escondidas de Bult cogí un puñado de hojas y se las tendí a Ev, pero dudaba que me hubiera multado aunque me hubiese visto. Estaba demasiado ocupado observando un arroyo al que nos acercábamos.



No era mucho mayor que el hilillo que manaba en lo alto del risco, y venía de la dirección equivocada, pero Bult aseguró que era la Lengua. Empezamos a remontarlo, serpenteando entre los árboles hasta que los ígneos a cada lado empezaron a cerrarlos. Correteaba sobre pilares cuadrados como viejos ladrillos rojos, y cogí un fragmento suelto para analizarlo. Basalto con cinabrio y cristales de yeso mezclados. Esperaba que Carson supiera adonde iba, porque no había espacio para dar marcha atrás.

El cañón se hacía más abrupto y los ponis empezaron a protestar. El arroyo subía en una serie de cascadas que gorjeaban, y las orillas se convirtieron en bloques de un marrón rojizo, tan empinados como escaleras.

Los ponis nunca lo conseguirán, pensé, y me pregunté si era eso lo que pretendía Carson: llevarnos a algún tipo de desfiladero tan empinado que tuviéramos que cargar con ellos a hombros, sólo como venganza. Pero Carson también tendría que cargar con el suyo, y por la forma en que lo acicateaba y maldecía no creo que estuviera fingiendo.

El poni de Carson se detuvo y se agachó tanto sobre sus cuartos traseros que parecía a punto de echárseme encima. Carson desmontó y tiró de las riendas.

—Vamos, culo con cerebro de roca —gritó, mirando directamente a la cara del poni.

Debió de asustarlo, porque soltó una bosta enorme y empezó a doblarse, pero la pared de roca lo detuvo.

—No te atrevas a intentar eso —amenazó Carson—, o te tiraré a ese arroyo para que te coman los *tssi mitts*. ¡Venga, vamos!

Dio un fuerte tirón a las riendas. El poni retrocedió, soltó una roca, que cayó haciendo ruido al arroyo, y subió los escalones como si lo estuvieran persiguiendo.

Deseé que mi poni captara la indirecta, y así fue. Alzó la cola y soltó una gran bosta.

Desmonté y cogí las riendas. Bult sacó su diario y miró a Ev, expectante.

—Vamos, Ev —dije.

Ev levantó la cabeza de las pantallas y parpadeó sorprendido.

—¿Adónde vamos? —dijo, como si no hubiera advertido que ya no estábamos serpenteando entre los plataluces.

—Subimos un acantilado. Forma parte del cortejo de apareamiento.

—Oh —dijo él, y desmontó—. La capacidad de vuelo del lanzabadejo le permite alcanzar los plataluces. Necesito hacer pruebas sobre la composición del yeso para confirmarlo, pero no puedo hacerlo hasta que lleguemos a la Cruz del Rey.

Anudé bien tensas las riendas bajo la boca de Inútil y susurré:

—Perezosa copia de segunda de un caballo, voy a cumplir contigo todas las amenazas de Carson y algunas otras que ni siquiera se le han ocurrido, y si te cagas una sola vez antes de que salgamos de este cañón, te meteré ese pomohueso por el cuello.

—¿Por qué tardas tanto? —dijo Carson, que bajaba los peldaños. No tenía su poni.

—No pienso cargar con este poni.

Evitó las boñigas, se colocó detrás de Inútil y empujó un rato.

—Dale la vuelta —dijo.

—Es demasiado estrecho. Ya sabes que los ponis no retroceden.

—Ya verás. —Cogió las riendas y tiró hasta que el animal estuvo nariz con nariz con el poni de Ev—. Vamos, patética imitación de una vaca, mucho menos de un caballo —masculló, y tiró. Inútil subió de espaldas el cañón.

—Eres más listo de lo que parece —le grité cuando volvía a por Ev.

—No has visto nada todavía —contestó.

No tuvimos más problemas con los ponis: agacharon las cabezas como si hubieran sido derrotados por un enemigo más listo y ascendieron firmemente, no obstante todavía tardamos casi una hora en subir medio klom. Así no íbamos a ninguna parte. El arroyo se encogió hasta convertirse en un hilillo y medio desapareció entre las rocas. Obviamente no era la Lengua, y

seguramente Carson estaba pensando lo mismo porque en el siguiente cañón lateral al que llegamos nos hizo tomar la dirección opuesta a la que habíamos seguido.

Era igual de empinada y mucho más estrecha. No tuve que pararme a tomar muestras minerales, simplemente las rozaba con las piernas al pasar. Los bloques de basalto se hicieron más pequeños y empezaron a parecer una pared de ladrillo, y entre ellos había vetas en zigzag de los cristales con facetas triangulares que Carson había traído. Actuaban como prismas, haciendo destellar piezas del espectro a lo largo del estrecho cañón cuando el sol incidía sobre ellas.

Justo cuando pensaba que el cañón iba a desembocar en un callejón sin salida, salimos y nos encontramos entre los plata-luces.

Estábamos en una amplia meseta. Los árboles crecían hasta el borde; a la derecha distinguí la Lengua en lo hondo, y oí el rugido de las cataratas. Carson lo ignoró y se internó cabalgando entre los árboles, encaminándose directamente al otro extremo, sin molestarse siquiera en fingir que Bult nos estaba guiando.

Tenía razón, pensé, nos va a despeñar por un barranco. Salimos de los árboles. Carson había atado su poni a un árbol y se encontraba de pie cerca del borde, contemplando el cañón. Ev se acercó, y luego Bult, y nos quedamos allí sentados en nuestros ponis, mirando.

—Vaya, ¿qué te parece? —dijo Carson, esforzándose por parecer sorprendido—. ¿Quieres mirar eso? Es una catarata.

La cascada con los montículos de yeso era una catarata. No había una palabra que describiera ésta, excepto que era obviamente la Lengua, serpenteando entre los bosques de plataluces al otro lado y luego zambulléndose un buen millar de metros en el cañón que se abría a nuestros pies.

—¡Mierda! —exclamó Evelyn, y dejó caer su lanzabadejo—. ¡Mierda!

Exactamente lo que yo pensaba. Había visto holos de las cataratas de Niágara y Yosemite cuando era niña, y eran muy impresionantes, pero sólo eran agua. Esto...

—¡Mierda! —repitió Ev.

Nos encontrábamos a más de quinientos metros por encima del suelo del cañón, frente a un acantilado de bloques rosados que se alzaba otros doscientos metros. La Lengua brotaba de una estrecha V en lo alto y caía como un suicida cañón abajo con un rugido que yo nunca debería haber confundido con una cascada, lanzando una nube de niebla y rocío que casi podía sentir, y se estrellaba en las revueltas aguas verdiblancas en lo más hondo.

El sol se ocultó tras una nube y luego volvió a asomar, y la catarata explotó como fuegos artificiales. Había un doble arco iris en lo alto del rocío, debido probablemente a que el agua refractaba la luz del sol, pero todo lo demás procedía del acantilado. Estaba surcado por vetas del cristal prismático, y chispeaban y titilaban como diamantes, lanzando pedazos de arco iris al acantilado, a las cascadas, al aire, a todo el cañón.

—¡Mierda! —volvió a repetir Ev, agarrando las riendas de su poni como si pudieran sostenerle—. ¡Es lo más hermoso que he visto en mi vida!

—Es una suerte que cogiéramos por aquí —dijo Carson, y me volví a mirarlo. Tenía los pulgares enganchados en las presillas de los pantalones y parecía muy pomposo—. Si hubiéramos seguido por ese cañón, nos lo habríamos perdido.

Y qué más, pensé. Tantas vueltas entre los plataluces y los peldaños y las consultas con Bult como si no supieras por dónde ibas. Esto es lo que estuviste haciendo mientras yo te esperaba en la Muralla, enferma de angustia. Cazando arco iris.

Seguramente lo había encontrado al seguir la Lengua, buscando una forma de rodear el anticlinal, y luego se puso a deambular por los acantilados y a entrar y salir de los cañones laterales, para encontrar el mejor lugar desde donde mostrarlo. Si nos hubiéramos quedado en la Lengua, como él había hecho probablemente cuando lo encontró, sólo habríamos captado un leve destello en alguna curva, u oído el creciente rugido y nos habríamos preguntado qué

sucedía, en vez de verlo estallar ante nosotros como si fuera la visión de un arco iris del cielo.

—¡Una verdadera suerte! —prosiguió Carson, con el bigote tembloroso—. Bien, ¿qué nombre queréis ponerle?

—¿Nombre? —Ev echó la cabeza atrás para mirar a Carson, y yo pensé, bueno, se acabaron los pájaros y el paisaje, volvemos al sexo.

—Sí —dijo Carson—. Es una formación natural. Debemos ponerle un nombre. ¿Qué tal Catarata del Arco Iris?

—¿Catarata del Arco Iris? —repliqué—. ¿No se te ocurre nada mejor? Tendría que ser algo grande, algo que sugiriera todo su esplendor. La Cueva de Aladino.

—No se le puede poner el nombre de una persona.

—Catarata Prisma. Catarata Diamante.

—Catarata de Cristal —dijo Ev, todavía contemplándola.

No colaría. Lo más probable era que el Gran Hermano, siempre vigilante, lo detectara y nos enviara una observación acerca de que Crissa Jane Tull trabajaba en el equipo de exploración y el nombre no era aceptable, y esta vez podrían demostrar una conexión, y nos multarían hasta dejarnos secos.

Era una lástima, porque Catarata de Cristal era el nombre perfecto. Y hasta que el Gran Hermano se percatara, Ev conseguiría un montón de polvos de C.J.

—Catarata de Cristal —dije—. Tienes razón. Es perfecto.

Miré a Carson, preguntándome si él estaba pensando lo mismo, pero ni siquiera escuchaba. Miraba a Bult, que estaba inclinado sobre su cuaderno.

—¿Cuál es el nombre bootheri para la catarata, Bult? —preguntó Carson, y Bult alzó la cabeza, dijo algo que no pude oír, y volvió a concentrarse en sus cosas.

Dejé a Ev babeando ante el cañón y me acerqué a ellos, pensando, perfecto, acabará llamándose Catarata de la Sopa Muerta o, peor, «Nuestra».

—¿Qué ha dicho? —le pregunté a Carson.

—Daño en la superficie de la roca —dijo Bult. Estaba sumando multas—. Daño a flora indígena.

Me supuse que iba a añadir, «tono y modales inadecuados», pero Carson ni siquiera parecía molesto.

—Bult —gritó, pero sólo a causa del rugido—, ¿cómo la llamáis?

Él volvió a alzar la cabeza y miró vagamente a la izquierda de la catarata. Aproveché la oportunidad para quitarle el cuaderno de las manos.

—¡La catarata, bicho de sesos de poni! —estallé, señalando, y él miró en la dirección adecuada, aunque quién demonios sabe a qué estaba mirando realmente... a una nube, tal vez, o alguna roca que cayera por el acantilado.

—¿Tienen los bootheri un nombre para la catarata? —preguntó Carson con una paciencia de santo.

—Vwarr—dijo Bult.

—Ésa es la palabra para agua —objetó Carson—. ¿Tenéis una palabra para esta catarata?

Bult dirigió a Carson una de aquellas peculiares miradas, y pensé, divertida, que estaba intentando adivinar lo que Carson quiere que diga.

—Dijiste que tu gente nunca había estado en las montañas —le apuntó Carson, y pareció como si Bult hubiera recordado de pronto su línea de diálogo.

—Nah nahm.

—No podéis llamarla Nah Nahm —dijo Ev desde detrás de nosotros—. Tiene que ser un nombre hermoso. ¡Algo grande!

—¡Gran Cañón! —apunté.

—Algo como Deseo del Corazón —prosiguió Ev—. O Fin del Arco Iris.

—Deseo del Corazón —comentó Carson, pensativo—. Ése no está mal. Bult, ¿qué hay del cañón? ¿Tienen los boohteri un nombre para él?

Pero esta vez Bult ya sabía qué contestar.

—Nah nahm.

—Cañón Joyas de la Corona —se entusiasmó Ev—. Cataratas Brillo Estelar.

—Debería ser un nombre indígito —observó Carson piadosamente—. Recuerda lo que dijo el Gran Hermano: «No se escatimarán esfuerzos por descubrir el nombre indígena de toda flora, fauna y formaciones naturales.»

—Bult acaba de decirte que no tienen nombre para eso —repliqué.

—¿Qué hay del acantilado, Bult? —insistió Carson, mirando con intensidad a Bult—. ¿O las rocas? ¿Tienen los indígitos un nombre para ellas?

Por lo visto Bult necesitaba un apuntador, pero Carson no parecía enfadado.

—¿Y los cristales? —prosiguió rebuscando en su bolsillo—. ¿Cómo llamáis a este cristal?

El rugido de la catarata parecía hacerse más fuerte.

—*Thitsserrrah* —dijo Bult.

—Sí. *Tssarrrah*. Sugeriste Catarata de Cristal, Ev. La llamaremos *Tssarrrah*, como los cristales.

El rugido se hizo tan intenso que acabó por marearme, y me agarré al poni.

—Cataratas *Tssarrrah* —dijo entonces Carson—. ¿Qué te parece, Bult?

—*Tssarrrah* —dijo Bult—. *Nahm*.

—¿Y a ti? —me preguntó Carson.

—Me parece un nombre bonito —dijo Ev.

Me acerqué al borde, todavía sintiéndome mareada, y me senté.

—Eso lo da por zanjado —anunció Carson—. Fin, ya puedes transmitirlo. Cataratas *Tssarrrah*.

Me quedé allí sentada escuchando el rugido y viendo el rocío resplandeciente. El sol se ocultó tras una nube y volvió a estallar, y los arco iris danzaron por el acantilado como lanzabutres, chispeando como cristal.

Carson se sentó a mi lado.

—Cataratas *Tssarrrah* —sonrió—. Menos mal que los indígitos tenían una palabra para esos cristales. El Gran Hermano quiere que demos a las cosas nombres indígenas.

—Sí. Una suerte. ¿Qué significa *tssarrrah*, te lo ha dicho Bult?

—«Hembra loca», probablemente. O tal vez «deseo del corazón».

—¿Con cuánto tuviste que sobornarlo? ¿Con los salarios del año que viene?

—Eso es lo divertido —dijo él, frunciendo el ceño—. Iba a darle el saltón, ya que le gusta tanto. Supuse que tendría que darle mucho más después del yacimiento petrolífero, pero le pregunté si nos ayudaría y el accedió sin más. Ni una multa, nada.

No me sorprendió.

—¿Enviaste el nombre? —preguntó.

Contemplé las cataratas largo rato. El agua rugía, danzando con los arco iris.

—Lo haré cuando bajemos. ¿No será mejor que nos vayamos? —dije, y me levanté.

—Sí —convino él, mirando al sur, donde las nubes volvían a acumularse—. Parece que va a llover otra vez.

Tendió la mano y yo lo ayudé a levantarse.

—No tenías por qué marcharte de esa forma —dije.

El siguió sujetándome la mano.

—No tenías por qué arriesgar tu vida de ese modo —me soltó—. Bult, vamos, tienes que guiarnos en la bajada.

—¿Cómo demonios vamos a hacer eso si los ponis nunca vuelven sobre sus propios

pasos? —pregunté, pero el poni de Bult atravesó los plataluces y bajó por el estrecho cañón, y los nuestros lo siguieron en fila india sin rebuznar siquiera.

»Las tormentas de arena no son lo único que se falsea por aquí —murmuré.

Nadie me oyó. Carson iba tras Bult, que todavía guiaba, bajando el cañón lateral, el que tanto problema nos dio con los ponis, y luego por otro cañón lateral. Los dejé que guiaran y miré a Ev, encorvado sobre su terminal, probablemente calculando estadísticas de lanzabadejos. Llamé a C.J.

Después de hablar con ella, miré al frente y descubrí un destello junto a las cascadas. Los arco iris iluminaban el cielo. Ev me alcanzó.

—En los saltones no se verá como en la realidad.

—Imposible.

El cañón se ensanchó y disfrutamos de una perspectiva lateral de las cataratas, con el agua saltando por el acantilado cuajado de cristal, hacia abajo.

—Por cierto, ¿cuál es el nombre de pila de Carson? —dijo Ev.

Ya le había dicho yo a Carson que era listo.

—¿Qué?

—Su nombre de pila. Me he dado cuenta de que no lo sé. En los saltones siempre os llaman Findriddy y Carson.

—Es Aloysius. Aloysius Byron. Sus iniciales son A.B.C. No le digas que me he chivado.

—Su nombre de pila es Aloysius —dijo, pensativo—. Y el tuyo es Sarah.

Listísimo, vaya.

—¿Sabías que en algunas especies los machos compiten por la hembra más deseable? —dijo, sonriendo con tristeza—. La mayoría no tiene ninguna posibilidad. Ella siempre elige al más valiente. O al más listo.

—Fuiste bastante listo al averiguar que los lanzabadejos construyeron la Muralla.

Él se animó.

—Todavía tengo que demostrarlo. Tendré que hacer análisis de contención y probabilidades de obra/tamaño cuando vuelva a la Cruz del Rey. Y redactar un informe.

—También aparecerá en los saltones —sonreí—. Serás famoso. Ev Parker, socioexozoólogo.

—¿Tú crees? —dijo, como si no se le hubiera ocurrido antes.

—Seguro. Un episodio entero.

Me miró con suspicacia.

—Eres tú, ¿verdad? Tú eres quien escribe los episodios. Tú eres el Capitán Jake Trailblazer.

—No —contesté—, pero sé quién es. —Las iniciales coincidían: C.J.T., pensé—. Mierda, puede que consigas una serie entera.

El cañón se abrió y nos encontramos en otra meseta tan grande como una pradera. Luego seguimos bajando. A un lado había un camino de descenso, una pendiente que conducía al suelo del cañón. Tras el cañón podían verse las llanuras, rosadas y violetas. Distinguí el macizo que respaldaba en anticlinal al este, demasiado lejos de los escáneres para advertir nada.

—Parada de descanso —anunció Bult, y se bajó de su poni. Se sentó bajo un plataluz y conectó el saltón.

—¿Oyes eso? —dijo Carson, mirando al cielo.

—Es C.J. —contesté—. Le pedí que viniera a recoger a Ev para que pudiera trabajar en su teoría. Tiene que hacer algunas pruebas.

—¿Está haciendo aéreas? —preguntó, mirando ansiosamente en dirección al macizo.

—Le indiqué que se dirigiera al sur y que se acercara por las Ponicacas, que

necesitábamos una aérea de ellas.

—¿No podía hacerla de regreso?

—¿Bromeas? Viajará con Ev. No hará ninguna aérea con él en el heli. Mierda, probablemente se habrá olvidado de hacer las aéreas en el camino de venida, de puro nerviosismo.

Carson me miró intrigado. El heli revoloteó sobre la pradera. C.J. saltó de la bodega, corrió hasta Ev, y prácticamente lo derribó al besarlo.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Carson, observándolos.

—Rito de cortejo —le expliqué—. Le dije que Ev había bautizado la catarata en su honor: Catarata de Cristal. —Miré a Carson—. Era la única manera que tenía de ganarse un polvo. En este planeta, al menos.

Los tortolitos seguían abrazados.

—Cuando averigüe cómo la llamamos de verdad, se pondrá hecha una furia —dijo Carson, sonriendo—. ¿Cuándo piensas decírselo?

—Nunca. Ése es el nombre que transmití.

Él dejó de sonreír.

—¿Por qué demonios lo hiciste?

—El otro día Ev casi me coló un nombre. Arroyo Criss-cross. Tú estabas pendiente de los planes de Bult, y yo estaba ocupada tratando de cargarlo todo en los ponis, y cuando me preguntó cómo íbamos a llamar al arroyuelo que cruzamos, no le presté atención. Al Gran Hermano no se le habría escapado, pero a mí sí. Tenía la cabeza en otros asuntos.

Ev y C.J. se habían soltado y contemplaban la catarata. C.J. hacía ruiditos chirriantes que prácticamente ahogaban la cascada.

—Al Gran Hermano no se le pasará tampoco Catarata de Cristal —dijo Carson—. En cambio Catarata *Tssarrrah* habría colado.

—Lo sé, pero tal vez estén demasiado ocupados gritándonos por ponerle ese nombre y matar al *tssi mítss* que se olvidarán del yacimiento petrolífero.

Él miró a Ev. C.J. volvía a besarle.

—¿Qué hay de Evie?

—No dirá nada.

—¿Y Bult? ¿Cómo sabemos que no nos sacará de estas montañas directamente a otro anticlinal? ¿O a un yacimiento de diamantes?

—Eso tampoco es un problema. Sólo tienes que pedirselo.

El se volvió a mirarme.

—¿Decirle qué?

—¿No sabes reconocer cuándo le haces tilín a alguien? Te enciende hogueras, ve tus escenas en el saltón una y otra vez, te hace regalos...

—¿Qué regalos?

—Todos esos datos. Los binos.

—Eran nuestros binos.

—Sí, bueno, los indígitos parecen tener algunos problemas con esa palabra. Te dio también la mitad del lanzabadejo. Y un yacimiento petrolífero.

—Por eso accedió a ayudarme con la catarata. —Se detuvo—. Creía que Ev dijo que era macho.

—Y lo es —sonreí yo—. Por lo visto tiene tantos problemas en identificar nuestro sexo como nosotros con él.

—¿Cree que soy una hembra?

—No me extraña —me burlé. Empecé a caminar.

Él me agarró del brazo y me hizo girar para que lo mirara a la cara.

—¿Seguro que quieres hacer esto? Podrían despedirnos.

—No, no lo harán. Somos Findriddy y Carson. Somos demasiado famosos para que nos despidan —le sonreí—. Además, no pueden. Después de esta expedición, les deberemos nuestros salarios de las próximas veinte.

Nos acercamos a C.J. y Ev, que otra vez se hacían arrumacos.

—Ev, tú y tu poni volveréis con C.J. a la Cruz del Rey —anuncié—. Tienes que escribir todo ese rollo de la Muralla.

—Evelyn me ha contado su teoría —dijo C.J. Yo me pregunté cuándo había tenido tiempo—. Y cómo te salvó del *tssi mitss*.

—Nosotros nos adelantamos para acabar la expedición —dijo Carson, acercando el poni de Ev—. Ya que estamos aquí, exploraremos las Ponicacas.

Metimos al poni en la bodega y le indicamos a C.J. que girara al oeste sobre las Ponicacas y luego al norte camino de casa y que tratara de tomar una aérea.

Ella no prestaba atención.

—No os preocupéis, ¿vale?, tomaos vuestro tiempo —dijo, subiendo al heli—. Nosotros estaremos bien. —Avanzó hacia el interior.

Carson le tendió a Ev su mochila.

—Si pudierais sacar holos de la Muralla en sitios distintos, lo agradecería —dijo Ev—. Y muestras del yeso.

Carson asintió.

—¿Algo más?

Ev miró al heli.

—Ya habéis hecho bastante. —Sacudió la cabeza, sonriendo—. Catarata de Cristal —dijo, mirándome—. Sigo pensando que deberíamos haberla llamado Deseo del Corazón.

Subió al heli y C.J. despegó, revoloteando tan cerca del suelo que los dos tuvimos que agacharnos.

—Quizás hemos hecho demasiado —masculló Carson—. Espero que C.J. no esté tan agradecida que acabe matándolo.

—Yo no me preocuparía por eso.

El heli circundó el cañón como un lanzabadejo y pasó ante la catarata para echar un último vistazo. Se perdieron volando con rumbo norte, cruzando la llanura, lo cual significaba que no íbamos a conseguir ninguna aérea.

—Sólo estamos posponiendo lo inevitable, ¿sabes? —comentó él, contemplando el heli—. Tarde o temprano el Gran Hermano se dará cuenta de que hemos tenido demasiadas tormentas de polvo, o Wulfmeier se encontrará con esa veta de plata del 246-73. Si Bult no averigua lo que podría conseguir por este sitio y lo dice primero.

—He estado pensando en eso. Tal vez no será tan malo como pensamos. No construyeron la Muralla, ¿lo sabías? Sólo se mudaron después, golpearon a los nativos en la cabeza, y se apoderaron de ella. Bult probablemente será dueño de la Puerta de Salida y de media Tierra dentro de un año.

—Y construirá una presa sobre la catarata.

—No si fuera un parque nacional. Ya has oído lo que dijo Ev sobre cómo quería ver los árboles de plataluz y la Muralla, sobre todo cuando descubran quién la construyó. Supongo que la gente vendrá desde muy lejos para disfrutar del paisaje. —Hice un gesto hacia la catarata—. Bult podría cobrar por la entrada.

—Y luego multarlos por dejar huellas —añadió—. Por cierto, ¿cómo impedirás que Bult se enamore de ti cuando se entere de que no soy una hembra?

—Él cree que soy un macho. Le pasa lo mismo que a ti: no me identifica como mujer.

—Me lo estarás machacando siempre, ¿eh?

—Pues sí.

Me acerqué al lugar donde Bult estaba sentado, viendo el saltón en el que Carson cogía

de la mano a Faldita Minúscula.

—Ven conmigo —dijo Carson.

—Vamos, Bult —dije—. En marcha.

Bult cerró el saltón y se lo tendió a Carson.

—Enhorabuena —me burlé—. Estás prometido.

Bult sacó su cuaderno.

—Perturbación de la superficie terrestre —me dijo—. Ciento cincuenta.

Monté a Inútil.

—En marcha.

Carson contemplaba de nuevo las cataratas.

—Sigo pensando que tendríamos que haberlas llamado Cataratas Tssarrrah —dijo. Se acercó a su poni y empezó a rebuscar en la alforja.

—¿Qué demonios estás haciendo ahora? —protesté—. ¡Vámonos!

—Tono y modales inadecuados —le dijo Bult a su cuaderno.

—No hablaba contigo —contesté—. ¿Qué estás buscando? —le pregunté a Carson.

—Los binos. ¿Los tienes tú?

—Te los di. Venga, vamos.

Montó en su poni y empezamos a bajar la pendiente siguiendo a Bult. Tras el acantilado la llanura se volvía púrpura con la luz del atardecer. La Muralla se curvaba al salir de las Ponicacas y serpenteaba entre ellas, y más allá se extendían las mesetas, ríos y conos de ceniza del territorio inexplorado, ofrecidos ante mí como un regalo, como los regalos de un parrapájaro.

—No me los diste —replicó Carson—. Si has vuelto a perder los binos...



REMAKE

*A Fred Astaire*

# AGRADECIMIENTOS

Gracias especiales a Scott Kippen y Sheryl Beck y todos los demás miembros de Sigma Tau Delta de la UNC

y

a mi hija Cordelia y sus clases de estadística

y

a mi secretaria Laura Norton,

todos los cuales ayudaron con escenas de persecuciones, lágrimas, finales felices y todas las otras referencias cinematográficas.

«Casi nada es imposible.»

STEVE WILLIAMS  
*Industrial Light and Magic*

«La chica parece tener talento, pero el chico no sabe hacer nada.»  
*Informe de vodevil sobre Fred Astaire*

## INTERIOR NOCHE

### ANTES DE LOS CRÉDITOS

He vuelto a verla esta noche. No la estaba buscando. Era una de las primeras vivacciones de Steven Spielberg, *Indiana Jones y el templo maldito*, un cruce entre una cabalgada RV y una sacudida, el último lugar donde uno podría esperar zapatos de baile, y era demasiado tarde. El musical había estirado la pata, como tan elocuentemente lo expresó Michael Caine en 1965.

La vivacción había sido realizada en el 84, en el mismo principio de la revolución de gráficos por ordenador, y tenía unas cuantas secciones de GO: togis digitalizados lanzados por un precipicio y un morfo bastante torpe y patético de un corazón arrancado. También tenía un avión Ford trimotor, que era lo que yo estaba buscando cuando la encontré.

Necesitaba el trimotor para la gran escena de la despedida en el aeropuerto, así que abordé a Heada, que lo sabe todo, y ella me comentó que le parecía haber visto uno en una de las vivacciones de Spielberg, el segundo Indy tal vez.

—Está cerca del final.

—¿Cómo de cerca?

—Cincuenta fotogramas. O tal vez era la tercera. No, en ésa hay un dirigible. La segunda. ¿Cómo te va el remake, Tom?

Casi terminado, pensé. Tres años libre de SA y todavía sobrio.

—El remake está atascado en la gran escena de la despedida —dije—, y por eso necesito el avión. ¿De qué te has enterado, Heada? ¿Cuál es el último cotilleo? ¿Quién va a adueñarse de ILMGM este mes?

—Fox-Mitsubishi —respondió ella rápidamente—. Mayer está que trina. Y se dice que el ejeco jefe de la Universal va a la calle. Demasiadas sustancias adictivas.

—¿Y tú? ¿Sigues libre de las SA? ¿Todavía ayudante de producción?

—Todavía haciendo de Melanie Griffith —respondió ella—. ¿El avión tiene que ser en color?

—No. Tengo un programa de coloreado. ¿Por qué?

—Creo que hay uno en *Casablanca*.

—No, no lo hay. Es un Lockheed bimotor.

—Tom —dijo ella—, la semana pasada hablé con un director de plato que iba a China a hacer unas tomas.

Sabía adonde quería llevarme con eso.

—Lo intentaré en la de Spielberg. Gracias —corté antes de que pudiera decir nada más.

El Ford trimotor no estaba al final, ni en el medio, que tenía una de las peores matas que he visto jamás. Retrocedí a 48 por, pensando que habría sido más fácil inventármelo yo solito, y finalmente encontré el avión casi al principio. Era bastante bueno: había primeros planos de la puerta y de la cabina, y una hermosa toma media del despegue. Retrocedí unos cuantos fotogramas, tratando de encontrar algún primer plano de las hélices, y entonces dije:

—Fotograma 1-001.

Por si había algo al principio.

Morfo con la impronta Spielberg de la antigua montaña de los estudios Paramount en plano de inicio, esta vez en un gong del tamaño de un hombre. Música de entrada. Humo rojo. Créditos. Y allí estaba ella, en una línea del coro, con unos zapatos de baile plateados y un

leotardo de lentejuelas con solapas de frac. El maquillaje era estilo años treinta (labios rojos, cejas Harlow) y llevaba el pelo rubio platino.

Me pilló desprevenido. Ya había recorrido los ochenta, buscando en todas partes desde *Chorus Line* a *Footloose*, y no había encontrado ni rastro de ella.

—¡Alto! —dije—. Amplía la mitad derecha.

Me incliné hacia delante para contemplar la imagen ampliada y asegurarme, como si no hubiera estado ya seguro en el instante en que la vi.

—Pantalla plena —ordené—, avanza en tiempo real.

Contemplé el número completo. No era gran cosa: cuatro filas de rubias con sombreros de copa y zapatos de baile con lazo haciendo una sencilla rutina de coro que podría haber sido sacada de *La calle 42*, y ya está. Tampoco debía haber maestros de baile en los ochenta. Los pasos eran sencillos, casi todo cruces y zapateados, y pensé que probablemente era una de las primeras que hacía Alis. Era muy buena cuando la vi practicando en la clase de historia cinematográfica. Y era demasiado berkeleyesco. Casi al final del número se pasaba con los ángulos y un barrido de pañuelos rojos al ser sacados de los bolsillos de los fracs, y Alis desapareció. El Digimatte no podría haber encajado tantas tomas cruzadas, y dudé que Alis lo hubiera intentado. Nunca había tenido paciencia con Busby Berkeley.

—Eso no es bailar —dijo al ver la escena de caleidoscopio de *Música y mujeres* aquella primera noche en mi habitación.

—Creía que era famoso por su coreografía.

—Lo es, pero injustamente. Todo son ángulos de cámara y decorados. Fred Astaire insistía siempre en que sus bailes fueran rodados en plano general y en una toma continua.

—Fotograma diez —dije, para no tener que soportar de nuevo el morfo de la montaña, y empecé de nuevo con la rutina—. Alto.

La escena la inmovilizó a medio movimiento, el pie con el zapato de plata extendido tal como le había enseñado madame Dilyovska de Meadowville, los brazos extendidos. Se suponía que debía sonreír, pero no lo hacía. Tenía una expresión de empeño, de cuidadosa concentración bajo el lápiz de labios carmesí, las cejas pintadas, la expresión que tenía aquella primera noche, al ver a Ginger Rogers y Fred Astaire en la librepantalla.

—Alto —repetí, aunque la imagen no se había movido, y permanecí allí sentado durante largo rato, pensando en Fred Astaire y mirando la cara de Alis, aquella cara que había visto bajo infinitas pelucas, con infinitos maquillajes, la cara que habría reconocido en cualquier parte.

# TÍTULOS

TÍTULOS DE CRÉDITO  
Y FUNDIDO A TRAVELLING DE ESCENA DE FIESTA

**TÓPICO CINEMATOGRAFICO N.º 14: La fiesta. Fragmentos inconexos de conversaciones extrañas, excesivo consumo de SA, diversas conductas ultrajantes.**

**VER:** *Encadenados; Avaricia; El graduado; Risky Business; Desayuno con diamantes; Danzad, danzad, malditos; El guateque.*

Ella nació el mismo año en que murió Fred Astaire. Hedda me lo dijo cuando conocí a Alis. Era una de las fiestas de la residencia que el estudio patrocina. Hay una cada semana, ostensiblemente para mostrar las últimas innovaciones de GO y tratar de tentar a los veteranos hackólitos de la escuela de cine a una vida de servidumbre digitalizada y obligada por contrato, para que así los ejecos puedan tomar un poco de chooch (del que nunca hay bastante) y algunas ñaquis (de lo que siempre hay de sobra, todas con escotes blancos y melenas platino). Hollywood a tope, la razón por la que me mantengo aparte, pero ésta era patrocinada por ILMGM, y Mayer me había prometido que estaría allí.

Le estaba haciendo un pastiche, digitalizando a la ñaqui de su jefe ejeco en una película de River Phoenix. Quería darle a Mayer el opdisk y cobrar antes de que el jefe encontrara una cara nueva. Ya había hecho el pastiche dos veces y tenido que cambiar el feedback tres veces porque había cambiado de chica, y esta última vez la cara nueva había insistido en tener una escena con River Phoenix. Para ello me había tenido que tragar todas las películas de River Phoenix jamás hechas, de las cuales hay un montón: fue uno de los primeros actores registrados Quería cobrar el dinero antes de que el jefe de Mayer cambiara de compañera otra vez. El dinero y algunas SA.

La fiesta estaba a tope en el salón de la residencia, como siempre: novatos y caras y hackólitos y resacosos. Los sospechosos habituales. Había una gran librepantalla de fibra-op en el centro de la sala. La miré, deseé con todas mis fuerzas que no fuera la nueva película de River Phoenix, y me sorprendí al ver a Fred Astaire y Ginger Rogers, bailando en un tramo de escaleras. Fred llevaba frac, y Ginger un vestido blanco con la orilla negra. El alboroto de la fiesta me impedía oír la música, pero parecía el Continental.

No pude ver a Mayer. Había un tipo con una gorrita de béisbol de la ILMGM y barba (el uniforme de los hackólitos) de pie bajo la librepantalla con un mando a distancia, dando órdenes a un par de veteranos de GO. Escruté la multitud, buscando trajes y/o alguien que conociera y pudiera darme chooch.

—Hola —dijo apasionadamente una de las caras. Llevaba el pelo color platino, un vestido blanco sin mangas, y un atractivo lunar, y estaba muy colgada. Sus ojos no enfocaban nada de nada.

—Hola —contesté, observando la multitud—. ¿Quién se supone que eres? ¿Jean Harlow?

—¿Quién? —dijo ella, y quise creer que se debía a la SA que estuviera tomando, pero probablemente no. Ah, Hollywood, donde todo el mundo quiere estar en las películas y nadie se ha molestado jamás en ver una.

—¿Jeanne Eagles? —pregunté—. ¿Carole Lombard? ¿Kim Bassinger?

—No —dijo ella, tratando de enfocar—. Marilyn Monroe. ¿Eres ejeco de algún estudio?

—Depende. ¿Tienes chooch?

—No —dijo ella alegremente—. Lo gasté.

—Entonces no soy un ejeco —repliqué. Sin embargo, pude ver a uno junto a las escaleras, hablando con otra Marilyn. La Marilyn llevaba un vestido blanco sin mangas igual que la que estaba hablando conmigo.



Nunca he comprendido por qué las caras, que no tienen nada que vender más que una personalidad original, una cara original, intentan todas parecerse a otra persona. Pero supongo que es lógico. ¿Por qué deberían ser diferentes a todos los demás en Hollywood, que siempre ha sentido predilección por las secuelas, las imitaciones y los remakes?

—¿Te dedicas al cine? —insistió mi Marilyn.

—Nadie se dedica al cine —dije, y me dirigí hacia el ejeco a través de la multitud.

Fue una tarea más difícil que remolcar la *Reina de África* a través de los juncos. Me abrí paso entre un grupo de caras que comentaban el rumor de que Columbia Tri-Star andaba alquilando cuerpos presentes, y luego un par de rarotas con cascos de datos que estaban en alguna otra fiesta, y me acerqué a las escaleras.

No distinguí que no era Mayer hasta que estuve lo bastante cerca para oír la voz del ejeco: los ejecos de los estudios son como las Marilyns. Todos son iguales. Y tienen los mismos diálogos.

—... buscando una cara para mi nuevo proyecto —decía. El nuevo proyecto era un remake de *Regreso al futuro* protagonizado, agh, por River Phoenix—. Es el momento perfecto para un reestreno —añadió, inclinándose hacia el escote de la Marilyn—. Dicen que estamos así de cerca —hizo que su pulgar y su índice casi se tocaran— de conseguirlo de verdad.

—¿De verdad? —dijo la Marilyn, en una imitación bastante aproximada de la voccecita emocionada de Marilyn Monroe. Se parecía más al original que mi Marilyn, aunque era un poco gruesa de cintura. Pero las caras no se preocupan por eso tanto como antes. Unos cuantos kilitos de más se pueden borrar. O añadir—. ¿Se refiere a viajar en el tiempo?

—Me refiero a viajar en el tiempo. Aunque no será en un DeLorean, sino en una máquina del tiempo que se parece a los deslizadores. Ya hemos elaborado los gráficos. Sólo nos falta la actriz que dé la réplica a River. El director quería utilizar a Michelle Pfeiffer o Lana Turner, pero le dije que debería buscar una desconocida. Una cara nueva, alguien especial. ¿Te interesa aparecer en las películas?

Yo había oído ese diálogo antes. En *Damas del teatro*. 1937.

Regresé a la fiesta y me acerqué a la librepantalla, donde el de la gorra de béisbol y la barba se dirigía a algunos novatos.

—... programado para cualquier toma que quieran. Grúas pantallas partidas, barridos. Digamos que queremos un primer plano de este tipo. —Apuntó a la pantalla con el mando.

—Fred Astaire —dije—. Ese tipo es Fred Astaire.

—Se pulsa «primer plano»...

La sonriente cara de Fred Astaire llenó la pantalla.

—Es el nuevo programa de montaje de ILMGM —explicó el de la gorra de béisbol—. Elige ángulos, combina tomas, corta. Para trabajar sólo se necesita una base en plano general, como ésta. —Pulsó un botón del mando, y un plano general de Fred y Ginger sustituyó la cara de Fred—. Los planos generales son difíciles de encontrar. Tuve que volver a las b-y-n para encontrar uno lo bastante largo, pero estamos trabajando en ello. Pulsó otro botón, y fuimos invitados a una visión de la boca de Fred, y luego su mano.

—Se puede montar cualquier programa que se quiera —prosiguió Gorra de Béisbol, contemplando la pantalla. La boca de Fred otra vez, el clavel blanco en su solapa, su mano—. Esto coge la toma base y la monta usando la secuencia de la escena de apertura de *Ciudadano Kane*.

Un plano medio de Ginger, y luego del clavel. Me pregunté cuál sería Rosebud.

—Todo está preprogramado —concluyó Gorra de Béisbol—. No hay que hacer nada. El aparato se encarga de todo.

—¿Sabes dónde está Mayer? —pregunté.

—Estaba aquí —dijo él, mirando vagamente alrededor, y luego de vuelta a la pantalla,

donde Fred rehacía sus pasos—. Puede extrapolar tomas largas, aéreas, contraplanos.

—Haz que extrapole a alguien que sepa dónde está Mayer —dije, y me marché. La fiesta estaba cada vez más animada. Los únicos con espacio para moverse eran Fred y Ginger, que giraban arriba y abajo de las escaleras.

El ejeco que yo había visto antes estaba en mitad de la sala, metiendo mano a la misma Marilyn, o a otra distinta. Tal vez supiera dónde estaba Mayer. Me dirigí hacia él, y en aquel momento divisé a Hedda con un manguito rosa y brazaletes de diamantes. *Los caballeros las prefieren rubias*.

Hedda lo sabe todo, todas las noticias, todo el chismorreo.

Si alguien sabía dónde estaba Mayer, sería Hedda. Me abrí paso hacia ella, dejé atrás al ejeco, que explicaba el viaje temporal a la Marilyn.

—Es el mismo principio que los deslizadores —decía—. El efecto Cachemira. Los electrones aleatorios de las paredes crean una región de materia negativa que produce un intervalo solapado.

Debió de ser un hackólito antes de transformarse en ejeco.

—El efecto Cachemira te permite solapar el espacio para salir de una estación de deslizadores a otra, y lo mismo es teóricamente posible para salir de un tempomento paralelo a otro. Tengo un opdisk que lo explica todo —dijo, acariciándole el escote—. ¿Qué te parece si subimos a tu habitación y le echamos un vistazo?

Pasé apretujándome a su lado, esperando no acabar cubierto de sanguijuelas, y conseguí llegar junto a Hedda.

—¿Está Mayer por aquí? —pregunté.

—No —dijo ella, su cabeza platino inclinada sobre la colección de cubos y cápsulas que llevaba en la mano enguantada de rosa—. Estuvo aquí unos minutos, pero se marchó con una de las novatas. Y cuando la fiesta empezó había un tipo de Disney husmeando. Se rumorea que Disney va a hacerle una opa a ILMGM.

Otro motivo para que me pagaran enseguida.

—¿Comentó Mayer si pensaba volver?

Ella sacudió la cabeza, todavía sumida en el estudio de la farmacia.

—¿Hay algo de chooch por ahí? —pregunté.

—Creo que son éstas —dijo, tendiéndome dos cápsulas púrpuras y blancas—. Una cara me dio todo este material, y me dijo cuál era cuál, pero ya no me acuerdo. Estoy segura de que éstas son chooch. Tomé algunas. Te lo haré saber en un minuto.

—Magnífico —dije, deseando poder tomarlas enseguida. Que Mayer se largara con una novata podría significar que estaba tonteando otra vez, lo cual significaba otro pastiche—. ¿Qué se sabe del jefe de Mayer? ¿Su nueva amiguita no le ha despedido todavía?

Ella pareció repentinamente interesada.

—No, que yo sepa. ¿Por qué? ¿Has oído algo?

—No.

Y si Hedda no lo había oído tampoco, no había sucedido. Así que Mayer se había llevado a la novata a su dormitorio para un ñaca rápido o una raya más rápida de copos, y volvería en unos minutos, y yo por fin cobraría.

Cogí un vaso de plástico a una Marilyn que pasaba y me tragué las cápsulas.

—Bien, Hedda —dije, ya que hablar con ella era mejor que hacerlo con el de la gorra de béisbol o el ejeco viajero del tiempo—, ¿qué otros chismes vas a meter en tu columna esta semana?

—¿Columna? —preguntó, con expresión confusa—. Siempre me llamas Hedda. ¿Por qué? ¿Es una estrella de cine?

—Columnista de cotilleos. Sabía todo lo que pasaba en Hollywood. Como tú. ¿Y bien? ¿Qué pasa?

—Viamount tiene un nuevo programa foley automático —declaró ella rápidamente—. ILMGM se está preparando para registrar los derechos sobre Fred Astaire y Sean Connery, que al final se ha muerto. Y se comenta que Pinewood está contratando cuerpos presentes para la nueva secuela de *Batman*. Y Warner... —Se detuvo a media palabra y se miró la mano con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre?

—Creo que no es chooch. Me siento un poco... —Se miró la mano—. Tal vez las amarillas eran el chooch. —Rebuscó en su mano—. Esto parece más hielo.

—¿Quién te las dio? ¿El tipo de Disney?

—No. Un tipo que conozco. Un cara.

—¿Cómo es? —dije. Pregunta estúpida. Sólo hay dos variedades: James Dean y River Phoenix—. ¿Está aquí?

Ella sacudió la cabeza.

—Me las dio porque se marchaba. Dijo que ya no las necesitaría, y además, en China lo arrestarían por tenerlas.

—¿China?

—Dijo que allí tenían un estudio de vivacciones, y estaban contratando dobles y cuerpos presentes para sus películas de propaganda.

Y yo que pensaba que hacer pastiches para Mayer era el peor trabajo del mundo.

—A lo peor era linearroja —dijo, rebuscando entre las cápsulas—. Espero que no. La linearroja siempre me deja como una mierda al día siguiente.

—En vez de como Marilyn Monroe —dije, buscando a Mayer en la sala. Aún no había vuelto. El ejeco del viaje temporal se dirigía hacia la puerta con una Marilyn. Los rarotas de los cascos de datos se reían y gesticulaban al aire, obviamente en una fiesta mucho mejor que ésta. Fred y Ginger hacían demos de otro programa montador. Rápidos planos de Ginger, las cortinas del salón de baile, la boca de Ginger, las cortinas. Debía de ser la escena de la ducha de *Psicosis*.

El programa terminó y Fred tomó la mano tendida de Ginger, el borde negro de su falda aleteando por el impulso, y la hizo girar hasta caer en sus brazos. Los bordes de la librepantalla empezaron a desenfocarse. Miré hacia las escaleras. También se nublaban.

—Mierda, no es linearroja —dije—. Es klieg.

—¿Sí? —preguntó ella, olisqueándolo.

Lo es, pensé disgustado, ¿y qué voy a hacer ahora? Un cuelgue con klieg no era lo más conveniente para tener una reunión con un psicópata como Mayer, y el maldito material no sirve para nada más. Ni espit, ni alucinaciones, ni siquiera un zumbido. Sólo visión nublada, y luego un destello de realidad indeleble.

—Mierda —repetí.

—Si es klieg —dijo Hedda, agitándolo con su mano enguantada—, al menos podemos tener una buena sesión de sexo.

—No necesito el klieg para eso —protesté, pero empecé a buscar en la sala alguien con quien hacer ñaca.

Hedda tenía razón. Destellar durante el sexo conseguía un orgasmo inolvidable. Literalmente. Escruté a las Marilyns. Podría hacer el número del cásting del ejeco con una de las novatas, pero uno nunca sabía cuánto podría tardar, y sentía que sólo me quedaban unos pocos minutos. La Marilyn con la que había hablado antes se encontraba junto a la librepantalla, escuchando el discurso del ejeco del viaje temporal.

Miré hacia la puerta. Había una chica en el umbral, mirando dubitativa a la fiesta como si estuviera buscando a alguien. Tenía el pelo castaño claro y rizado, echado hacia atrás en las sienes. La puerta tras ella estaba oscura, pero tenía que haber alguna luz por alguna parte porque sus cabellos brillaban como si estuviera a contraluz.

—De todas las clases de jaco que hay en el mundo... —dije.

—¿Jaco? —dijo Hedda, sumida en su asombro pastillero—. Creí que habías dicho que era klieg. —Lo olisqueó.

La chica tenía que ser una cara, era demasiado bonita para no serlo, pero el pelo era equivocado, y el traje, que no era un vestido sin mangas, ni tampoco blanco. Era negro, con un chalequito verde a juego, y llevaba guantes verdes cortos. ¿Deanna Durbin? No, el color del pelo no coincidía. Y lo llevaba sujeto con una cinta verde. ¿Shirley Temple?

—¿Quién es ésa?—murmuré.

—¿Quién? —Hedda lamió su dedo enguantado y lo frotó en el polvillo que habían dejado las píldoras.

—Esa cara de allí —le señalé. Ella se había apartado de la puerta, pero su cabello castaño claro seguía capturando la luz y creando un halo.

Hedda lamió el polvillo de su guante.

—Alice —dijo.

¿Alice quién? ¿Alice Faye? No, Alice Faye era rubia platino, como todo el mundo en Hollywood. Y no le iban las cintas en el pelo. ¿Charlotte Henry en *Alicia en el país de las maravillas*?

Fuera quien fuese quien buscaba la chica (el Conejo Blanco, probablemente), había renunciado a buscarlo, y contemplaba la librepantalla. En ella, Fred y Ginger bailaban uno alrededor del otro sin tocarse, mirándose a los ojos.

—¿Alice quién? —pregunté.

Hedda fruncía el ceño ante su dedo.

—¿Eh?

—¿Quién se supone que es? ¿Alice Faye? ¿Alice Adams? ¿*Alicia ya no vive aquí*?

La chica se había apartado de la pared, con los ojos todavía fijos en la pantalla, y se dirigía hacia el de la gorra de béisbol. Él saltó hacia delante, encantado por tener nuevo público, y empezó su discurso, pero la chica no le escuchaba. Contemplaba a Fred y Ginger, con la cabeza alzada hacia la pantalla. Sus cabellos capturaban toda la luz del enlace de fibra-op.

—Creo que no me dijo nada de eso —comentó Hedda, lamiéndose de nuevo el dedo—. Es su nombre.

—¿Qué?

—Alice —dijo—. A-l-i-s. Es su nombre. Es una novata. Historia cinematográfica. De Illinois.

Bueno, eso explicaba la cinta, aunque no el resto del atuendo. No era Alice Adams. Los guantes eran de los cincuenta, no de los treinta, y su cara no era lo suficientemente angulosa para intentar ser Katharine Hepburn.

—¿Quién se supone que es?

—Me pregunto cuál de éstos es hielo —prosiguió Hedda, rebuscando de nuevo en su mano—. Se supone que hace que el destello vaya más rápido. Quiere bailar en el cine.

—Creo que ya has tomado bastantes pastis —dije, intentando cogerle la mano.

Ella la cerró, protegiendo las pastillas.

—No, de verdad. Es bailarina.

La miré, preguntándome cuántas píldoras sin marca había tomado antes de que yo llegara.

—Nació el mismo año en que murió Fred Astaire —dijo, haciendo un gesto con el puño cerrado—. Lo vio en el enlace de fibra-op y decidió venir a Hollywood para bailar en las películas.

—¿Qué películas?

Ella se encogió de hombros, concentrada de nuevo en su mano.

Observé a la muchacha. Seguía absorta en la pantalla.

—Ruby Keeler —dije.

—¿Eh? —preguntó Hedda.

—La bailarina animosa de *La calle 42* que quiere ser una estrella.

Sólo que llegaba veinte años demasiado tarde. Pero justo a tiempo para un ñaca, y si era lo bastante ingenua para creer que podría aparecer en las películas, llevármela al catre estaría chupado.

No tendría que explicarle el viaje temporal, como el ejeco, que hablaba muy entretenido con una Marilyn vestida de negro que empuñaba un ukelele. *Con faldas y a lo loco*.

—Verás, me rechazas en este tempomento —decía—, pero en un tempomento paralelo ya estamos ñaqueando. —Se acercó más—. Hay cientos de miles de tempomentos. ¿Quién sabe qué estamos haciendo en uno de ellos?

—¿Y si le rechazo en todos? —replicó la Marilyn.

Pasé rozando su vestido, pensando que me podría valer si Ruby pasaba de mí, y me dirigí hacia la pantalla atravesando la multitud.

—¡No! —dijo Hedda en voz alta.

Al menos media sala se volvió para mirarla.

—¿No qué? —dije, volviendo con ella. Miraba a Alis, y su cara tenía la expresión alerta y ligeramente aturdida que produce el klieg.

»Acabas de destellar, ¿verdad? —le pregunté—. Ya te dije que era klieg. Y eso significa que yo haré lo mismo dentro de poco, así que si me disculpas...

Ella me agarró el brazo.

—Creo que no deberías... —dijo, todavía mirando a Alis—. Ella no... —Me miraba, preocupada. Mildred Natwick en *La legión invencible*, diciéndole a John Wayne que tuviera cuidado.

—¿No qué? ¿No hará ñaca conmigo? ¿Te apuestas algo?

—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza como si quisiera despejarla—. Tú... ella sabe lo que quiere.

—Yo también. Y gracias a tu política de ruleta rusa respecto a los productos químicos, promete ser una experiencia inolvidable. Si puedo llevarme a Ruby a mi habitación en los próximos diez minutos. Ahora, si no hay más objeciones... —dije, y empecé a marcharme.

Ella alargó la mano, como si quisiera agarrarme la manga, y luego la dejó caer.

El ejeco hablaba de regiones de materia negativa. Lo sorteé y me acerqué a la pantalla, donde Alis miraba la cara de Fred, las escaleras, la falda con orilla negra de Ginger, la mano de Fred.

Era tan bonita en primer plano como en plano general. Su pelo echado hacia atrás capturaba la luz aleteante de la pantalla y su rostro tenía una expresión intensa, concentrada.

—No deberían hacer eso —dijo.

—¿Qué? ¿Pasar una película? Hay que pasar una película en una fiesta. Es la ley de Hollywood.

Ella se volvió y me sonrió encantada.

—Conozco esa línea de diálogo. Es de *Cantando bajo la lluvia*. No me refería a la película, sino a montarla así. —Miró de nuevo hacia la pantalla. Ahora mostraba un cenital, y lo único que se podían ver eran las coronillas de Fred y Ginger.

—¿He de suponer que no te gusta el programa montador de Vincent?

—¿Vincent?

Señalé con la cabeza al de la gorra de béisbol, que estaba en un rincón haciéndose una raya de illy.

—¿No te recuerda a Vincent Price en *Los crímenes del museo de cera*?

El programa montador volvió a mostrar planos rápidos: los pasos, la cara de Fred,

primerísimo plano de un paso. La escena del cochecito del bebé de *El acorazado Potemkin*.

—En más de un sentido —añadí.

—Fred Astaire siempre insistió en que rodaran sus coreografías en plano secuencia general —dijo ella, sin apartar los ojos de la pantalla—. Decía que era la única forma de filmar los bailes.

—Eso decía, ¿eh? No me extraña que me guste más la original —comenté—. La tengo en mi habitación.

Y eso la hizo apartarse del rápido analítico de los pies, el hombro y el pelo de Ginger para mirarme. Era la misma expresión intensa y concentrada con que había contemplado la pantalla, y sentí que los bordes empezaban a difuminarse.

—Nada de cortes, ni de ángulos de cámara —dije rápidamente—. Nada preprogramado. Toma continua y en plano general. ¿Quieres subir y echarle un vistazo?

Ella miró la librepantalla. El pecho de Fred, su cara, sus rodillas.

—Sí —accedió—. ¿Tienes la película de verdad? ¿Sin colorear ni nada?

—La de verdad —aseguré, y la conduje escaleras arriba.

**RUBY KEELER [Nerviosa]:** Nunca había estado en un apartamento de soltero.

**ADOLPHE MENJOU [Sirviendo champagne]:** Nunca habías estado en Hollywood. [Le tiende una copa.] Ten, querida, esto te relajará.

**RUBY KEELER [Deambulando cerca de la puerta]:** Dijo usted que tenía una solicitud para una prueba. ¿No debería rellenarla?

**ADOLPHE MENJOU [Reduciendo las luces]:** Más tarde, querida, cuando hayamos tenido ocasión de conocernos.

—Tengo todo lo que quieras —le prometí a Alis mientras subíamos—. Todas las bibliotecas de la ILMGM, y la Warner y la Fox-Mitsubishi, al menos todo lo que ha sido digitalizado, que debería ser todo lo que quieres. —La conduje por el pasillo—. Las películas de Fred Astaire y Ginger Rogers eran de la Warner, ¿verdad?

—RKO.

—Es lo mismo. —Abrí la puerta—. Ya hemos llegado —anuncié, y le mostré mi habitación.

Ella dio un confiado paso al interior y luego se detuvo al ver las tres paredes cubiertas con pantallas de espejo.

—¿No me habías dicho que eras estudiante?

Ahora no era el momento de decirle que no había asistido a clase en más de un semestre.

—Lo soy —dije, adelantándome a ella para que avanzara, y cogiendo una camisa—. Ropas por todo el suelo, la cama sin hacer. —Tiré la camisa a un rincón—. *Andy Hardy va a la universidad.*

Ella miraba el digitalizador y el conector del enlace de fibra-op.

—Creía que sólo los estudios tenían Crays.

—Trabajo para ellos para pagarme los estudios —expliqué. Y para surtirme de chooch.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó, contemplando el reflejo de su propio rostro en las pantallas plateadas, y ahora tampoco era el momento de decirle que me especializaba en conseguir ñaquis para los ejecos de los estudios.

—Remakes —dije. Alisé las sábanas—. Siéntate.

Ella se quedó en el borde de la cama, con las rodillas muy juntas.

—Muy bien —sonreí, sentándome ante el comp. Pedí el menú de la biblioteca Warner—. El Continental es de *Sombrero de copa.*, ¿no?

—*La alegre divorciada* —dijo ella—. Casi al final.

—Pantalla principal, fotograma final y vuelve a 98 —ordené. Fred y Ginger saltaron a la pantalla y subieron a una mesa—. Reb a 96 fotogramas por segundo. —Y saltaron de la mesa y fueron hacia atrás del desayuno al salón de baile.

Rebobiné hasta el principio del número y lo dejé en marcha.

—¿Quieres sonido? —pregunté.

Ella sacudió la cabeza, absorta ya en la pantalla. Tal vez esto no había sido una buena idea. Se inclinó hacia delante, y la misma expresión concentrada de antes asomó a su rostro, como si estuviera intentando memorizar los pasos. No me hacía ni caso, lo cual no era exactamente la idea al invitarla.

—Menú —dije—. Películas de Fred Astaire y Ginger Rogers. —Apareció el menú—. En pantalla uno, *Al compás de la música* —ordené. Normalmente había un gran baile final en estas películas, ¿no?—. Fotograma final y vuelve a 96.

La había. En la pantalla superior izquierda, Fred con frac hacía girar a Ginge y su

vestido plateado.

—Fotograma 102-044 —dije, leyendo el código al pie—. Avanza en tiempo real y repite. Bucle continuo. Pantalla dos, *Sigamos la flota*, pantalla tres, *Sombrero de copa*, pantalla cuatro, *Descuidada*. Fotograma final y vuelve a 96.

Impuse en todas bucles continuos y repasé el resto de la lista de Fred y Ginger, llenando la mayoría de las pantallas de la izquierda con sus bailes: giros, zapateos, vueltas, Fred con frac, con uniforme de soldado, botas de montar, Ginger con largos vestidos de seda que destellaban bajo la rodilla en un remolino de plumas, piel y abalorios. Bailaban vales, zapateaban, se deslizaban con el Carioca, el Yam, el Piccolino. Y todos en plano general. Todos sin cortes.

Alis contemplaba las pantallas. La expresión atenta y concentrada había desaparecido, y sonreía encantada.

—¿Algo más?

—Sí. *Ritmo loco* —me dijo—. El número del título. Fotograma 87-1309.

La puse en marcha en la fila de abajo. Fred de punta en blanco, bailando con un coro de rubias vestidas de satén negro y velos. Todas llevaban máscaras con el rostro de Ginger Rogers, y se las ponían y alejaban de Fred, las máscaras tan estiradas como rostros.

—¿Alguna otra película? —dije, llamando de nuevo el menú—. Quedan pantallas de sobra. ¿Qué tal *Un americano en París*?

—No me gusta Gene Kelly.

—Vale —dije, sorprendido—. ¿Qué tal *Espérame en San Luis*?

—No hay bailes excepto el número «Under the Banyan Tree», con Margaret O'Brien. Es por culpa de Judy Garland. Bailaba que daba pena.

—Muy bien —dije yo, aún más sorprendido—. ¿*Cantando bajo la lluvia*? No, espera, no te gusta Gene Kelly.

—El número de «Good Morning» está bien.

Escruté en el menú películas donde no aparecieran Gene Kelly ni Judy Garland.

—¿*Buenas noticias*?

—El «Varsity Drag» —asintió ella—. Está justo al final. ¿Tienes *Siete novias para siete hermanos*?

—Claro. ¿Qué número?

—El de la construcción del granero. Fotograma 27-986.

Lo llamé. Busqué algún pasaje donde apareciera Ruby Keeler.

—¿*La calle 42*?

Ella sacudió la cabeza.

—Es de Busby Berkeley. No tiene bailes excepto al fondo de una toma de ensayos y unas diecisiete barras en el número «Pettin' in the Park». Nunca hay bailes en las de Busby Berkeley. ¿Tienes *Un día en Nueva York*?

—Creía que no te gustaba Gene Kelly.

—Ann Miller. El número del Hombre Prehistórico. Fotograma 28-650. Técnicamente es muy buena cuando se dedica al claqué.

No sé por qué estaba tan sorprendido o qué esperaba. Adoración total, supongo. A Ruby Keejerniurmurando: «¡Dios, señor Ziegfield, un papel en su espectáculo! ¡Qué maravilla!» O a Judy Garland tal vez, mirando embelesada la foto de Clark Gable en *Melodías de Broadway de 1938*. Pero a ella no le gustaba Judy, y había rechazado a Gene Kelly con tanta indiferencia como si fuera una chica que se presenta a una prueba para el coro en una de Busby Berkeley. Que, por cierto, tampoco le gustaba.

Llené las pantallas de Fred Astaire, que sí le gustaba, aunque ninguna de sus películas en color eran tan buenas como las de blanco y negro, ni tampoco sus compañeras. La mayoría se quedaban colgadas mientras él giraba alrededor, o adoptaban una pose y le dejaban bailar



en círculos, literalmente, a su alrededor.

Alis no las contemplaba. Había vuelto a la pantalla central y observaba a Fred, en plano general, levantando del suelo a una ingrávida Ginger.

—¿Es eso lo que quieres hacer? —pregunté, señalando—. ¿Bailar el Continental?

Ella sacudió la cabeza.

—Todavía tengo que aprender mucho. Sólo conozco unos cuantos pasos. Podría hacer eso —dijo, señalando el «Varsity Drag», y luego al número de cowboys de *Cabecita loca*—. Y tal vez eso. Coro, no principal.

Y eso tampoco era lo que yo esperaba. Lo único que tienen en común las caras bajo sus lunares de Marilyn es la absoluta convicción de que cumplen todos los requisitos para convertirse en una estrella. En la mayoría de los casos no es así: no saben actuar o mostrar emoción, ni siquiera pueden hacer una razonable imitación de la voz sensual de Norma Jean y su vulnerabilidad tan sexy, pero todas creen que lo único que se interpone entre ellas y el estrellato es la mala suerte, no la falta de talento. Nunca había oído a ninguna decir: «Tengo que aprender mucho.»

—Voy a necesitar un profesor de baile —decía Alis—. ¿Conoces alguno?

¿En Hollywood? Era tan probable que encontrara alguno como que se encontrara con Fred Astaire. Menos.

¿Y qué si era lo bastante lista para conocer sus propios fallos? ¿Qué si había estudiado las películas y las criticaba? Nada de eso iba a hacer volver los musicales. Nada de eso iba a hacer que ILMGM empezara a rodar vivacciones otra vez.

Miré las pantallas. En la fila de abajo Fred intentaba encontrar a la auténtica Ginger entre las máscaras. En la tercera pantalla, fila de arriba, intentaba seducirla: ella se apartaba, él avanzaba, ella regresaba, él se inclinaba, ella se inclinaba lánguidamente.

Lo cual me recordó que sería mejor que continuara con lo mío o iba a destellar con Alis allí sentada al borde de la cama, completamente vestida y las piernas bien apretadas.

Pedí sonido en la pantalla tres y me senté junto a Alis en la cama.

—Creo que eres bastante buena —dije.

Me miró, confundida, y entonces advirtió que estaba contestando a sus palabras de «Todavía tengo que aprender mucho» de antes.

—No me has visto bailar —contestó.

—No hablaba de baile —señalé, y me incliné hacia delante para besarla.

La pantalla central destelló en blanco.

—Mensaje de Heada Hopper —anunció.

Deletreaba Hedda con «a». Me pregunté si había tenido otro destello revelatorio y me interrumpía para comunicármelo.

—Mensaje anulado —dije, y me levanté para despejar la pantalla, pero era demasiado tarde. El mensaje ya estaba allí.

«Mayer está aquí—decía—. ¿Lo envió arriba? Heada.»

Sólo hubiera faltado eso. Tendría que hacer una copia del pastiche y llevárselo.

—Archivo River Phoenix —le dije al ordenador, y metí un opdisk en blanco—. *Donde están los muchachos*. Graba remake.

Las pantallas con los bailes se pusieron en blanco y Alis se levantó.

—¿Quieres que me vaya?

—¡No! —exclamé, buscando un mando a distancia. El comp escupió el disco, y lo recogí—. Quédate aquí. Ahora mismo vuelvo. Tengo que darle esto a un tipo.

Le tendí el mando.

—Toma. Pulsa *M* para menú y pide lo que quieras. Si la película que pides no está en ILMGM, puedes llamar a las otras bibliotecas pulsando Archivo. Volveré antes de que acabe el Continental. Lo prometo.

Me dirigí a la puerta. Quería cerrarla para retenerla allí, pero parecería más creíble que pensaba volver si la dejaba abierta.

—No te marches —dije, y corrí escaleras abajo.

Heada me esperaba al pie de las escaleras.

—Lo siento —dijo—. ¿Te la estabas ñaqueando?

—Gracias a ti, no —respondí, buscando a Mayer en la sala. Todo estaba aún más abarrotado que antes. La pantalla también: una docena de Freds y Gingers trazaban círculos a pantalla partida uno alrededor del otro.

—No tendría que haberte interrumpido, pero como antes me preguntaste si Mayer estaba aquí...

—No importa. ¿Dónde está?

—Por allí. —Señaló en dirección de los Freds y las Gingers. Mayer estaba bajo ellos, escuchando a Vincent explicar su programa de montaje y retorciéndose por haber tomado demasiado chooch—. Dijo que quería hablar contigo de un trabajo.

—Magnífico —dije—. Eso significa que su jefe tiene una nueva amiguita y tengo que pegar una nueva cara.

Ella negó con la cabeza.

—Viamount va a apoderarse de ILMGM y Arthurton va a dirigir el Proyecto Desarrollo, lo cual significa que el jefe de Mayer está despedido, y Mayer está ahora en la cuerda floja. Tiene que distanciarse de su jefe y convencer a Arthurton de que debe quedarse con él en vez de traerse a su nuevo equipo. Así que este trabajo probablemente será una perla para impresionar a Arthurton, lo que podría significar un remake, o incluso un nuevo proyecto. Y en ese caso...

Dejé de escuchar. El jefe de Mayer estaba en la calle: el disco que yo llevaba en la mano valía exactamente nada, y el trabajo para el que me requería era pegar en alguna parte la amiguita de Arthurton. O tal vez a las amiguitas de todo el consejo de dirección de Viamount. En cualquier caso, no iba a cobrar.

—... por lo menos —proseguía Heada—, es una buena señal que recurra a ti.

—Magnífico —dije, frotándome las manos—. «Esto podría ser mi gran salto.»

—Bueno, podría serlo —contestó ella, a la defensiva—. Incluso un remake sería mejor que esos trabajos de chulo que has estado haciendo.

—Todos son trabajos de chulo. —Empecé a abrirme paso hacia Mayer a través de la multitud.

Heada me siguió.

—Si es un proyecto oficial, dile que quieres créditos.

Mayer se había colocado al otro lado de la libre pantalla, probablemente intentando escapar de Vincent, que estaba justo tras él, todavía hablando. Sobre ellos, la multitud de la pantalla seguía girando, pero cada vez más despacio, y los bordes de la sala empezaban a desenfocarse. Mayer se volvió, me vio, y me saludó, todo a cámara lenta.

Me detuve y Heada chocó contra mí.

—¿Tienes algo de slalom? —pregunté, y ella rebuscó de nuevo en su mano—. ¿O de hielo? ¿Algo para retener un destello de klieg?

Ella mostró el mismo grupo de cápsulas y cubos que antes, sólo que no había tantas.

—No creo —dijo, mirándolas.

—Encuétrame algo, ¿vale? —pedí. Cerré los ojos con fuerza y volví a abrirlos. El desenfoque remitió.

—Veré si puedo encontrar algo de lude —dijo ella—. Recuerda: si es de verdad, quieres créditos. —Se dirigió hacia una pareja de James Deans, y yo llegué junto a Mayer.

—Aquí tienes —le dije, y traté de tenderle el disco. No iba a cobrar, pero al menos había que intentarlo.

—¡Tom! —exclamó Mayer. No cogió el disco. Heada tenía razón. Su jefe estaba despedido. —Precisamente te andaba buscando —dijo—. ¿Qué has estado haciendo?

—Trabajando para ti —contesté, y traté de nuevo de entregarle el disco—. Ya está. Justo lo que pediste. River Phoenix, primer plano, beso. Ella incluso tiene cuatro líneas.

—Muy bien —asintió, y se metió el disco en el bolsillo. Sacó un palmtop y pulsó unos números—. Lo quieres en tu cuenta, ¿no?

—Eso es —asentí, preguntándome si esto era algún tipo de extraño síntoma de predestello: conseguir lo que querías. Busqué a Heada alrededor. Ya no hablaba con los James Deans.

—Siempre puedo contar contigo para los trabajos duros. Tengo un nuevo proyecto que podría interesarte. —Pasó el brazo por encima de mi hombro en un gesto amistoso y me apartó de Vincent—. Nadie lo sabe, pero hay una posibilidad de fusión entre ILMGM y Viamount, y si sigue adelante, mi jefe y sus amiguitas habrán pasado a la historia.

¿Cómo lo hace Heada?, me pregunté asombrado.

—Todavía está en fase de negociación, por supuesto, pero todos estamos entusiasmados ante la perspectiva de trabajar con una gran compañía como Viamount.

Traducción: es un trato cerrado, y tambalearse no es ni siquiera la palabra. Miré las manos de Mayer, casi esperando ver sangre bajo las uñas.

—Viamount está tan comprometido como ILMGM en la creación de películas de calidad, pero ya sabes lo que piensa el público americano de las fusiones. Así que nuestro primer trabajo, si esto sigue adelante, es enviarles el mensaje: «Nos preocupamos.» ¿Conoces a Arthur Arthurton?

Lo siento, Heada, pensé, es otro trabajo de chulo.

—¿Qué debo hacer? —pregunté—. ¿Meter a la amiguita de Arthurton? ¿Al amiguito? ¿Al pastor alemán?

—¡Pero qué dices! —respondió, y miró alrededor para asegurarse de que nadie lo había oído—. Arthurton es un dechado de virtudes: vegetariano, limpio, un auténtico Gary Cooper. Está completamente dedicado a convencer al público de que el estudio está en manos responsables. Y ahí es donde entras tú. Te suministraremos una puesta al día de memoria y un imprime-y envía automático, y te pondremos en nómina. —Agitó ante mí el disco de la amiguita de su ex jefe—. Se acabó eso de tener que localizarme en las fiestas —sonrió.

—¿En qué consiste el trabajo?

No respondió. Contempló la sala, retorciéndose.

—Veo muchas caras nuevas —dijo, sonriendo a una Marilyn con plumas amarillas. *Luces de candilejas*—. ¿Algo interesante?

Sí, en mi habitación, y quiero destellar con ella, no contigo, Mayer, así que al grano.

—ILMGM ha perdido algo de impulso últimamente. Ya conoces la moda: violencia, SA, influencia negativa. Nada serio, pero Arthurton quiere proyectar una imagen positiva...

Y es un auténtico Gary Cooper. Me equivocaba, Heada. Esto no es un trabajo de chulo. Es quemar y arrasar.

—¿Qué quiere eliminar?—dije. Él empezó a retorcerse otra vez.

—No es un trabajo de censura, sólo unos cuantos ajustes aquí y allá. La revisión media no será más de unos diez fotogramas. Cada uno te llevará tal vez unos quince minutos, y la mayoría son simples anulaciones. El comp puede hacerlas automáticamente.

—¿Y qué tengo que quitar? ¿Sexo? ¿Chooch? —SA. Veinticinco por película, y cobrarás aunque no tengas que cambiar nada. Podrás abastecerte de chooch durante un año.

—¿Cuántas películas?

—No muchas. No lo sé exactamente.

—¿Todo? ¿Cigarrillos? ¿Alcohol?

—Todas las sustancias adictivas —asintió él—, visuales, audios y referencias. Pero la

Liga Antitabaco ya ha quitado la nicotina, y la mayoría de las películas de la lista tiene sólo un par de escenas que deben ser reelaboradas. Muchas ya están limpias. Sólo tendrás que verlas, hacer una impresión-y-envío, y cobrar. Cierto. Y luego suministrar códigos de acceso durante dos horas. Borrar era fácil, cinco minutos como máximo, y una superposición diez, incluso trabajando a partir de un vid. El coñazo eran los accesos. Incluso mi maratón de River Phoenix no era nada comparado con las horas que pasaría leyendo accesos, abriéndome paso a través de guardias autorizados y cerraduras-ID para que la fuente de fibra-op no escupiera automáticamente los cambios que hiciera.

—No, gracias —dije, y traté de hacerle coger el disco—. No sin acceso pleno.

Mayer pareció paciente.

—Sabes por qué son necesarios los códigos de autorización.

Por supuesto. Para que nadie pueda cambiar un píxel de todas esas películas registradas, o dañar un pelo de la cabeza de todas esas estrellas compradas y pagadas. Excepto los estudios.

—Lo siento, Mayer. No me interesa —dije, y empecé a retirarme.

—Vale, vale —me interrumpió él, retorciéndose—. Cincuenta por cada y acceso de ejeco pleno. No puedo hacer nada respecto a los cerrojos-ID del enlace de fibra-op y los registros de la Sociedad de Conservación Cinematográfica. Pero puedes tener completa libertad en los cambios. Nada de aprobación previa. A tu aire.

—Sí —bufé—. A mi aire.

—¿Trato hecho?

Heada pasaba ante la pantalla, observando a Fred y Ginger. Estaban en primer plano, mirándose a los ojos.

Al menos el trabajo me daría pasta suficiente para mis clases y mis propias SA, en vez de pedir a Heada que mendigara por mí, en vez de tomar klieg por error y tener que preocuparme por destellar con Mayer y llevar una imagen indeleble de él grabada en mi cabeza para siempre. Y todos son trabajos de chulo, dentro o fuera. Aunque sean oficiales.

—¿Por qué no? —Me encogí de hombros.

Heada se acercó. Me cogió la mano y me deslizó un lude.

—Magnífico —dijo Mayer—. Te daré una lista. Puedes hacerlo en el orden que quieras, pero ten listo un mínimo de doce por semana.

Asentí.

—Me pondré ahora mismo —asentí, y me dirigí hacia las escaleras, tragándome el lude por el camino.

Heada me persiguió hasta el pie de las escaleras.

—¿Conseguiste el trabajo?

—Sí.

—¿Es un remake?

No tenía tiempo de escuchar lo que diría cuando descubriera que era un trabajo de barrido y quema.

—Sí —contesté, y corrí escaleras arriba.

En realidad no había ninguna prisa. El lude me daría al menos media hora y Alis estaba ya en la cama. Si estaba todavía allí. Si no se había hartado de Fred y Ginger y se había marchado.

La puerta estaba entornada, tal como yo la había dejado, cosa que podía ser buena o mala señal. Me asomé. Vi las pantallas más cercanas. Apagadas. Gracias, Mayer. Se ha ido, y todo lo que tengo a cambio es una lista de la Oficina Hays. Con un poco de suerte llegaré a destellar con Walter Brennan dando un sorbo de whisky matarratas.

Empecé a abrir la puerta y me detuve. Ella estaba allí, después de todo. Descubrí su reflejo en las pantallas plateadas. Estaba sentada en la cama, inclinada hacia delante,

observando algo. Abrí más la puerta para ver de qué se trataba. Contemplaba la pantalla central. Era la única que seguía encendida. No debía de haber podido comprender las otras pantallas a partir de mis apresuradas instrucciones, o a lo mejor en Bedford Falls sólo estaban acostumbrados a una única pantalla.

Observaba con la misma expresión concentrada que tenía abajo, pero no era el Continental. No era ni siquiera Ginger Rogers bailando codo con codo con Fred. Era Eleanor Powell. Fred y ella bailaban claqué sobre un oscuro suelo pulido. Había luces al fondo, haciendo de estrellas, y el suelo las reflejaba en largos y titilantes senderos de luz.

Fred y Eleanor vestían de blanco: él con un traje de calle, nada de frac, ni sombrero de copa esta vez; ella con un vestido blanco con falda hasta la rodilla que giraba cuando ella lo hacía. Sus cabellos castaño claro eran igual de largos que los de Alis y estaban recogidos con un pasador blanco que destellaba, capturando la luz de los reflejos.

Fred y Eleanor bailaban uno al lado de la otra, casualmente, los brazos apenas despegados para conservar el equilibrio, las manos sin tocarse siquiera, emparejados paso a paso.

Alis había quitado el sonido, pero no necesité oír los pasos o la música para saber qué era. *Melodías de Broadway 1940*, la segunda mitad del número «Begin the Beguine». La primera mitad era un tango, chaqueta formal y vestido largo blanco, el tipo de cosa que Fred hacía con todas sus compañeras, excepto que en el caso de Eleanor Powell no tenía que cubrirla o maniobrar alrededor de ella con pasitos elegantes. Su compañera sabía bailar igual de bien que él.

Y la segunda mitad era esto: nada de trajes de fantasía, ni alboroto, los dos bailando el uno junto al otro, plano general y una sola toma continua, sin cortar. El zapateó una combinación, ella la repitió, marcando los pasos con total precisión, él hizo otra, ella respondió, sin que ninguno mirara a su pareja, concentrados en la música.

—Concentrados, no. Error. No había concentración en ellos, ningún esfuerzo; podrían haber inventado toda la coreografía mientras pisaban el suelo pulido, improvisando sobre la marcha.

Me quedé en la puerta, viendo cómo Alis los contemplaba allí sentada en el borde de la cama, y parecía que el sexo era lo último que le preocupaba. Heada tenía razón: había sido una mala idea. Debería regresar a la fiesta y buscar alguna cara que no tuviera las rodillas apretadas, cuya gran ambición fuera trabajar como cuerpo presente para Columbia Tri-Star. El lude que acababa de tomar retendría cualquier destello el tiempo suficiente para que convenciera a una de las Marilyns para que me acompañara.

Por otra parte, Ruby Keeler no me echaría de menos: estaba ajena a todo menos a Fred Astaire y Eleanor Powell, que hacían una serie de zapateados rápidos. Probablemente ni siquiera se daría cuenta si me llevaba a la Marilyn a la cama para ñaquear. Que es lo que debería hacer, mientras aún tenía tiempo.

Pero no lo hice. Me apoyé contra la puerta, contemplando a Fred, Eleanor y Alis, contemplando el reflejo de Alis en las pantallas apagadas de la derecha. Fred y Eleanor se reflejaban también, sus imágenes superpuestas sobre la cara concentrada de Alis en las pantallas plateadas.

Concentración tampoco era la palabra para ella. Había perdido aquella expresión alerta y absorta que tenía mientras veía el Continental, contando los pasos, tratando de memorizar las combinaciones. Había ido más allá de eso, al ver a Fred y Eleanor bailar uno a lado del otro sin tocarse siquiera. Tampoco ellos contaban, estaban perdidos en los pasos sin esfuerzo, en los giros sencillos, perdidos en el baile, igual que Alis. Su rostro estaba absolutamente inmóvil contemplándolos, como un fotograma fijo, y Fred Astaire y Eleanor Powell estaban de algún modo también inmóviles, incluso mientras bailaban.

Zapateaban, giraban, y Eleanor hizo retroceder ahora a Fred, frente a él pero sin mirarlo,

sus pasos reflejando los de él, y luego se pusieron de nuevo a la par, adoptaron una cadencia de zapateados, los pies y la falda girando y las estrellas falsas reflejadas en el suelo pulido, en las pantallas, en el rostro absorto de Alis.

Eleanor dio una vuelta, sin mirar a Fred, sin tener que hacerlo, el giro perfectamente compenetrado con el suyo, y volvieron a bailar uno al lado del otro, zapateando en contrapunto, sus manos casi tocándose, la cara de Eleanor tan inmóvil como la de Alis, intensa, ajena. Fred zapateó velozmente y Eleanor repitió los pasos; miró de lado por encima del hombro y sonrió, una sonrisa consciente y cómplice y totalmente alegre.

Destellé.

El klieg suele darte al menos unos pocos segundos de advertencia, tiempo suficiente para hacer algo que lo repela o al menos cerrar los ojos, pero esta vez no ocurrió así. Ninguna advertencia, ningún desenfoque indicativo, nada.

En un instante estaba apoyado contra la puerta, viendo a Alis contemplar a Fred y Eleanor bailando, y al siguiente: congelar imagen, ¡corten!, revelar y enviar, como un flash que te estalla en la cara, sólo que la imagen posterior es tan clara como la foto, y no se desvanece, no se marcha.

Me llevé la mano a los ojos, como si intentara protegerme de un estallido nuclear, pero era demasiado tarde. La imagen ya había prendido en mi neurocórTEX.

Debí de retroceder y chocar con la puerta, y tal vez incluso grité, porque cuando abrí los ojos, ella me miraba, alarmada, preocupada.

—¿Qué te pasa? —dijo, levantándose de la cama y cogiéndome del brazo—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —aseguré. Bien. Ella tenía el mando a distancia. Se lo quité y apagué el comp. La pantalla se volvió plateada, blanca excepto el reflejo de nosotros dos ante la puerta. Y superpuesto sobre el reflejo otro reflejo: la cara de Alis, embelesada, absorta, contemplando a Fred y Eleanor de blanco, bailando sobre el suelo estrellado.

—Vamos —dije, y cogí a Alis de la mano.

—¿Adónde?

A alguna parte. A cualquier parte. Un cine donde pasaran cualquier película.

—A Hollywood —dije, sacándola al pasillo—. A bailar en las películas.

*Travelling hasta plano medio: cartel de estación LATL Pantalla diamante, «Los Ángeles Intransit» en grandes letras rosa, «Westwood Station» en verde brillante.*

Cogimos los deslizadores. Error. La sección trasera había cerrado pero estaban prácticamente vacíos: unos cuantos turatas que volvían de los Estudios Universal se agrupaban en el centro de la sala, un par de drogatas dormían contra la pared del fondo, había otros tres junto a la otra pared colocando montículos de cartas en la franja amarilla de advertencia, una Marilyn solitaria.

Los turatas contemplaban ansiosamente el cartel de la estación, como si tuvieran miedo de saltarse la parada. Cosa difícil. El tiempo entre las estaciones Intransit puede ser inst, pero los deslizadores tardan unos buenos diez minutos en generar la región de materia-negativa que produce el tránsito, y otros cinco antes de que enciendan las flechas de salida, y durante ese tiempo nadie va a ninguna parte.

Los turatas bien podían relajarse y disfrutar del espectáculo. Lo que quedaba de él. Sólo una de las paredes laterales funcionaba, y la mitad ofrecía un bucle continuo de anuncios de ILMGM, que al parecer no sabía todavía que le habían hecho una opa. En el centro de la pared, un león digitalizado rugía bajo la marca registrada del estudio en amarillo brillante: «¡Todo es posible!» La pantalla se difuminó y se convirtió en una bruma que giraba, mientras una voz decía: «¡ILMGM! ¡Más estrellas que en el firmamento!», y entonces anunciaba nombres mientras dichas estrellas surgían de la niebla. Vivien Leigh corría hacia nosotros con una gran falda de polisón; Arnold Schwarzenegger montaba en una moto; Charlie Chaplin

hacía girar su bastón.

«Trabajamos día y noche para ofrecerle las estrellas más brillantes del firmamento», decía la voz, lo que significaba las estrellas que actualmente estaban en litigio por sus derechos. Marlene Dietrich, Macaulay Culkin a los diez años, Fred Astaire con sombrero de copa y frac, avanzaban sin esfuerzo, con naturalidad, hacia nosotros.

Yo había arrancado a Alis del dormitorio para librarla de los espejos, del Beguine y de Fred, que bailaba claqué en mi lóbulo frontal, para encontrar algo distinto que mirar si destellaba de nuevo, pero lo único que había hecho era cambiar mi pantalla por otra mayor.

La otra pared era aún peor. Al parecer, era más tarde de lo que creía. Habían desconectado los anuncios para la noche y no era más que un largo espejo. Como el suelo pulido sobre el que habían bailado Fred Astaire y Eleanor Powell, los dos juntitos, las manos casi...

Me concentré en los reflejos. Los drogatas parecían muertos. Probablemente habían tomado unas cápsulas que Heada les había anunciado como chooch. La Marilyn practicaba su puchero en el espejo, avanzando con una boquiabierta expresión de sorpresa, y sujetaba su blanca falda plisada con la mano para impedir que revoloteara. La escena de la rejilla de vapor de *La tentación vive arriba*.

Los turatas seguían contemplando el cartel de la estación, que decía La Brea Tar Pits. Alis también lo observaba, con expresión concentrada, e incluso a la luz fluorescente y titilante de los próximos remakes de ILMGM, su pelo tenía aquel curioso aspecto de contraluz. Mantenía los pies separados y extendió las manos, preparada para el movimiento súbito del arranque.

—No hay deslizadores en Riverwood, ¿eh?

Ella sonrió.

—Riverwood. Ésa es la ciudad natal de Mickey Rooney en *Armonías de juventud* —dijo—. Sólo había uno pequeño en Galesburg. Y tenía asientos.

—Durante la hora punta cabe más gente si no hay asientos. No es necesario que te pongas así.

—Lo sé —dijo, uniendo los pies—. Es que sigo esperando que nos movamos.

—Ya lo hemos hecho —contesté, mirando el cartel de la estación. Había cambiado a Pasadena—. Ha durado más o menos un nanosegundo. De estación a estación y sin nada intermedio. Todo se hace con espejos.

Me planté en la señal amarilla de advertencia y extendí la mano hacia la pared lateral.

—Sólo que no son espejos. Son una cortina de materia negativa que se puede atravesar con la mano. Un ejeco de los estudios sabría explicártelo.

—¿No es peligroso? —dijo ella, mirando la línea amarilla.

—No, a menos que la atraveses, cosa que a veces intentan hacer los delirantes. Antes había barreras, pero los estudios ordenaron quitarlas. Entorpecían la imagen de sus promociones.

Ella se volvió y miró la pared del fondo.

—¡Es tan grande!

—Tendrías que verlo durante el día. De noche cierran la parte trasera. Para que los drogatas no se meen en el suelo. Hay otra sala allá —señalé la pared trasera—, es el doble que ésta.

—Es como una sala de ensayos —dijo Alis—. Como el estudio de baile de *Al compás de la música*. Casi se podría bailar aquí.

—«No bailaré» —dije—. «No me lo pidas.»

—Película equivocada —sonrió ella—. Eso es de *Robería*.

Se volvió hacia la pared de espejo, la falda aleteando, y su reflejo convocó la imagen de Eleanor Powell junto a Fred Astaire en el suelo oscuro y pulido, su mano...

Me obligué a mirar decididamente la otra pared, donde destellaba un avance de la nueva película de *Star Trek*, hasta que remitió, y luego me volví hacia Alis.

Ella observaba el cartel de la estación. Pasadena destellaba. Una línea de flechas verdes conducía al frente, y los turatas las seguían a través de la puerta de salida de la izquierda y se marchaban a Disneylandia.

—¿Adónde vamos?—preguntó Alis.

—A ver las vistas. Las casas de las estrellas. Lo que debería ser Forrest Lawn, sólo que ya no las hay. Han vuelto a la pantalla plateada, trabajando gratis.

Indiqué con la mano la pared cercana, donde aparecía un anuncio del remake de *Pretty Woman*, protagonizada, cómo no, por Marilyn Monroe.

Marilyn hizo una entrada con un vestido rojo, y la Marilyn dejó de practicar su puchero y se acercó a mirar. Marilyn agitó una escarola ante un camarero, fue a Rodeo Drive a comprar un vestido blanco sin mangas, se difuminó en un beso de pasión con Clark Gable.

—Aparecerá pronto como Lena Lamont en *Cantando bajo la lluvia* —dije—. Así que dime por qué odias a Gene Kelly.

—No es eso —respondió ella, considerándolo—. *Un americano en París* me parece horrible, y también esa parte fantástica de *Cantando bajo la lluvia*, pero cuando baila con Donald O'Connor y Frank Sinatra, es un buen bailarín. Es sólo que hace que resulte tan difícil. —¿Y no lo es?

—Pues claro. De eso se trata. —Frunció el ceño—. Cuando hace saltos o pasos complicados, agita los brazos, jadea y resopla. Es como si quisiera que sepas lo difícil que es. Fred Astaire no hace eso. Sus pasos son muchísimo más complejos que los de Gene Kelly, pueden llegar a ser endemoniados, pero no ves nada de eso en la pantalla. Cuando baila, no parece que se esté esforzando en lo más mínimo. Parece fácil, como si lo hubiera improvisado en ese momento...

La imagen de Fred y Eleanor empujó de nuevo, los dos de blanco, bailando tranquilamente, sin esfuerzo, por el suelo estrellado...

—E hizo que parezca tan fácil que pensaste que podrías venir a Hollywood y hacerlo también —señalé.

—Sé que no será fácil —respondió ella en voz baja—. Sé que no hay muchas vivacciones...

—Ninguna —apunté—. No se hace ninguna. A menos que estés en Bogotá. O en Beijing. Todo son GO. No se precisan actores. Ni bailarines tampoco, pensé, pero no lo dije. Seguía esperando poder conseguir un ñaca de todo aquello, si podía agarrarme a ella hasta el siguiente destello. Tenía un dolor de cabeza mortal, cosa que se suponía no era un efecto secundario.

—Pero si todo son gráficos de ordenador —decía Alis ansiosamente—, entonces pueden hacer todo lo que quieran. Incluso musicales.

—¿Y qué te hace pensar que quieran? No han rodado un musical desde 1996.

—Van a registrar a Fred Astaire —dijo, señalando la pantalla—. Deben quererlo para algo.

Para algo, sí, pensé. La secuela de *El coloso en llamas*. O películas snuffporno.

—Ya sé que no será fácil —repitió ella, a la defensiva—. ¿Sabes lo que dijeron sobre Fred Astaire la primera vez que llegó a Hollywood? Todo el mundo dijo que estaba acabado, que su hermana era la que tenía todo el talento, que era un segundón de vodevil que nunca conseguiría triunfar en el cine. En su prueba de imagen alguien escribió: «Treinta años, calvete, sabe bailar un poco.» Ellos tampoco creían que pudiera conseguirlo, y mira qué sucedió.

Entonces había películas en las que podía bailar, pensé, pero ella debió notármelo en la cara porque dijo:



—Estaba dispuesto a trabajar bien duro, y yo también. ¿Sabías que solía ensayar sus números durante semanas antes de que la película empezara siquiera a rodarse? Gastó seis pares de zapatos ensayando *Descuidada*. Estoy dispuesta a practicar tanto como él. Sé que debo perfeccionarme. Necesito aprender ballet, también. Lo único que sé es jazz y claqué. Y no conozco demasiadas rutinas todavía. Tendré que buscar a alguien que me enseñe bailes de salón.

¿Dónde?, pensé. No ha habido ni un profesor de danza en Hollywood desde hace veinte años. Ni un coreógrafo. Ni un musical. Los GO pueden haber matado la vivación, pero no al musical. Se murió él solito allá por los sesenta.

—También necesitaré un trabajo para pagarme las lecciones de baile —proseguía ella—. La chica con la que hablabas en la fiesta... la que se parece a Marilyn Monroe... dijo que tal vez podría conseguir un trabajo como cara. ¿Qué es lo que hacen? Ir a fiestas, mariposear por todas partes intentando llamar la atención de alguien que cambie un revolcón por un pastiche, tragar chooch, pensé, deseando tener algo que tragar.

—Sonríen y hablan y ponen cara triste mientras algún hackólito las escanea.

—¿Como una prueba de pantalla?

—Como una prueba de pantalla. Luego el hackólito digitaliza el escaneo de tu cara y la mete en un remake de *Ha nacido una estrella* y puedes ser la próxima Judy Garland. Sólo que, ¿por qué hacer eso cuando el estudio ya tiene a Judy Garland?

Y a Barbra Streisand. Y a Janet Gaynor. Y todas tienen copyrights, todas son estrellas, así que, ¿por qué iban los estudios a correr riesgos con una cara nueva? ¿Y por qué correr riesgos con una película nueva cuando pueden hacer una secuela o una copia o un remake de algo que ya poseen? Y ya que estamos en ello, ¿por qué no remakes con un elenco de estrellas? ¡Hollywood, el reciclador definitivo!

Indiqué con la mano la pantalla donde ILMGM anunciaba los próximos estrenos.

—*El fantasma de la Ópera* —decía la voz—. Protagonizada por Anthony Hopkins y Meg Ryan.

—Mira eso —me burlé—. El último esfuerzo de Hollywood... ¡un remake de un remake de una película muda!

El trailer terminó, y el bucle empezó de nuevo. El león digitalizado emitió su rugido digitalizado, y sobre él un láser digitalizado marcó en dorado: «¡Todo es posible!»

—Todo es posible —convine—, si tienes los digitalizadores y los Crays y la memoria y el enlace de fibra-op para enviarlo.

Y los copyrights.

Las letras doradas se difumaron, y Escarlata se abrió paso hacia nosotros, sujetándose primorosamente la falda.

—Todo es posible, pero sólo para los estudios. Lo poseen todo, lo controlan todo, lo...

Me interrumpí, pensando, ahora no habrá manera de pegar un ñaca después de este estallido. ¿Por qué no le dices directamente que su sueño es imposible?

Pero ella no escuchaba. Miraba la pantalla, donde los casos de copyrights eran expuestos para su inspección. Esperaba a que apareciera Fred Astaire.

—La primera vez que lo vi, supe lo que quería —dijo, los ojos fijos en la pared—. Sólo que «querer» no es la palabra adecuada. No es como querer un vestido nuevo...

—O algo de chooch.

—Ni siquiera es esa clase de deseo. Es... hay una escena en *Sombrero de copa* donde Fred Astaire está bailando en la habitación de su hotel y Ginger Rogers tiene la habitación de debajo. Sube a quejarse del ruido y él le dice que a veces se sorprende a sí mismo bailando, y ella responde...

—«Supongo que es una especie de enfermedad» —la interrumpí.

Esperaba que ella sonriera, como había hecho ante mis otras citas cinematográficas,

pero esta vez no fue así.

—Una enfermedad —asintió, seriamente—. Sólo que tampoco es eso exactamente. Es... cuando él baila, no es sólo que haga que parezca fácil. Es como si todos los pasos y ensayos y la música sean sólo prácticas, y lo que él hace sea lo único verdadero. Es como si fuera más allá del ritmo y los pasos y los giros a otro lugar... Si pudiera llegar allí, hacer eso...

Se detuvo. Fred Astaire surgía de la niebla con su sombrero de copa y su frac, ladeando su sombrero con el extremo del bastón. Miré a Alis.

Le observaba con aquella expresión perdida y arrobada que tenía en mi habitación, cuando contemplaba a Fred y a Eleanor, los dos juntitos, vestidos de blanco, girando y a la vez inmóviles, en silencio, más allá del movimiento, más allá...

—Vamos —dije, y le tiré de la mano—. Nos bajamos aquí.

Y seguimos las flechas verdes hacia la salida.

**ESCENA: Noche de estreno en el Teatro Chino de Grauman, en Hollywood. Reflectores perforando el cielo nocturno, palmeras, fans gritando, limusinas, esmóquines, pieles, flashes destellando.**

Salimos en Hollywood Boulevard, en la esquina de Caos y Sobrecarga Sensorial, el peor lugar posible para destellar.

Era una escena de De Mille, como de costumbre. Caras y turatas y liberadas y delirantes y miles de extras, revoloteando entre los puntos de venta de vids y las cuevas RV. Y entre las pantallas: gotas y librepantallas y diamantes y holos, todos mostrando avances montados al estilo *Psicosis* de Vincent.

El Teatro Chino de Trump tenía dos grandes gotapantallas delante, mostrando avances del último remake de *Ben-Hur*. En uno de ellos, Sylvester Stallone con faldita color bronce y sudor digitalizado se inclinaba sobre su cuadriga, flagelando a los caballos.

No se podía ver la otra. Había un cartel de vid-neón delante que decía Finales Felices y una holopantalla mostraba a Escarlata O'Hara en la niebla, diciendo:

—Pero, Rhett, yo te quiero.

—Francamente, cariño... yo también te quiero —decía Clark Gable, y la aplastaba entre sus brazos—. ¡Siempre te he querido!

—El pavimento tiene estrellas —le dije a Alis, señalando hacia abajo. Había demasiada gente para ver la acera, mucho menos las estrellas. La conduje a la calle, que estaba igual de abarrotada, pero al menos se movía, y nos dirigimos a las tiendas de vids.

Mirones de las cuevas RV nos metieron a la fuerza panfletos en las manos, dos dólares fuera de la realidad, y River Phoenix nos ofreció droga.

—¿Drag? ¿Copo? ¿Un ñaca?

Compré un poco de chooch y lo consumí allí mismo, esperando que retuviera un destello hasta que volviéramos a la habitación.

La multitud se aclaró un poco y llevé a Alis de vuelta a la acera. Pasamos ante un anuncio de cueva RV:

—¡Ciento por ciento de enganche corporal! ¡Ciento por ciento realista!

Ciento por ciento realista, claro. Según Heada, que lo sabe todo, el simsex ocupa más memoria de lo que la mayoría de las cuevas RV pueden permitirse. En la mitad de esos tugurios le colocan un casco de datos al cliente, añaden un poco de ruido para que parezca una imagen RV, y cuelan a una liberada.

Pasé junto a una cueva RV y nos topamos con un grupo de turatas que esperaba ante una cabina llamada Ha Nacido Una Estrella y contemplaban un vid-tono.

—¡Convierta sus sueños en realidad! ¡Sea una estrella de cine! Por 89.975 dólares, con el disco incluido. ¡Autorizado por los estudios! ¡Calidad digitalizadora digna de los estudios!

—No sé, ¿cuál cree que debería hacer? —preguntaba una turata gorda, hojeando el menú.

Un hackólito de aspecto aburrido con una bata blanca y flequillo a lo James Dean miró la película que señalaba, le tendió un bulto de plástico y la empujó hacia un cubículo con cortina.

Ella se detuvo a medio entrar.

—Podré verlo en el enlace de fibra-op, ¿verdad?

—Claro —dijo James Dean, y corrió la cortina.

—¿Tiene algún musical? —pregunté, considerando si me mentiría como había hecho con la turata. No iba a aparecer en el enlace de fibra-op. Nada aparece excepto los cambios autorizados por los estudios. Pastiches y barridos y quemas. Le darían una cinta de la escena y

órdenes de no hacer copias.

Él me miró, confuso.

—¿Musical?

—Ya sabe. Bailes. Canciones —dije, pero la turata volvió con una túnica blanca demasiado corta y una peluca marrón con las trenzas enrolladas sobre las orejas.

—Súbase aquí —indicó James Dean, señalando una caja de plástico. Abrochó un arnés de datos sobre su grueso torso y se dirigió a un viejo compositor Digimatte y lo conectó—. Mire a la pantalla —señaló, y todos los turatas se movieron para ver el espectáculo. Las tropas de asalto disparaban, y Luke Skywalker apareció, de pie en un portal ante un precipicio, con el brazo alrededor de una mancha azul en la pantalla.

Dejé a Alis mirando y me abrí paso entre la multitud hasta el menú. *La diligencia, El Padrino, Rebelde sin causa.*

—Muy bien, ya —dijo James Dean, escribiendo en un teclado. La turata apareció en la pantalla junto a Luke—. Béselo en la mejilla y baje de la caja. No tiene que saltar. El arnés de datos lo hará todo.

—¿No se notará en la película?

—La máquina lo corta.

No tenían musicales. Ni siquiera Ruby Keeler. Regresé junto a Alis.

—Muy bien, acción —anunció James Dean. La turata gorda besuqueó el aire, se rió, y bajó de la caja. En la pantalla, besó la mejilla de Luke, y los dos saltaron a un abismo tecnológico.

—Vamos —le dije a Alis, y la conduje al otro lado de la calle, a la Ciudad de las Pruebas de Pantalla.

Tenía una multipantalla llena de rostros de estrellas, y un tipo viejo con los ojos saltones de los consumidores de linearroja.

—¡Sea una estrella! ¡Haga que su rostro aparezca en la pantalla plateada! ¿Quién quiere ser, ñaqui? —dijo, mirando a Alis—. ¿Marilyn Monroe?

Ginger Rogers y Fred Astaire bailaban juntos en la parte inferior de la pantalla.

—Ésa —señalé yo, y la pantalla hizo zoom hasta que la llenaron.

—Tienen suerte de haber venido esta noche —dijo el tipo—. Va a entrar en litigio. ¿Qué quieren? ¿Foto o escena?

—Escena —contesté—. Sólo ella. No los dos.

—Colóquese delante del escáner —señalé—, y déjeme sacarle una foto a su sonrisa.

—No, gracias —se opuso Alis, mirándome.

—Vamos. Dijiste que querías bailar en las películas. Es tu oportunidad.

—No tiene que hacer nada —le explicó el tipo viejo—. Lo único que necesito es una imagen para digitalizarla. El escáner se encarga del resto. Ni siquiera tendrá que sonreír.

La cogió por el brazo y pensé que Alis se zafaría, pero ni siquiera se movió.

—Quiero bailar en el cine —dijo ella, mirándome—, no que pongan mi cara digitalizada en el cuerpo de Ginger Rogers. Quiero bailar.

—Y bailaré —le aseguré el tipo—. Allá arriba, en la pantalla, para que todo el mundo lo vea. —Señaló con su mano libre al millar de transeúntes, ninguno de los cuales miraba la pantalla—. Y en opdisk.

—No lo entiendes —me dijo ella, con lágrimas en los ojos—. La revolución GO...

—La tienes justo delante —contesté, súbitamente harto—. Simsex, pastiches, snuffshows, remakes propios. Mira a tu alrededor, Ruby. ¿Quieres bailar en el cine? ¡Esto es lo más parecido que podrás conseguir!

—Creía que me comprendías —estalló ella bruscamente, y se dio la vuelta antes de que ninguno de los dos pudiera detenerla, y se zambulló en la multitud.

—¡Alis, espera! —grité, y corrí tras ella, pero ya estaba muy por delante. Desapareció

en la entrada de los deslizadores.

—¿Ha perdido a la chica? —dijo una voz. Me di la vuelta y esboqué una mueca. Estaba frente a la cabina de Finales Felices—. ¿Le han dado calabazas? Cambie el final. Haga que Rhett vuelva con Escarlata. Haga que Lassie regrese a casa.

Crucé la calle. En este lado todo eran salones de simsex, prometiendo un revolcón con Mel Gibson, Sharon Stone, los hermanos Marx. Ciento por ciento realista. Me pregunté si debería hacer un sim. Metí la cabeza en el casco de datos de promoción, pero no se difuminó nada. El chooch debía de estar funcionado.

—No deberías hacer eso —advirtió una voz femenina. Saqué la cabeza del casco. Había una liberada ante mí, rubia, con leotardos de malla rotas y un lunar. *Bus Stop*.

—¿Por qué emplear una imitación virtual cuando puedes tener la verdadera? —susurró.

—¿Y qué es? —dije.

La sonrisa no desapareció, pero ella pareció ponerse instantáneamente en guardia. Mary Astor en *El halcón maltés*.

—¿Qué?

—¿Qué es lo verdadero? ¿El sexo? ¿El amor? ¿El chooch?

Ella alzó un poco las manos, como si la estuvieran arresando.

—¿Eres un narc? Porque no sé de qué estás hablando. Sólo era un comentario, ¿vale? Simplemente, no creo que la gente deba acostumbrarse a la RV, eso es todo, cuando podría hablar con personas de carne y hueso.

—¿Como Marilyn Monroe? —repliqué, y pasé calle abajo ante otras tres freelancers más. Marilyn con un vestido blanco sin mangas, Madonna con sujetador de conos, Marilyn con seda rosa. Lo verdadero.

Conseguí algo más de chooch y una raya de tinseltown de un James Dean demasiado colgado para recordar que en principio el material era para venderlo, y lo comí mientras paseaba ante los snuffshows, pero en algún lugar debí de dar la vuelta porque me encontré otra vez ante Finales Felices, contemplando la holopantalla. Escarlata corría en la niebla tras Rhett, Butch y Sundance saltaban hacia delante en una descarga de tiros, Humphrey Bogart e Ingrid Bergman se miraban mutuamente delante de un aeroplano.

—Ha vuelto, ¿eh? —dijo el tipo—. Lo mejor para un corazón roto. Mate a los hijos de puta. Consiga a la chica. ¿Qué será? ¿*Horizontes perdidos*? ¿*Terminator IX*?

Ingrid le decía a Bogie que quería quedarse, y Bogie le contestaba que eso era imposible.

—¿Qué finales felices inventa la gente para ésta? —le pregunté.

—¿*Casablanca*? —Se encogió de hombros—. Los nazis aparecen y matan al marido, Ingrid y Bogart se casan.

—Y se van de luna de miel a Auschwitz.

—Yo no he dicho que los finales fueran buenos.

En la pantalla, Bogie e Ingrid se miraban. En los ojos de ella asomaban las lágrimas, y los bordes de la pantalla se desenfocaron.

—¿Qué tal *Tierras de penumbra*? —dijo el tipo, pero yo atravesaba ya la multitud, tratando de alcanzar los deslizadores antes de destellar.

Casi lo conseguí. Había dejado atrás la carrera de cuadrigas cuando una Marilyn chocó conmigo y caí, y pensé, no, voy a destellar en el asfalto, pero no lo hice.

La acera se nubló y luego se puso a parpadear, y había estrellas en ella, y Fred y Eleanor, vestidos de blanco, danzaban gráciles y elegantes entre la multitud, y superpuesta sobre ellos estaba Alis, contemplándolos, con expresión compungida. Como Ingrid.

**MONTAJE:** *Sin sonido, el HÉROE, sentado ante el comp, tecléa y borra SA mientras la escena en la pantalla cambia. Saloon de western, club nocturno elegante, casa de fraternidad, bar de puerto.*

Fuera cual fuese el efecto que mi conferencia a lo juez Hardy hubiera tenido sobre Alis, no le hizo renunciar a su sueño y regresar a Meadowville. La semana siguiente acudió otra vez a la fiesta.

Yo no. Había recibido la lista de Mayer y una nota donde se anunciaba que mi beca había sido anulada debido a «los escasos rendimientos», y trabajaba en la lista de Mayer sólo para quedarme en la residencia.

A base de chooch.

No me perdí nada, de todas formas. Heada subió a mi habitación a media fiesta para ponerme al corriente.

—La opa es definitiva —dijo—. El jefe de Mayer ha sido trasladado a Desarrollo, lo que significa que va a la calle. Warner ha presentado un recurso sobre Fred Astaire, El juicio se celebra mañana.

Alis debería de haber pegado su cara sobre la de Ginger cuando surgió la ocasión. Ahora nunca tendría una oportunidad de bailar con él.

—Vincent está en la fiesta. Tiene un nuevo morfo de deterioro.

—¡Cuánto siento perdérmelo! —dije.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba, de todas formas? —preguntó, husmeando—. Tú nunca te pierdes las fiestas. Todo el mundo está ahí abajo. Mayer, Alis... —Hizo una pausa y me miró a la cara.

—Mayer, ¿eh? Tengo que hablar con él de un aumento. ¿Sabes quién bebe en las películas? Todo el mundo. —Di un trago de escocés para ilustrarlo—. Incluso Gary Cooper.

—¿Es bueno que hagas eso? —dijo Heada.

—¿Bromeas? Es barato, es legal, y sé lo que es. —Y además me impedía destellar.

—¿Es seguro? —Heada, que no se lo pensaba dos veces al esnifar cualquier polvo blanco que encontrara en el suelo, miraba la botella con suspicacia.

—Claro que es seguro. Y recomendado por W. C. Fields, John Barrymore, Bette Davis y E.T. Y los principales estudios. Está en todas las películas de la lista de Mayer. *Margarita Gautier, El halcón maltés, Gunga Din*. Incluso *Cantando bajo la lluvia*. Sirven champán en la fiesta después del estreno.

Donde Donald O'Connor decía: «Hay que pasar una película en una fiesta. Es la ley de Hollywood.»

Apuré la botella.

—¡Y también en *Oklahoma!* El pobre Judd está muerto. Muerto borracho.

—Mayer le estaba tirando los tejos a Alis en la fiesta —soltó ella, sin dejar de mirarme.

Sí, bueno, eso era inevitable.

—Alis le estaba diciendo cuánto deseaba bailar en el cine.

Eso también era inevitable.

—Espero que sean muy felices —dije—. ¿O la está reservando para dársela a Gary Cooper?

—No encuentra ningún profesor de baile.

—Bueno, me encantaría quedarme a charlar, pero tengo que volver a la Oficina Hays.

Recuperé de nuevo *Casablanca* y empecé a borrar botellas de licor.

—Creo que deberías ayudarla —añadió Heada.

—Lo siento. «No me juego el cuello por nadie.»

—Eso es una cita de una película, ¿verdad?

—Bingo —contesté.

Borré la botella de cristal de la que Humphrey Bogart se estaba sirviendo una copa.

—Creo que deberías buscarle un profesor de baile. Tú conoces a mucha de gente en el negocio.

—No hay gente en el negocio. Todo son GO, todo son unos y ceros y digiactores y programas de montaje. Los estudios ya ni siquiera contratan cuerpos presentes. Las únicas *personas* que hay en este negocio están muertas, junto con la vivacción. Junto con el musical. Kaput. Sanseacabó. «El final de Rico.»

—Eso también es una cita de una película, ¿verdad?

—Sí —admití—, y el cine también está muerto, por si no lo notas en el morfo de deterioro de Vincent.

—Podrías conseguirle un trabajo como cara.

—¿Un trabajo como el tuyo?

—Bueno, entonces un empleo como hackólita, como foley, o ayudante de localización o algo. Sabe muchísimo de cine.

—No quiere ser una hack —dije yo—, y aunque quisiera, las únicas películas que conoce son musicales. Un ayudante de localización tiene que saberlo todo: tomas, pruebas, números de fotogramas. Sería un trabajo perfecto para ti, Heada. Ahora tengo que volver a interpretar a Lee Remick.

Heada me miró como si quisiera preguntar si eso era también una película.

—*La batalla de las colinas del whisky* —dije—. La líder de la templanza, en lucha contra el demonio del alcohol. —Volqué la botella, tratando de hacer salir las últimas gotas—. ¿Tienes chooch?

Ella pareció incómoda.

—No.

—Bueno, ¿qué tienes? Además de klieg. No necesito más dosis de realidad.

—No tengo nada —dijo, y se sonrojó—. Estoy tratando de reducir el ritmo.

—¿Tú? ¿Qué ha pasado? ¿Te ha afectado el morfo de deterioro de Vincent?

—No —contestó, a la defensiva—. La otra noche, cuando estaba hasta las cejas de klieg, oí que Alis comentaba su vocación de bailarina. De repente me di cuenta de que yo no quería nada, excepto chooch y hacer ñaca.

—Así que decidiste ir por el buen camino, y ahora Alis y tú vais abriros paso al estrellato bailando claqué. Ya puedo ver vuestros nombres iluminados: ¡Ruby Keeler y Una Merkel en *Vampiresas del 2018!*

—No —replicó ella—, pero decidí que me gustaría ser como ella, que me gustaría querer algo.

—¿Aunque ese algo sea imposible?

No pude distinguir su expresión.

—Sí.

—Bueno, renunciar al chooch no es la forma de hacerlo. Si quieres averiguar qué deseas, lo mejor es ver un montón de películas.

Ella volvió a ponerse a la defensiva.

—¿Cómo crees que se le ocurrió a Alis esto de bailar? Pues viendo películas. No sólo quiere bailar en las películas, quiere ser Ruby Keeler en *La calle 42...* la pizpireta chica del coro con un corazón de oro. Las probabilidades están en su contra, y lo único que tiene es determinación y un par de zapatos de claqué, pero no te preocupes. Sólo tiene que seguir zapateando y esperando, y lo conseguirá. Y encima salvará el espectáculo y se quedará con Dick Powell. Todo está en el guión. No creas que se le ocurrió a Alis.

—¿Ocurrírsele el qué?

—Su papel —expliqué—. Eso es lo que hacen las películas. No nos entretienen, no nos envían el mensaje: «Nos preocupamos.» Nos dan líneas para que las digamos, nos asignan papeles: John Wayne, Theda Bara, Shirley Temple, elige el que quieras.

Señalé la pantalla, donde el comandante nazi pedía una botella de Veuve Cliquot '26 que no se iba a tomar.

—¿Qué tal Claude Rains vendido a los nazis? No, perdona, Mayer ya tiene ese papel. Pero no te preocupes, hay papeles de sobra para repartir, y todo el mundo tiene uno, lo sepa o no, incluso las caras. Piensan que están interpretando a Marilyn, pero se equivocan. Hacen de Greta Garbo como Sadie Thompson. ¿Por qué crees que los ejecos siguen haciendo todos esos remakes? ¿Por qué siguen contratando a Humphrey Bogart y Bette Davis? Porque todos los buenos papeles han sido repartidos ya, y todo lo que nosotros hacemos son audiciones para el remake.

Me miró con tanta intensidad que me pregunté si había mentido en lo de dejar las SA y estaba haciéndose klieg.

—Alis tenía razón —dijo—. Amas el cine.

—¿Qué?

—No me había dado cuenta, a pesar del tiempo que hace que te conozco; ella tiene razón. Te sabes todas las frases y todos los actores, y siempre los estás citando. Alis dice que actúas como si no te importara, pero en el fondo los amas de verdad, o no te los sabrías de memoria.

—«Ricky, creo que debajo de ese caparazón de cinismo eres un sentimental» —dije, con mi mejor tono de Claude Rains—. Ruby Keeler hace de Ingrid Bergman en *Recuerda*. ¿Alguna otra observación psicológica por parte de la doctora Bergman?

—Dijo que por eso te hacías tantas SA, porque amas el cine y no puedes soportar que masacren las películas.

—Error. No lo sabes todo, Heada. Es porque empujé a Gregory Peck contra una verja de estacas cuando éramos niños.

—¿Ves? —respondió ella, maravillada—. Incluso cuando lo niegas, lo haces.

—Bueno, esto ha sido divertido, pero tengo que seguir masacrando —dije—, y tú tienes que volver a decidir si quieres hacer de Sadie Thompson o de Una Merkel. —Me volví hacia la pantalla. Peter Lorre agarraba a Humphrey Bogart por las solapas, suplicándole que lo salvara.

—Has dicho que todo el mundo interpreta un papel, aunque no sea consciente de ello —dijo Heada—. ¿Qué papel estoy interpretando?

—¿Ahora mismo? Thelma Ritter en *La ventana indiscreta*. La amiga entrometida que no sabe cuándo debe mantenerse al margen de los asuntos de otras personas. Cierra la puerta cuando te marches.

Lo hizo, y luego volvió a abrirla y se quedó allí, observándome.

—¿Tom?

—¿Sí?

—Si yo soy Thelma Ritter y Alis es Ruby Keeler, ¿qué papel interpretas tú?

—King Kong.

Heada se marchó y me quedé allí durante un rato, viendo a Humphrey Bogart permanecer impasible mientras arrestaban a Peter Lorre, y luego me levanté para ver si quedaba un poco de chooch por alguna parte. Había klieg en el armarito de las medicinas, justo lo que necesitaba, y una botella de champán de aquella vez que Mayer trajo a una cara para enseñarle cómo la ponía en *Al este del Edén*. Di un sorbo. Estaba pasado, pero era mejor que nada. Serví un poco en un vaso y adelanté hasta la escena de «Tócala, Sam».

Bogart apuró un trago, la pantalla se desenfocó y sirvió champán a Ingrid Bergman delante de un borrón que se suponía era París.



La puerta se abrió.

—¿Te has olvidado de contarme algún cotilleo, Heada? —pregunté, dando otro sorbo.

Era Alis.

Llevaba un delantalito y mangas abullonadas. Su pelo parecía más oscuro y se había hecho un gran moño, pero seguía teniendo el mismo aspecto de contraluz que daba a su rostro un aspecto radiante.

Fred Astaire marcó unos pasos en el suelo pulido y Eleanor Powell los repitió y se volvió a sonreírle...

Apuré de un trago el resto del champán, y me serví un poco más.

—Vaya, pero si es Ruby Keeler—dije—. ¿Qué quieres?

Ella se quedó en la puerta.

—Los musicales que me enseñaste la otra noche. Heada comentó que a lo mejor me prestarías los opdisks.

Tomé un sorbo de champán.

—No están en disco. Es un enlace directo de fibra-op —dije, y me senté ante el comp.

—¿Es eso lo que haces? —dijo a mis espaldas. Miraba la pantalla por encima de mi hombro—. ¿Estropeas películas?

—Eso es lo que hago. Protejo al público que ve las películas de los males del alcohol y del chooch. Sobre todo del alcohol. No hay tantas películas donde aparezcan drogas. *El valle de las muñecas*, *Postales desde el filo*, un par de Cheech y Chongs, *El ladrón de Bagdad*. También quito la nicotina si la Liga Antitabaco no ha pasado primero. —Borré la copa de champán que Ingrid Bergman se llevaba a los labios—. ¿Qué te parece? ¿Té o café?

Ella no dijo nada.

—Es un gran trabajo. Tal vez podrías encargarte de los musicales. ¿Quieres que me presente ante Mayer y le pregunte si quiere contratarte?

Ella insistió.

—Heada dijo que podrías hacerme opdisks sacándolos del enlace —dijo, envarada—. Los necesito para practicar, al menos hasta que encuentre un profesor de baile.

Me volví en la silla para mirarla.

—¿Y luego qué?

—Si no quieres prestármelas, podría verlas aquí y copiar los pasos. Cuando no estés utilizando el comp.

—¿Y luego qué? —repetí—. ¿Copias los pasos y practicas la coreografía, y luego qué? Gene Kelly te saca del coro... no, espera, me olvidaba de que no te gusta Gene Kelly. ¿Gene Nelson te saca del coro y te da el papel principal? ¿Mickey Rooney decide montar un espectáculo? ¿Qué?

—No lo sé. Cuando encuentre un profesor de baile...

—No hay profesores de baile. Todos se fueron a su casa en Meadowville hace quince años, cuando los estudios se pasaron a la animación por ordenador. No hay estudios de sonido, ni salones de ensayo, ni orquestas de estudio. ¡Ni siquiera hay estudios, por el amor de Dios! Lo único que hay es un puñado de rarotas con Crays y un puñado de ejecos corporativos diciéndoles lo que tienen que hacer. Mira, voy a enseñarte una cosa. —Giré de nuevo en la silla—. Menú —pedí—. *Sombrero de copa*. Fotograma 97-265.

Fred y Ginger aparecieron en la pantalla, bailando el Piccolino.

—Quieres que los musicales vuelvan. Lo haremos aquí mismo. Avanza a cinco. —La pantalla se redujo a una secuencia de fotogramas. Paso y. Vuelta y. Arriba.

—¿Cuánto tiempo dijiste que tuvo que practicar estos pasos Fred?

—Seis semanas —contestó ella, átonamente.

—Excesivo. Piensa en el alquiler del sitio de ensayo. Y todos esos zapatos de claqué. Fotogramas 97-288 a 97-631, repite cuatro veces, y luego 99-066 a 99-115, y bucle continuo.

A veinticuatro.

La pantalla avanzó en tiempo real, y Fred levantó a Ginger, la volvió a levantar, y otra vez, sin esfuerzo, livianamente. Arriba y arriba, y paso y giro.

—¿Te parece ese paso lo bastante alto? —dije, señalando la pantalla—. Fotograma 99-108 y congela. —Jugueteé con la imagen, alzando la imagen de Fred hasta que le tocó la nariz—. ¿Demasiado alto? —La bajé un poco, borré las sombras—. Avanza a veinticuatro.

Fred alzó la pierna, que navegó en el aire. Y arriba. Y arriba. Y arriba. Y arriba.

—Muy bien —dijo Alis—. Ya te entiendo.

—¿Aburrida ya? Tienes razón. Esto debería ser un número de producción. —Pulsé multiplicar—. Once, lado a lado —ordené, y una docena de Freds Astaires patearon en perfecta sincronía, arriba, y arriba, y arriba, y arriba—. Filas múltiples —dije, y la pantalla se llenó de Freds, pateando, alzando, ladeando su sombrero de copa.

Me volví para mirar a Alis.

—¿Por qué iban a contratarte, cuando pueden tener a Fred Astaire? ¿A un centenar de Fred Astaires? ¿A un millar? Y ninguno de ellos tiene el menor problema en aprender un paso, a ninguno le salen ampollas en los pies, ni se enfadan, ni tienen que cobrar, ni envejecen, ni...

—Se emborrachan —terminó ella.

—¿Quieres a Fred borracho? Puedo hacerlo también. Fotograma 97-412 y congela —dije, y la pantalla se volvió plateada y luego apareció un mensaje: «El personaje de Fred Astaire no está actualmente disponible para transmisión en fibra-op. Litigio por copyright entre ILMGMV v. RKO-Warner...»

—Vaya. Fred está en litigio. Lástima. Tendrías que haber hecho aquel pastiche cuando se presentó la ocasión.

Ella no miraba la pantalla. Me miraba a mí, los ojos alerta, concentrados, como habían estado en el Piccolino.

—Si estás tan seguro de que no podré alcanzar lo que quiero, ¿por qué intentas disuadirme con tanto ahínco?

—Porque no quiero verte tirada en Hollywood Boulevard con unos leotardos de red rotos. No quiero tener que pegar tu cara en una película de River Phoenix para que el jefe de Mayer pueda ñaquear contigo.

—Tienes razón, Alis —dije—. ¿Por qué demonios lo hago? —Me volví hacia el comp—. Imprime accesos, todos los archivos. —Arranqué la hoja de papel de la impresora—. Toma. Coge mis accesos de fibra-op y haz todos los discos que quieras. Practica hasta que tus piececitos sangren. —Se lo tiré.

Ella no lo cogió.

—Vamos —insistí y se lo metí en la mano, que no respondió—. ¿Quién soy yo para interponerme en tu camino? En las inmortales palabras de Leo el León, todo es posible. ¿A quién le importa si los estudios tienen los derechos y las fuentes de fibra-op y los digitalizadores y los accesos? Nos coseremos nuestros propios trajes. Construiremos nuestros propios decorados. ¡Y entonces, justo antes del estreno, Bebe Daniels se romperá la pierna y tendrás que sustituirla!

Ella arrugó el papel y pareció a punto de tirármelo.

—¿Cómo sabes qué es posible o imposible? Ni siquiera lo intentas. Fred Astaire...

—Está en litigio, pero no dejes que eso te detenga. Aún te queda Ann Miller. Y *Siete novias para siete hermanos*. Y Gene Kelly. Oh, espera, olvidé que eres demasiado buena para Gene Kelly. Tommy Tune. Y por supuesto a Ruby Keeler.

Lo arrojó.

Cogí el papel y lo alisé.

—«Temperamento, temperamento, Escarlata» —dije, con acento del sur, mientras lo

estiraba. Lo metí en el bolsillo de su delantal y le di una palmadita—. Ahora sal a ese escenario. ¡Es la hora del espectáculo! Todo el reparto cuenta contigo. Recuerda que saldrás ahí fuera como una jovencita, pero volverás siendo una estrella.

Su mano se cerró, pero no volvió a tirarme el papel. Se dio la vuelta y su falda ondeó como el vestido blanco de Eleanor. Tuve que cerrar los ojos contra la súbita imagen de Fred y Eleanor bailando sobre el suelo pulido, las estrellas falsas titilando en interminables oleadas, y me perdí el mutis de Alis.

Cerró la puerta tras ella y la imagen recedió. La abrí y me asomé.

—Sé tan buena que acabe odiándote —grité, pero ella ya se había ido.

**ESCENA: Número de producción de Busby Berkeley. Fuente giratoria gigante. Coristas vestidas de lame rojo en cada nivel, llenando copas de champán en la fuente brillante. Acercamiento a la copa de champán, luego primer plano de las burbujas, dentro de cada burbuja una chica del coro con braguitas de baile doradas y camisa sin mangas, bailando claqué.**

Alis no regresó. Heada hizo de las suyas para mantenerme informado: no encontró un profesor de baile, la opa de Viamount era trato hecho, Columbia Tri-Star iba a hacer un remake de *En algún lugar del tiempo*.

—Había un ejeco de Columbia en la fiesta —me dijo Heada, encaramada en mi cama—. Dijo que han estado haciendo experimentos con imágenes proyectadas en regiones de materia negativa, y hay un intervalo medible. Dijo que están *así* de cerca —hizo el gesto típico con el pulgar y el índice— de inventar el viaje temporal.

—Magnífico. Alis puede volver a los años treinta y tomar lecciones de baile del mismísimo Busby Berkeley.

Sólo que no le gustaba Busby Berkeley, y después de quitar todas aquellas SA de *Desfile de candilejas* y *Vampiresas 1933*, tampoco me gustaba a mí.

Ella tenía razón en lo de que no había verdaderos bailes en sus películas. Había un intento de claqué en *La calle 42*, un ensayo en segundo plano en una escena, unas cuantas barras en «Pettin' in the Park» para Ruby, que bailaba casi tan bien como Judy Garland. Por lo demás, todo eran violines de neón, tartas nupciales dando vueltas, fuentes, coristas teñidas de platino que probablemente habían sido las ñaquis de algún ejeco de los estudios. Tomas cenitales caleidoscópicas y barridos y contrapicados entre las piernas abiertas de las chicas del coro que habrían producido ataques a los de la Oficina Hays. Pero ni un baile.

Mucha bebida, eso sí: whisky de patata y fiestas entre bambalinas y petacas guardadas en las ligas de las chicas. Incluso un número de producción en un bar, con Ruby Keeler como Shangai Lil, una ñaqui que tenía en su haber un montón de ron y un buen número de marineros. Un himno a las delicadas cualidades del alcohol.

Que por cierto eran muchas. Era barato, no resultaba tan perjudicial como la linearroja, y no te proporcionaba el bendito olvido del chooch, detenía los destellos y ponía un suave desenfoque al mundo en general. Lo que hacía más fácil trabajar en la lista de Mayer.

También se podía elegir entre un buen repertorio de sabores: martinis para *Una pareja invisible*, licor de moras en *Arsénico por compasión*, un buen Chianti para *El silencio de los corderos*. Mientras yo bebía champán, que por lo visto aparecía en todas las películas jamás rodadas, y maldecía a Mayer, y borraba jarras y vasos de precipitados en la escena de la cantina de *La guerra de las galaxias*.

Fui a la siguiente fiesta, y a la otra, pero no encontré a Alis. En cambio Vincent sí estaba, haciendo demostraciones de otro programa, y el ejeco de costumbre, siempre explicando el viaje temporal a las Marilyn, y por supuesto Heada.

—No se trataba de klieg, después de todo —me dijo—. Era chooch de diseño del Brasil.

—Lo cual explica por qué sigo oyendo el Beguine.

—¿Eh?

—Nada —dije, observando la sala. El programa de Vincent debía de ser un simulador de lágrimas. En la pantalla aparecía Jackie Cooper, con un ajado sombrero de copa y una corbata de lazo, lloriqueando por su perro muerto.

—Alis no está aquí —anunció Heada.

—Estaba buscando a Mayer. Tendrá que pagarme el doble por *Historias de Filadelfia*. Está llena de alcohol. Jerez antes de almorzar, martinis junto a la piscina, champán, cócteles,

resacas, bolsas de hielo. Cary Grant, Katharine Hepburn, Jimmy Stewart. Todo el reparto da asco.

Di un sorbo a la *crème de menthe* que me quedaba de *Días de vino y rosas*.

—Las virtuales me llevarán al menos tres semanas, y eso sin contar los diálogos. «Tengo hipo, me pregunto si me vendría bien un trago.»

—Ella ha estado aquí antes —insistió Heada—. Uno de los ejecos la tenía a tiro.

—No, no, yo digo: «Me pregunto si me vendría bien un trago», y tú dices: «Desde luego. Carbones para Newcastle.» —Tomé otro sorbo.

—¿Tienes que beber tanto? —preguntó Heada, la reina del chooch.

—Pues sí. Es el pernicioso resultado de ver todas esas películas. Gracias a Dios que ILMGM las está rehaciendo para que nadie más se corrompa. —Bebí un poco más de *crème de menthe*.

Heada me miró suspicaz, como si hubiera estado haciéndose klieg otra vez.

—ILMGM va a hacer un remake de *Los pasajeros del tiempo*. El ejeco le dijo a Alis que a lo mejor le conseguía un papel.

—Perfecto —refunfuñé y me acerqué a mirar el programa de Vincent.

Audrey Hepburn aparecía ahora en la pantalla, de pie bajo la lluvia, llorando por su gato.

—Es nuestro nuevo programa de lágrimas —dijo Vincent—. Todavía está en fase experimental.

Le dijo algo a su remoto, y la pantalla se dividió. Un digitactor computerizado lloriqueó junto a Audrey, agarrado a lo que parecía una alfombra amarilla. Las lágrimas no eran lo único que estaba en fase experimental.

—Las lágrimas son la forma de simulación de agua más difícil de conseguir —dijo Vincent. El Hombre de Hojalata apareció ahora, rozando sus articulaciones—. Porque en realidad las lágrimas no son agua. Tienen mucoproteínas, lisozimas y un alto contenido salino. Eso afecta al índice de refracción y hace que sean difíciles de reproducir —explicó, a la defensiva.

Normal. Las lágrimas del digithombre de hojalata parecían vaselina manando de ojos digitalizados.

—¿Has programado alguna vez RV? —dije—. ¿Algo como por ejemplo la escena que usaste para el programa de montaje de hace un par de semanas? ¿La escena de Fred Astaire y Ginger Rogers?

—¿Una virtual? Claro. Puedo hacer casco de datos y de todo el cuerpo. ¿Es algo en lo que estás trabajando para Mayer?

—Sí. ¿Podrías hacer que una persona, digamos, ocupara el lugar de Ginger, para que baile con Fred Astaire?

—Claro. Enganches de pie y rodilla, estimuladores nerviosos. Parecerá que es de verdad.

—Nada de parecer —le conté—. ¿Puedes hacer que baile de verdad?

Lo pensó un momento, frunciendo el ceño ante la pantalla. El Hombre de Hojalata había desaparecido. Ingrid Bergman y Humphrey Bogart estaban despidiéndose en el aeropuerto.

—Tal vez —contestó Vincent—. Supongo. Podríamos poner algunos sensores en las suelas y montar una ampliación de feedback. Así exageraremos sus movimientos corporales para que pueda mover los pies adelante y atrás.

Miré la pantalla. Había lágrimas en los ojos de Ingrid, titilando como si fueran de verdad. Probablemente no lo eran. Probablemente se trataba de la octava toma, o de la decimoctava, y una chica de maquillaje había acudido con gotas de glicerina o zumo de cebolla para conseguir el efecto deseado. No eran las lágrimas las que lo conseguían, de todas formas. Era el rostro, aquella expresión dulce y triste de quien sabe que nunca podrá tener lo

que desea.

—Podríamos poner amplificadores de sudor —continuaba Vincent—. Sobacos, cuello.

—No importa —dije yo, todavía contemplando a Ingrid. La pantalla se dividió y una digitatriz apareció delante de un dígito-aeroplano, rezumando aceite de bebé.

—¿Qué tal un enganche de sonido direccional para los pasos y endorfinas? —prosiguió Vincent—. Jurará que estuvo bailando con Gene Kelly.

Me bebí el resto de la *crème de menthe* y le tendí la botella vacía. Luego regresé a mi habitación y despedacé *Historias de Filadelfia* durante dos días más, intentando pensar en un buen motivo para que Jimmy Stewart se quedara con Katharine Hepburn y cantara «En algún lugar del arco iris» sin ser despedido, y fingí que necesitaba uno.

A Mayer no le importaría, y probablemente al estirado de su jefe tampoco. Y ya nadie veía vivacciones. Si el argumento no tenía sentido, los hackólitos que hicieran el remake ya se ocuparían del tema. De todas formas harían un remake del remake. Que también estaba en la lista.

Lo recuperé. *Alta sociedad*. Bing Crosby y Grace Kelly. Frank Sinatra haciendo de Jimmy Stewart. Avancé hasta la última mitad, buscando inspiración, pero estaba aún más repleta de SA. Y era un musical. Volví a *Historias* y lo intenté de nuevo.

Imposible. Jimmy Stewart tenía que estar borracho en la escena de la piscina para decirle a Katharine Hepburn que la quería. Katharine tenía que estar borracha para que su prometido la rechazara y para que ella misma se diera cuenta de que todavía amaba a Cary Grant.

Pasé de esa escena y volví a la anterior. Era igual de horrible. Había que cortar demasiado, y la mayor parte era la voz pastosa de Jimmy Stewart. Rebobiné hasta el principio de la escena y subí el volumen, para poder doblar su diálogo.

—Todavía la ama, ¿verdad? —decía Jimmy Stewart, inclinándose beligerante hacia Cary Grant.

—Mudo —dije, y vi cómo Cary Grant, imperturbable, decía algo, sin que su cara revelara nada.

—Insuficiente —dijo el comp—. Se precisan datos adicionales para que coincida.

—Sí. —Aumenté de nuevo el sonido.

—Liz dice que la ama —dijo Jimmy Stewart.

Rebobiné al principio de la escena y la congelé para pillar el número del fotograma, y la repetí otra vez.

—Todavía la ama, ¿verdad? —dijo Jimmy Stewart—. Liz dice que la ama.

Apagué la pantalla, y accedí a Heada.

—Necesito que averigües dónde está Alis.

—¿Por qué? —preguntó ella, recelosa.

—Creo que le he encontrado una profesora de baile. Necesito su horario de clases.

—Lo siento. No lo sé.

—Venga, tú lo sabes todo. ¿Qué ha pasado con aquello de «Creo que deberías ayudarla»?

—¿Qué pasó con «No me juego el cuello por nadie»?

—Ya te lo he dicho, le he encontrado una profesora de baile. Una anciana de Palo Alto. Fue corista. Apareció en *El valle del arco iris* y *Funny Lady* en los setenta.

Ella aún desconfiaba, pero al final cedió.

Alis asistía a Cinematografía 101, gráficos básicos, y a una clase de historia del cine: El Musical 1939-1980. Estaba a la salida de Burbank.

Cogí los deslizadores y una botella de ginebra *Enemigo público*, y salí a buscarla. La clase estaba en un viejo estudio que la UCLA había comprado cuando se construyeron los deslizadores, en el primer piso.

Entorné la puerta y me asomé. El profe, que se parecía a Michael Caine en *Educando a Rita*, una película con demasiadas SA, estaba de pie delante de un anticuado monitor apagado con un mando a distancia, manteniendo a raya a un grupito de estudiantes, la mayoría hackólitos que engrosaban su curriculum, algunas Marilynys, y Alis.

—Contrariamente a la creencia popular, la revolución de los gráficos por ordenador no acabó con el musical —decía el profe—. El musical la espichó él solito. —Aquí hizo una pausa para que la clase se riera—, en 1965.

Se volvió hacia el monitor, que no era más grande que mis pantallas, y pulsó el remoto. Tras él aparecieron unos vaqueros saltando en una estación de tren. *Oklahoma*.

—Los musicales, con sus argumentos forzados, sus irreales secuencias de canciones y bailes, y finales felices simplistas, ya no reflejaban el mundo del público.

Miré a Alis, preguntándome cómo se estaría tomando esto. No lo hacía. Contemplaba a los vaqueros, con aquella expresión intensa y concentrada, y sus labios se movían, contando los segundos, memorizando los pasos.

—... lo cual explica por qué el musical, al contrario que el cine negro y el de terror, no fuera revivido a pesar de la disponibilidad de estrellas como Judy Garland y Gene Kelly. El musical es irrelevante. No tiene nada que decir al público moderno. Por ejemplo, *Melodías de Broadway 1940...*

Retrocedí hasta los escalones irregulares y me senté allí, dándole a la ginebra y esperando a que terminara. Lo hizo, por fin, y las alumnos salieron. Un trío de caras comentando un rumor sobre que la Disney iba a contratar cuerpos presentes para *Gran Hotel*, un par de hackólitos, el profe sorbiendo copo escaleras abajo, otro hackólito.

Acabé la ginebra. Nadie más salió, y me pregunté si era posible que hubiera pasado por alto a Alis. Fui a ver. Los escalones se habían vuelto más y más irregulares en el tiempo que había permanecido allí sentado. Resbalé una vez y me agarré al pasamanos, y luego me quedé de pie durante un minuto, escuchando. Dentro de la habitación se produjo un golpe seco y un castañeteo, y oí una débil música. ¿El conserje?

Abrí la puerta y me apoyé contra ella.

Alis, con un vestido celeste con polisón y un sombrero de flores, bailaba en medio de la habitación, con un parasol azul apoyado en el hombro. Una canción surgía del monitor del comp, y Alis zapateaba al compás de una fila de chicas con polisones y sombrillas que bailaban en el monitor tras ella.

No reconocí la película. ¿*Carrusel*, tal vez? ¿*Las chicas de Harvey*? Las chicas fueron sustituidas por chicos que alzaban las piernas, ataviados con hongos y sombreros de paja, y Alis se detuvo, respirando agitadamente, y sacó el mando a distancia de su botín. Rebobinó, volvió a guardar el mando en su zapato, y apoyó el parasol contra el hombro. Las chicas volvieron a aparecer y Alis se apoyó en un pie e hizo un giro.

Había amontonado los pupitres en filas a cada lado de la habitación, pero seguía sin haber suficiente espacio. Cuando dio la segunda vuelta, su mano estirada chocó contra ellos y estuvo a punto de derribarlos. Cogió de nuevo el mando, rebobinó, y me descubrió. Apagó la pantalla y retrocedió un paso.

—¿Qué quieres?

Agité un dedo ante ella.

—Darte un consejito. «No desees lo que no puedes tener.» Michael J. Fox, *Tres herederas*. Escena de bar, fiesta, club nocturno, tres botellas de champán. Bueno, ahora ya no. Aquí el menda ha hecho su trabajo. Todo por el desague.

Extendí los brazos para dar énfasis a mis palabras, como James Masón en *Ha nacido una estrella*, y volqué las sillas.

—Vas ciego —dijo ella.

—«Ni hablar» —sonreí—. Gary Cooper en *Buffalo Bill*. —Avancé hacia ella—. Ciego

no. Curda, mamado, torrija, soplado. En una palabra, borracho como una cuba. Es una tradición de Hollywood. ¿Sabes en cuántas películas se bebe? En todas. Excepto las que ya he manipulado. *Amarga victoria*, *Ciudadano Kane*, *El truhán y su prenda*. Westerns, películas de gánsters, melodramas. En todas. Todas. Incluso *Melodías de Broadway 1940*. ¿Sabes por qué Fred pudo bailar el Beguine con Eleanor? Porque George Murphy estaba demasiado borracho para continuar. Olvida el baile —dije, haciendo otro ademán que casi la golpeó—. Lo que necesitas es una copa.

Intenté tenderle la botella.

Ella dio otro paso de rechazo hacia el monitor.

—Estás borracho.

—Bingo —dije—. «Muy borracho, en verdad», como diría Audrey Hepburn. *Desayuno con diamantes*. Una película con final feliz.

—¿Por qué has venido aquí? ¿Qué quieres?

Di un sorbo a la botella, recordé que estaba vacía, y la miré con expresión desolada.

—He venido a decirte que las películas no son la vida real. Sólo porque quieras algo no significa que lo consigas. He venido a decirte que te vayas a casa antes de que hagan un remake contigo. Audrey debería volver a su casa en Tulip, Texas. He venido a decirte que vuelvas a Carbal. —Esperé, tambaleándome, a que pillara la referencia.

—*Andy Hardy ha bebido demasiado* —dijo ella—. Él es quien necesita irse a casa.

La pantalla se fundió en negro unos cuantos fotogramas, y entonces me encontré sentado escaleras abajo, con Alis inclinándose sobre mí.

—¿Te encuentras bien? —dijo, y las lágrimas titilaban como estrellas en sus ojos.

—Estoy bien. «El alcohol es el gran niveladoooooor», como diría Jimmy Stewart. Hay que darle un poco a estos escalones.

—Creo que no deberías coger los deslizadores en tu estado —dijo ella.

—Todos estamos en los deslizadores. Es lo único que nos queda.

—Tom —dijo ella, y hubo otro fundido en negro, y Fred y Ginger aparecieron en ambas paredes, sorbiendo martinis junto a la piscina.

—Eso tendrá que desaparecer —dije—. Tengo que enviar el mensaje: «Nos preocupa.» Jimmy Stewart tiene que estar sobrio. ¿Qué importa que sea la única manera de acumular el valor necesario para decirle a ella lo que siente? Verás, sabe que ella es demasiado buena para él. Sabe que no puede tenerla. Tiene que emborracharse. Es la única manera de poder decirle que la quiere.

Tendí la mano hacia su pelo.

—¿Cómo lo haces? —le pregunté—. ¿Cómo consigues ese contraluz?

—Tom —murmuró ella.

Dejé caer la mano.

—No importa. Lo estropearán en el remake. De todos modos, no es real.

Agité la mano ante la pantalla en un gesto grandilocuente, como Gloria Swanson en *El crepúsculo de los dioses*. Todo es ilusión. Maquillaje y pelucas y falsos decorados. Incluso Tara. Sólo un frontal falso. FX y foleys.

—Creo que será mejor que te sientes —aconsejó Alis, agarrándome la mano.

La rechacé.

—Incluso Fred. No es de verdad. Todos esos pasos de claqué fueron doblados después, y no son estrellas de verdad. En el suelo. Todo se hace con espejos.

Me lancé hacia la pared.

—Sólo que no es ni siquiera un espejo. Puedes atravesarlo con la mano.

Después de eso, las cosas pasaron a montaje. Recuerdo que intenté bajarme en Forrest Lawn para ver dónde estaba enterrada Holly Golightly, y Alis me tiró del brazo y lloró con grandes lágrimas gelatinosas como las del programa de Vincent. Y algo sobre el cartel de la



estación tocando el Beguine, y luego volvimos a mi habitación, que parecía extraña, las pantallas estaban en el lado opuesto, y todas mostraban a Fred llevando a Eleanor a la piscina, y yo dije:

—¿Sabes por qué el musical la espichó? Falta de bebida. Excepto Judy Garland.

—¿Va ciego? —dijo Alis, y entonces se contestó a sí misma—: No, está borracho.

—No quiero que penséis que tengo un problema con la bebida. Puedo dejarlo cuando quiera. Sólo que no quiero —citó.

Esperé, sonriendo como un bobalicón, a que las dos pillaran la referencia, pero no lo hicieron.

—*Con faldas y alo loco*, Marilyn Monroe —dije, y empecé a llorar densas lágrimas de aceite—. Pobre Marilyn.

Y entonces me llevé a Alis a la cama y me la estaba ñaqueando y miraba su cara para verla cuando destellara, pero el destello no vino, y la habitación se desenfocó por los bordes, y bombeé más fuerte, más rápido, apretándola contra la cama para que no pudiera escaparse, pero ella se había ido ya y traté de seguirla y tropecé contra las pantallas, Fred y Eleanor se despedían en el aeropuerto, y alcé la mano y las atravesé, y perdí el equilibrio. Pero cuando caí no fue en brazos de Alis o contra las pantallas. Fue en las regiones de materia negativa de los deslizadores.

**LEWIS STONE [Severo]: Espero que hayas aprendido la lección, Andrew. Beber no resuelve los problemas. Sólo los empeora.**

**MICKEY ROONEY [Sumiso]: Ahora lo sé, papá. Y he aprendido algo más también. He aprendido que debo preocuparme de mis propios problemas y no meterme en los asuntos de los demás.**

**LEWIS STONE [Dubitativo]: Eso espero, Andrew. Desde luego, eso espero.**

En *Historias de Filadelfia*, el hecho de que Katharine Hepburn se emborrache lo resuelve todo: su remilgado prometido rompe el compromiso, Jimmy Stewart deja la prensa del corazón y empieza la novela seria que su fiel enamorada siempre supo que llevaba dentro, mamá y papá se reconcilian, y Katharine Hepburn por fin admite que ha estado enamorada de Cary Grant desde el principio. Final feliz para todos.

Pero las películas, como tan estúpidamente había intentado decirle a Alis, no son la Vida Real. Y lo único que había conseguido al emborracharme fue despertarme en la habitación de Heada con una resaca de dos días y seis semanas de suspensión de los deslizadores.

No es que fuera a ir a ninguna parte. Andy Hardy aprende la lección, se olvida de las chicas, y se dedica a la seria tarea de Preocuparse de Sus Propios Problemas, un trabajo que se volvía más sencillo por el hecho de que Heada no quería decirme dónde estaba Alis porque no me hablaba.

Y por el hecho de que Heada (o Alis) habían tirado todo el licor por el desagüe, como Katharine Hepburn en *La reina de África*, y Mayer había puesto en suspenso mi cuenta antes que entregara la docena de la semana anterior. La docena de la anterior consistía en *Historias de Filadelfia*, que sólo llevaba por la mitad. Así que era ai-bó, ai-bó a casa a trabajar y encontrar doce películas blancas que pudiera presentar como ya corregidas. Para ello, nada mejor que la Disney.

Sólo que *Blancanieves* tenía una casita campestre llena de jarras de cerveza y un sótano repleto de botas de vino y pociones mortales. *La Bella Durmiente* no era mejor: tenía un camarero real que se emborrachaba literalmente hasta caer bajo la mesa, y *Pinocho* no sólo bebía cerveza, sino que fumaba puros que la Liga Antitabaco había pasado por alto por algún extraño motivo. Incluso *Dumbo* se emborrachaba.

Pero corregir la animación era relativamente fácil, y todo lo que *Alicia en el país de las maravillas* tenía eran unos cuantos anillos de humo, así que conseguí terminar la docena y reponer mi stock de pociones letales para al menos no tener que ver *Fantasía* sobrio. Menos mal. La secuencia de la Pastoral en *Fantasía* estaba tan llena de vino que tardé cinco días en limpiarla, después de lo cual volví a *Historias de Filadelfia* y contemplé a Jimmy Stewart, tratando de pensar en algún modo de salvarlo. Luego me rendí y esperé a que me levantaran la suspensión de los deslizadores.

En cuanto hubo acabado, fui a Burbank a pedirle disculpas a Alis, pero debió de pasar más tiempo del que creía, porque había una clase de GO ocupando las sillas sin amontonar, y cuando pregunté a uno de los hackólitos dónde estaban Michael Caine y la clase de historia cinematográfica, me respondió:

—Eso fue el semestre pasado.

Conseguí chooch y fui a la siguiente fiesta y le pedí a Heada el horario de clases de Alis.

—Ya no le doy al chooch —dijo Heada. Llevaba un jersey estrecho, una falda y gafas

con montura negra. *Cómo casarse con un millonario*—. ¿Por qué no la dejas en paz? No le está haciendo daño a nadie.

—Quiero... —empecé, pero no sabía qué quería. No, eso no era cierto. Lo que quería era encontrar una película que no tuviera una sola SA. Pero no había ninguna.

—*Los Diez Mandamientos* —dije, de vuelta en mi habitación.

Había bebido en la escena del becerro de oro y referencias al «vino de la violencia», pero era mejor que *Historias de Filadelfia*. Subí un suministro de grappa y pedí una lista de epopeyas bíblicas, y me puse a trabajar haciendo de Charlton Heston, borrando parras y deteniendo las orgías romanas. Mía es la venganza, dijo el Señor.

**ESCENA: Exterior de la casa de los Hardy en verano. Verja de madera, arce, flores junto a la puerta principal. Lento fundido con el otoño. Hojas cayendo. Plano sostenido sobre una hoja y la seguimos al caer.**

La-La-Land no es como los deslizadores. Te quedas quieto y miras la pantalla, o peor, tu propio reflejo, y después de un rato estás en otro sitio.

Las fiestas continuaron, repletas de Marilyn y ejecos. Fred Astaire siguió bajo litigio, Heada me evitaba, yo bebía. En excelente compañía.

Los gánsters bebían, los tenientes de la Armada, las viejecitas, las jovencitas, médicos, abogados, jefes indios. Fredric March, Jean Arthur, Spencer Tracy, Susan Hayward, Jimmy Stewart. Y no sólo en *Historias de Filadelfia*. Él chico ciento por ciento americano, el vecinito de la puerta de al lado, privaba como un cosaco. Agua de fuego en *El hombre que mató a Liberty Valance*, coñac en *Me enamoré de una bruja*, «licor» directamente de la jarra en *La conquista del Oeste*. En *Qué bello es vivir* se emborrachaba lo suficiente para que lo expulsaran de un bar y acabar empotrando el coche contra un árbol. En *El invisible Harvey* se pasaba toda la película agradablemente achispado, ¿y qué demonios se suponía que iba a hacer yo cuando llegara a esa película? ¿Qué demonios se suponía que iba a hacer en general?

En un momento dado, Heada vino a verme.

—Tengo una pregunta —dijo, desde la puerta.

—¿Significa esto que ya no estás enfadada conmigo?

—¿Porque por poco me rompes los brazos? ¿Porque todo el tiempo que me estuviste ñaqueando estabas pensando en otra persona? ¿De qué hay que enfadarse?

—Heada...

—Vale. Son cosas que pasan. Tendría que abrir un garito de simsex. —Entró y se sentó en la cama—. Tengo una pregunta que hacerte.

—Contestaré la tuya si tú contestas la mía.

—No sé dónde está ella.

—Lo sabes todo.

—Se marchó. La noticia es que parece que está trabajando en Hollywood Boulevard.

—¿Haciendo qué?

—No lo sé. Probablemente no baila en las películas, cosa que por otro lado debería hacerte feliz. Siempre intentaste convencerla de que no...

La interrumpí.

—¿Cuál es tu pregunta?

—Vi esa película donde me dijiste que yo hacía un papel, ¿*La ventana indiscreta*? ¿*Thelma Ritter*? Y todos los chismorreos que me dijiste que hacía, diciéndole a él que se cuidara de sus propios asuntos, diciéndole que no se interpusiera. Sólo estaba intentando ayudar.

—¿Cuál es tu pregunta?

—Vi esa otra película. *Casablanca*. Sobre un tipo que tiene un bar en algún lugar de África durante la Segunda Guerra Mundial, y su antigua novia aparece, sólo que ahora está casada con otro tipo...

—Conozco el argumento. ¿Qué parte no comprendes?

—Todo. ¿Por qué el tipo del bar...?

—Humphrey Bogart.

—¿Por qué Humphrey Bogart se pasa la película bebiendo, por qué dice que no la ayudará y luego lo hace, por qué le dice que no puede quedarse? Si los dos están tan colados, ¿por qué no se queda ella?

—Había una guerra —expliqué—. Los dos tenían trabajo que hacer.

—¿Y ese trabajo era más importante que ellos dos?

—Sí —dije, pero no lo creí, a pesar del discursito de Rick. Usa prestando apoyo moral a su marido, Rick luchando en la Resistencia no eran más importantes. Eran un sustituto. Eran lo que haces cuando no puedes tener lo que quieres—. Los nazis los capturarían.

—Vale —convino ella, dudosa—. Así que no pueden estar juntos. ¿Pero por qué sigue él sin ñaqueársela antes de que se marche?

—¿De pie en el aeropuerto?

—No —dijo ella, muy seria—. Antes. En el bar.

Porque no puede tenerla, pensé. Y lo sabe.

—Por el Código Hays —dije.

—En la vida real ella le habría dejado ñaqueársela.

—Es una idea reconfortante. Pero las películas no son la vida real. Y no pueden decirte cómo siente la gente. Tienen que mostrártelo. Valentino pone los ojos en blanco, Rhett levanta a Escarlata en brazos, Lillian Gish se lleva la mano al corazón. Bogie ama a Ingrid y no puede tenerla. —Vi que ella se quedaba otra vez en blanco—. El dueño del bar ama a su antigua novia, así que tienen que *mostrártelo* no dejando que la toque ni dándole siquiera un beso de despedida. Tiene que quedarse allí de pie y mirarla.

—Como tú, que te pasas los días bebiendo y te caes de los deslizadores —observó ella.

Ahora me tocó el turno de quedarme en blanco.

—La noche que Alis te trajo a mi habitación, la noche que estabas tan colocado.

Seguía sin comprenderlo.

—Mostrar los sentimientos —dijo Heada—. Intentaste atravesar la pantalla de los deslizadores y por poco te matas. Alis te sacó.

**ESCENA: Exterior. Casa de los Hardy. El viento agita las hojas muertas. Lento fundido hasta un árbol de ramas peladas. Nieve. Invierno.**

Al parecer aquella noche fue sonada. Había intentado atravesar la pared de los deslizadores como un drogata con demasiado delirio y luego ñaqueé con la persona equivocada. Una actuación magnífica, Andrew.

Y Alis me había salvado.

Cogí los deslizadores hasta Hollywood Boulevard para buscarla, comprobé en la Ciudad de las Pruebas de Pantalla y en Ha Nacido Una Estrella, que tenía a un símil de River Phoenix trabajando allí.

La cabina de Finales Felices había cambiado su nombre por Felices Para Siempre Jamás y mostraba *Doctor Zhivago*, Ornar Sharif y Julie Christie en el campo de flores, sonriendo y abrazando a un bebé. Un puñado de turatas medio interesados la veía.

—Estoy buscando a una cara —dije.

—Elija —dijo el tipo—. Lara, Escarlata, Marilyn...

—Estuvimos aquí hace unos cuantos meses —proseguí, intentando refrescar su memoria—. Hablamos sobre *Casablanca*...

—Tengo *Casablanca*. Tengo *Cumbres borrascosas*, *Love Story*...

—Esta cara —interrumpí— es así de alta, pelo castaño claro...

—¿Liberada?

—No —dije—. No importa.

Seguí caminando. No había nada más en este lado excepto cuevas RV.

Me quedé allí plantado y pensé en ellas, y en los garitos sim-sex que había más abajo y las liberadas que deambulaban ante ellos con leotardos de malla rotos, y luego volví a Felices Para Siempre Jamás.

—*Casablanca* —dije, colándome entre los turatas, que habían decidido guardar cola. Tendí mi tarjeta.

El tipo me condujo al interior.

—¿Tiene un final feliz? —preguntó.

—Segurísimo.

Me sentó delante del comp, un Wang de aspecto antiguo.

—Usted sólo tiene que pulsar este botón, y sus opciones aparecerán en pantalla. Elija la que quiera. Buena suerte.

Hice girar el avión cuarenta grados, lo aplasté para que fuera bidimensional, y lo hice parecer el cartón que siempre había sido. Nunca había visto una máquina de niebla. Me contenté con una máquina de vapor que esparcía grandes vaharadas de nubes y avancé hasta el plano donde Bogie aparecía de tres cuartos y le decía a Ingrid aquello de «Siempre nos quedará París».

—Expande el perímetro de encuadre —ordené, y empecé a rellenar sus pies, Ingrid con zapatos planos y Bogie con grandes alzas de madera atadas a sus zapatos con trozos de...

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —dijo el tipo, que entró de golpe.

—Sólo intento inyectar un poco de realidad en los procedimientos.

Me levantó de la silla y empezó a pulsar teclas.

—Fuera de aquí.

Los turatas que estaban delante de mí formaban cola ante la pantalla: se había congregado una pequeña multitud.

—El avión era de cartón y los mecánicos eran enanos —expliqué—. Bogie sólo medía uno sesenta. Fred Astaire era hijo de un cervecero inmigrante. Sólo tenía educación primaria.

El tipo emergió de la cabina humeando como mi máquina de vapor.

—«Te está mirando, sólo hicieron falta diecisiete tomas» —dije, dirigiéndome hacia los deslizadores—. Nada es real. Todo se hace con espejos.

**ESCENA: Exterior. Casa de los Hardy. Invierno. Nieve sucia en el tejado, en el césped, apilada a cada lado del camino de entrada. Lento fundido hasta la primavera.**

No recuerdo si regresé de nuevo a Hollywood Boulevard. Sé que asistí a las fiestas, esperando que Alis apareciera otra vez en el umbral, pero ni siquiera Heada asomó por allí.

Mientras tanto, violé y saqueé y busqué algo fácil de arreglar. No había nada. Hacer abstemio al médico de *La diligencia* echó a perder la escena del parto. *Con las horas contadas* murió al nacer sin que Dana Andrews tragara vasos de whisky, y *La cena de los acusados* desapareció por completo.

Llamé de nuevo al menú, buscando algo libre de SA, algo limpio y ciento por ciento americano. Como los musicales de Alis.

—Musicales —dije, y el menú se dividió en categorías y mostró una lista. La repasé.

*Carrusel* no. Billy Bigelow era un borrachín. Igual que Ava Gardner en *Magnolia* y Van Johnson en *Brigadoon*. ¿Ellos y ellas? Ni hablar. Marión Brando emborracha a una misionera. ¿*Gigi*? Estaba llena de licor y cigarros, por no mencionar «La noche que inventaron el champán».

¿*Siete novias para siete hermanos*? Tal vez. No tenía ninguna escena de salón ni números de «Bebed hasta reventar, muchachos». Tal vez algo de whisky en la construcción del granero o en la cabaña, pero eso podía borrarse de un plumazo.

—*Siete novias para siete hermanos* —le dije al comp, y me serví un poco del bourbon que había comprado para *Gigante*. Howard Keel llegó a la ciudad, se casó con Jane Powell, y se dirigieron a las montañas en su carreta. Podía avanzar toda esta sección: no era probable que Howard sacara una jarra y le ofreciera a Jane un trago, pero la dejé correr a velocidad normal mientras ella le cantaba a Howard sus esperanzas y planes, que quedarían aplastados en cuanto descubriera que tendría que cocinar y lavar para seis hermanos piojosos. Howard azuzó los supuestos caballos y parecía incómodo.

»Eso es, Howard. No se lo digas. De todas formas, tampoco te haría caso. Tiene que descubrirlo por sí misma —dije.

Llegaron a la cabaña. Esperaba que al menos uno de los hermanos tuviera una pipa de caña, pero no. Se produjo algún altercado en casa, otra canción, y luego un largo fragmento de felicidad hasta la escena de la construcción del granero.

Me serví otro bourbon y me incliné hacia delante, contemplando el derroche hogareño. Jane Powell sacó pasteles y dulces de la carreta, y una jarra recubierta de mimbre que tendría que convertir en un cazo de habichuelas o algo así, y pasaron al número del granero que Alis me había pedido la noche que la conocí.

—Avanza hasta el final de la música —dije, y entonces—: Espera.

No era una orden, por lo que continuaron galopando en el baile, acabaron, y empezaron a levantar el granero en un tiempo récord.

—Alto —le indiqué—. Vuelve a 96 —ordené, y rebobiné al principio del baile—. Avanza en tiempo real —dije, y allí estaba. Alis. Con un vestidito rosa y medias blancas, con el pelo a contraluz recogido en un moño.

»Congela —pedí.

Es el alcohol, pensé. Ray Milland en *Días sin huella*, viendo elefantes rosa. O algún efecto del klieg, un destello retrasado o algo que superponía la cara de Alis sobre las bailarinas como si fuesen las figuras de Fred Astaire y Eleanor Powell bailando en el suelo pulido.

¿Con qué frecuencia iba a padecer este efecto? ¿Cada vez que alguien ejecutara unos



pasos de baile? ¿Cada vez que un rostro o un lazo o una falda ondeante me recordaran aquel primer destello? Quitar el alcohol a las películas de Mayer ya era lo bastante malo. No creía poder conseguirlo si tenía que mirar también a Alis.

Apagué la pantalla y volví a encenderla, como si intentara despiojar un programa, pero ella seguía allí.

Contemplé de nuevo el baile, observando su cara con atención, y luego pasé a triple velocidad a la escena en que las novias son raptadas. La bailarina, con su pelo castaño claro cubierto por un bonete, se parecía a Alis, pero no tanto. Pasé al siguiente número de baile, donde las chicas daban pasos de ballet en ropa interior, sin sombreritos, pero fuera lo que fuese, su cabello o la música o el revuelo de su falda, había pasado, y ella era sólo una chica que se parecía a Alis. Una chica que, al contrario de Alis, había conseguido bailar en el cine.

Avancé el resto de la película, pero no había más números de baile ni rastro de Alis, y esto era Otra Lección, Andrew, no mezclar bourbon con tequila de *Río Bravo*.

—Créditos iniciales —dije, y volví atrás y borré la botella de la escena de la casa de huéspedes y luego avancé a la construcción del granero para convertir la jarra en una sartén con pan de maíz, y luego me lo pensé mejor y vi la escena completa para asegurarme de que la jarra no aparecía en ninguna otra toma.

—Imprime y envía —ordené—, y avanza en tiempo real.

Allí estaba ella de nuevo. Bailando.

**TÓPICO CINEMATOGRAFICO N.º 15: La resaca (normalmente sigue a Tópico N.º 14: La fiesta). Dolor de cabeza, sobresaltos con los ruidos, molestias por la luz intensa.**

**VER:** *La cena de los acusados, El solterón y el amor, Tras el hombre delgado, ¡McLintock!, Otro hombre delgado, Historias de Filadelfia, La canción del hombre delgado.*

Llamé a Heada, sin imagen.

—¿Puedes recomendarme algo que quite la borrachera?

—¿Rápido o indoloro?

—Rápido.

—Ridigraña —dijo ella rápidamente—. ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Mayer me está pinchando para que trabaje más rápido en sus películas, y decidí que las SA me están retrasando. ¿Tienes algún remedio?

—Tendré que pedirlo —contestó—. Conseguiré algo y te lo llevaré.

No es necesario, quise decir, pero eso sólo la haría sospechar más.

—Gracias.

Mientras la esperaba recuperé los créditos. No fueron de gran ayuda. Había siete novias, después de todo, y las únicas que conocía eran Jane Powell y Ruta Lee, que apareció en todas las películas de serie B de los setenta. Dorcas era Julie Newmeyer, que más tarde cambió su nombre a Julie Newmar. Cuando volví y contemplé de nuevo la escena de la cosecha, quedó claro cuál era ella.

La observé, prestando atención a los nombres de los otros personajes.

La rubita de la que estaba enamorado Russ Tamblyn se llamaba Alice, y Dorcas era la morena alta. Avancé hasta la escena del rapto e identifiqué a las otras chicas con los nombres de sus personajes. La del vestido rosa era Virginia Gibson.

Virginia Gibson.

—Directorio del Sindicato de Actores —le dije, y le di el nombre.

Virginia Gibson había aparecido en unas cuantas películas, incluyendo *Atenea* y algo llamado *Yo maté a Wild Bill Hickok*.

—Musicales —dije, y la lista se redujo a cinco. No, cuatro. *Una cara con ángel* era una película de Fred Astaire, lo cual significaba que estaba en litigio.

Llamaron a la puerta. Apagué la pantalla, luego decidí que eso me delataría.

—*Encadenados* —dije, y luego me asusté. ¿Y si Ingrid Bergman también tenía la cara de Alis?—. Cancela —ordené, tratando de pensar en otra película, cualquier película. Excepto *Atenea*.

—Tom, ¿estás bien? —llamó Heada a través de la puerta.

—Ya voy —dije, contemplando la pantalla apagada. ¿*La exótica*? No, también era de Ingrid, y al fin y al cabo si esto iba a pasar de todas formas, sería mejor que lo supiera antes de tomar nada más.

*Encadenados* —dije en voz baja—. Fotograma 54-119. —Esperé a que apareciera la cara de Ingrid.

—¡Tom! —gritó Heada—. ¿Qué te pasa?

Cary Grant salió del salón de baile y Ingrid lo miró con aspecto ansioso, y pareció a punto de echarse a llorar. Seguía siendo Ingrid, lo cual fue un alivio.

—¡Tom! —chilló Heada, y abrí la puerta.

Heada entró y me tendió algunas cápsulas azules.

—Tómate dos. Con agua. ¿Por qué no abrías la puerta?

—Me estaba deshaciendo de las pruebas —dije, señalando la pantalla—. Treinta y cuatro botellas de champán.

—He visto esa película —comentó ella, acercándose a la pantalla—. Se desarrolla en Brasil. Tiene tomas de archivo de Río de Janeiro y Sugar Loaf.

—Has acertado, como siempre —dije, y añadí sin darle importancia—. Por cierto, ya que lo sabes todo, Heada. ¿Sabes si Fred Astaire ha sido registrado ya?

—No. ILMGM va a recurrir.

—¿Cuánto tardará esta ridigraña en hacer efecto? —dije antes de que ella pudiera preguntar por qué me interesaba Fred Astaire.

—Depende de cuánto hayas bebido. Por la forma en que has estado tragando, seis semanas.

—¿Seis semanas?

—Es una broma. Cuatro horas, tal vez menos. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo? ¿Y si empiezas a destellar otra vez?

No le pregunté cómo sabía que había estado destellando. Después de todo, se trataba de Heada.

Me tendió el vaso.

—Bebe mucha agua. Y orina tanto como puedas. ¿Qué haces?

—Barrido y quema —dije, volviendo a la pantalla congelada. Borré otra botella de champán.

Ella se inclinó por encima de mi hombro.

—¿Ésta es la escena en que se quedan sin champán, y Claude Rains baja a la bodega y sorprende a Cary Grant?

—No lo será cuando acabe con ella —dije yo—. El champán se convertirá en helado. ¿Qué te parece, escondemos el uranio en el congelador o en la bolsa de sal?

Ella me miró con seriedad.

—Creo que pasa algo raro. ¿Qué es?

—Llevo cuatro semanas de retraso en la lista de Mayer, y me está apretando los tornillos, eso es lo que pasa. ¿Estás segura de que son ridigraña? —pregunté, mirando las cápsulas—. No están marcadas.

—Estoy segura —contestó, mirándome con recelo.

Me metí las cápsulas en la boca y extendí la mano hacia el bourbon.

Heada me quitó la botella de la mano.

—Se toman con agua.

Entró en el cuarto de baño y oí el borboteo del bourbon al caer por el desagüe.

Salió del baño y me tendió un vaso de agua.

—Bebe tanto como puedas. Así te desintoxicarás antes. Y ni una gota de alcohol. —Abrió el mueble, rebuscó dentro, sacó una botella de vodka—. Ni una gota de alcohol —repitió, quitando el tapón, y volvió al cuarto de baño para vaciarla—. ¿Alguna otra botella?

—¿Por qué? —dije, sentándome en la cama—. ¿Has decidido cambiarlo por chooch?

—Ya te lo dije: lo he dejado. Levántate.

Obedecí; ella se arrodilló y empezó a rebuscar debajo de la cama.

—Ya conozco los efectos de la ridigraña —dijo, sacando una botella de champán—. Querrás un trago, pero ni hablar. Lo echarás. En serio. —Se debatió con el tapón de la botella—. Así que no bebas. Y no intentes hacer nada. Tiéndete en cuanto empieces a sentir algo, dolor de cabeza, temblores. Y quédate aquí. Podrías tener alucinaciones. Serpientes, monstruos...

—Conejos de metro ochenta llamados Harvey.

—Lo digo en serio. Cuando la tomé me sentí al borde de la muerte. Y el chooch es mucho más fácil de superar que el alcohol.

—Entonces, ¿por qué lo dejaste?

Ella me dirigió una mirada triste y siguió luchando con el tapón.

—Pensé que eso haría que alguien se fijara en mí.

—¿Y lo han hecho?

—No —dijo, y siguió batallando con el tapón—. ¿Por qué me llamaste y me pediste que te trajera ridigraña?

—Ya te lo he dicho. Mayer...

Sacó el tapón.

—Mayer está en Nueva York, haciéndole la pelota a su nuevo jefe, que, según se comenta, va derechito a la calle. El rumor es que a los ejecos de ILMGM no les gusta esta moralina ultraderechista. Al menos cuando se aplica a ellos. —Vacío el champán y regresó a la habitación—. ¿Más champán?

—Montones —dije, y regresé al comp—. Siguiente fotograma. —Un puñado de botellas apareció en la pantalla—. ¿Quieres vaciarlas también? —Me di la vuelta, sonriendo.

Ella me miraba muy seria.

—Ahora de verdad, ¿qué te pasa?

—Siguiente fotograma —dije. La pantalla cambió a Ingrid, que parecía inquieta, sus cabellos como un halo. Le quité la copa de champán de la mano.

—Has vuelto a verla, ¿no?

Todo.

—¿A quién? —pregunté, aunque era inútil—. Sí. La he visto. —Apagué *Encadenados*—. Ven aquí. Quiero enseñarte una cosa. *Siete novias para siete hermanos* —le dije al comp—. Fotograma 25-118.

La pantalla iluminó a Jane Powell, sentada en la carreta y sujetando una cesta.

—Avanza en tiempo real —ordené, y Jane Powell le tendió la cesta a Julie Newmar.

—Creí que esta película iba a entrar en litigio —dijo Heada por encima de mi hombro.

—¿Por quién? ¿Jane Powell o Howard Keel?

—Russ Tamblyn —contestó ella, señalándolo. Él se subió a la carreta y miraba apasionadamente a la pequeña rubia, Alice—. Virtusonic lo ha estado empleando en películas snuffporno, y a ILMGM no le ha gustado. Alegan abuso de copyright.

Russ Tamblyn, con aspecto joven e inocente, probablemente la verdad, se marchó con Alice, y Howard Keel bajó a Jane Powell del pescante.

—Alto —dije al ordenador. Me volví hacia Heada—. Quiero que veas la próxima escena. Fíjate en las caras. Avanza en tiempo real —ordené, y los bailarines formaron dos filas y se saludaron para iniciar el cortejo.

No sé qué esperaba que hiciera Heada, jadear y llevarse la mano al corazón como Lillian Gish, tal vez. O hacerme dar la vuelta y preguntarme: «¿Qué es exactamente lo que tengo que mirar?»

Tampoco hizo eso. Contempló la escena entera, quieta y silenciosa, casi tan concentrada en la pantalla como Alis, y luego dijo en voz baja:

—No pensaba que fuera a hacer eso.

Por un momento no entendí lo que había dicho debido al rugido en mi cabeza, el rugido que decía: «Es ella. No es un destello. Es ella.»

—Y toda esa chachara sobre un profesor de baile —decía Heada—. Todas esas cosas sobre Fred Astaire. Nunca pensé que fuera...

—¿Que fuera a hacer qué? —pregunté, aturdido.

—Esto —dijo ella, señalando vagamente la pantalla con la mano, donde los lados del granero empezaban a subir—. Que se convertiría en la ñaqui de alguien. Que se rendiría. Que se vendería. —Indicó de nuevo la pantalla—. ¿Te dijo Mayer para cuál de los ejecos lo has hecho?

—Yo no lo he hecho —contesté.

—Bueno, pues entonces alguien lo ha hecho. Mayer debe de haber empleado a Vincent o a alguien. Creí que habías dicho que ella no quería que pegaran su cara encima de la de nadie.

—No quería. No quiere —aseguré—. Esto no es un pastiche. Es ella, está bailando.

Miró la pantalla. Un cowboy dejó caer el martillo sobre el pulgar de Russ Tamblyn.

—Ella no se vendería —concluí.

—Citando a un amigo mío, todos tenemos un precio.

—No. La gente se vende para conseguir lo que quiere. Hacer que peguen su cara sobre el cuerpo de otra persona no es lo que ella quería. Quería bailar en las películas.

—Tal vez necesitaba dinero —aventuró Heada, mirando la pantalla. Alguien golpeó a Howard Keel con un tablón y Russ Tamblyn le arreó un puñetazo—. Tal vez comprendió que no podía tener lo que quería.

—No —dije yo, recordando su expresión decidida en Hollywood Boulevard—. No lo comprendes. No.

—Muy bien —suavizó ella—. No se vendió. No es un pastiche. —Señaló la pantalla—. Entonces, ¿qué es? ¿Cómo ha acabado ahí si no la ha pegado nadie?

Howard Keel empujó a un rincón a un par de matones, y el granero se desplomó en medio de un estrépito de tablones y gruñidos.

—No lo sé —dije.

Nos quedamos allí un instante, contemplando el destrozo.

—¿Puedo volver a ver la escena? —preguntó Heada.

—Fotograma 25-200, avanza en tiempo real —pedí, y Howard Keel alzó de nuevo los brazos para recoger a Jane Powell. Los bailarines se colocaron en dos filas. Y allí estaba Alis, bailando.

—Tal vez no es ella —sugirió Heada—. Por eso me pediste que te trajera la ridigraña, ¿verdad? Pensabas que podría ser un efecto del alcohol.

—Ahora tú también la ves.

—Sí —admitió ella, frunciendo el ceño—, pero en realidad no estoy segura de saber cómo es. Quiero decir que siempre que la he visto yo estaba muy colgada, igual que tú. Y no han sido tantas veces, ¿no?

Aquella fiesta, y la vez que Heada la envió a pedirme el acceso, y el episodio de los deslizadores. Ocasiones memorables, todas ellas.

—No —convine.

—Así que podría ser cualquier otra persona que se le parece. Su pelo es algo más oscuro, ¿no?

—Una peluca —dije—. Las pelucas y el maquillaje pueden hacer que parezcas muy distinto.

—Sí —comentó Heada, como si eso demostrara algo—. O parecido. Tal vez esa otra persona lleva una peluca y maquillaje que hacen que se parezca a Alis. De todas formas, ¿quién es en la película?

—Virginia Gibson.

—Tal vez esa Virginia Gibson y Alis se parecen. ¿Actúa en otras películas? Virginia Gibson, quiero decir. En ese caso, podríamos buscarla y ver qué aspecto tiene, y si es ella o no. —Me miró preocupada—. Pero será mejor que primero dejes que la ridigraña surta efecto. ¿Sientes ya algún síntoma? ¿Dolor de cabeza?

—No —dije, mirando la pantalla.

—Bueno, ya falta poco. —Apartó el embozo de la cama—. Acuéstate, yo te traeré un poco de agua. La ridigraña es rápida, pero dura. Lo mejor es que...

—La duerma —concluí yo.

Trajo un vaso de agua y lo dejó junto a la cabecera.  
—Contacta conmigo si tienes temblores y empiezas a ver cosas.  
—Según tú, ya he empezado.  
—No he dicho eso. He dicho que deberías comprobar esa Virginia Gibson antes de llegar a una conclusión. Después de que la ridigraña surta efecto.  
—Eso significa que cuando esté sobrio no se parecerá a ella.  
—Significa que cuando estés sobrio, al menos podrás verla. —Me miró fijamente—. ¿Quieres que sea ella?  
—Creo que voy a acostarme —dije para que se marchara—. Me duele la cabeza. —Me senté en la cama.  
—Ya surte efecto —dijo ella, triunfal—. Contacta conmigo si necesitas algo.  
—Lo haré —dije, y me tendí.  
Ella miró en derredor.  
—Ni tienes más bebida por aquí, ¿verdad?  
—Litros y litros —le dije, señalando la pantalla—. Botellas, frascos, petacas, jarras. Pide lo que quieras, está ahí dentro.  
—Si bebes algo, será peor.  
—Lo sé —dije, cubriéndome los ojos con la mano—. Temblores, elefantes rosa, conejos de metro ochenta, «¿y cómo está usted, señor Wilson?»  
—Contacta conmigo —repitió ella, y se marchó por fin.

Esperé cinco minutos a que volviera y me dijera que me asegurara de orinar, y luego otros cinco para que aparecieran las serpientes y conejos, o peor, Fred y Eleanor, vestidos de blanco y bailando muy juntitos. Y pensando en lo que había dicho Heada. Si no se trataba de un pastiche, ¿qué era? Y no podía ser un pastiche. Heada no había oído a Alis hablar de su deseo de bailar en las películas. No la había visto aquella noche en Hollywood Boulevard, cuando le ofrecí la oportunidad para aparecer en una.

Podría haber sido digitalizada esa noche, ser Ginger Rogers, Ann Miller, cualquiera. Incluso Eleanor Powell. ¿Por qué iba a cambiar de pronto de opinión y decidir que quería ser una bailarina de la que nadie había oído hablar? Una actriz que sólo aparecía en unas pocas películas, una de las cuales estaba protagonizada por Fred Astaire.

«Estamos así de cerca de poder viajar en el tiempo», había dicho el ejeco, aproximando el pulgar y el índice.

¿Y si Alis, que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por bailar en las películas, que estaba dispuesta a practicar en una clase abarrotada con un monitor minúsculo y trabajar por las noches en una trampa turata, había hablado con uno de los hackólitos del viaje temporal para que la dejara ser su conejillo de Indias? ¿Y si Alis lo había convencido para que la enviara al año 1954, vestida con un chaleco verde y guantes cortos, y luego, en vez de volver como se suponía que debía hacer, había cambiado su nombre por el de Virginia Gibson y se había presentado a una prueba de la MGM para un papel en *Siete novias para siete hermanos*? Y luego apareció en otras seis películas, una de las cuales era *Una cara con ángel*. Con Fred Astaire.

Me senté en la cama, lentamente, para no convertir mi dolor de cabeza en algo peor, y me acerqué al terminal y solicité *Una cara con ángel*.

Heada había dicho que Fred Astaire estaba aún en litigio, y así era. Puse una alarma en la película y en Fred por si el caso se zanjaba. Si Heada tenía razón (¿y cuándo se equivocaba ella?), Warner respondería y presentaría una alegación inmediatamente, pero si había una pausa o los abogados de Warner estaban ocupados con Russ Tamblyn, tal vez se produciría un hueco. Emplacé la alarma para que me avisara y solicité otra vez la lista de musicales de Virginia Gibson.

*Cielo de estrellas* era una cinta en blanco y negro de la Segunda Guerra Mundial, que

no me daba una imagen tan clara como en color, y *Regreso a Broadway* estaba también en litigio, por alguien de quien yo nunca había oído hablar. Eso dejaba *Atenea*, *Nubes pintadas de luz* y *Té para dos*. No recordaba haber visto ninguna de ellas.

Cuando solicité *Atenea* comprendí por qué. Era un cruce entre *Venus era mujer* y *Vive como quieras*, con montones de gasas al viento, saludables excéntricos y casi ningún baile. Virginia Gibson, con gasas de color verde, se suponía que era Niobe, la diosa del jazz y el claqué o algo así. En cualquier caso, no era Alis. La miré, sobre todo con el pelo recogido en una trenza griega. «Y con un quinto de bourbon dentro», habría dicho Heada. Y una dosis doble de ridigraña. Incluso así, no se parecía tanto a ella como la bailarina de la escena de la construcción del granero. Solicité *Siete novias*; la pantalla se volvió plateada un largo instante y luego empezó a mostrar un aviso legal: «Esta película está actualmente en litigio. No se permite su visualización.»

Bueno, eso lo zanjaba todo. Para cuando los tribunales hubieran decidido dejar que hicieran trochos a Russ Tamblin, yo estaría libre de chooch y descubriría que se trataba tan sólo de alguien que se parecía a ella, o ni siquiera eso. Un truco de luces y maquillaje.

Y no tenía sentido repasar más musicales. Cualquier parecido era puro alcohol, y debería hacer lo que recomendaba la doctora Heada: acostarme y esperar a que se me pasara. Y luego volver a hacer trocitos las películas yo mismo. Debería solicitar *Encadenados* y acabar de una vez.

—*Té para dos* —dije.

Era una peli de Doris Day, y me pregunté si estaba en la lista de malas bailarinas de Alis. Se lo merecía. Sonreía mostrando los dientes mientras marcaba los pasos con Gene Nelson, en un local de ensayos por el que Alis habría sido capaz de matar, todo espacio y espejos y ni un pupitre apilado. Había una terrible versión latina de «Crazy Rhythm», Gordon MacRae cantaba «I Only Have Eyes for You» y luego el gran número de Virginia Gibson.

Desde luego, no era Alis. Con el pelo suelto, ni siquiera se le parecía. O tal vez la ridigraña estaba haciendo efecto.

Los pasos eran la idea de Hollywood de un ballet, más gasas y un montón de vueltas, no el tipo de coreografía con el que Alis se habría molestado. Si hubiera aprendido ballet allá en Meadowville, y no sólo jazz y claqué, pero no lo había hecho, y era evidente que Virginia sí: Alis no era Virginia, y yo estaba sobrio, y volví a las botellas.

—Avanza a 64 —dije, y vi cómo Doris avanzaba sonriendo a través del número del título y una repetición innecesaria. El número siguiente era una gran producción. Virginia no aparecía en él, y empecé a avanzar de nuevo. Entonces paré.

» Rebobina a tema musical —ordené y vi el número de producción, contando los fotogramas. Una pareja rubia avanzaba hacia una serie de deslizamientos y luego retrocedía, y entonces un tipo moreno y una pelirroja con una falda blanca plisada avanzaban dando patadas al aire y bailaban un charleston. Ella tenía el pelo rizado y llevaba una blusa atada por delante, y los dos se pusieron las manos en las rodillas y ejecutaron una serie de cruces.

«Fotograma 75-004, avanza a 12 —dije, y contemplé la rutina a cámara lenta—. Amplía cuadrante dos. —Vi el pelo rojo ocupando toda la pantalla, aunque no había necesidad de ampliación, ni de cámara lenta tampoco. No había ninguna duda de quién era.

Lo supe en el mismo instante en que la vi, del mismo modo que lo había hecho en la escena del granero, y no era el alcohol (del que aún quedaban unos quince minutos en mi estómago) ni el klieg, ni un leve parecido agudizado por el carmín y el lápiz de ojos. Era Alis. Era imposible.

—Último fotograma —dije, pero la peli databa de los Viejos Tiempos, cuando la línea del coro no aparecía en los créditos, y había que descifrar la fecha del copyright. MCML. 1950.

Repasé toda la película, congelando la imagen y ampliando cada vez que divisaba pelo

rojo, pero no volví a verla. Avancé hasta el número del charleston y lo vi otra vez, intentando elaborar una hipótesis.

Muy bien. El hackólito la había enviado a 1950 (borra eso: el copyright indicaba la fecha del estreno; la había enviado a 1949), y ella había esperado unos cuatro años, bailando en coros y siguiendo a Virginia Gibson, esperando una oportunidad de golpear a Virginia en la cabeza, esconderla detrás de un decorado, y ocupar su lugar en *Siete novias*. Así podría impresionar al productor de *Una cara con ángel* con su baile para que le ofreciera un papel, y finalmente conseguiría bailar con Fred Astaire, aunque sólo en el mismo número de producción.

Ni siquiera cocido de chooch me habría tragado eso. Pero era ella, así que tenía que haber una explicación. Tal vez entre trabajos en el coro Alis había conseguido un empleo como cuerpo presente. Entonces los tenían. Se llamaban dobles, y tal vez hizo de Virginia Gibson porque se parecían, y Alis la había sobornado para ocupar su lugar, o se las había arreglado para hacer que Virginia se perdiera una sesión de rodaje. Arme Baxter en *Eva al desnudo*. O tal vez Virginia tenía un problema con SA, y cuando apareció borracha, Alis tuvo que ocupar su lugar.

Esa teoría no era mucho más factible. Solicité de nuevo el menú. Si Alis había conseguido un trabajo en el coro, podría haber logrado otros. Escruté los musicales, tratando de recordar cuáles tenían números de coro. *Cantando bajo la lluvia* los tenía: la escena de la fiesta de la que yo había quitado el champán.

Solicité el registro de cambios para encontrar el número de fotograma y avancé hasta donde no había champán, cuando Donald O'Connor decía: «Hay que pasar una película en una fiesta. Es una ley de Hollywood», dejé atrás dicha película, hasta el principio del número del coro.

Chicas con falditas rosa y sombreros anchos subían corriendo al escenario al ritmo de «You Are My Lucky Star» y con un mal ángulo de cámara. Iba a tener que hacer una ampliación para ver sus caras con claridad. Pero no hubo necesidad. Encontré a Alis.

Tal vez habría conseguido sobornar a Virginia Gibson. A lo mejor incluso había conseguido esconderla a ella y a la pelirroja de *Té para dos* detrás de sus respectivos decorados. Pero Debbie Reynolds no tenía ningún problema con las SA, y si Alis la hubiera ocultado detrás de un escenario, alguien se habría dado cuenta.

No era un viaje en el tiempo. Era otra cosa, una ilusión generada por ordenador de algún tipo en la que ella conseguía de algún modo bailar y aparecer en la película. En ese caso, no había desaparecido para siempre en el pasado. Estaba todavía en Hollywood. Y yo iba a encontrarla.

—Apaga —le dije al comp, cogí la chaqueta y me largué.



**TÓPICO CINEMATOGRAFICO N.º 419: La huida frustrada. Héroe/heroína en plena evasión, casi escapa de los malos, los elude, está a punto de conseguirlo; el villano aparece de pronto y dice: «¿Vas a alguna parte?»**

**VER: *La gran evasión, El Imperio contraataca, Con la muerte en los talones, Los 39 escalones.***

Heada se encontraba ante la puerta, cruzada de brazos, dando golpecitos con el pie. Rosalind Russell como la hermana superiora en *Ángeles rebeldes*.

—Deberías estar en la cama —dijo.

—Me encuentro bien.

—Eso es porque aún no te has desintoxicado del todo. Unas veces tarda más que otras. ¿Has orinado?

—Sí. Cubos enteros. Ahora, si me disculpa, hermana Ratchet...

—Vayas adonde quieras, puedes esperar hasta que estés limpio —replicó ella, bloqueándome el paso—. En serio. La ridigraña no es cosa de broma. —Me condujo de vuelta a la habitación—. Quédate aquí y descansa. ¿Adónde ibas? ¿A ver a Alis? Porque si es así, ella no está. Dejó todas sus clases y abandonó la residencia.

Y está con el jefe de Mayer, quería decir.

—No iba a ver a Alis.

—¿Adónde ibas?

Era inútil mentirle a Heada, pero lo intenté de todas formas.

—Virginia Gibson aparece en *Una cara con ángel*. Quería conseguir una copia.

—¿Por qué no puedes conseguirla por fibra-op?

—Aparece Fred Astaire. Por eso te pregunté si había salido del litigio. —Dejé que esta información calara durante un par de fotogramas—. Dijiste que podría ser un simple parecido. Quería ver si es Alis o simplemente alguien que se le parece.

—¿Y por eso ibas a salir a buscar una copia pirata? —preguntó Heada, como si casi me creyera—. Tú dijiste que aparecía en seis musicales. Todos no están en litigio, ¿verdad?

—No había ningún primer plano en *Atenea* —contesté, y esperé que no preguntara por qué no podía conseguir una ampliación—. Y ya sabes lo que ella siente por Fred Astaire. Si aparece en una película, será en *Una cara con ángel*.

Nada de todo esto tenía sentido, ya que la idea era supuestamente encontrar alguna cita donde estuviera Virginia Gibson, no Alis, pero Heada asintió cuando mencioné a Fred Astaire.

—Puedo conseguirte una.

—Gracias. Ni siquiera tiene que ser digitalizada. Con una cinta me arreglo. —La conduje a la puerta—. Me quedaré aquí y me acostaré y dejaré que la ridigraña haga su trabajo.

Ella volvió a cruzarse de brazos.

—Lo juro —dije—. Te daré mi llave. Puedes encerrarme.

—¿Te acostarás?

—Lo prometo —mentí.

—No lo harás —dijo ella—, y desearás haberlo hecho —suspiró—. Al menos no estarás en los deslizadores. Dame la llave.

Le tendí la tarjeta.

—Las dos.

Le tendí la otra tarjeta.

—Acuéstate —me ordenó Heada; cerró la puerta y me dejó dentro.

## TÓPICO CINEMATOGRAFÍCO N.º 86: Encerrado.

**VER:** *La culpa ajena, Cumbres borrascosas, El enemigo fantasma, Un marido rico, El hombre del brazo de oro, El coleccionista.*

Bueno, de todas formas necesitaba más pruebas antes de enfrentarme a Alis, y empezaba a sentir el dolor de cabeza sobre el que había mentido a Heada. Entré en el cuarto de baño y seguí sus órdenes; luego me acosté y recuperé *Cantando bajo la lluvia*.

No había ninguna línea mate delatora ni sombras pixeladas, y cuando hice una comprobación de ruidos, no encontré ningún signo de degradación irregular. Cosa que no demostraba nada. Yo podía hacer pastiches indetectables con una quinta parte del whisky de William Powell en *La cena de los acusados*.

Necesitaba más datos. Preferiblemente algo en plano general y en toma continua, pero Fred seguía en litigio. Volví a pedir la lista de musicales. Alis llevaba un polisón el día que fui a verla, lo que significaba una pieza de época. No *Espérame en San Luis*. Había dicho que no había bailes. *Magnolia*, tal vez. O *Gigi*.

Las repasé ambas, buscando parasoles y cabellos a contraluz, pero tardé una eternidad, y al final acabé mareado.

—Búsqueda global —dije, frotándome los ojos—, coreografías de baile. —Me pasé los siguientes diez minutos explicándole al comp lo que era una coreografía—. Avanza a 40 —indiqué, y empecé con *Carrusel*.

El programa funcionaba bien, aunque de todas formas tardaría una eternidad. Pensé en eliminar el ballet, decidí que el comp no tendría más idea que Hollywood de lo que era, y añadí una anulación en cambio.

—Instante a siguiente coreografía, pista —dije—. Siguiente, por favor. —Pedí *A la luz de la luna*.

Era otro despliegue de monerías de Doris Day, tan cargada que el programa anulado tardó demasiado en atravesarla, pero al menos pude decir «siguiente, por favor» cuando vi que no había polisonas.

—*La historia de Irene Castel* —dije. No, ésa era de Fred Astaire. ¿*Las chicas de Harvey*?

Encontré otra nota legal. ¿Todo el mundo estaba en litigio? Pedí el menú, buscando piezas de época.

—*En el bello verano* —dije, y de inmediato me arrepentí. Era una de Judy Garland, y Alis tenía razón, no había bailes en las películas de Judy Garland. Traté de recordar qué más había dicho aquella noche en mi habitación y qué películas había pedido. *Un día en Nueva York*.

No estaba en litigio. Pero su némesis, Gene Kelly, actuaba en ella, dando saltos con un trajecito blanco de marinero y haciendo que pareciera difícil.

—Siguiente, por favor —solicité, y Ann Miller apareció con un vestido corto, mejillas sonrosadas y figura de Marilyn, bailando entre esqueletos de dinosaurios. Incluso con maquillaje y refuerzo digital, no se la podría haber confundido con Alis, y tuve la sensación de que eso era importante, pero el claqueo de los zapatos de Ann me martirizó los oídos. Pasé al número de Meadowville que Alis había dicho que le gustaba, Vera-Ellen y el superenérgico Gene Kelly en un zapateado. Vera-Ellen era más de la talla de Alis, incluso llevaba un lazo en el pelo, pero tampoco era ella.

—Siguiente, por favor.

Gene Kelly evolucionó en uno de sus exagerados ballets, Frank Sinatra y Betty Garrett bailaron un tango con un telescopio del Empire State; y apareció Ann Miller, con un vestido

aún más corto, y luego Vera-Ellen. Llevaba el chalequito verde y la falda negra que Alis lucía en la fiesta aquella primera noche. Me senté en la cama.

Vera-Ellen cogió la mano de Gene Kelly y se alejó de la cámara.

—Congela —ordené—. Amplía. —Aquel pelo a contraluz, era inconfundible, y naturalmente, cuando volvió a girar, era Alis, extendiendo la mano, dirigiéndole una arrobada sonrisa a Gene.

Pedí un menú de las películas de Vera-Ellen.

—*La bella de Nueva York* —dije.

Aviso legal. Fred Astaire. Lo mismo con *Tres palabras*. Finalmente encontré *El asombro de Brooklyn*, y la repasé número por número, pero Alis no estaba allí, y debía de haber alguna otra explicación. ¿Qué? ¿Gene Kelly? Aparecía en *Cantando bajo la lluvia* y *Un día en Nueva York*.

—*Levando anclas* —dije.

Los compañeros de Gene eran Kathryn Grayson y José Iturbi. Ninguno de ellos era famoso por su habilidad como bailarines, así que no esperé que hubiera ningún número de producción. No me equivocaba. Gene Kelly bailaba con Frank Sinatra, con un coro de marineros y con un ratón de dibujos animados.

Era otro de sus exagerados números de fantasía, esta vez con un fondo animado, Tom y Jerry y un montón de efectos especiales pre-GO, pero él y el ratón Tom bailaban claqué juntos, mano y pata casi tocándose, y casi parecía de verdad.

Contacté con Vincent, decidí que no quería que esto apareciera en la comunicación, y pulsé una tecla para anular, deseando que hubiera un modo de averiguar si Heada estaba montando guardia sin tener que abrir la puerta.

No lo había, pero no importaba. No estaba allí. Cerré la puerta por si regresaba, y bajé a la fiesta. Vincent demostraba un nuevo programa a un trío de asombradas Marilyns.

—Dale una orden —dijo Vincent, señalando la pantalla, donde Clint Eastwood, vestido con un poncho a rayas y un sombrero aplastado, estaba sentado en una silla, con los brazos a los costados como si fuera una marioneta—. Adelante.

Las Marilyns se rieron.

—De pie —se atrevió a decir una.

Clint se levantó torpemente.

—Retrocede dos pasos —dijo otra Marilyn.

—Madre, ¿puedo? —le dije yo—. Vincent, necesito hablar contigo. —Me interpuse entre él y las Marilyns—. Necesito introducir algo de vivacción en una escena por medio de pantalla azul. ¿Cómo lo hago?

—Es más fácil que partir de cero —dijo él, mirando la pantalla donde Clint, de pie, esperaba órdenes—. O un pastiche. ¿Qué clase de vivacción? ¿Humana?

—Sí, humana, pero un pastiche no funcionará. ¿Cómo meto la pantalla azul?

Él se encogió de hombros.

—Emplaza un pixar y un compositor. Tal vez un viejo Digimatte, si puedes encontrar uno. Las trampas para turatas los utilizan a veces. La parte difícil es el pegado: luces, perspectiva, ángulos de cámara, bordes.

Dejé de escuchar. El garito de Ha Nacido Una Estrella de Hollywood Boulevard tenía un Digimatte. Y Heada había dicho que Alis había encontrado trabajo allí.

—Seguirá sin ser tan bueno como un gráfico —decía él—, Pero si tienes un mezclador experto, es posible.

Y un pixar, y el manual del comp, y los accesos. Alis no tenía nada de eso.

—¿Y si no tuvieras los accesos? ¿Y si quisieras hacerlo sin que nadie se enterara?

—Pensaba que tenías acceso pleno —señaló él, súbitamente interesado—. ¿Te ha despedido Mayer?

—Esto es para Mayer. Estoy quitando las SA de la película de un hackólito —dije, a ver si colaba—. *Sol naciente*. Hay demasiadas referencias visuales para hacer una anulación. Tengo que montar una escena entera, y quiero que sea auténtica.

Contaba con que él no hubiera visto la película, ni supiera que se había hecho antes de los accesos, una buena apuesta con alguien que había convertido a Clint Eastwood en una marioneta. El héroe superpone una imagen falsa sobre otra real para coger a un criminal.

Él frunció vagamente el ceño.

—¿Alguien irrumpe en el enlace de fibra-op en esta película?

—Sí —le dije—. ¿Cómo puedo hacer para que parezca de verdad?

—¿Fuente pirata? No. Necesitas acceso de estudio.

Eso me llevaba a un callejón sin salida. Y además rápido.

—No tengo que mostrar algo ilegal, sólo hablar de cómo encuentra una forma de sortear la codificación o irrumpir en las guardias de autorización —dije, pero él sacudió la cabeza.

—No funciona así. Los estudios han pagado demasiado por sus propiedades y actores para dejar que se produzcan fuentes piratas. Codificaciones, guardias de autorización, navajos, todo eso puede esquivarse. Por eso pasaron al bucle de fibra-op. Lo que sale vuelve a entrar.

En la pantalla Clint Eastwood había empezado a moverse. Alcé la cabeza. Caminaba como si fuera un ocho, las manos caídas, la cabeza gacha. Acechando.

—El enlace de fibra-op envía la señal fuera y atrás en un bucle continuo. Tengo una cerradura-ID insertada. La cerradura coteja la señal que llega con la que sale, y si no encajan, rechaza la que entra y sustituye la antigua.

—¿Todos los fotogramas? —dije, pensando que tal vez la cerradura sólo comprobaba cada cinco minutos, tiempo suficiente para colar una rutina de baile.

—Sí, uno por uno.

—¿No requiere eso un montón de memoria? ¿Una comprobación píxel a píxel?

—Comprobación browniana —dijo él, pero eso no era mucho mejor. La cerradura comprobaría píxels aleatorios y vería si encajaban, y no había forma de saber por adelantado cuáles serían. Lo único que se podría hacer para cambiar la imagen era meter otra exactamente igual.

—¿Qué pasa cuando tienes accesos? —pregunté, viendo a Clint hacer el circuito, una y otra vez. Boris Karloff en *Frankenstein*.

—En ese caso, la cerradura comprueba la imagen alterada en busca de autorización y la deja pasar.

—¿Y no hay manera de conseguir un acceso fácil?

El miraba irritado la pantalla, como si hubiera sido yo quien había puesto a Frankenstein en movimiento.

—Siéntate —ordenó. Clint obedeció.

—De pie —dije.

Vincent me miró.

—¿Para qué película dijiste que era?

—Un remake —dije, mirando hacia la puerta. Heada acababa de entrar—. Tal vez me contentaré con borrar —dije, y corrí hacia las escaleras.

—Sigo sin comprender por qué insistes en hacerlo a mano —gritó él—. Es absurdo. Tengo un programa de búsqueda y anulación...

Patiné escaleras arriba y pulsé la anulación, maldiciéndome por haber cerrado la puerta en primer lugar, la abrí, me acosté, recordé que se suponía que la puerta estaba cerrada, la cerré, y volví a meterme en la cama.

Correr no había sido una buena idea. La cabeza había empezado a resonarme como los tambores en el número latino de *Té para dos*.

Cerré los ojos y esperé a Heada, pero la que asomó por la puerta no debía de ser ella, o a

lo mejor se había entretenido con Vincent y sus muñecos bailarines. Pedí *Tres marinos y una chica*, pero tanto «siguiente, por favor» me mareó un poco. Cerré los ojos, esperando que el aturdimiento pasara, y luego volví a abrirlos y traté de elaborar una teoría que no fuera sacada de una película.

Alis no podría haberse superpuesto en pantalla azul como el ratón de Gene Kelly. No sabía nada de comps: estaba haciendo GO Básico 101 el otoño pasado, cuando Heada me proporcionó su horario de clases. Y aunque hubiera dominado de algún modo fusiones, sombras y rotoscopios, seguía sin tener los accesos.

Tal vez había conseguido que alguien la ayudara. ¿Pero quién? Los hackólitos no graduados tampoco tenían acceso, y Vincent no habría comprendido por qué insistía en hacerlo a mano.

Tenía que ser un pastiche. ¿Y por qué no? Tal vez Alis había comprendido por fin que bailar en las películas era imposible, o tal vez Mayer le había prometido encontrarle un profesor de baile si ñaqueaba con su jefe. No sería la primera cara en llegar a Hollywood y acabar en un sofá de casting.

Pero si ése era el caso, no lo parecía en absoluto. Recuperé *Un día en Nueva York* y la estudié a pesar del dolor de cabeza. Alis saltaba ágilmente alrededor del Empire State, animada y feliz. La apagué y traté de dormir.

Si era un pastiche, no habría tenido aquella expresión intensa y concentrada. Vincent, con programas o sin programas, nunca habría podido haber capturado esa sonrisa.

***Lento travelling de la pantalla del comp al reloj, mostrando las 11.05, y vuelta a la pantalla. Toma de marineros bailando. Lento travelling al reloj, que muestra las 3.45.***

A lo largo de la noche se me ocurrió que había otro motivo por el que Mayer no podría haber hecho un pastiche con Alis. El mejor motivo de todos: Heada no lo sabía. Ella siempre estaba al corriente de las noticias, se enteraba de todos los ligoteos, los movimientos de los estudios, los rumores de opas. No había nada que se le pasara por alto. Si Alis se hubiera entregado a Mayer, Heada lo habría sabido antes de que sucediera. Y me lo habría comunicado, como si eso fuera lo que yo quería oír.

¿Y no era así? Le había dicho a Alis que no lograría lo que quería, que bailar en las películas era imposible, y que sólo conseguiría un pastiche o nada, y a todo el mundo le gusta demostrar que tiene razón, ¿no? Sobre todo cuando tiene razón. No se puede atravesar una pantalla de cine como Mia Farrow en *La rosa púrpura de El Cairo* y ocupar el sitio de Virginia Gibson. No se puede atravesar un espejo como Charlotte Henry y encontrarte bailando con Fred Astaire.

Aunque parezca que eso es lo que has hecho. Es un truco de luces, eso es todo, y maquillaje, y demasiado alcohol, demasiado klieg; y la única cura para eso era seguir las órdenes de Heada, orinar, beber muchísima agua, tratar de dormir.

—*Tres marineros y una chica* —dije, y esperé a que se revelara el truco.

*Lento travelling de la pantalla del comp al reloj, mostrando las 4.58, y vuelta a la pantalla. Toma de marineros bailando. Lento travelling al reloj, que muestra las 7.22.*

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Heada. Estaba sentada en la cama, sosteniendo un vaso de agua—. Ya te advertí que la ridigraña era dura.

—Sí —contesté, cerrando los ojos contra el brillo del vaso.

—Bebe esto —ordenó ella, y me metió una pajita en la boca—. ¿Cómo va la sed? ¿Mal? Yo no quería beber nada, ni siquiera agua.

—No.

—¿Estás seguro? —preguntó, recelosa.

—Segurísimo —contesté. Abrí de nuevo los ojos, y cuando vi que no pasaba nada, traté de sentarme—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Después de encontrar *Una cara con ángel*, fui y hablé con uno de los ejecos de ILMGM. Tenías razón: no es cosa de Mayen Ha dejado las ñaquis. Está intentando convencer a Arthurton de que es casto y puro.

Me metió de nuevo la pajita bajo la nariz.

—Hablé también con uno de los hackólitos. Dice que no hay manera de meter vivacción en la fuente de fibra-op sin acceso de estudio. Dice que hay todo tipo de medidas de seguridad, intimidaciones y codificaciones. Dice que hay tantas que nadie, ni siquiera los mejores hackólitos, pueden pasarlas.

—Lo sé —asentí, apoyando la cabeza contra la pared—. Es imposible.

—¿Te sientes lo bastante bien para ver el disco?

No, pero no había más que hablar, así que Heada lo puso y vimos a Fred bailar dando vueltas alrededor de Audrey Hepburn y París.

Al menos la ridigraña servía de algo. Fred hacía una serie de giros, y sus pies zapateaban fácil, descuidadamente, con los brazos extendidos, pero no hubo ni el tiritar de un destello ni un desenfoque. Todavía me dolía la cabeza, pero el tamborileo había desaparecido, sustituido por un duro silencio que parecían los efectos posteriores de un destello y tenía su brusca claridad, su certeza.

Estaba seguro de que Alis no habría bailado en esta película, con su baile moderno y sus duetos, cuidadosamente coreografiados por Fred para hacer que Audrey Hepburn pareciera mejor bailarina de lo que era. Seguro de que cuando Virginia Gibson apareciera sería Virginia Gibson, que se parecía mucho a Alis.

Y seguro de que cuando solicitara *Un día en Nueva York* y *Té para dos* y *Cantando bajo la lluvia* seguiría siendo Alis, no importaba cuántos bucles de fibra-op tuviera que pasar, no importaba lo imposible que fuera.

Virginia Gibson apareció en una parodia de la idea de Hollywood de los diseñadores de moda.

—No la ves, ¿verdad? —preguntó Heada ansiosamente.

—No —contesté, observando a Fred.

—Esa Virginia Gibson se parece mucho a Alis —comentó Heada—. ¿Quieres probar otra vez con *Siete novias para siete hermanos*, sólo para asegurarte?

—Estoy seguro.

—Bien —dijo ella, levantándose de pronto—. Lo principal ahora que estás limpio es mantenerte ocupado para que no pienses en la sed, y de todas formas necesitas ponerte al día con la lista de Mayer antes de que regrese, y se me ha ocurrido que tal vez podría ayudarte. He estado viendo un montón de películas, y podría decirte cuáles tienen SA y dónde está. *El*



*color púrpura* tiene una escena donde...

—Heada —dije.

—Y cuando termines con la lista, tal vez tú y yo pudiéramos convencer a Mayer para que nos asigne un remake de verdad. Quiero decir que ahora los dos estamos limpios. Una vez me dijiste que yo sería una gran ayudante de localización, y he estado viendo un montón de películas. Formaríamos el equipo perfecto. Tú podrías hacer los GO...

—Tienes que hacerme un favor. Había un ejeco de ILMGM que solía venir a las fiestas y que siempre usaba el viaje temporal como gancho. Necesito que averigües su nombre.

—¿Viaje temporal? —dijo Heada, aturdida.

—Decía que estamos *así* de cerca de descubrir el viaje temporal. No paraba de hablar de tempomentos paralelos.

—Dijiste que no era ella en *Una cara con ángel* —objetó ella lentamente.

—No paraba de hablar de hacer un remake de *Los pasajeros del tiempo*.

—¿Crees que Alis ha retrocedido en el tiempo? —preguntó ella, todavía aturdida.

—No lo sé —contesté, y la última palabra fue casi un grito—. Tal vez encontró un par de deslizadores de rubí, tal vez atravesó la pantalla como Buster Keaton en *El moderno Sberlock Holmes*. ¡No lo sé!

Heada me miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero vas a seguir buscándola, ¿verdad? Aunque eso sea imposible —dijo amargamente—. Como John Wayne en *Centauros del desierto*.

—Encontró a Natalie Wood, ¿no? —repliqué yo—. ¿No?

Pero ella ya se había marchado.

**MONTAJE:** *Sin sonido. El HÉROE, sentado ante el comp, con la barbilla apoyada en la mano, diciendo «Siguiente, por favor», mientras las rutinas en la pantalla cambian. Huía, número latino, paspié, la idea de Hollywood de un ballet, número de vagabundos, ballet acuático, baile de muñecas.*

Todavía no había expulsado todo el alcohol de mi organismo. Media hora después de que Heada se marchara, el dolor de cabeza regresó con una venganza. Solicité *Dos marineros y una chica*, (¿o era *Dos chicas y un marineros?*) y dormí durante dos días seguidos.

Cuando me levanté, oriné varios litros y luego fui a comprobar si Heada había contactado conmigo. No lo había hecho. Intenté llamarla, y luego a Vincent, y empecé a revisar de nuevo las películas.

Alis aparecía en *Querido Melvin*, haciendo, cómo no, de chica del coro que intentaba abrirse paso en el cine, y en *Todos a bailar* y en *Dos semanas de amor*. La encontré en dos películas de Vera-Ellen, que vi dos veces, convencido de que estaba pasando por alto alguna pista importante, y en *Nubes pintadas de luz*, ocupando el lugar de Virginia Gibson otra vez en una escena de baile con Gene Nelson y Virginia Mayo.

Accedí a Vincent y le pregunté por los tempomientos paralelos.

—¿Es para *Sol naciente*? —preguntó, receloso.

—*La máquina del tiempo* —dije—. Paul Newman y Julia Roberts. ¿Qué es un tempomiento paralelo? —Recibí todo un discurso verbal sobre probabilidad, causalidad y universos colaterales.

—Cada acontecimiento tiene una docena, un centenar, un millar de resultados posibles —explicó—. La teoría es que cada uno de estos resultados existe en un universo paralelo.

Un universo en el que Alis consigue bailar en el cine, pensé. Un universo donde Fred Astaire sigue vivo y la revolución de GO nunca se ha producido.

Había estado buscando exclusivamente en musicales realizados durante los cincuenta. Pero si había tempomientos paralelos, y Alis había encontrado de algún modo una forma de entrar y salir de aquellos universos, no había ningún motivo para que no pudiera estar en películas realizadas más tarde. O incluso antes.

Empecé por las de Busby Berkeley, por pocos bailes que tuvieran, y me la encontré zapateando sin música en *Vampiresas 1935* y en el gran final de *La calle 42*, pero eso fue todo. Me fue mejor (y al parecer también a ella) con las que no eran de Busby. *Sombreros fuera*, llevando un sombrero, para variar, y en *Espectáculo de espectáculos* y en *Demasiada armonía*, actuando en un número digno de Marilyn, con ligas y una falda blanca que revoloteaba alrededor de sus medias. También aparecía en *Nacida para la danza*, pero en el coro, y no pude encontrarla en ninguna otra película de Eleanor Powell.

Tardé una semana en acabar las películas en blanco y negro, y en todo ese tiempo no pude localizar a Heada, y ella no contactó conmigo. Cuando mi comp sonó por fin, no esperé a que apareciera.

—¿Has descubierto algo? —pregunté.

—¡Claro que he descubierto algo! —dijo Mayer, retorciéndose—. ¡No has enviado ni una película en dos semanas! ¡Pensaba entregarle todo el lote a mi jefe en la reunión de la semana que viene, y tú estás perdiendo el tiempo con *Sol naciente*, que ni siquiera está en la lista!

Lo cual significaba que Vincent tenía un papel estelar haciendo de Joe Spinell como soplón en *El Padrino II*.

—Necesitaba sustituir un par de escenas —le dije—. Había demasiadas visuales para borrar. Una de ellas es un número de baile. ¿Conoces a alguien que sepa bailar? —Lo

observé, buscando algún signo, alguna indicación de que recordaba a Alis, la conocía, había querido ñaqueársela con suficiente intensidad como para pegar su cara en una docena de bailarinas. Nada. Ni siquiera una pausa.

«Había una cara hace un par de fiestas —añadí—. Bonita, con el pelo castaño claro; quería bailar en el cine.

Nada. No era Mayer.

—Olvida los bailes —estalló él—. Olvida *La máquina del tiempo*. ¡Tan sólo quita el maldito alcohol! ¡Quiero el resto de la lista terminada para el lunes, o nunca volverás a trabajar para ILMGM!

—Puede contar conmigo, señor Potter —dije yo, y le dejé decirme que iba a cortar mi crédito.

—¡Te quiero sobrio! —dijo.

Deseo que, curiosamente, podía concederle.

Quitó la canción «Moonshine Lullaby» de *Annie coge el rifle* y las pipas de *Kismet* para demostrarle que había estado escuchando, y empecé por los cuarenta, buscando alcohol y Alis, dos pájaros de un tiro. Ella aparecía en *Yanqui dandy* y en el número de zapateado de *Chicas de Broadway*, con el delantal que llevaba la noche en que vino a pedirme el disco.

Heada llegó mientras estaba viendo *Tres chicas de azul*, que tenía una mezcla de polisones y Vera-Allen, pero ninguna Alis.

—He encontrado al ejeco —dijo—. Ahora trabaja para Warner. Por lo visto pretenden una posible absorción de ILMGM.

—¿Cómo se llama?

—No quiso decirme nada. Según él, si no han relanzado *En algún lugar del tiempo* es porque no pudieron decidir si incluir a Vivien Leigh o a Marilyn Monroe.

—Hablaré con él. ¿Cómo se llama?

Ella vaciló.

—Hablé también con los hackólitos. Dijeron que el año pasado transmitieron imágenes a través de una región de materia negativa y recibieron interferencias que atribuyeron a una discrepancia temporal, pero no han podido reproducir los resultados, y ahora piensan que fue una transmisión de otra fuente.

—¿De qué tamaño fue la discrepancia temporal?

Ella pareció triste.

—Les pregunté si podrían reproducir los resultados, si podrían enviar a una persona al pasado, y dijeron que aunque funcionara, sólo hablaban de electrones, no de átomos, y que no había manera de que ningún organismo vivo pudiera atravesar una región de materia negativa.

Advertí que aún faltaba lo peor porque Heada siguió junto a la puerta, como Clara Bow en *Alas*, incapaz de decirme la mala noticia.

—¿La has encontrado en alguna película más? —preguntó.

—En seis —asentí—. Y si no es viaje temporal, debe de haber atravesado la pantalla como Mía Farrow. Porque no es un pastiche. Y tampoco no es Mayer.

—Hay otra explicación —deslizó ella tristemente—. Pasaste algún tiempo bastante colocado. Una de las películas que vi trataba de un tipo que era alcohólico.

—*Días sin huella*. Ray Milland —dije, y comprendí adonde quería ir a parar.

—Tenía momentos en blanco cuando bebía. Hacía cosas y luego no se acordaba. —Me miró—. Tú sabías qué aspecto tiene ella. Y disponías de los accesos.

**DANA ANDREWS [De pie junto a la mesa del sargento de policía]: Le digo que ella no lo hizo.**

**BRODERICK CRAWFORD: ¿Ah, sí? ¿Entonces quién fue?**

**DANA ANDREWS: No lo sé, pero no pudo ser ella. No es de esa clase de chicas.**

**BRODERICK CRAWFORD: Bueno, alguien lo hizo. [Entorna los ojos, receloso.] Tal vez lo hizo usted. ¿Dónde estaba cuando mataron a Carson?**

**DANA ANDREWS: Había salido a dar un paseo.**

Era la explicación más probable. Yo era un experto en pastiches. Además tenía su cara grabada en la mente desde el momento en que destellé. Y tenía acceso pleno de los estudios. Móvil y oportunidad.

Yo la amaba, y ella quería bailar en las películas, y en el maravilloso mundo de los GO todo es posible. Pero si yo lo hubiera hecho, no le habría dado dos míseros minutos en un número de producción. Habría borrado a Doris Day y sus dientes y habría dejado a Alis bailar con Gene Nelson delante de todos aquellos espejos en la sala de ensayos. Si hubiera sabido los pasos, cosa que no era así. Nunca había visto *Té para dos*.

O no recordaba haberla visto. Justo después del episodio de los deslizadores, Mayer había incluido en mi cuenta crédito por media docena de westerns, ninguno de los cuales recordaba haber hecho. Pero si lo hubiera hecho, no la habría vestido con polisón. No la habría hecho bailar con Gene Kelly.

Había puesto una alarma en Fred Astaire y *Una cara con ángel*. La cambié a *Melodías de Broadway 1940* y pedí un informe sobre el estado del caso. Estaba a punto de resolverse, pero se esperaba que hubiera una demanda secundaria, y la SCC estaba considerando alegar.

La Sociedad para la Conservación Cinematográfica. Todos los cambios quedaban automáticamente registrados, y los estudios no los controlaban. Mayer no había podido mantenerme a salvo de aquellos códigos porque eran parte básica del enlace de fibra-op. Si era un pastiche, tenía que ser listado en sus archivos.

Accedí a los archivos de la SCC y pedí el de *Siete novias*.

Aviso legal. Había olvidado que estaba en litigio.

—*Cantando bajo la lluvia*—solicité.

Las botellas de champán que yo había borrado aparecían listadas, junto con un cambio que no había hecho. «Fotograma 9-106», decía, y proporcionaba las coordenadas y los datos. La boquilla del cigarrillo de Jean Hagen. Lo había hecho la Liga Antitabaco.

—*Té para dos*—dije, y traté de recordar los números de los fotogramas de la escena del charleston, pero no importaba. La pantalla estaba vacía.

Lo que dejaba el viaje temporal. Regresé a los musicales, diciendo «Siguiente, por favor», a las congas y los coros masculinos y un horrible número carinegro. Me extrañó no lo hubieran borrado antes. Ella aparecía en *Can-Can* y en *Suenan las campanas*, ambas de 1960, una fecha después de la cual no esperaba encontrar gran cosa. Los musicales se habían vuelto para entonces películas de gran presupuesto, lo que significaba contratar espectáculos de Broadway y hacer que los protagonizaran estrellas taquilleras como Audrey Hepburn o Richard Harris, que no sabían cantar ni bailar, y luego quitaban todos los números musicales para ocultar ese hecho. Y entonces los musicales se volvieron socialmente irrelevantes. Como si el ataúd hubiera necesitado más clavos.

Había bastante alcohol en los musicales de los sesenta y setenta, aunque no muchos bailes. Un padre borrachín en *My Fair Lady*, una muchachita bebida en *Oliver*, un campo minero completamente tajado en *La leyenda de la ciudad sin nombre*. También salones, cerveza, whisky, ojos rojos, y un Lee Marvin (que tampoco sabía cantar ni bailar, pero

tampoco sabían Clint Eastwood ni Jean Seberg, ¿y a quién le importa? Siempre queda el doblaje) que se caía de puro borracho. Los años veinte llenos de alcohol en *Ante todo mujer*, con Lucille Ball (que tampoco sabía actuar, una triple hazaña).

Y Alis, bailando en el coro de *Adiós, mister Chips* y *El novio*. Bailando la tapioca en *Milite, chica moderna*, lanzando la pierna al aire en el número «Put on Your Sunday Clothes» de *Hello, Dolly!*, con un vestido celeste con polisón y una sombrillita.

Me acerqué a Burbank. Tal vez el viaje en el tiempo era posible. Habían pasado al menos dos semestres, pero la clase seguía allí. Y Michael Caine daba la misma lección.

—Se han ofrecido varias razones para explicar la caída del musical —entonaba—, costes de producción cada vez más altos, complicaciones tecnológicas debido a la pantalla panorámica, montajes faltos de imaginación. Pero la verdadera razón es más profunda.

Me apoyé contra la puerta y le escuché hacer el responso mientras la clase tomaba respetuosamente notas en sus palm-tops.

—La muerte del musical no se debió a catástrofes de directores y repartos, sino a causas naturales. El mundo que describía el musical, simplemente, había dejado de existir.

El monitor que Alis había utilizado para practicar seguía allí, igual que las sillas arrinconadas, sólo que ahora había muchas más. Michael Caine y la clase estaban apretujados en un espacio demasiado estrecho para un zapateado, y las sillas llevaban allí bastante tiempo: estaban cubiertas de polvo.

—El musical de los cincuenta describía un mundo de inocentes esperanzas y deseos ingenuos. —Le murmuró algo al comp y apareció Julie Andrews, sentada en una colina alpina con una guitarra y un grupito de niños. Una extraña elección para su tesis de «tiempos más simples», ya que la película había sido realizada en 1965, el año de la gran concentración de tropas en Vietnam. Por no mencionar que se desarrollaba en 1939, el año de los nazis.

—Era una época más brillante y menos complicada —dijo—, una época donde los finales felices todavía resultaban creíbles.

La escena saltó a Vanessa Redgrave y Franco Nero, rodeados por soldados con antorchas y espadas. *Camelot*.

—Ese mundo idílico desapareció, y con él el musical de Hollywood.

Esperé hasta que la clase se marchó y él se tomó su ración de copo y le pregunté si sabía dónde estaba Alis, aunque sabía que no servía de nada, no la habría ayudado, y lo último que Alis habría necesitado era a otra persona diciéndole que el musical estaba muerto.

No la recordaba, ni siquiera después de que lo untara con chooch, y se negó a darme la lista de estudiantes de su clase. Siempre podía recurrir a Heada, pero no quería que se pusiera compasiva y pensara que me había vuelto loco. Charles Boyer en *Luz de gas*.

Volví a mi habitación y quité la bebida de Billy Bigelow y medio argumento de *Carrusel*, y luego me acosté.

Una hora más tarde el comp me despertó de un profundo sueño, armando tanto jaleo como el reactor de *El síndrome de China*, y me levanté tambaleándome. Me quedé parpadeando ante él unos buenos cinco minutos antes de darme cuenta de que era la alarma, y que *Siete novias* debía de estar fuera de litigio, y tardé otro minuto en pensar qué orden dar.

No era *Siete novias*. Era Fred Astaire, y la decisión del jurado aparecía en la pantalla: «Derecho de propiedad intelectual negado, derecho a forma artística irreproducible negado, derecho de propiedad colaboradora negado.» Lo cual significaba que los herederos de Fred Astaire y RKO-Warner habían perdido, y que ILMGM, donde Fred había pasado tantos años encubriendo a compañeras que no sabían bailar, había ganado.

—*Melodías de Broadway 1940* —dije, y contemplé el Beguine tal como lo recordaba, estrellas y suelo pulido y Eleanor de blanco, siempre junto a Fred.

Nunca la había visto sobrio. Había pensado que el silencio, el embeleso, la cualidad de belleza inmóvil y centrada se debía al efecto del klieg, pero no era así. Bailaban con facilidad,

sin esforzarse, por un suelo oscuro y pulido. Sus manos no llegaban a tocarse, y permanecían tan serenos, tan silenciosos como aquella noche en que vi a Alis observándolos. Lo verdadero.

Nunca había existido aquel mundo ingenuo e inofensivo. En 1940, Hitler bombardeaba Londres y ya metía a los judíos en vagones de ganado. Los ejecos de los estudios se unían contra la guerra y hacían tratos, el Mayer real dirigía el estudio, y las starlets se dejaban ñaquear en un sofá de casting por una aparición de cinco segundos. Fred y Eleanor hacían cincuenta tomas, cien, en un estudio caluroso y sin aire, y se iban a casa a poner en remojo sus pies maltrechos.

Nunca había existido este mundo de suelos estrellados y cabellos a contraluz y pasos sencillos y fáciles, y el público de 1940 que lo veía lo sabía. Y ése era su atractivo, no que reflejara «tiempos más brillantes y felices», sino que era imposible. Eso era lo que querían y lo que nunca podrían tener.

La pantalla emitió otro aviso legal, la apelación de ILMGM ya estaba en marcha, y yo no había visto el final de la rutina, no la había grabado en cinta ni había hecho siquiera un backup.

No importaba. Era Eleanor, no Alis, y no importaba lo que pensara Heada, no importaba lo lógico que fuera, no era yo quien lo hacía. Porque de ser así, con litigio o sin litigio, ahí era donde la habría puesto: bailando con Fred, inclinándose para dirigirle aquella sonrisa embelesada.

**MONTAJE: Primerísimo plano de la pantalla del comp. Los títulos de crédito se funden unos en otros: Al sur del Pacífico, La feria de la vida, Armonías de juventud, Locuras de verano.**

Al final me quedé sin sitio donde buscar. Volví a Hollywood Boulevard, pero nadie la recordaba, y ninguno de los lugares tenían Digimattes excepto Ha Nacido Una Estrella, y estaba cerrado durante la noche, con una verja de hierro ante la puerta. Las otras clases de Alis trataban sobre el enlace de fibra-op, y su compañera de habitación, muy colocada, tenía la impresión de que Alis había regresado a casa.

—Empaquetó todas sus cosas —dijo—. Lo cogió todo, vestidos, pelucas y eso, y se marchó.

—¿Cuánto tiempo hace?

—No lo sé. La semana pasada, creo. Antes de Navidad.

Hablé con la compañera de habitación cinco semanas después de haber visto a Alis en *Siete novias*. A la sexta semana, me quedé sin musicales. No había tantos, y los había visto todos, excepto los que andaban en litigio a causa de Fred. Y Ray Bolger, a quien Viamont quiso registrar el día después de que yo fuera a Burbank.

El asunto de Russ Tamblyn se zanjó, y la alarma me despertó en mitad de la noche para decirme que alguien había ganado el derecho para violarlo y saquearlo en la pantalla grande, y grabé la escena de la construcción del granero y luego vi *West Side Story*, por si acaso. Alis no estaba allí.

Vi de nuevo el número de «Un día en Nueva York» y estudié *Nubes pintadas de sol*, convencido de que allí había algo importante que se me había pasado por alto. Era un remake de *Vampiresas 1933*, pero no era eso lo que me llamaba la atención. Puse todos los números en orden en las pantallas, del más fácil al más difícil, como si eso me pudiera proporcionar una pista de lo que ella iba a hacer a continuación, pero no sirvió de nada. *Siete novias para siete hermanos* era lo más difícil que había hecho, y eso había sido seis semanas atrás.

Ordené las películas por fecha, estudio y bailarines; y comparé los datos. Luego me senté y contemplé los nulos resultados durante un rato. Y las pantallas.

Llamaron a la puerta. Mayer. Apagué las pantallas y traté de pensar en una no musical que recuperar, pero no se me ocurría ninguna.

—*Historias de Filadelfia* —dije por fin—. Fotograma 115-010. —Y grité—: Adelante. Era Heada.

—He venido a decirte que Mayer va a estallar si no le envías ninguna película —dijo, mirando la pantalla. Era la escena de la boda. Todo el mundo, Jimmy Stewart, Cary Grant, estaban reunidos alrededor de Katharine Hepburn, que llevaba un sombrero enorme y tenía una resaca de caballo.

»Se comenta que Arthurton va a traer a un tipo nuevo, supuestamente para dirigir Montaje —dijo Heada—, pero en realidad será su ayudante, y en ese caso Mayer está en la calle.

Bien, pensé, al menos eso pondrá fin a la masacre. Pero si despedían a Mayer, yo perdería mi acceso, y nunca encontraría a Alis.

—Estaba trabajando en eso ahora mismo —aseguré, y me lancé a dar una elaborada explicación de por qué seguía todavía con *Historias de Filadelfia*.

—Mayer me ofreció un trabajo —soltó Heada.

—Ya veo: ahora que te ha contratado como cuerpo presente tienes interés en que no lo despidan, y has venido a meterme prisa, ¿no?

—No —dijo ella—. De cuerpo presente no. Ayudante de localización. Me marché para Nueva York esta tarde.

Era lo último que podía esperar. La miré y vi que llevaba un traje chaqueta. Heada como ejeco de estudio.

—¿Te marchas? —pregunté, aturdido.

—Esta misma tarde. He venido a darte mi número de acceso. —Sacó un papel—. Es asterisco nueve dos punto ocho tres tres —dijo, y me lo tendió.

Lo miré, esperando que fuera el número, pero era una lista de títulos de películas.

—En ninguna de ellas hay bebida —dijo—. Son unas tres semanas de trabajo. Con eso tendrás contento a Mayer durante algún tiempo.

—Gracias —dije, asombrado.

—Betsy Booth contraataca.

Debí de poner cara de tonto.

—Judy Garland. *Andy Hardy se enamora*. Ya te dije que he estado viendo un montón de películas. Por eso conseguí el trabajo. Una ayudante de localización tiene que conocer todos los escenarios, decorados y pruebas, y poder encontrarlos para que el hackólito no tenga que digitalizar otras nuevas. Ahorra memoria.

Señaló la pantalla.

—*Historias de Filadelfia* tiene una biblioteca pública, una redacción de periódico, una piscina, y un Packard del 1936 —sonrió—. ¿Recuerdas cuando dijiste que las películas nos enseñaban a actuar y nos daban líneas de diálogo que decir? Tenías razón. Pero te equivocabas en el papel que yo representaba. Dijiste que era Thelma Ritter, pero no es así. —Señaló la pantalla, donde estaban reunidos los invitados a la boda—. Era Liz.

Fruncí el ceño ante la pantalla, incapaz de recordar quién era Liz. ¿La precoz hermana pequeña de Katharine Hepburn? No, espera. La otra periodista, la doliente enamorada de Jimmy Stewart.

—He estado haciendo de Joan Blondell —añadió Heada—. Mary Stuart Masterson, Ann Sothern. La chica de la puerta de al lado, la secretaria enamorada de su jefe, sólo que el tipo nunca se fija en ella, sólo la considera una chiquilla. Él está enamorado de Tracy Lord, pero Joan Blondell le ayuda de todas formas. Haría cualquier cosa por él, incluso ver películas.

Se metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y me pregunté cuándo había dejado de llevar el vestido blanco sin mangas y los guantes de seda rosa.

—La secretaria lo apoya —prosiguió Heada—. Lo cuida y le da consejo. Incluso le ayuda con sus amoríos, porque sabe que al final de la película acabará fijándose en ella, se dará cuenta de que no puede vivir sin ella, comprenderá que Katharine Hepburn no es para él y la secretaria le ha estado amando en secreto desde el principio. —Me miró—. Pero esto no es el cine, ¿verdad? —Me observó fijamente..

Su pelo ya no era rubio platino. Era castaño claro con mechas.

—Heada —dije.

—No importa. Ya lo he comprendido. Es lo que pasa por tomar demasiado klieg —sonrió—. En la vida real, Liz tendría que renunciar a Jimmy Stewart, contentarse con su amistad. Prueba para un nuevo papel. ¿Joan Crawford, tal vez?

Sacudí la cabeza.

—Rosalind Russell.

—Bueno, Melanie Griffith al menos. De todas formas, me marchó esta tarde, y sólo quería despedirme y que me desearas buena suerte.

—Te irá muy bien —dije—. Serás la dueña de ILMGM dentro de seis meses. —La besé en la mejilla—. Lo sabes todo.

—Sí.

Se encaminó hacia la puerta.

—«Cuídate, chico» —dijo.



La vi recorrer el pasillo y luego entré en la habitación, mirando la lista que me había dado. Había más de treinta películas. Casi cincuenta. Las que estaban cerca del final tenían unas notas: «Fotograma 14-1968, botella sobre la mesa» y «Fotograma 102-166, referencia a la cerveza».

Hubiese debido introducir las doce primeras, enviárselas a Mayer para calmarlo, pero no lo hice. Me quedé sentado en la cama, mirando la lista. Junto a *Casablanca* había escrito: «Imposible.»

—Hola —dijo Heada desde la puerta—. Es Tess Trueheart de nuevo. —Y se quedó allí, incómoda.

—¿Qué pasa? —pregunté, poniéndome en pie—. ¿Ha vuelto Mayer?

—Ella no está en 1950 —dijo, sin mirarme a los ojos—. Está en Sunset Boulevard. La vi.

—¿En Sunset Boulevard?

—No. En los deslizadores.

No en un tempomiento paralelo. Ni en algún País de Nunca Jamás donde la gente atravesara las pantallas de cine. Aquí. En los deslizadores.

—¿Hablaste con ella?

Negó con la cabeza.

—Era la hora punta de la mañana. Volvía de ver a Mayer, y apenas la vi. Ya sabes cómo es la hora punta. Traté de abrimme paso entre la multitud, pero para cuando lo conseguí, ya se había bajado.

—¿Por qué querría bajarse en Sunset Boulevard? ¿La viste bajarse?

—Ya te he dicho que apenas la vi entre la multitud. Cargaba con todo su equipo. Pero tuvo que bajarse en Sunset. Fue la única estación por la que pasamos.

—Has dicho que llevaba equipo. ¿Qué clase de equipo?

—No lo sé. Equipo. Ya digo que...

—Apenas la viste. ¿Estás segura de que era ella?

Asintió.

—No quería decírtelo, pero resulta difícil librarse de un papel como el de Betsy Booth. Y es difícil odiar a Alis, después de todo lo que ha hecho. —Señaló sus reflejos en la pantalla—. Mírame. Libre de chooch, libre de klieg. —Se volvió y me miró—. Siempre quise trabajar en el cine y por fin lo he conseguido.

Volvió a perderse pasillo abajo.

—¡Heada, espera! —la llamé, y entonces me arrepentí temiendo que su cara estuviera llena de esperanza cuando se volviera, que hubiera lágrimas en sus ojos.

Pero era Heada, la que lo sabe todo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté—. Sólo me has dado tu acceso, y nunca te he llamado más que Heada.

Ella me dirigió una sonrisa de sabiduría, de tristeza. Emma Thompson en *Lo que queda del día*.

—Me gusta Heada—dijo.

*La cámara avanza a plano medio. Cartel de estación LATT. Pantalla romboidal, «Los Ángeles Intransit» con letras rosa. «Sunset Boulevard» en amarillo.*

Cogí los opdisks de las rutinas de Alis y subí a los deslizadores. Estaban casi desiertos: sólo había un grupito de turatas con orejas de ratón, una Marilyn muy colgada, y Elizabeth Taylor, Sidney Poitier, Mary Pickford, Harrison Ford, saliendo uno por uno de la niebla dorada de ILMGM. Contemplé los carteles, esperando a Sunset Boulevard y preguntándome qué estaría haciendo Alis en aquel lugar. Allí no había nada más que la vieja autopista.

La Marilyn se me acercó tambaleándose. Su vestido blanco sin mangas estaba manchado y arrugado, y había una mancha roja de carmín junto a su oreja.

—¿Te apetece un ñaca? —dijo, no mirándome a mí, sino a Harrison Ford en la pantalla.

—No, gracias —respondí.

—Muy bien—dijo dócilmente—. ¿Y tú?

No esperó a que Harrison ni yo contestáramos. Se marchó y luego regresó.

—¿Eres ejeco de los estudios? —preguntó.

—No, lo siento.

—Quiero trabajar en el cine —anunció, y se marchó de nuevo.

Mantuve los ojos fijos en la pantalla. Ésta se volvió plateada durante un segundo entre dos anuncios, y me pude ver con aspecto limpio, responsable y sobrio. Jimmy Stewart en *Caballero sin espada*. No era de extrañar que me hubiera confundido con un ejeco.

El anuncio de la estación de Sunset Boulevard se encendió y me bajé.

La zona no había cambiado. Seguía sin haber nada aquí, ni siquiera luces. La autopista abandonada acechaba sombría a la luz de las estrellas, y pude ver un fuego muy lejos bajo uno de los árboles.

Me pareció imposible que Alis estuviera allí. Debió de descubrir a Heada y se bajó para que no averiguara dónde iba de verdad. ¿Adónde?

Había otra luz ahora, un fino haz blanco que oscilaba hacia mí. Delirantes, tal vez, en busca de víctimas. Volví a subir a los deslizadores.

La Marilyn seguía allí, sentada en el suelo, con las piernas abiertas, rebuscando en la palma abierta un puñado de pastis de chooch, illy, klieg. El único equipo que necesita una liberada, pensé, lo que al menos significa que Alis no se dedica a liberarse, y advertí que me sentía más aliviado desde que Heada me había dicho que había visto a Alis con todo aquel equipo, aunque no supiera dónde estaba. Al menos no se había convertido en una liberada.

Eran las dos y media. Heada había visto a Alis en la hora punta, para la que quedaban todavía cuatro horas. A lo mejor Alis iba al mismo lugar cada día. Si no se estaba mudando a cualquier otro sitio con todo su equipaje. Pero Heada no había dicho equipaje, sino equipo. Y no se trataría de un comp y un monitor, porque Heada los habría reconocido, y de todas formas, eran ligeros.

Heada había dicho «cargando». ¿Qué, entonces? ¿Una máquina del tiempo?

La Marilyn se había levantado, esparciendo cápsulas por todas partes, y se dirigía a la franja amarilla de advertencia de la pared del fondo, que seguía mostrando la cabalgata de estrellas de la ILMGM.

—¡No! —exclamé, y la agarré, a un paso de la pared.

Ella me miró, los ojos completamente dilatados.

—Es mi parada. Tengo que bajar.

—Camino equivocado, Corrigan —dije, dándole la vuelta hacia la parte delantera. El cartel indicaba Beverly Hills, cosa que no parecía muy probable—. ¿Dónde quieres bajarte?

Ella se zafó de mi brazo y volvió hacia la pantalla.

—La salida es por ahí —insistí, señalando al frente.

Ella sacudió la cabeza y señaló a Fred Astaire, que surgía de la niebla.

—Por allí —dijo, y se sentó en el suelo, formando un círculo con la falda blanca.

La pantalla se volvió plateada, la reflejó allí sentada, rebuscando en su palma vacía, y luego se convirtió en niebla dorada. El principio del anuncio de ILMGM.

Miré la pared que no parecía una pared, ni un espejo. Parecía lo que era: una niebla de electrones, un velo sobre el vacío, y durante un momento todo pareció posible.

Durante un momento pensé: Alis no se bajó en Sunset Boulevard. No se bajó tampoco de los deslizadores. Atravesó la pantalla, como Mia Farrow, como Buster Keaton, en dirección al pasado.

Casi pude verla con su falda negra, su chalequito verde y sus guantes, desapareciendo en la niebla dorada y emergiendo en un Hollywood Boulevard lleno de coches y palmeras y salas de ensayo repletas de espejos.

—Todo es posible —rugió la voz.

La Marilyn había vuelto a ponerse en pie y se tambaleaba hacia la pared trasera.

—Por ahí no —advertí y corrí tras ella.

Menos mal que esta vez no se encaminó hacia las pantallas: no la habría alcanzado a tiempo. Para cuando la agarré golpeaba la pared con los dos puños.

—¡Déjame bajar! —gritó—. ¡Ésta es mi parada!

—La salida es por allí —repetí, tratando de hacerla volver, pero debía de haber tomado delirio. Sus brazos eran como de hierro.

—Tengo que bajarme aquí —dijo, golpeando con el canto de las manos—. ¿Dónde está la puerta?

—La puerta está por ahí —respondí, preguntándome si había pasado lo mismo la noche en que Alis me acompañó a casa desde Burbank—. No puedes bajarte por aquí.

—Ella lo hizo.

Miré a la pared trasera y luego otra vez a ella.

—¿Quién lo hizo?

—Ella —dijo—. Atravesó la puerta. Yo la vi.

Y vomitó sobre mis pies.

**TÓPICO CINEMATOGRAFICO N.º 12: La moraleja. Un personaje declara lo que es obvio, y todo el mundo entiende el tema.**

**VER:** *El mago de Oz, Campo de sueños, Love Story, ¿Qué tal, Pussycat?*

Bajé a la Marilyn en Wilshire y la llevé a rehab. A esas alturas ya había vaciado el estómago, y esperé a asegurarme de que ingresaba.

—¿Estás seguro de que tienes tiempo para hacer esto? —preguntó, menos parecida a Marilyn y más a Jodie Foster en *Taxi Driver*.

—Estoy seguro.

Había tiempo de sobra, ahora que sabía dónde estaba Alis.

Mientras ella rellenaba el papeleo, accedí a Vincent.

—Tengo una pregunta —dije, sin más preámbulos—. ¿Y si coges un fotograma y lo sustituyes por otro idéntico? ¿Podría pasar eso las cerraduras-ID de fibra-op?

—¿Un fotograma idéntico? ¿De qué serviría eso?

—¿Podría?

—Supongo que sí. ¿Esto es para Mayer?

—Sí. ¿Y si colocaras una nueva imagen que encajara con la original? ¿Las cerraduras-ID detectarían la diferencia?

—¿Encajar?

—Una imagen distinta que sea igual.

—Tú estás colgado —dijo, y cortó.

No importaba. Yo sabía ya por qué las cerraduras-ID no detectaban la diferencia. Haría falta demasiada memoria. Y, como había dicho Vincent, ¿qué sentido tendría cambiar una imagen por otra exactamente igual?

Esperé a que la Marilyn estuviera en una cama con una intravenosa de ridigraña y luego volví a los deslizadores. Después de La Brea estaban desiertos, pero tardé hasta las tres y media en encontrar la puerta de servicio de la sección de desconexión y hasta las cinco en abrirla.

Me preocupaba que Alis la hubiera atrancado, cosa que había hecho, pero no intencionadamente. Uno de los cables de enlace de fibra-op estaba apoyado contra ella, y cuando por fin conseguí abrir la puerta una rendija, sólo tuve que empujar.

Estaba frente a la pared trasera, mirando la pantalla que en esta sección desconectada tendría que haber estado apagada. En el centro, Peter Lawford y June Allyson enseñaban el «Varsity Drag» a un gimnasio lleno de estudiantes ataviados con vestidos de fiesta y esmóquines. June llevaba un vestido rosa y zapatos de tacón color rosa con pompones, y Alis también, y ambas se habían puesto una peluca rizada, rubia e idéntica.

Alis había colocado el Digimatte en lo alto de su maleta, con el compositor y el pixar a su lado, en el suelo, y el cable de fibra-op serpenteaba a lo largo de la línea amarilla de advertencia y alrededor de la puerta hasta el alimentador de los deslizadores. Aparté el cable de la puerta, con cuidado, para no romper la conexión, y abrí la puerta lo suficiente para poder ver, y me quedé allí, medio oculto, y la observé.

—Abajo sobre los talones —instruía Peter Lawford—, arriba sobre los dedos. —Dio un triple paso.

Alis, con un mando a distancia en la mano, avanzó la canción y se detuvo donde empezaba el baile, y lo observó muy concentrada, contando los pasos. Rebobinó hasta el final de la canción. Pulsó un botón y todo se congeló a medio paso.

Caminó rápidamente con aquellos zapatitos de tacón de aspecto estúpido hasta el fondo

de los deslizadores, fuera del alcance del encuadre, y pulsó un botón. Peter Lawford cantaba: «...*that's how it gets*».

Alis dejó el mando en el suelo, la falda se arrugó mientras se arrodillaba, y volvió corriendo a su puesto y se puso en pie, tapando a June Allyson excepto por una mano y un fragmento de la falda rosa, esperando su señal.

Cuando se produjo, Alis se agachó sobre sus talones, se incorporó apoyándose en los dedos de los pies, e inició un charlestón, con June detrás desde este ángulo siguiéndola como una sombra. Me situé de forma que podía verla desde el mismo ángulo que el procesador del Digimatte. June Allyson desapareció y sólo quedó Alis.

Casi esperaba que June Allyson se borrara de la pantalla como había pasado con la princesa Leia en la escena de la turata en *Ha Nacido Una Estrella*, pero Alis no estaba haciendo vids para la gente de casa, ni siquiera intentaba proyectar su imagen en la pantalla. Sólo se trataba de un ensayo, y había conectado el Digimatte al alimentador de fibra-op a través del procesador porque era la forma en que le habían enseñado a usarlo en el trabajo. Incluso desde mi puesto vi que la luz de grabación no estaba encendida.

Me retiré hasta la puerta entreabierta. Ella era más alta que June Allyson, y el vestido era de un tono más intenso, pero la imagen que el Digimatte suministraba al enlace de fibra-op era la versión corregida, ajustada para color, enfoque e iluminación. Y algunos de aquellos pasos, practicados durante horas y más horas en las secciones desconectadas de los deslizadores, hechos y rehechos y vueltos a hacer, aquella imagen corregida era tan similar a la original que los cerrojos-ID no la captaban, tan parecida que la imagen de Alis había engañado a los guardias y entrado en la fuente de fibra-op. Alis había conseguido lo imposible.

Dio una vuelta, se detuvo, corrió hasta el mando a distancia con sus zapatitos con pompón, rebobinó hasta la mitad justo antes del giro, y lo congeló. Miró al reloj del Digimatte y luego pulsó un botón y corrió hasta su puesto.

Sólo disponía de otra media hora, como mucho, y luego tendría que dismantelar el equipo y llevarselo a Hollywood Boulevard, guardarlo, abrir la tienda. Yo debería dejarla en paz. Podía mostrarle el opdisk en otro momento, ya había descubierto lo que quería saber. Debería cerrar la puerta y dejarla ensayar. Pero no lo hice. Me apoyé contra la puerta, y me quedé allí, viéndola bailar.

Repasó la parte central otras tres veces, puliendo el giro, y luego rebobinó hasta el final del número y lo bailó entero. Permanecía concentrada, alerta, como la noche en que contempló el Continental, pero carecía del deleite, el embeleso, el abandono del Beguine.

Me pregunté si aquello se debería a que aún estaba aprendiendo los pasos, o si alguna vez la perdería. La sonrisa que June Allyson dirigió a Peter Lawford era complacida, no alegre, y el «Varsity Drag» en sí mismo era tan sólo del montón. No precisamente Cole Porter.

Entonces, al verla rehacer pacientemente los mismos pasos una y otra vez, tal como Fred debía de haber hecho a solas en el salón de ensayos antes incluso de que la película empezara a filmarse, se me ocurrió que estaba equivocado respecto a ella.

Había pensado que creía, como Ruby Keeler y la ILMGM, que todo era posible. Yo intenté decirle que no, que los deseos no siempre se cumplen. Pero ella ya lo sabía, mucho antes de que yo la conociera, mucho antes de venir a Hollywood. Fred Astaire había muerto el año en que ella nació, y nunca, nunca, nunca, a pesar de la RV y los gráficos de ordenador y los copyrights, nunca podría bailar el Beguine con él.

Y todo esto, los disfraces, las clases y los ensayos, constituían simplemente un sustituto. Como luchar en la Resistencia. Comparado con la imposibilidad que Alis quería, abrirse camino en un Hollywood poblado por marionetas y chulos debía de haber parecido cosa fácil.

Peter Lawford cogió la mano de June Allyson, y Alis calculó mal el giro y chocó con el

aire vacío. Cogió el mando a distancia para rebobinar, miró hacia el cartel de la estación, y me descubrió. Se quedó mirándome largo rato; luego se acercó y desconectó el Digimatte.

—No... —dije.

—¿No qué? —preguntó ella, desenchufando las conexiones. Se puso una bata blanca de laboratorio sobre el vestido rosa—. ¿No pierdas el tiempo tratando de encontrar un profesor de baile porque no hallarás ninguno? —Se abrochó la bata y se dirigió al enchufe y desconectó la alimentación—. Como puedes ver, ya me he dado cuenta de eso. Nadie en Hollywood sabe bailar. O si lo saben, están cocidos de chooch, intentando olvidar. —Empezó a enrollar el cable—. ¿Y tú?

Miró el cartel de la estación; luego dejó el cable de alimentación sobre el Digimatte y se arrodilló junto al compositor. La falda crujió.

—Porque si lo estás, no tengo tiempo para acompañarte a casa, evitar que te caigas de los deslizadores y sujetarte las manos. Tengo que devolver esto. —Guardó el pixar en su caja y la cerró.

—No estoy colocado —aseguré—. Ni borracho. Llevo seis semanas buscándote.

Metió el Digimatte en su funda y empezó a guardar los cables.

—¿Por qué? ¿Para poder convencerme de que no soy Ruby Keeler? ¿Que el musical está muerto y que los comps harán cualquier cosa mejor que yo? Muy bien. Ya estoy convencida.

Soltó la maleta y se desabrochó los zapatos de tacón.

—Tú ganas —prosiguió—. No puedo bailar en el cine. —Miró la pared espejo con el zapato en la mano—. Es imposible.

—No. No he venido a decirte eso.

Guardó los zapatos en uno de los bolsillos de la bata.

—Entonces, ¿qué has venido a decirme? ¿Que quieres recuperar tu lista de acceso? Bien. —Se puso un par de zapatillas y se levantó—. Ya he aprendido todos los solos y números de coro, y esto no va a funcionar para los números en pareja. Voy a tener que encontrar a alguien.

—No quiero que me devuelvas los accesos —dije.

Ella se quitó la peluca rubia y sacudió su hermosa melena a contraluz.

—Entonces, ¿qué quieres?

A ti, pensé. Te quiero a ti.

Se levantó bruscamente y se metió la peluca en el otro bolsillo.

—Sea lo que fuere, tendrá que esperar. —Se colgó al hombro el cable del alimentador—. Tengo mucho trabajo. —Se inclinó para recoger las maletas.

—Déjame ayudarte —me ofrecí acercándome a ella.

—No, gracias —contestó, echándose el pixar al hombro y agarrando el Digimatte—. Puedo hacerlo sola.

—Al menos te sujetaré la puerta —dije, y la abrí.

Ella pasó.

Hora punta. Abarrotados espejo a espejo con Ray Milland y Rosalind Russell camino del trabajo, ninguno de los cuales se volvió para mirar a Alis. Todo el mundo contemplaba las paredes, que tronaban a toda pastilla: ILMGM, más copyrights que en el cielo. Un anuncio de *Superdetective en Hollywood 15*, un anuncio de un remake de *Los tres mosqueteros*.

Cerré la puerta detrás de mí, y un River Phoenix, agachado junto a la franja amarilla de advertencia, alzó la cabeza de una cuchilla y un puñado de polvo, pero estaba demasiado colocado para registrar lo que veía. Sus ojos ni siquiera enfocaban.

Alis estaba ya a medio camino de la parte delantera de los deslizadores, los ojos fijos en el cartel de la estación. Éste parpadeó «Hollywood Boulevard», y se abrió paso hasta la salida. Yo iba pisándole los talones, y salimos al bulevar.

Aún era de noche, pero todo estaba abierto. Y todavía (o tal vez ya) había turatas alrededor. Dos tipos mayores con bermudas y videocámaras estaban en la cabina de Felices Para Siempre Jamás, viendo a Ryan O'Neal salvarle la vida a Ali MacGraw.

Alis se detuvo ante la reja de Ha Nacido Una Estrella y se debatió con la llave, tratando de insertar la tarjeta sin tener que soltar ninguna de sus cosas. Los dos turatas se acercaron.

—Trae —dije, cogiendo la llave. Abrí la reja y le cogí el Digimatte.

—¿Tiene a Charles Bronson? —preguntó uno de los viejatas.

—Está cerrado —contesté yo—. Tengo que mostrarte una cosa —le dije a Alis.

—¿Qué? ¿El último espectáculo de marionetas? ¿Un programa de ensayo automático? —Empezó a emplazar el Digimatte, enchufando los cables y el alimentador de fibra-op. Empujó el aparato a su sitio.

—Siempre he querido aparecer en *El justiciero de la ciudad* —dijo el viejata—. ¿Tienen ésa?

—Aún no hemos abierto —insistí yo.

—Aquí tiene el menú —dijo Alis, conectándolo para el viejata—. No tenemos a Charles Bronson, pero sí una escena de *Los siete magníficos*.

—Tienes que ver esto, Alis —dije, y metí el opdisk, satisfecho de haberlo preparado para no tener que solicitar nada. *Un día en Nueva York* apareció en la pantalla.

—Tengo clientes que... —empezó a decir Alis, y se interrumpió.

Yo había fijado el disco para que pusiera la siguiente escena después de quince segundos. *Un día en Nueva York* desapareció y *Cantando bajo la lluvia* la substituyó.

Alis se volvió enfadada hacia mí.

—¿Por qué has...?

—No he sido yo —dije—. Fuiste tú. —Señalé la pantalla. Apareció *Té para dos*, y Alis, con rizos rojos, bailó el charlestón hacia la pantalla.

»No es un pastiche —dije—. Míralas. Son las películas que has estado ensayando, ¿no? ¿Eh?

En la pantalla, Alis, con su parasol azul, lanzaba una pierna al aire.

—Hablaste de *Cantando bajo la lluvia* la noche que te conocí. Y podría haber supuesto alguna de las demás. Son en plano secuencia general. —La señalé—. Pero ni siquiera sabía de qué película era esa escena.

Apareció *Sombreros fuera*.

—Y no había visto algunas de las otras.

—Yo no... —balbuceó ella, mirando la pantalla.

—El Digimatte hace una superposición en la imagen de fibra-op que entra y la pone en disco —expliqué, y se lo demostré—. Esa imagen vuelve a través del enlace, y la fuente de fibra-op comprueba aleatoriamente la pauta de píxels y rechaza de forma automática cualquier imagen que haya sido cambiada. Sólo que tú no intentabas cambiar la imagen. Intentabas duplicarla. Y tuviste éxito. Encajaste los movimientos a la perfección, tanto que la comprobación browniana lo identificó como la misma imagen, tan perfecta que no la rechazó, y la imagen entró en la fuente de fibra-op. —Señalé con la mano la pantalla, donde ella bailaba «La calle 42».

—¿Quién aparece en esa escena de *Los siete magníficos*?

—preguntó el viejata que estaba detrás de nosotros, pero Alis no le contestó. Observaba los distintos pasos con suma gravedad. No supe interpretar su expresión.

—¿Cuántas hay? —preguntó, todavía mirando la pantalla.

—He encontrado catorce. Has ensayado más, ¿verdad? Las que pasaron los cerrojos-ID son casi todas bailarinas con tus mismos rasgos y hechuras. ¿Hiciste alguna de Anne Miller?

—*Bésame, Kate*.

—Lo imaginaba. Su cara es demasiado redonda. Tus rasgos no encajarían lo bastante

para pasar el cerrojo-ID. Sólo funciona cuando ya existe cierto parecido. —Señalé la pantalla—. Hay otras dos que encontré que no están en disco porque andan en litigio. *Navidades blancas* y también *Siete novias para siete hermanos*.

Ella se volvió a mirarme.

—¿*Siete novias*? ¿Estás seguro?

—Apareces en la escena de la construcción del granero —dije—. ¿Por qué?

Ella se había vuelto hacia la pantalla y fruncía el ceño ante Shirley Temple, que bailaba con Alis y Jack Haley ataviados con uniformes militares.

—Tal vez... —dijo para sí.

—Te dije que bailar en las películas era imposible. Me equivocaba. Ahí estás.

En ese preciso instante la pantalla se apagó, y el viejata dijo en voz alta:

—¿Qué tal ese tipo que dice «Regálame el día»? ¿Lo tienen?

Extendí la mano para volver a poner el disco, pero Alis ya se había dado la vuelta.

—Me temo que no tenemos tampoco a Clint Eastwood. En la escena de *Los siete magníficos* aparecen Steve McQueen y Yul Brynner —dijo—. ¿Le gustaría verla? —Acto seguido se puso a pulsar accesos.

—¿Tiene que afeitarse la cabeza? —preguntó el amigo del viejata.

—No —contestó Alis, buscando una camisa, pantalones y un sombrero, todo de color negro—. El Digimatte se encarga de eso. —Empezó a colocar el equipo de grabación, mostrando al viejata dónde debía ponerse y qué hacer, ajena a su amigo, que aún hablaba de Charles Bronson, ajena a mí.

Bueno, ¿qué esperaba yo? ¿Que se llenara de alegría al verse allí arriba, que me rodeara con sus brazos como Nathalie Wood en *Centauros del desierto*? Yo no había hecho nada, excepto decirle que había conseguido algo que no pretendía hacer, algo que había rechazado cuando estaba en este mismo bulevar.

—Yul Brynner —dijo el amigo del viejata, disgustado—, y no Charles Bronson.

*Un día en Nueva York* volvió a aparecer en la pantalla. Alis la apagó sin mirarla siquiera y solicitó *Los siete magníficos*.

—Quieres a Charles Bronson y te dan a Steve McQueen —gruñó el viejata—. Siempre te endiñan la segunda opción.

Eso es lo que me gusta del cine. Siempre hay un personaje secundario cerca para soltar la moraleja, por si acaso eres tan estúpido como para no reconocerla tú solito.

—Nunca se consigue lo que quieres —dijo el viejata.

—Sí, no hay nada como el hogar —contesté, y me dirigí a los deslizadores.



**VERA MILES** [*Dirigiéndose al corral, donde RANDOLPH SCOTT está ensillando un caballo*]: ¿Iba a marcharse así? ¿Sin despedirse siquiera?

**RANDOLPH SCOTT** [*Ajustando la cincha*]: Tengo una deuda que zanjar. Y usted un joven al que atender. Le saqué la bala del brazo, pero necesita un vendaje. [*RANDOLPH SCOTT se alza en el estribo y monta.*]

**VERA MILES**: ¿Volveré a verle? ¿Cómo sabré que está bien?

**RANDOLPH SCOTT**: Supongo que estaré bien. [*Se lleva la mano al sombrero.*] Cuídese, señorita. [*El caballo da la vuelta y se pierde hacia la puesta de sol*]

**VERA MILES** [*Gritando tras él*]: ¡Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí! ¡Nunca!

Volví a casa y empecé a trabajar. Primero hice las más importantes: restaurar el doble encendedor en *La extraña pasajera*, volver a meter el uranio en la botella de vino de *Encadenados*, devolver la borrachera a Lee Marvin en *La ingenua explosiva*. Y las que me gustaban: *Ninotchka*, *Río Bravo* y *Perdición*. Y *Siete novias*, que salió de litigio al día siguiente de ver a Alis. La alarma estaba sonando cuando desperté. Devolví el vaso y la botella de whisky a Howard Keel en la primera escena, y luego avancé hasta la construcción del granero y convertí el pan de maíz en una jarra antes de ver a Alis.

Era una lástima que no se lo hubiera podido mostrar, ya que parecía tan sorprendida de que el número apareciera en la pantalla. Seguramente le había causado problemas, y no era de extrañar. Todos aquellos pasos en alto y sin compañero... me pregunté qué equipo había arrastrado por Hollywood Boulevard hasta los deslizadores para que pareciera que estaba en el aire. Cómo me hubiese gustado que Alis hubiera visto lo feliz que parecía haciendo aquellos pasos.

Puse la escena del granero en el disco con las demás, por si los herederos de Russ Tamblin o Warner apelaban, y luego borré todos los archivos de mis transacciones, por si Mayer se apoderaba del Cray.

Calculé que disponía de dos semanas, tal vez tres si la opa de Columbia seguía adelante. Mayer estaría muy ocupado tratando de decidir qué camino debía tomar y no tendría tiempo de preocuparse por SA, ni Arthurton tampoco. Pensé en llamar a Heada (ella sabría lo que pasaba), y luego decidí que probablemente era una mala idea. De todas formas, ella también estaría ocupada tratando de conservar su trabajo.

Una semana, al menos. Tiempo suficiente para devolver a Myrna Loy su resaca y ver el resto de los musicales. Ya había encontrado la mayoría, excepto *Buenas noticias* y *Pájaros y abejas*. Devolví el dulce la leche\* a Ellos y ellas mientras tanto, y el brandy a *My Fair Lady*, y convertí de nuevo a Frank Morgan en un borracho en *Vacaciones de verano*. Fui más despacio de lo que quería, y después de semana y media me detuve y puse en disco y cinta todo lo que Alis había hecho, esperando que Mayer llamara a mi puerta en cualquier momento. Empecé con *Casablanca*.

Llamaron a la puerta. Avancé hasta el final, donde el bar de Rick seguía lleno de limonada, saqué el disco con los bailes de Alis y me lo guardé en el zapato. Luego abrí la puerta.

Era Alis.

\* En castellano en el original. (*N. del T.*)

El pasillo que se extendía tras ella estaba oscuro, pero sus cabellos, recogidos en un moño, captaban la luz de alguna parte. Parecía cansada, como si acabara de ensayar. Todavía llevaba puesta la bata. Pude ver medias blancas y una faldita plisada debajo, y unos dos centímetros de arrugas rosa. Me pregunté qué habría estado haciendo, ¿el número «Abba-Dabba Honeymoon» de *Dos semanas de amor*? ¿O algo de *A la luz plateada de la luna*?

Ella rebuscó en el bolsillo de la bata y tendió el opdisk que yo le había dado.

—He venido a devolverte esto.

—Puedes quedártelo.

Ella lo miró un instante y luego se lo guardó en el bolsillo.

—Gracias —dijo, y volvió a sacarlo—. Me sorprende que se grabaran tantos pasos. No era muy buena cuando empecé —comentó, dándole la vuelta—. Sigo sin serlo.

—Eres tan buena como Ruby Keeler.

Ella sonrió.

—Ésa era la ñaqui de alguien.

—Eres tan buena como Vera-Ellen. Y Debbie Reynolds. Y Virginia Gibson.

Ella frunció el ceño; miró de nuevo el disco y luego a mí, como intentando decidir si debía decirme algo.

—Heada me habló de su trabajo —dijo, pero no era eso—. Ayudante de localización. Es magnífico. —Contempló las pantallas, donde Bogart brindaba con Ingrid—. Me comentó que estabas volviendo a dejar las películas tal como estaban.

—No todas —dije, señalando el disco en su mano—. Algunos remakes son mejores que el original.

—¿No te despedirán por devolver todas las SA?

—Casi seguro. Pero es mu-mucho mejor que lo que ha-ha-cía antes. Es...

—*Historia de dos ciudades*, Ronald Colman —dijo ella, mirando las pantallas donde Bogart se despedía de Ingrid, al disco, a las pantallas otra vez, tratando de pensar una frase que decirme.

Lo dije por ella.

—Te marchas.

Ella asintió, todavía sin mirarme.

—¿Adónde vas? ¿De vuelta a River City?

—Eso es de *El músico* —dijo, pero no sonrió—. No puedo continuar sola. Necesito a alguien que me enseñe los pasos de Eleanor Powell. Y también necesito un compañero.

Sólo por un instante, no, ni siquiera un instante, el parpadeo de un fotograma, pensé en cómo habría sido si yo no hubiera pasado los largos semestres colocado desmantelando bebidas alcohólicas, si los hubiera pasado en cambio en Burbank, practicando pasos de baile.

—Después de lo que dijiste la otra noche, se me ocurrió que podría usar una armadura de posición y un arnés de datos para los saltos, y lo intenté. Funcionó, supongo. Quiero decir que... Su voz se apagó torpemente, como si quisiera decir algo más, y me pregunté qué sería, y qué le contestaría. ¿Que Fred podría salir de juicio?

—Pero el equilibrio no es igual que con una persona real —suspiró—. Y necesito experimentar rutinas de aprendizaje, no sólo copiarlas de la pantalla.

Pensaba ir a algún sitio donde todavía hacían vivacciones.

—¿Dónde? —pregunté—. ¿Buenos Aires?

—No —contestó—. China. China.

—Hacen diez vivacciones al año —dije. Y veinte purgas. Por no mencionar las insurrecciones provinciales. Y los disturbios antiextranjeros.

—Sus vivacciones no son muy buenas. En realidad, son horribles. La mayoría son películas de propaganda o de artes marciales, pero el año pasado un par de ellas fueron

musicales. —Sonrió tristemente—. Les gusta Gene Kelly.

Gene Kelly. Pero serían coreografías de verdad. Y el brazo de un hombre alrededor de su cintura en vez de un arnés de datos, y la mano de un hombre alzando la suya. Lo verdadero.

—Me marchó mañana por la mañana. Estaba haciendo las maletas, encontré el disco y pensé que tal vez querrías recuperarlo.

—No —dije, y luego pregunté, para no tener que decirle adiós—: ¿Desde dónde vas a volar?

—San Francisco. Tomaré los deslizadores esta noche. Y aún no he terminado de hacer las maletas. —Me miró, esperando que yo dijera mi línea de diálogo.

En realidad tenía bastantes donde elegir. Si hay algo que abunda en las películas, son las despedidas. Desde «¡Cuídate, querida!» a «No pidas la luna cuando tenemos las estrellas», a «¡Vuelve, Shane!»». Incluso «Sayonara, baby».

Pero no dije nada. Me quedé allí de pie y la miré, contemplé su hermoso pelo a contraluz y su inolvidable rostro. Observé lo que deseaba y no podía tener, ni siquiera durante unos pocos minutos.

¿Y si le decía: «Quédate»? ¿Y si le prometía buscarle un profesor, conseguirle un papel, ponerla en un espectáculo? Sí. Con un Cray que tuviera unos diez minutos de memoria, un Cray que no tendría en cuanto Mayer descubriera lo que había estado haciendo.

Tras de mí, en la pantalla, Bogart decía «Aquí no hay sitio para ti», y miraba a Ingrid, tratando de hacer que el momento durara para siempre. Al fondo, las hélices del avión empezaban a girar, y al cabo de un minuto aparecerían los nazis.

Permanecieron allí, mirándose, y los ojos de Ingrid se llenaron de lágrimas, y Vincent podría pasarse la vida trabajando con su programa de lágrimas, nunca lo conseguiría. O tal vez sí. Habían hecho *Casablanca* con hielo seco y cartón. Y era de verdad.

—Tengo que irme —dijo Alis.

—Lo sé —contesté, y sonreí—. Siempre nos quedará París.

Y según el guión se suponía que ella debía dirigirme una última mirada de anhelo y subir al avión con Paul Henreid, ¿y por qué no he aprendido todavía que Heada siempre tiene razón?

—Adiós —dijo Alis, y de pronto estuvo en mis brazos, y yo la besaba, la besaba, y ella se desabrochaba la bata, se soltaba el pelo, el vestido de fantasía rosa, y una parte de mí pensaba «Esto es importante», pero ella se quitó el vestido, y los pantalones, y la tendí en la cama, y ella no se difuminó, no se morfeó en Heada, yo estaba sobre ella y dentro de ella, y nos movíamos juntos, con facilidad, sin esfuerzo, nuestras manos extendidas pero sin llegar a tocarse sobre las sábanas enmarañadas.

No dejé de mirarle las manos, flexionadas y extendidas en la pasión, sabiendo que sí la miraba a la cara sus facciones quedarían grabadas a fuego en mi cerebro para siempre, como un fotograma congelado, con klieg o sin klieg; temeroso de que si lo hacía ella me mirara con expresión condescendiente, o peor aún, que no me estuviera mirando. Que mirara más allá de mí, a dos bailarines sobre un suelo estrellado.

—¡Tom! —exclamó al correrse, y yo la miré. Sus cabellos estaban esparcidos sobre la almohada, a contraluz y hermosos, y su expresión era intensa, como lo había sido aquella noche en la fiesta, cuando contemplaba a Fred y Ginger en la librepantalla, embelesada y hermosa y triste.

Enfocada, finalmente, en mí.

## TÓPICO CINEMATOGRAFICO N°. 1: El final feliz. Conclusión.

**VER:** *Oficial y caballero, Tú y yo, Algo para recordar, El milagro de Morgan Creek, Ritmo loco, Cadenas rotas.*

Han pasado tres años. Durante ese tiempo China ha sufrido cuatro insurrecciones provinciales y seis revueltas estudiantiles, y Mayer ha pasado por tres opas y ocho jefes, el penúltimo de los cuales lo ascendió a vicepresidente ejecutivo.

Mayer no reaccionó a mi restauración de las SA durante casi tres meses, y para entonces yo había terminado ya toda la serie de *El hombre delgado, El halcón maltés* y todos los westerns, y Arthurton iba a la calle.

Heada, todavía en su papel de Joan Blondell, convenció a Mayer de que no me matara y redactara un vibrante discurso sobre la Censura y el Profundo Amor por el Cine, y que se hiciera despedir espectacularmente justo a tiempo de que el nuevo jefe volviera a contratarlo como «la única persona moral en toda esta ciudad colocada».

Heada fue ascendida a directora de decorados y luego (con su antepenúltimo jefe) a ayudante de producción a cargo de nuevos proyectos, y rápidamente me contrató para dirigir un remake. Un final feliz para todos.

Mientras tanto, programé finales felices para Felices Para Siempre Jamás, me gradué y busqué a Alis. La encontré en *Dinero caído del cielo* y *En los bosques*, el último musical realizado, y en *Una chica de provincias*. Pensaba que ya las había encontrado todas. Hasta esta noche.

Contemplé la escena en la película de Indy otra vez, mirando los zapatos plateados y la peluca platino, y pensando en los musicales. *Indiana Jones y el Templo maldito* no es uno de ellos. «Anything Goes» es el único número que aparece, y sólo porque una de las escenas se desarrolla en un club nocturno y las chicas son la atracción.

Y tal vez es así como debe ser. El remake en el que estoy trabajando tampoco es un musical (es un dramón sobre una pareja de amantes separados), pero podría cambiar la escena del comedor del hotel por un club nocturno. Y luego, dentro de dos jefes, hacer un remake que se desarrolle en un club nocturno, y poner a Fred (que a esas alturas ya habrá salido del litigio) como número secundario. Es lo que hacía en *Volando hacia Río de Janeiro*, un número secundario, treinta años, calvete, sabía bailar un poco. Y mira lo que pasó.

Y antes de que te des cuenta, Mayer le estará diciendo a todo el mundo que el musical ha vuelto, y me asignaría el remake de *La calle 42* y descubriría dónde está Alis y haría una reserva en los deslizadores y montaríamos un espectáculo. Todo es posible.

Incluso viajar en el tiempo.

Accedí a Vincent el otro día para pedirle prestado su programa de montaje, y me dijo que el viaje temporal era un cuento chino.

—Estábamos así de cerca —dijo, aproximando el pulgar y el índice—. Teóricamente, el efecto Cachemira debería funcionar tanto para el tiempo como para el espacio, pero han enviado imagen tras imagen a una región de materia negativa, y nada. Ninguna superposición. Supongo que algunas cosas no son posibles.

Se equivoca. La noche en que Alis se marchó, me dijo:

—Después de lo que dijiste la otra noche, pensé que tal vez podría usar un arnés de datos para los saltos.

Y yo me pregunté qué era lo que había dicho, y cuando le mostré el opdisk, ella dijo:

—¿*Siete novias para siete hermanos?* ¿Estás seguro? —No está en el disco —dije yo—. Está en litigio.

Y lo estuvo hasta el día siguiente. Y cuando quise comprobarlo permaneció en litigio todo el tiempo que la estuve buscando.

Y durante ocho meses antes que eso, en una alegación de Tesoro Nacional que había presentado la Sociedad de Conservación Cinematográfica. La noche que vi *Siete novias*, llevaba fuera de litigio exactamente dos horas. Y volvió a estarlo una hora después.

Alis sólo llevaba trabajando seis meses en Ha Nacido Una Estrella. *Siete novias* estuvo en litigio todo el tiempo. Hasta después de que yo la encontrara. Hasta después de que yo le dijera que la había visto en la película. Y cuando se lo dije, ella comentó:

—¿*Siete novias para siete hermanos?* ¿Estás seguro?

Y yo pensé que estaba sorprendida porque las piruetas eran muy difíciles, sorprendida porque no había intentado superponer su imagen en la pantalla.

*Siete novias* no había salido de litigio hasta el día siguiente.

Y una semana y media después, Alis vino a mí. Vino directamente de los deslizadores, directamente de practicar con el arnés y la armadura que había pensado podría funcionar, «después de lo que dijiste la otra noche». Y había funcionado. «Supongo —había dicho—. Quiero decir...»

Había venido directamente desde el ensayo, con el trajecito rosa de Virginia Gibson, sus pantalones, el disfraz para el baile del granero que acababa de hacer. La escena del granero que yo había visto seis semanas antes de que la hiciera. Mi teoría de que había retrocedido en el tiempo era cierta después de todo, aunque sólo fuera su imagen, sólo píxels en una pantalla. Ella tampoco había estado intentando descubrir el viaje en el tiempo. Sólo había intentado aprender pasos de baile, pero la pantalla ante la que ensayó no era tal: era una región de materia negativa, llena de electrones aleatorios y superposiciones potenciales. Llena de posibilidades.

Nada es imposible, Vincent, pienso, mientras veo a Alis haciendo rápidos giros con su body de lentejuelas. No si sabes lo que quieres.

Heada contacta conmigo.

—Estaba equivocada. El Ford trimotor está al principio de la segunda película, *Indiana Jones y el Templo maldito*. Empieza con el fotograma...

—Ya lo he encontrado —digo, frunciendo el ceño hacia la pantalla donde Alis, con su peluca rubio platino, hace un paso de barrido.

—¿Qué ocurre? —pregunta Heada—. ¿No va a funcionar?

—No estoy seguro. ¿Cuándo va a zanjarse el litigio de Fred Astaire?

—Dentro de un mes —responde rápidamente—. Pero enseguida empezará otro. Sofracima-Rizzoli reclama infringimiento de copyright.

—¿Quién demonios es Sofracima-Rizzoli?

—El estudio que posee los derechos de una película que Fred Astaire hizo en los setenta. *El taxi púrpura*. Supongo que llegarán a un acuerdo. ¿Por qué? —dice, recelosa.

—El avión de *Volando a Río de Janeiro*. He decidido que eso es lo que quiero.

—¿Un biplano? No tienes que esperar para eso. Hay montones de películas con biplanos. *Las águilas azules*, *Alas*, *La gran ruta hacia China*... —se interrumpe, parece triste.

—¿Tienen deslizadores en China?

—¿Qué dices? Tienen suerte de disponer de bicicletas. Y suficiente para comer. ¿Por qué? —dice ella, súbitamente interesada—. ¿Has descubierto dónde está Alis?

—No.

Heada vacila, tratando de decidir si debe contarme algo.

—El ayudante del director de plato ha vuelto de China. Por lo visto, corren rumores acerca de la tercera revolución cultural. Quemamos de libros, reeducación, han clausurado al menos un estudio y detenido a todo el equipo de rodaje.

Debería estar preocupado, pero no lo estoy, y Heada, que lo sabe todo, reacciona

inmediatamente.

—¿Ha vuelto? —pregunta—. ¿Has tenido noticias tuyas?

—No —digo, porque finalmente he aprendido a mentirle a Heada, y porque es verdad. No sé dónde está ella, ni he tenido noticias tuyas. Pero he recibido un mensaje.

Fred Astaire ha salido dos veces de litigio desde que Alis se marchó, una vez entre demandas de copyright durante exactamente ocho segundos, y la otra hace un mes, cuando la AFI presentó una demanda alegando que era un hito histórico.

Esa vez yo estaba preparado. Tenía en opdisk, backup y cinta el número del Beguine, y estaba preparado para comprobarlo antes de que la alarma dejara de sonar.

Fue en plena noche, como de costumbre, y al principio pensé que todavía estaba durmiendo o que experimentaba un último destello.

—Amplía superior derecha —ordené, y volvía a verlo otra vez. Y otra. Y a la mañana siguiente.

Fue siempre igual, y el mensaje alto y claro: Alis se encuentra bien, a pesar de insurrecciones y revoluciones, y ha hallado un lugar para practicar y alguien que le enseñe los pasos de Eleanor Powell. Y va a regresar, porque China no tiene deslizadores, y cuando lo haga, va a bailar el Beguine con Fred Astaire.

O tal vez ya lo ha hecho. La vi en el número de la construcción del granero de *Siete novias* seis semanas antes de que lo hiciera, y han pasado cuatro desde que la descubriera en *Melodías*. Tal vez ya ha vuelto. Tal vez ya lo ha hecho.

No lo creo. Le prometí al actual James Dean de Ha Nacido Una Estrella el suministro de chooch de toda una vida si me avisaba cuando alguien tocara el Digimatte, y Fred sigue en litigio. Y no sé hasta dónde retrocede en el tiempo la superposición. Seis semanas antes de que lo hiciera cuando la vi en *Siete novias*. No hay forma de saber cuánto tiempo llevaba su imagen allí. Menos de dos años, porque no estaba en *La calle 42* cuando la vi por primera vez, cuando empezaba con la lista de Mayer, y sí, sé que estaba colocado y que puede que se me pasara por alto. Pero yo creo que no. Reconocería su cara en cualquier parte.

Así que menos de dos años. Y Heada, que lo sabe todo, dice que Fred saldrá del litigio dentro de tres meses.

Mientras tanto, estoy ocupado haciendo remakes y tratando de que sean buenos, naciendo que Mayer hable con ILMGM para que registre a Ruby Keeler y Eleanor Powell, trabajando para la Resistencia. Incluso he dado con un final feliz para *Casablanca*.

Es después de la guerra, y Rick ha vuelto a Casablanca después de luchar junto a la Resistencia, después de quién sabe qué penalidades. El café Américain se ha quemado, y todo ha desaparecido, incluso el loro, incluso Sam, y Bogie se queda de pie contemplando las ruinas durante un rato, y entonces empieza a caminar entre los escombros, intentando ver qué puede salvar.

Encuentra el piano, pero cuando le da la vuelta, la mitad de las teclas se caen. Da con una botella de escocés intacta entre las ruinas y la coloca sobre el piano y empieza a buscar un vaso alrededor. Y allí está ella, de pie en lo que queda de la puerta.

Parece distinta, lleva el pelo recogido hacia atrás, y parece más delgada, cansada. A verla enseguida se adivina que Paul Henreid ha muerto y que ella ha sufrido mucho, pero esa cara se reconocería en cualquier parte.

Ella se queda en la puerta, y Bogie, todavía intentando encontrar un vaso, alza la cabeza y la descubre.

No hay diálogo. No hay música. No hay abrazos, a pesar de las bienintencionadas ideas de Heada. Sólo ellos dos, que pensaron que nunca volverían a verse, observándose.

Cuando acabe con mi remake, pondré mi final de *Casablanca* en el comp de Felices Para Siempre Jamás para los turatas.

Mientras tanto, tengo que separar a mis enamorados y enviarlos a sufrir penalidades

diversas para que expíen sus pecados. Para lo cual necesito un avión.

Pongo el disco de «Anything Goes» en disco y backup, por si Kate Capshaw entra en litigio, o luego avanzo hasta el Ford trimotor y lo salvo también, por si el biplano no funciona.

—*La gran ruta hacia China* —digo, y lo cancelo antes de que tenga tiempo de aparecer—. Exhibición simultánea. Pantalla uno, *Templo maldito*. Dos, *Cantando bajo la lluvia*. Tres, *Buenas noticias...*

Pronuncio la letanía, y Alis aparece en las pantallas, una tras otra, con pantalones de baile y poliones y chalequitos verdes, con coleta y rizos rojos y trenzas. Su cara tiene en todas la misma expresión intensa, alerta, concentrada en los pasos y la música, inconsciente de que está conquistando codificaciones, comprobaciones brownianas y tiempo.

—Pantalla dieciocho —ordenó—. *Siete novias para siete hermanos*. —Ella gira por el suelo y salta en brazos de Russ Tamblyn. También él ha conquistado el tiempo. Todos lo han hecho, Gene y Ruby y Fred, a pesar de la muerte del musical, a pesar de los ejecos de los estudios y los hackólitos y los tribunales, han conquistado el tiempo con un giro, una sonrisa, un paso, han capturado por un momento eterno lo que anhelamos y no podemos tener.

He estado trabajando demasiado tiempo en los melodramas. Necesito continuar con el asunto que tengo entre manos, escoger un avión, ahorrar el sentimiento para la Gran Despedida de mis amantes.

—Cancela todas las pantallas —digo—. Pantalla central, *La gran ruta hacia...* —De pronto me interrumpo y me quedo mirando la pantalla plateada, como Ray Milland deseando un trago en *Días sin huella*—. Pantalla central. Fotograma 96-1100. Sin sonido. *Melodías de Broadway 1940* —digo, y me siento en la cama.

Bailan los dos muy juntitos, vestidos de blanco, perdidos en la música que no puedo oír y los pasos sincronizados que tardaron semanas en practicar, bailando fácilmente, sin esfuerzo. El pelo castaño claro de ella captura la luz de algún sitio.

Alis realiza un giro, su falda blanca traza el mismo arco que la de Eleanor (comprobación y comprobación Browniana), y es evidente que habrá tardado semanas en conseguir eso.

Junto a ella, indiferente, elegante, ajeno a copyrights y opas, Fred marca un triple zapateo, y Alis lo responde, y se vuelve a sonreír por encima de su hombro.

—Congela —ordenó, y ella se detiene, aún girando, la mano extendida y casi tocando la mía.

Me inclino hacia delante, mirando el rostro que he visto desde aquella primera noche en que la contemplé desde la puerta, el rostro que reconocería en cualquier parte. Siempre nos quedará París.

—Avanza tres fotogramas y retiene —digo, y ella me dirige una sonrisa encantada, infinitamente prometedora—. Avanza en tiempo real. —Y allí está Alis, como tenía que estar, bailando en las películas.

THE END

TÍTULOS DE CRÉDITO



# ÍNDICE

TERRITORIO INEXPLORADO 6

REMARE 80

*Connie Willis, nació en 1945, ha trabajado como profesora y en la actualidad vive en Greely, Colorado (EE UU), con su marido y una hija adolescente. Aunque su obra se ha publicado poco, hasta hoy, en España, es indudablemente uno de los nuevos valores de la ciencia ficción moderna. Tras esporádicas publicaciones de relatos iniciadas en 1971, Connie Willis pasó a dedicarse a tiempo completo a su trabajo de narradora en los años ochenta.*

*Escribió su primera novela WATER WITCH (1982) en colaboración con Cynthia Felice, con quien ha colaborado también en RAID DE LUZ (1989). Se trata de obras interesantes pero que tal vez no llegan al alto nivel de sus novelas en solitario: LINCOLN'S DREAM (1987), que obtuvo el John W. Campbell Memorial, y EL LIBRO DEL DÍA DEL JUICIO FINAL (1992, NOVA ciencia ficción, número 68), con la que Connie Willis ha obtenido los premios Nebula, Hugo y Locus que confirman esta obra como la mejor novela del género aparecida en el año 1992.*

*Varios de los primeros relatos de Willis se han recogido en la antología Fire Watch (1985), que incluye el relato del mismo título galardonado con el Nebula y el Hugo. Otra antología más reciente es Impossible Things (1993).*

*Una de sus preocupaciones centrales es el tema del viaje en el tiempo, eje de su primer relato famoso, «Servicio de Vigilancia» (1982, Martínez Roca SuperFicción, número. 114), en el cual el protagonista, un historiador del futuro, viaja a la época del bombardeo de Londres durante la Segunda Guerra Mundial y acaba mezclado en el intento de salvar la catedral, con lo que conocerá bastante más de sí mismo que de la historia que pretendía estudiar. Willis utiliza también el tema del viaje temporal en su novela LINCOLN'S DREAMS (LOS sueños de Lincoln-1987) con una joven cuyos sueños de la guerra de Secesión norteamericana le permiten experimentar dicha situación como un personaje histórico. De nuevo el viaje en el tiempo permite a una historiadora del futuro visitar la Edad Media asolada por la peste negra en EL LIBRO DEL DÍA DEL JUICIO FINAL (1992, NOVA ciencia ficción, número 68), el más reciente éxito editorial de Willis.*

*Gran especialista en la narración breve, cabe destacar también, entre las interesantes obras cortas de Willis, el relato «A Letter from Clearys» (1982, premio Nebula), la novela corta «The last of Winnebagos» (1988, premio Nebula y Hugo), el relato «At The Rialto» (1989, premio Nebula), y los cuentos cortos «Even The Queen» (1992, premio Nebula, Hugo y Locus) y «Death on the Nile» (1993, premio Hugo).*

*Recientemente, Connie Willis ha publicado tres novelas cortas de gran interés: UNCHARTED TERRITORY (1994, publicada en español en el volumen REMAKE, NOVA ciencia ficción, número 92), REMAKE (1995, NOVA ciencia ficción, número 92) —que ha sido finalista del premio Hugo 1996—, y BELLWETHER (1996, prevista en NOVA ciencia ficción, número 101). Si la escritura de Willis resulta maravillosa y emotiva en obras de larga extensión, la destilación condensada de su excepcional arte narrativo en un par de centenares de páginas compone una muestra perfecta de lo mejor que con esta extensión puede lograr la ciencia ficción de todos los tiempos.*

*Datos actualizados a partir de «CIENCIA FICCIÓN: GUÍA DE LECTURA» de Miquel Barceló, NOVA ciencia ficción, número 28, Ediciones B, Barcelona (1990).*